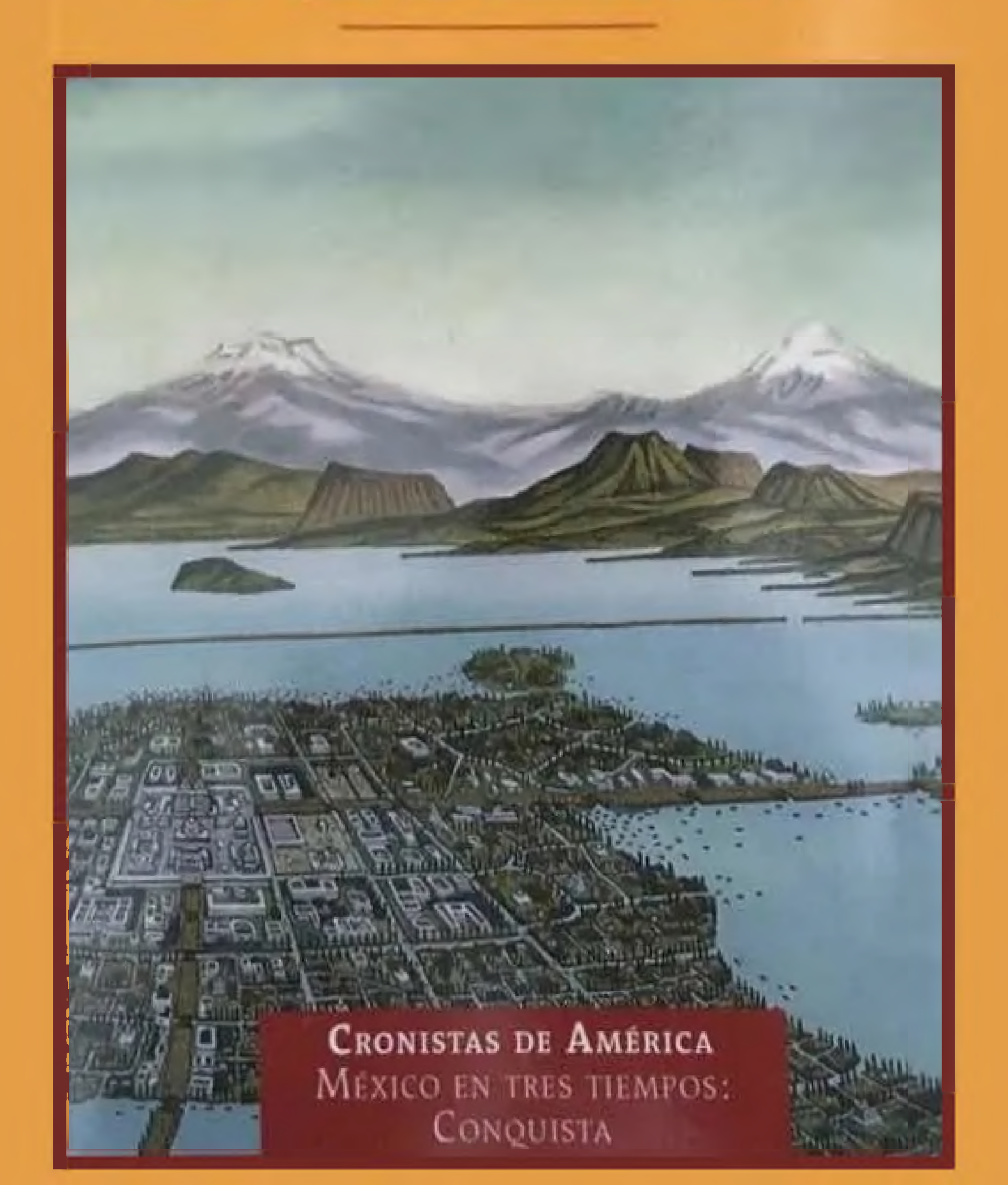
J. Díaz, A. de Tapia,
B. Vázquez, F. de Aguilar

LA CONQUISTA DE TENOCHTITLAN



Cronistas de América
México en tres tiempos:
Conquista

J. Díaz, A. de Tapia,
B. Vázquez, F. de Aguilar

LA CONQUISTA DE TENOCHTITLAN

Edición de Germán Vázquez Chamorro

CRONISTAS DE AMÉRICA

MÉXICO EN TRES TIEMPOS:
CONQUISTA

23



LA CONQUISTA DE TENOCHTITLAN



Avenida Eugenio Garza Sada Sur 2245
Colonia Roma, Monterrey, N.L. C.P. 64700

Producido para APP por Dastin Export, S.L. y editado por Germán Vázquez Chamorro

ISBN de este tomo: 978-607-464-224-7
ISBN de la colección: 978-607-464-191-2

En portada: Detalle de una recreación pictográfica de la Gran Tenochtitlan, tal como se supone que lucía poco antes de la llegada de los conquistadores españoles en 1519. Esta pintura al óleo de Luis Covarrubias se encuentra en el Museo de la Ciudad de México y muestra una vista aérea de la gran ciudad mexica y sus grandes lagos vistos desde el poniente. Manipulación digital de Miguel Velásquez Evers

Impreso en México
Printed in Mexico

INTRODUCCIÓN GENERAL

El 13 de agosto de 1521, festividad de San Hipólito, Cuauhtemoc, postrero señor de Tenochtitlan, se entregó a un oficial español llamado García Holguín. Aquel acto ponía el punto final a una larga y penosa conquista iniciada dos años antes en los arenosos médanos de Veracruz. La aventura había finalizado, pero sus protagonistas jamás olvidarían una experiencia que marcaría de manera indeleble su futuro.

Años después, algunos participantes, acuciados por los más variados motivos, reflejarán por escrito la traumática vivencia, legando a la posteridad inigualables relatos, donde se conjugan con sin par pericia los más variados sentimientos del ser humano. Las obras de estos improvisados escritores, que militaron en bandos distintos, han corrido suertes distintas. Las *Cartas de relación* cortesianas, escritas al calor de las operaciones militares, son de todos conocidas; e igual puede decirse de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* fruto de la bien cortada pluma del soldado Bernal Díaz. También los esfuerzos de los autores indígenas, de los vencidos, se han visto coronados por el éxito[1]. Otros escritos, por el contrario, han desaparecido, permanecen ocultos en algún polvoriento archivo o son desconocidos del público en general.

El libro que el lector tiene en sus manos recoge cuatro de esas narraciones: las *relaciones* de Juan Díaz, Andrés de Tapia, Bernardino Vázquez de Tapia y Francisco de Aguilar. Como la vida y obra de estos

[1] El lector interesado en la visión indígena de la conquista puede consultar la magnífica antología de textos que Miguel León-Portilla ha publicado en *Visión de los vencidos,* edición, introducción y notas de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000.

autores se tratará más adelante, me limitaré aquí a señalar que todos ellos tienen varios rasgos en común.

Los autores son *soldados cronistas,* antitético término, que, según Jorge Gurría Lacroix:

> *Designa a aquellos hombres que, habiendo participado en la conquista realizada por Hernán Cortés, posteriormente relataron los hechos por ellos vistos u oídos, dándonos así su versión sobre tan importante episodio*[2].

Una segunda característica reside en su carencia de intereses etnológicos. Desgraciadamente para los estudiosos del México prehispánico, estos hombres —los únicos europeos que tuvieron el privilegio de contemplar viva la hermosa cultura del Anahuac— se mostraron un tanto cicateros a la hora de tratar la cultura de los mexicanos, aunque, siguiendo la directriz general de la cronística indiana, incluyeron algunos datos en sus obras sobre las costumbres y creencias de sus adversarios, tan peculiares y distintas de las que ellos conocían. Actitud harto comprensible, pues tomaron la pluma impulsados por intereses distintos del etnográfico. Tan sólo el *Itinerario de la armada* —un relato en la línea del género de viajes— hace hincapié en la descripción de las maravillas, humanas y naturales, que los asombrados expedicionarios descubren en el curso de la navegación.

Finalmente, unos y otros comparten —con variantes, claro está— la misma mentalidad; una mentalidad plural y contradictoria, que mezcla a partes iguales lo providencial, lo mágico y lo puramente humano. Sobre todo ello hablaremos en las páginas siguientes.

Lo providencial

Se ha escrito largo y tendido sobre la mentalidad providencialista de los conquistadores españoles en general y de la hueste cortesiana en

[2] Jorge Gurría Lacroix, *Estudio preliminar,* en Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España,* edición, estudio preliminar, notas y apéndices por Jorge Gurría Lacroix, UNAM, México, 1977, p. 7.

particular; mas, como suele acontecer en la historiografía, abunda la grandilocuencia tópica y escasean los análisis concretos que contribuyan a esclarecer el papel jugado por la ideología en la sociedad humana.

Ciertamente no seré yo quien niegue el talante providencialista de los soldados cortesianos. El providencialismo era la ideología dominante en la España del Renacimiento, y los castellanos de México, leales súbditos de la Corona, creían ciegamente en él.

Educados en unos postulados que tenían más de islámico que de cristiano, los españoles se consideraban meros instrumentos de la Divina Providencia, la cual —sobra señalarlo— los manejaba a su antojo para llevar a cabo sus inescrutables designios. A veces, incluso los dotaba de cualidades extraordinarias, como ocurrió cuando don Hernán, preso de santa cólera, destrozó las divinidades del Templo Mayor de México:

> *Enojose de* [las] *palabras que oía, y tomó con una barra de hierro que estaba allí, y comenzó a dar en los ídolos de pedrería; y yo prometo mi fe de gentilhombre, y juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, y se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo*[3].

No resulta extraño, pues, que los veteranos, cuando trocaron la espada por la pluma, impregnasen sus escritos de providencialismo. Si hemos de creer a los soldados cronistas, Dios intervino una y otra vez en auxilio de sus criaturas. Pero casi siempre —y ello debe subrayarse— de forma indirecta. La naturaleza será el gran arma de la Divinidad: los cerros protegerán a los cansados cruzados, y las pestes diezmarán al cobrizo rival:

> *En esta sazón vino una pestilencia de sarampión, y viroles tan recia y tan cruel, que creo murió más de la cuarta parte de la gente de indios que había en toda la tierra, la cual muy mucho nos ayudó para hacer la guerra y fue causa que mucho más presto se acabase, porque, como he dicho, en esta pestilencia murió gran cantidad de hombres y gente*

[3] Andrés de Tapia, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle*, p. 109.

de guerra y muchos señores y capitanes y valientes hombres, con los cuales habíamos de pelear y tenerlos por enemigos; y milagrosamente Nuestro Señor los mató y nos los quitó delante[4].

Por supuesto, el Sumo Hacedor también se manifestó de manera directa, aunque un tanto cicateramente. De hecho, los píos castellanos sólo tuvieron oportunidad de contemplar un milagro[5]. El evento sucedió en Centla, una localidad poblada por mayas yucatecos:

El marqués y toda su gente oyó misa y salió a ellos; y porque la tierra es acequiada y por el camino por donde habíamos de ir había rías hondas, tomó con diez de caballo, de trece que tenía, y fuese sobre la mano izquierda de la ría para ver dónde podría encubrirse con unos árboles y dar en los enemigos [...] *y la gente de pie se fue camino derecho pasando acequias. Y como los indios sabían los pasos* [...] *hacían gran daño en nosotros por ser mucho número de gentes como eran, y nos vimos en mucho peligro, y no sabíamos del marqués, porque no halló por dónde pasar a los enemigos, antes hallaba muchos malos pasos de acequias; y como los enemigos nos tuviesen ya cercados a los peones por todas partes* [a]*pareció por la retaguardia de ellos un hombre en un caballo rucio picado, y los indios comenzaron a huir y a nos dejar algún tanto por el daño que aquel jinete en ellos hacía; y nosotros, creyendo que fuese el marqués, arremetimos y matamos algunos de los enemigos, y el del caballo no* [a]*pareció más por entonces. Volviendo los enemigos sobre nosotros, nos tornaban a maltratar como de primero, y tornó a parecer el de caballo más cerca de nosotros, haciendo daño en ellos, por manera que todos lo vimos, y tornamos a arremeter y tornose a desaparecer como de primero, y así lo hizo otra vez, de manera que fueron tres veces las que* [a]*pareció y le vimos; y siempre creímos que fuese alguno de los de la compañía del marqués.*

[4] Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios*, p. 144. La misma opinión tiene Francisco de Aguilar: *Fue nuestro Dios servido, estando los cristianos harto fatigados de la guerra, de enviarles viruelas, y entre los indios vino una gran pestilencia* (Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, octava jornada, p. 195).

[5] Los soldados cronistas señalan que los guerreros mexicanos vieron a Santiago y la Virgen María en distintas ocasiones. En otro lugar he demostrado que estos testimonios fueron elaborados por los indígenas *a posteriori*.

El marqués con sus nueve de caballo volvieron a venir por nuestra retaguardia, y nos hizo saber cómo no había podido pasar, y le dijimos cómo habíamos visto uno de caballo y dijo: «Adelante, compañeros, que Dios es con nosotros»[6].

Bernardino Vázquez de Tapia aceptó el portento de buen grado[7]; mas el viejo y gruñón Bernal Díaz lo rechazó con inusitada energía:

Lo que yo entonces vi y conocí fue a Francisco de Morla en un caballo castaño, y venía juntamente con Cortés, que me parece que ahora que lo estoy escribiendo se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra según y de la manera que allí pasamos. Y ya que yo, como indigno, no fuera merecedor de ver a cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados y Cortés y otros muchos caballeros y platicárase de ello, y se tomara por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa, y se nombrara la villa de Santiago de la Victoria, o de San Pedro de la Victoria, como se nombró Santa María de la Victoria[8].

Aguilar, que debía de compartir los argumentos teologizantes de Díaz, tampoco admitió el milagro, atribuyendo la victoria a los caballos, cuyas galopadas aterrorizaron a los combatientes mayas[9].

¿A qué responde tan dispar reacción? Personalmente, me inclino a pensar que esta dualidad surge de dos interpretaciones opuestas de la ideología providencialista, que en el fondo no es más que una concepción imperialista. En palabras del maestro Edmundo O'Gorman:

Se trata en realidad de una visión mesiánica de la historia, fundada en la inquebrantable fe que algunos españoles tenían en el destino

[6] Andrés de Tapia, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle*, p. 76.

[7] *Después de entrádoles el pueblo, tuvimos otras dos batallas muy recias con ellos y nos tuvieron en punto de nos matar, y corriéramos un gran peligro si no fuera por los caballos que sacaron de los navíos; y que aquí se vio un gran milagro, que, estando en gran peligro en la batalla, se vio andar peleando uno de un caballo blanco, a cuya causa se desbarataron los indios, el cual caballo no había entre los que traíamos* (Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios*, p. 132).

[8] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. I, c. XXXIV, p. 147.

[9] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, tercera jornada.

> *providencial de su pueblo como elegido por Dios para implantar la monarquía universal católica hasta la consumación de los tiempos*[10].

La ideología providencialista se formula en unos términos que *a priori* no admiten una segunda lectura; pero este monolitismo se resquebraja cuando se reinterpreta en función de intereses personales u objetivos concretos. Para el veterano Bernal Díaz, que escribía con el fin de obtener beneficios económicos, admitir el milagro de Centla implicaba un menoscabo de sus méritos, menoscabo que no estaba dispuesto a aceptar en absoluto. Para Andrés de Tapia y Bernardino Vázquez, la intervención del Santo Patrón en Tabasco ponía de manifiesto el deseo divino de que aquel territorio, poblado por caníbales idólatras, fuera incorporado a la monarquía española. La providencia bendecía así la actitud sediciosa que la hueste adoptaría algún tiempo después en los médanos de Veracruz. Y es que, en el caso de México, Dios siempre estuvo con los rebeldes, como demostrara con creces un año antes, cuando el disciplinado Juan de Grijalva, obedeciendo las órdenes de Velázquez, se negó a poblar la tierra de los *culhua:*

> *En este día, a la tarde, vimos un milagro bien grande, y fue que apareció una estrella encima de la nave después de puesto el sol, y se partió despidiendo rayos de luz a la continua, hasta que se puso sobre aquella villa o pueblo grande, y dejó un rastro en el aire que duró más de tres horas largas; y también vimos otras señales bien claras, por donde entendimos que Dios quería que poblásemos aquella tierra para su servicio*[11].

Lo taumatúrgico

La resistencia de los soldados cronistas a admitir sucesos milagrosos contrasta con su facilidad para aceptar prodigios de naturaleza más oscura, más tenebrosa. Aguilar, Díaz del Castillo y el mismo López de

[10] Edmundo O'Gorman, *Cuatro historiadores de Indias,* Sep Diana, México, 1979, p. 66.
[11] Juan Díaz, *Itinerario de la armada*, p. 53.

Gómara relatan con crédula seriedad misteriosas taumaturgias, fantasmagóricas apariciones e imposibles curaciones. Estos fenómenos, que tiñen de esoterismo la onírica atmósfera de la Conquista, despiden un penetrante tufillo a azufre, aunque curiosamente las historias no les atribuyen un carácter maligno. De hecho, algún autor se empeñó en demostrar lo contrario. Así, el bueno de Aguilar calificó de providencial la actuación de unos curanderos que le salvaron la vida con sus heterodoxos remedios:

> *Y aquí milagrosamente nuestro Señor obró, porque dos italianos, con ensalmos y un poco de aceite y lana* [de] *Escocia, sanab*[a]*n en tres a cuatro días, y el que esto escribe pasó por ello, porque, estando muy herido, con aquellos ensalmos fue en breve curado*[12].

Si la actuación de los taumaturgos toscanos puede situarse en la difusa frontera que separa el bien del mal, las prácticas del siniestro Blas Botello Puerto de Plata, augur oficial de la hueste, merecen sin duda la etiqueta de diabólicas.

Curioso e interesante personaje el tal Botello. Hijo de padres hidalgos, este misterioso cántabro, que residió algún tiempo en Roma y conocía la lengua de Virgilio, era un *hombre de bien*[13] aficionado a desvelar los arcanos astrológicos. Al parecer, el montañés vaticinaba incansablemente[14]; pero sus pronósticos sólo se tomaron en consideración cuando un inesperado acontecimiento confirmó la bondad de las *suertes y astrologías*. Tras la derrota de Narváez, el taumaturgo se presentó ante don Hernán y solemnemente le dijo:

> *Señor, no os detengáis mucho, porque sabed que don Pedro de Alvarado, vuestro capitán, que dejaste*[is] *en la ciudad de México, está en muy gran peligro, porque le han dado gran guerra, y le entran con escalas por manera que os conviene dar prisa*[15].

[12] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, séptima jornada.

[13] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. II, c. CXXVIII.

[14] Según el siempre informado Bernal Díaz *(loc. cit.)*, Botello pronosticó en repetidas ocasiones que *Cortés había de tener muchos trabajos y había de ser desposeído de su ser y honra, y que después habría de volver a ser gran señor y de mucha renta.*

[15] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, sexta jornada.

El lúgubre augurio, corroborado a las pocas horas por dos exhaustos correos *tlaxcalteca*, levantó una ola de habladurías en el real, pues tan increíble profecía sólo podía proceder de un nigromántico o de un brujo que tuviera un demonio familiar[16]. Por supuesto, los maledicentes tenían razón, ya que el enigmático personaje poseía una mandrágora en forma de pícaro olisbos donde habitaba una —supongo— hermosa diablesa[17]:

> *Y también se halló en la petaca una natura como de hombre, de obra de un jeme, hecha de baldrés, ni más ni menos, al parecer, de natura de hombre, y tenía dentro como una borra de lana de tundidor*[18].

Transformado en aliado del Maligno por obra y gracia de la supersticiosa hueste, Blas Botello jugaría un papel decisivo en los dramáticos sucesos que hoy conocemos como *la Noche Triste*. Al finalizar el mes de junio de 1520, la situación de los castellanos se volvió insostenible, y Cortés se vio en la obligación de tener que abandonar Tenochtitlan. El día 30, el ejército castellano, amparado por las sombras nocturnas, iniciaba una retirada que se convertiría en sangrienta degollina. Aquéllos que escaparon al *macuahuitl* mexicano nunca olvidarían al cabalista, pues éste jugó un papel clave en el desbarato:

> *Sucedió un día que Alonso de Ávila, capitán de la guardia del capitán Hernando Cortés, se fue a su aposento cansado y triste, y tenía por compañero a Botello Puerto de Plata* [...] *Y así como entró, le halló llorando fuertemente, y le dijo estas palabras: «¡Oh!, señor, ¿ahora es tiempo de llorar?» Respondióle: «¿Y no os parece que tengo razón? Sabed que esta noche no quedará hombre de nosotros vivo, si no se tiene algún medio para poder salir». Lo cual oído por Alonso de Ávila, se fue a Hernando Cortés y le contó lo que pasaba, pero,*

[16] Francisco de Aguilar, *loc. cit.* Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. II, c. CXXVIII.

[17] *Cfr.* Collin de Plancy, *Diccionario infernal,* introducción de Juan Perucho, Taber, Barcelona, 1968. *V. Mandrágora.*

[18] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. II, c. CXXVIII.

> *como era magnánimo, le dijo que no le creyese, que debía ser un hechicero. Y así Alonso de Ávila dio parte del negocio a don Pedro de Alvarado y a otros caballeros capitanes, los cuales todos juntos se fueron al aposento donde estaba el capitán Hernando Cortés y se lo dijeron, de los cuales el capitán hizo muy poco caso; pero juntándose todos ellos y habiendo llamado a otros, tuvieron consejo sobre ello, y se determinaron de salir aquella noche*[19].

Desgraciadamente para él, Puerto de Plata jamás degustaría las mieles del triunfo. Como suele ocurrir a los auspices de los planetas[20], *no le aprovechó su astrología, que también allí murió con su caballo*[21]. En aras de la objetividad histórica me apresuraré a añadir que el siniestro hidalgo era consciente del sino que el futuro le deparaba. Al menos, eso se murmuró en la hueste:

> *Se hallaron en una petaca deste Botello, después que estuvimos en salvo, unos papeles como libro, con cifras y rayas y apuntamientos y señales, que decía en ellas: ¿Si me he de morir aquí en esta triste guerra en poder de estos perros indios? Y decía en otras rayas y cifras más adelante: No morirás. Y tornaba a decir en otras cifras y rayas y apuntamientos: Sí, morirás. Y respondía la otra raya: No morirás. Y decía en otra parte: Si me han de matar también mi caballo. Decía adelante: Sí, matarán. Y de esta manera tenía otras como cifras y a manera de suertes que hablaban unas letras con otras en aquellos papeles, que era como libro chico*[22].

La curiosa vida del astrólogo cántabro saca a la luz el tibio sentimiento, rayano en la más absoluta de las indiferencias, que el castellano laico

[19] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, séptima jornada. Bernal Díaz del Castillo *(op. cit.* c. CXXVIII) relata el hecho de la siguiente manera: *Y este Botello había dicho cuatro días había que hallaba por sus suertes y astrologías que si aquella noche que venía no salíamos de México, y si más aguardábamos, que ningún* soldado *podría salir con* la *vida* [redondas, del editor].

[20] El lector interesado en el tema puede consultar las sabrosas anécdotas recogidas por el demonólogo galo Collin de Plancy en la obra arriba citada. *(Vid. supra).*

[21] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. II, c. CXXVIII.

[22] *Ibidem*, c. CXXVIII. Según Francisco de Aguilar *(Relación breve de la conquista de la Nueva España*, sexta jornada), el siniestro hidalgo predijo que perecería durante la retirada.

experimentaba ante las fuerzas del mal. En *strictu sensu,* Blas Botello, nigromántico con ribetes y puntas de aliado del Diablo, provocó una importante derrota, que ponía en peligro los planes de la Providencia, empeñada en arrebatar al Enemigo sus dominios de Anahuac. Sin embargo, ningún soldado cronista intentó justificar la sangrienta derrota —por otra parte inevitable—, culpando al brujo de ella, aunque fuera público y notorio en el real que servía al Príncipe de las Tinieblas.

Sorprendente conducta la de estos hombres, cuya tolerancia con la taumaturgia, encarnación del Mal, contrasta con sus sinceras creencias religiosas, plasmadas en el fervor proselitista que muestran en todo momento. Los soldados cortesianos convivieron jornada tras jornada con brujos del más variado pelaje, pero nunca pusieron en práctica ninguna de las arbitrarias medidas inquisitoriales tan de moda en la vieja metrópoli. Por el contrario, cabe añadir que sintieron una soterrada admiración por los magos, aprovechando sus *talentos* cuanto pudieron.

Sorprendente, mas no atípica, porque en la España carolina el adversario del Todopoderoso no era Satán, como hubiera sido lo lógico y natural, sino Jehová, la deidad del pueblo hebreo. Para Fernando, Isabel y Carlos, empeñados en la ardua tarea de dar un alma al engendro resultante de la unificación peninsular, lo metafísico estaba subordinado a lo físico y lo teleológico a la celebérrima *raison d'Etat.* Por eso, la Inquisición centró su actividad en la persecución de las minorías culturales y étnicas[23], dejando en paz a curanderos, astrólogos, nigromantes y demás practicantes de artes nefandas, los cuales podían vivir tranquilos siempre y cuando acreditaran una añeja cristiandad.

La ortodoxia purista, el maniqueísmo trentino y la intransigencia religiosa —características que burla burlando tienen más de hebreo que de cristiano— vendrán después, cuando el número de judaizantes disminuya de forma alarmante. Pero en el primer cuarto del siglo XVI no existía tal problema, y los *cristianos viejos* que militaban en la hueste cortesiana podían permitirse el lujo de creer en augurios y astrologías, creencias que, si bien estaban reñidas con el sentido común, no entraban en contradicción con los preceptos de la Santa Madre Iglesia. La postura de Francisco de Aguilar resulta paradigmática al respecto.

[23] Las causas seguidas por judaísmo suponen el 90 por 100 de los procesos incoados entre 1480 y 1525 (Bartolomé Bennassar, *Inquisición española: poder político y control social,* Crítica, Barcelona, 1981, p. 24).

Aunque era un ferviente cristiano, como demostraría posteriormente al ingresar en la orden dominica, admitía de buen grado los augurios:

> *Aconteció* —escribe Francisco de Aguilar— *que un soldado estaba retraído en la iglesia que teníamos por cierta travesura que había hecho, el cual allí a la media noche salió huyendo de la iglesia y dando voces que había visto andar saltando por la iglesia hombres muertos y cabezas de hombres y entre ellos la suya. Lo mismo* [pasó] *con las velas que velaban,* [que] *habían venido huyendo a decir que habían visto caer en la acequia piernas y cabezas de hombres muertos. Todo lo cual salió después verdad, porque así* [...] *el soldado que había visto su cabeza, como muchas de las velas que aquello dijeron murieron todos la noche que salimos. Cosa de espantar. Digo que los que velaban en las azoteas a las esquinas veían* [a las] *patonas*[24] *dejarse caer en la acequia del agua. Y esto y lo arriba dicho pudo ser seis días antes que saliésemos, dando a entender lo que nos aconteció de tantos muertos como en la salida murieron*[25].

Para Cortés, quien por lo visto era la única persona del real con sentido común, la actitud supersticiosa de sus hombres debió de ser un verdadero problema, pues los agüeros desmoralizaban a la tropa y echaban a perder cuidadas estrategias. La *Noche Triste* —ya lo hemos visto— se gestó a raíz de las fantasías de un nigromante, los delirios de los centinelas destrozaron la moral de los castellanos sitiados en Tenochtitlan... Y, desde luego, no fueron casos aislados, porque lo taumatúrgico está presente de un modo u otro en todos los episodios de la Conquista. Así, por ejemplo, la marcha nocturna hacia Tzompantzinco —vital para la derrota de los *tlaxcalteca*— estuvo a punto de fracasar al caer los caballos repentinamente enfermos:

> *Y yendo como a una legua del real, súbitamente dio en los caballos una manera de torozón, que se caían al suelo sin poderlos menear.* Y [con] *el primero que se cayó y se lo dijeron al marqués, dijo: «Pues vuélvase su dueño con él al real». Y al segundo dijo lo mismo, y co-*

[24] ¿Fantasmas de piernas largas?
[25] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España,* séptima jornada, nota g.

> *menzámosle a decir algunos de los españoles: «Señor, mira*[d] *que es mal pronóstico, y mejor será que dejemos amanecer; luego veremos por do*[nde] *vamos».* [Y] *él dijo: «¿Por qué miráis en agüeros? No dejaré la jornada, porque se me figura que de ella se ha de seguir mucho bien esta noche, y el diablo por lo estorbar pone estos inconvenientes»*[26].

En más de una ocasión he señalado que la historiografía de la Conquista se ha forjado con especies tópicas. Una de ellas, que goza de un gran predicamento entre los expertos, se complace en interpretar el enfrentamiento como un choque entre la psiquis mágica y simbólica del indígena y la mentalidad racional, tecnológica y utilitaria del castellano. El aserto tal vez satisfará la faceta poética de Clío, pero violenta su espíritu científico. Lo mágico no es patrimonio exclusivo del guerrero azteca, también el conquistador está sumergido en un mundo sobrenatural y prodigioso, que obnubila ese famoso sentido práctico.

Aunque bastaría lo arriba expuesto para confirmar mis afirmaciones, añadiré un último dato que, en mi opinión, resulta esclarecedor. A fines del siglo XVI, un fraile aficionado a las antiguallas indianas, fray Diego Durán, escribió una *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme,* que reproducía una crónica indígena hoy en día perdida. Tratando de las desgracias padecidas por los castellanos durante el cerco que sufrieron, fray Diego escribió lo siguiente:

> *En estos días que los españoles se vieron tan afligidos que no osaban salir, viendo Cuauhtemoctzin, nuevo rey de México, que los españoles no querían salir de aquellos aposentos, y que estaban fuertes, que no les podían entrar, a causa de la artillería, que tenían asentada a las puertas de las casas reales donde estaban, mandó llamar a todos los viejos de las provincias y encantadores y hechiceros, para que los asombrasen y les mostrasen algunas visiones de noche, y los asombrasen para que allí muriesen de espanto, los cuales venidos, les fue mandado con todo rigor.*
>
> [...] *y así cada noche procuraban mostrarles visiones y cosas que ponían espanto; una vez veían cabezas de hombres, saltando sobre el patio; otras veces, veían andar un pie solo con un muslo; otras veces*

[26] Andrés de Tapia, *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés. Vid,* también Francisco de Aguilar, *op. cit.,* tercera jornada.

> *rodar cuerpos muertos; otras veces veían y oían aullidos y gemidos, de suerte que ya no lo podían sufrir. Las cuales visiones, antes que esta historia me lo declarase, me lo contó un conquistador religioso* [Francisco de Aguilar], *espantándose de las visiones que entonces vieron, no sabiendo el misterio de donde habían procedido*[27].

Lo humano

Durán, hijo de su siglo, atribuyó las alucinaciones de los sitiados a la tarea de los brujos *mexica;* pero evidentemente no existe ninguna relación causa-efecto entre ambos hechos. Salvo que algún parapsicólogo se empeñe en demostrar lo contrario, las patonas, los muertos saltarines, los espeluznantes gemidos y demás prodigios fueron, simple y llanamente, un síntoma de lo que un psiquiatra diagnosticaría como *neurosis de guerra*, un tipo especial de psicastenia que afecta a los combatientes.

Para que nadie se lleve a engaño, añadiré que se trata de una enfermedad similar al *stress,* que surge cuando la psiquis es incapaz de resistir la dureza del ambiente, y se caracteriza por continuos estados de ansiedad y ataques de pánico. Dicho en román paladino, los adalides de la cruz o, si se prefiere, los sanguinarios bandidos de blanca faz tenían miedo, tanto miedo que algunos perdieron momentáneamente la razón. Lo cual nos lleva a un punto que la crítica moderna ha ignorado por sistema: el lado humano del conquistador.

Salvo contadas y honrosas excepciones, los historiadores han deshumanizado al español de Indias, transformándole en un ángel (o demonio) insensible a los pequeños y mezquinos problemas del hombre común. Su actitud, según los exégetas, siempre será blanca o negra, jamás gris. Leyéndoles, da la impresión que estos superhéroes o supervillanos —permítaseme emplear la terminología de los *comics* infantiles— nunca enfermaban, sentían celos o comían; sin embargo, sí que enfermaban,

[27] Diego Durán, *Historia de las Indias de Nueva España e islas de la Tierra Firme,* edición paleográfica del manuscrito autógrafo de Madrid, con introducciones, notas y vocabularios de palabras indígenas y arcaicas por Ángel M.ª Garibay K., Porrúa, México, 1967, t. II, c. LXXV, p. 550.

sentían celos y comían. No eran dioses inmortales —como creyeron los mexicanos en un principio—, sino simples humanos de carne y hueso, que de vez en cuando necesitaban una purga:

> *Con que luego que allí llegamos* [al territorio *tlaxcaltecatl], en este tiempo dieron al marqués ciertas calenturas, y acordó de se purgar, y llevaba cierta masa de píldoras que en la isla de Cuba había hecho; y, como no obiese quien las supiese desatar para las ablandar y hacer las píldoras, partió ciertos pedazos y tragóselos así duros; y otro día, comenzando a purgar, vimos venir mucho número de gente, y él cabalgó y salió a ellos y peleó todo ese día, y a la noche le preguntamos cómo le había ido con la purga, y díjonos que se le había olvidado de que estaba purgado, y purgó otro día como si entonces tomara la purga*[28].

Este asunto del purgante pone de manifiesto la imprescindible necesidad de abandonar esa visión maniqueísta, teologizante y simplona del proceso histórico que enfrenta al Bien con el Mal. El Demonio no se purga, aunque se llame Hernán y sea *cruel y despiadado*[29].

Para hominizar, valga la palabra, a los conquistadores de México basta con leer sin espejuelos ideológicos los relatos de los soldados cronistas. En sus páginas se encuentran las más variadas cualidades y miserias de los seres humanos, toda una compleja colección de sentimientos, pasiones, filias y fobias, que hubiera encantado al genio de Stratford. Ahora bien, esta especie de *strip tease* anímico no puede diseccionarse so pena de incurrir en una arquetipificación caricaturizante propia del drama teatral. Yago, Macbeth, Shylock y Falstaff comparten con Ariel, Hamlet y Romeo el espíritu de la hueste. Un espíritu de lo más vulgar, como pone de manifiesto el párrafo que sigue, fruto de la inigualable pluma de Bernal Díaz:

> *Y estando el Sandoval y el Francisco de Lugo y Andrés de Tapia con Pedro de Alvarado contando cada uno lo que había acaecido y lo que Cortés mandaba, tornó a sonar el atambor de Huichilobos* [...]; *y miramos arriba el alto cu, donde los tañían, y vimos que llevaban*

[28] Andrés de Tapia, *op. cit.*, pp. 87-88.

[29] Para Daniel Defoe, el célebre autor de *Robinson Crusoe*, el extremeño era precisamente eso: *un demonio cruel y despiadado.*

> *las gradas arriba a rempujones y bofetadas y palos a nuestros compañeros, que habían tomado en la derrota que dieron a Cortés, que los llevaban a sacrificar; y de que ya los tenían en una placeta que se hacía en el adoratorio, donde estaban sus malditos ídolos, vimos que a muchos dellos les ponían plumajes en las cabezas, y con unos como aventadores les hacían bailar delante de Huichilobos, y, cuando habían bailado, luego les ponían de espalda encima de unas piedras que tenían hechas para sacrificar, y con unos navajones de pedernal les aserraban por los pechos y les sacaban los corazones bullendo* [...]. *Pues desque aquellas crueldades vimos todos los de nuestro real y Pedro de Alvarado y Gonzalo de Sandoval y todos los demás capitanes; miren los curiosos lectores que leyeron, qué lástima tendríamos dellos. Y decíamos entre nosotros: «Oh, gracias a Dios que no me llevaron a mí hoy a sacrificar». Y también tengan atención que no estábamos lejos dellos y no les podíamos remediar, y antes rogábamos a Dios que fuese servido de nos guardar de tan cruelísima muerte*[30].

El intimista texto bernaldino habla por sí mismo. En él se mezclan los pensamientos altruistas, como la piedad o la frustración surgida de la impotencia, con un claro egoísmo, fruto del instinto de conservación, que se manifiesta con pueril y candorosa ingenuidad. El dramatismo que impregna el pasaje no procede, empero, de los ambivalentes sentimientos de Bernal, sino del miedo que experimentó al contemplar la horripilante escena, tan intenso que pudo reflejarlo décadas después. Pues bien, esa angustia vital que tan bien nos transmite Bernal es, sin duda alguna, la gran protagonista de los relatos de la Conquista.

Los soldados cortesianos —simples mortales, aunque haya quien se empeñe en negarlo— tenían miedo a morir. Pero este sentimiento, que todos los seres humanos comparten en mayor o menor medida, adoptaba en sus mentes una forma morbosa, cuyo origen responde indudablemente a factores culturales. Lo que corroía y atenazaba el corazón de los castellanos no era el hecho de morir, sino la forma de perecer. Dicho con otras palabras, les aterraba la concepción bélica de los mexicanos, los sangrientos ritos que practicaban con los prisioneros de guerra, y el *espantable* sonido de sus atambores. La diferente

[30] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. II, c. CLII.

mentalidad del adversario potenció la tensión psicológica de los combatientes blancos hasta tal punto que uno de ellos, Francisco de Aguilar, llegó a afirmar que se encontraba en el infierno:

> *Motecsuma, herido en la cabeza, dio el alma a cuya era,* [...] *y en el aposento donde él estaba había otros muy grandes señores detenidos con él, a los cuales el dicho Cortés, con parecer de los capitanes, mandó matar sin dejar ninguno, a los cuales ya tarde sacaron y echaron en los portales donde están ahora las tiendas,* [...] *y, llevados, sucedió la noche, la cual venida allá a las diez vinieron tanta multitud de mujeres con hachas encendidas y braseros y lumbres, que ponía espanto. Aquéllas venían a buscar a sus maridos y parientes que en los portales estaban muertos, y al dicho Motecsuma también, y así como las mujeres conocían a sus deudos y parientes* [...] *se echaban encima con muy gran lástima y dolor y comenzaban una grita y llanto tan grande que ponía espanto y temor; y el que esto escribió, que entonces velaba arriba, dijo a su compañero: «¿No habéis visto el infierno y el llanto que allá hay?, pues, si no lo habéis visto, catadlo aquí». Y es cierto que nunca en toda la guerra, por trabajos que en ella pasase, tuve tanto temor como fue el que recibí de ver aquel llanto tan grande*[31].

El pánico cerval que experimentaban los hombres de Castilla generó un fuerte instinto de conservación que se tradujo en una actitud egoísta y cruel. En contra de lo que pudiera pensarse, esta crueldad nada tiene que ver con las manidas hecatombes de la tristemente célebre *Leyenda negra*.

Los europeos del siglo XVI desconocían el significado del término clemencia, y esta ignorancia se reflejaba en las prácticas jurídicas y bélicas. Basta con ojear cualquier crónica europea de la época para darse cuenta de ello. El voivoda transilvano Vlad Tepes, por ejemplo, era apodado *el empalador* por su afición a dictar tan bestial tortura; y el príncipe de Borbón —compatriota y contemporáneo de Michel de Montaigne, el refinado galo que criticara ferozmente el *alma bárbara de los españoles*— martirizaba mujeres y niños para evitar que sus parientes, encastillados en una fortaleza, disparasen contra sus tropas[32].

[31] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, séptima jornada.

Por supuesto, descubridores y conquistadores trasplantaron tan arbitrarias costumbres al Nuevo Mundo; pero, dando pruebas de sin par equidad, las aplicaron por igual a indios y blancos. Como la memoria de los americanistas presenta una curiosa amnesia cuando se expone esta opinión, me tomaré la libertad de corroborar el aserto con uno de los ejemplos favoritos de los hispanófobos.

Tras la caída de Tenochtitlan, la tropa, desilusionada por los pocos beneficios de la empresa, solicitó que Cuauhtemoc, último señor de México, declarara la localización del fabuloso tesoro que los castellanos habían esquilmado tiempo atrás al desdichado Motecuhzoma. Presionado por sus compañeros y —*last but not least*— por Julián de Alderete, representante del erario público, Cortés se vio en la obligación de dar tormento de fuego al emperador azteca y a uno de sus allegados, el señor de Tlacopan. Tanto celo pusieron los sayones en la vil actividad que el desgraciado amigo de Cuauhtemoc falleció víctima de atroces dolores[33].

Hasta aquí la cara de la moneda, de todos conocida. Veamos ahora la cruz. Cuando Cortés se encontraba en la expedición a las Hibueras, la Nueva España vivió bajo la tiránica dictadura del burócrata Gonzalo de Salazar, factor de Su Majestad. Este indigno funcionario, que ambicionaba la gobernación del rico territorio, intentó confiscar los bienes de don Hernán, pues, según afirmaba, eran de la Corona. Para lograr sus propósitos, Salazar no titubeó en practicar el *interrogatorio* de rigor con Rodrigo de Paz, mayordomo y hombre de confianza de Cortés:

> *Le demandó el oro y la plata que era de Cortés* —escribe Bernal Díaz—, *porque como su mayordomo sabía de ello, diciendo que lo tenía escondido, porque lo quería enviar a Su Majestad, y porque no lo dio* [...] *sobre ello le dio tormentos y con aceite y fuego le quemó*

[32] Este hecho tuvo lugar durante el saco de Roma (1527). El célebre Benvenuto Cellini, que se encontraba a la sazón en la ciudad del Lacio, escribió al respecto: *En cuanto me encontré dentro* [del castillo de Sant'Angelo], *me acerqué a ciertas piezas artilleras que tenía a su cuidado un bombardero llamado Giuliano «el Florentino». Este Giuliano, asomado a la almena del castillo, veía cómo era saqueada su pobre casa y cómo torturaban a su mujer y a sus hijos; de modo que, para no herir a los suyos, no se atrevía a disparar la artillería. Arrojó al suelo la mecha y se arañaba el rostro, bañado en copioso llanto. Igual hacían los demás bombarderos* (Benvenuto Cellini, *Vida*, traducción y edición de V. Santiago, Mateu, Barcelona, 1965, p. 43).

[33] Sobre el suplicio de Cuauhtemoc, véase, Francisco López de Gómara, *La conquista de México*, edición, introducción y notas de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid, 2000.

> *los pies y aun parte de las piernas, y estaba tan flaco y malo de las prisiones para morir; y no contento con los tormentos, viendo el factor que si le dejaba la vida que se iría a quejar de él a Su Majestad, le mandó ahorcar por revoltoso y bandolero*[34].

La crueldad es un concepto sumamente relativo, que depende básicamente de los patrones morales vigentes en cada período histórico. Actos que hoy nos parecen bárbaros, como la tortura o las masacres, no escandalizaban en el siglo XVI. Otros hechos, sin embargo, sí se censuraban. Estos actos reprobables son los que me interesa destacar. El siguiente párrafo, tomado de la *relación* de Bernardino Vázquez de Tapia, ilustra a la perfección el egoísmo frío y cruel que imperaba en la hueste.

> *Tomó ocasión el marqués de enviar mensajeros a Montezuma, porque le pareció le convenía mucho y era muy necesario, así por asegurar a Montezuma, como porque los que fuesen viesen y supiesen la tierra y los caminos y las ciudades y pueblos que había, y para que trajesen aviso y relación de lo que viesen. Estando el marqués en este deseo, dijo algunas veces en público que, si allí tuviera dos hijos y dos hermanos que mucho quisiera, los enviara por mensajeros a Montezuma. Entendiendo el deseo del dicho marqués, yo me ofrecí a ir* [...]. *Después se ofreció también para ir don Pedro de Alvarado, y acordó el marqués que fuésemos ambos y dionos instrucción de lo que habíamos de hacer, y presentes de cosas de Castilla, para que diésemos a Montezuma. Y, aunque ambos teníamos caballos, nos mandó los dejásemos y fuésemos a pie, porque, si nos matasen, no se perdiesen, que se estima un caballero a caballo más de trescientos peones*[35].

Otro ejemplo, no menos cruel, nos lo proporciona el benemérito Aguilar al tratar sobre la *Noche Triste:*

> *Milagrosamente nuestro Dios proveyó que el fardaje que llevábamos y los que lo llevaban a cuestas, y los cuarenta hombres que quedaron atrás* [sirvieran] *para que todos no fuésemos muertos y despedazados*[36].

[34] Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. II, c. CLXXXV.
[35] Bernardino Vázquez de Tapia, *Relación de méritos y servicios*, pp. 135-136.
[36] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, séptima jornada.

Sobran las palabras. Y es que el miedo, el gran sentimiento de los conquistadores, transforma la solidaridad en egoísmo.

Criterio editorial

El presente volumen, que ve la luz con el título de *La conquista de Tenochtitlan,* consta de cuatro crónicas, firmadas por Juan Díaz, Andrés de Tapia, Bernardino Vázquez de Tapia y Francisco de Aguilar, respectivamente. Estas relaciones, a las que cabe aplicar el calificativo de *menores,* versan sobre la Conquista de México, y tienen la peculiaridad de haber sido escritas por testigos presenciales. Su valor estriba en que proporcionan datos muy concretos, que suplementan, amplían o corrigen los proporcionados por las llamadas *obras mayores,* o sea, los relatos de Hernán Cortés y Bernal Díaz del Castillo.

Aunque las *relaciones menores* son una pieza clave para comprender mejor la gesta cortesiana, los estudiosos no les han concedido la importancia que merecen, y el público en general nada sabe de ellas. Lamentable hecho, que, en mi opinión, responde en parte a la ausencia de una edición conjunta que ponga de relieve sus *méritos* y *servicios.*

La pluralidad de criterios empleados por los editores de las piezas, que de por sí son dispares, aconsejaba aplicar una norma homologadora que permitiera una lectura más cómoda. Básicamente, ha consistido en modernizar la puntuación y fonética de las crónicas, conservando los arcaísmos más significativos. Por supuesto, las frases, palabras o sílabas añadidas van entre corchetes.

Los topónimos y voces *nahua* se reproducen con la grafía empleada por los distintos autores. He agregado tres glosarios para ayuda de los lectores. El primero recoge las palabras aztecas tal cual aparecen a lo largo de los textos; el segundo, su forma correcta y la traducción; y el tercero, aquellas palabras castellanas que, o bien han caído en desuso, o son poco conocidas.

Germán Vázquez Chamorro

BIBLIOGRAFÍA*

ALVA IXTLILXOCHITL, Fernando de (2000), *Historia de la nación chichimeca*, edición, introducción y notas de Germán Vázquez, Dastin, Madrid.

ALONSO DEL REAL, Carlos (1967), *Realidad y leyenda de las amazonas*, Espasa Calpe, Madrid.

BALLESTEROS BERETTA, Antonio (1954), «Fuentes para el estudio de la conquista». Introducción a la obra de A. de Altolaguirre. *Descubrimiento y conquista de México*, Salvat, Barcelona, pp. 1-57.

BENNASSAR, Bartolomé (1981), *Inquisición española: poder político y control ocial*, Crítica, Barcelona.

CAVO, Andrés (1949), *Historia de México*, paleografiada del texto original y anotada por el P. J. Ernesto Burrus, S. J., con un prólogo del P. Mariano Cuevas, S. J., Patria, México.

CELLINI, Benvenuto (1965), *Vida*, traducción y edición de V. Santiago, Mateu, Barcelona.

CLAVIJERO, Francisco Javier (1976), *Historia antigua de México*, prólogo de Mariano Cuevas, Porrúa, México.

COVARRUBIAS, Sebastián de (1984), *Tesoro de la lengua castellana o española*, Turner, Madrid.

DAVIES, Nigel (1983), *El sacrificio humano*, Grijalbo, Barcelona.

* La bibliografía incluye las crónicas, estudios y artículos empleados en la introducción general, introducciones parciales y notas de la presente edición. Las referencias se presentan ordenadas alfabéticamente sin mencionar el lugar donde se emplean.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal (2000), *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2 vols.

DICCIONARIO (1923) Autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España, *sacado de los textos originales por Francisco A. Icaza, s.e.,* Madrid.

DURAN, Diego (1967), *Historia de las Indias de Nueva España e Islas de la Tierra Firme*, edición paleográfica del manuscrito autógrafo de Madrid, con introducciones, notas y vocabularios de palabras indígenas y arcaicas por Ángel Mª Garibay K., Porrúa, México, 2 vols.

FERNÁNDEZ DE OVIEDO Y VALDÉS, Gonzalo (1959), *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, BAE/Atlas, Madrid, 4 vols.

GARCÍA ICAZBALCETA, Joaquín (1866), «Noticia de las piezas contenidas en este volumen», *Colección de documentos para la historia de México*, publicados por Joaquín García Icazbalceta, Librería J. M. Andrade, México, t. II, pp. IX-LXII.

GURRÍA LACROIX, Jorge (1972), «Estudio», en *Itinerario de la armada*, Juan Pablos, México, pp. 7-24.

IGLESIA, Ramón (1980), *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, El Colegio de México, México.

KEEN, Bejamín (1984), *La imagen azteca en el pensamiento occidental*, Fondo de Cultura Económica, México.

LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco (2000), *Conquista de México*, introducción, edición y notas de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid.

MORALES PADRÓN, Francisco (1979), *Teoría y leyes de la conquista*, Cultura Hispánica, Madrid.

MUÑOZ CAMARGO, Diego (2000), *Historia de Tlaxcala*, edición, introducción, notas y glosario de Germán Vázquez, Dastin, Madrid.

O'GORMAN, Edmundo (1979), *Cuatro historiadores de Indias*, Sep Diana, México.

ORIGEN (2000) *de los mexicanos* (Códice Ramírez), edición, introducción, notas y glosario de Germán Vázquez, Dastin, Madrid.

OROZCO Y BERRA, Manuel (1978), *Historia antigua y de la conquista de México*, Porrúa, México, 4 vols.

PLANCY, Collin de (1968), *Diccionario infernal*, introducción de Juan Perucho, Taber, Barcelona.

PROBANZA (1542) *de los buenos servicios y méritos con que sirvió en la conquista de Nueva España la famosa doña Marina*, Archivo General de Indias, Patronato, legajo 56, n.° 3, ramo 4, 58 fols.

ROJAS, José Luis de (2000), «Introducción», en Francisco López de Gómara, *Conquista de México,* edición, introducción y notas de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid, pp. 5-30.

TOMICKI, Ryszard (1986), «Las profecías aztecas de los principios del siglo XVI y los contactos maya-españoles. Una hipótesis», *Xochipilli*, 1, pp. 19-30.

VÁZQUEZ CHAMORRO, Germán (1987), *Moctezuma,* Historia 16/ Quorum/V Centenario, Madrid.

(1987), Antonio de Mendoza, Historia 16/Quorum/V Centenario, Madrid,

—y Fernando CABALLERO (1981), «Sobre la escritura en Mesoamérica», *Revista de arqueología*, n.° 7, pp. 36-44.

—VISIÓN (2000) *de los vencidos,* edición, introducción y notas de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid.

WASSERMAN, Martín (1983), «Montezuma's Pasivity. An Alternative View Without Postconquest Distortions of a Myth», *The Masterkey*, 57 (3), pp. 85-93.

YÁNEZ, Agustín (1939), *Crónicas de la conquista*, introducción, selección y notas por—, UNAM, México.

ITINERARIO DE LA ARMADA
DEL REY CATÓLICO
A LA ISLA DE YUCATÁN, EN LA INDIA,
EN EL AÑO 1518,
EN LA QUE FUE POR COMANDANTE
Y CAPITÁN GENERAL
JUAN DE GRIJALVA

EL ITINERARIO

Su autor

Si, como indica el títuto de la obra, el *Itinerario* fue escrito por el capellán de la armada, la autoría del mismo debe atribuirse obligatoriamente a Juan Díaz, quien desempeñaba tal menester en la expedición.

Vástago legítimo de Alonso Díaz y Martina Núñez, Juan Díaz nació en Sevilla en 1480. Tras pasar a América en 1514, tomó parte en la expedición de Juan de Grijalva, sirviendo posteriormente en las campañas de México y Guatemala. Los cronistas discrepan a la hora de señalar la causa de su fallecimiento, que tuvo lugar en 1549, pues unos afirman que el clérigo *murió de su muerte,* y otros que fue martirizado por los indios de Quecholac. Según la tradición, los restos mortales del presbítero Juan Díaz, capellán de Hernán Cortés y Pedro de Alvarado, descansan en la capilla antigua de la catedral de Puebla[1].

La relación

El *Itinerario de la armada* o, mejor dicho, el *Itinerario de la armada del Rey Católico a la isla de Yucatán en la India, el año de 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva, escrito para Su Alteza por el capellán mayor de la dicha armada,* que tal es su auténtico

[1] Para mayor información sobre Juan Díaz, *cfr.* Jorge Gurría Lacroix, «Estudio», pp. 19-24, en *Itinerario de la armada,* edición al cuidado de Jorge Gurría Lacroix y Alfredo H[ipó]lito, editorial Juan Pablos, Colección Juan Pablos III, México, 1972.

y largo título, reproduce con ligeros cambios el informe oficial de la flotilla que exploró el seno mexicano en 1518. Cuando Diego Velázquez, gobernador de Cuba y patrocinador de la expedición, supo que el oro y las piedras preciosas abundaban en las nuevas tierras, inició de inmediato las gestiones para obtener el derecho a conquistar los territorios descubiertos. El comisionado, un astuto eclesiástico llamado Benito Martín, cumplió el encargo a la perfección: el 13 de noviembre de 1518, una real cédula nombraba a Velázquez gobernador y capitán general de las tierras conocidas como Santa María de los Remedios (Yucatán) y Cozumel.

La rebelión de Cortés, enviado para reconocer el país, impediría que los sueños del flamante gobernador se materializasen. Velázquez, celoso de sus derechos, denunció a don Hernán ante la corte, dando comienzo una guerra judicial, que se prolongaría por espacio de cuatro años. Paralelamente, el procurador velazquista, Benito Martín, lanzó una campaña de propaganda centrada en la difusión del *Itinerario de la armada*, que comenzó apenas el religioso desembarcó en la península:

> *Acordó Diego Velázquez de enviar un clérigo capellán suyo a España con estas muestras del oro que es dicho* y con la relación del viaje que había hecho el capitán Joan de Grijalva, *al serenísimo rey don Carlos, nuestro señor. Y este clérigo fue a Barcelona en el mes de mayo, el siguiente año de mill e quinientos e diez e nueve años, a la sazón que en aquella cibdad llegó la nueva de cómo era Su Majestad elegido por Rey de los romanos e futuro Emperador (e yo me hallé allí en Barcelona en este tiempo). Este clérigo se llamaba Benito Martín, al cual yo conocía muy bien, porque yo le pasé conmigo a estas partes el año de mill e quinientos e catorce a la Tierra Firme*[2].

Aunque los motivos fueran mezquinos, hay que agradecer a Benito Martín sus esfuerzos por transformar un simple documento en un *best seller* literario, pues la obra posee un gran valor, como nos señala Agustín Yáñez:

[2] Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso, BAE, t. CXXVIII, ed. Atlas, Madrid, 1959, vol. II, 1. XVII, c. XIX, p. 148.

Estamos ante una relación de extremado interés, rica en observación y noticias, en pequeños y elocuentes trazos psicológicos, en descripciones de la naturaleza y la cultura indígenas; escrita en un estilo a la vez llano y solemne, nos muestra la intimidad de los expedicionarios, su emoción ante las cosas y costumbres que van descubriendo, su tendencia religiosa y poética, de españoles viejos, a interpretar por modos sobrenaturales cuanto coincide con estados patéticos de ánimo o con sucesos culminantes de la expedición[3].

Ediciones

El *Itinerario de la armada* gozó, como hemos de ver[4], de una gran popularidad en el siglo XVI. Entre 1520 y 1522 aparecieron cinco ediciones de la obra: dos versiones italianas, dos latinas y una alemana[5]. Trece años después, Gonzalo Fernández de Oviedo incluyó en su monumental *Historia general y natural de las Indias* la copia que le proporcionó

[3] Agustín Yáñez, *Crónicas de la conquista*, UNAM, México, 1939, p. 18.

[4] Cfr. *infra*, nota 5.

[5] Primera edición: *Itinerario de Ludovico de Varthema bolognese ne lo Egypto, ne la Siria, ne la Arabia deserta e felice, ne la Persia, ne la India e ne la Ethiopia. La fede, il vivere e costumi de le prefate provincie. Et al presente agiontovi alchune isole novamente ritrovatte*, Venecia, 3 de marzo de 1520. El texto de Díaz, que figura como apéndice, tiene el largo epígrafe de: *Itinerario de l'armata del re catholico in India verso la Isola de Iuchathan del anno M. D. XVIII. Alla qual fu presidente & capitan generale Ioan de Grisalva: El qual e facto per il capellano maggior de dicta armata a sua Altezza* [*Itinerario de la armada del Rey Católico a la isla de Yucatán, en el año 1518, en la cual fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva. Hecha por el capellán de la dicha armada para Su majestad*].

En 1522, la casa Di Rusconi reeditó la obra: *Itinerario de Ludovico de Varthema*... Venecia, 1522.

Segunda edición: *Provincias y regiones recientemente descubiertas en las Indias Occidentales en el último viaje*, Valladolid, 7 de marzo de 1520. (Texto latino.)

Tercera edición: *Carta enviada desde la isla de Cuba, de India, en la cual se habla de ciudades, gentes y animales encontrados nuevamente en el año de 1519*, s. e., s. l., s. d. (Texto italiano.)

Cuarta edición: *De Nuper sub D. Carolo Repertis Insulis, simulatque Incolarum Moribus Enchiridion, dominae Margaritae divi Max[imiliani] Caes[aris] Dicatum*, Basilea, 1521. [*Epítome de Pedro Mártir de las islas recientemente descubiertas bajo el reino de don Carlos y de las costumbres de los habitantes. Dedicado a doña Margarita, hija del ínclito emperador Maximiliano*]. Una edición facsimilar del *Enchiridion* ha sido publicada recientemente por Jorge Gurría Lacroix: *Epítome de Pedro Mártir, de las Islas recientemente descubiertas*, editorial Juan Pablos, México, 1973.

Quinta edición: *Nueva Noticia del país que los españoles encontraron en el año de 1521 llamado Yucatán*, s. l., 18 de marzo de 1522. (Texto alemán.)

su amigo Martín de la famosa relación, si bien el cronista, siguiendo la costumbre de la época, trastocó el orden, modificó la redacción e ignoró citar la procedencia de la fuente[6].

El escrito, tras este brillante inicio, cayó en el más oscuro de los olvidos hasta que, a principios del siglo XIX, un francés interesado por las cosas de América, Henri Ternaux-Compans, lo dio nuevamente a la imprenta[7]. Por desgracia, el manuscrito original se había perdido y el erudito galo tuvo que recurrir para su traducción a uno de los pocos ejemplares del *Itinerario de Ludovico de Varthema* que se conservan[8].

En 1858, el benemérito don Joaquín García Icazbalceta editó la relación del clérigo Díaz en castellano[9]. Años después, esta traducción, basada en dos copias del Varthema, sería aprovechada por Agustín Yáñez, quien la editaría junto con otros textos de la época[10].

Recientemente, Jorge Gurría Lacroix ha publicado una impecable edición del *Itinerario*, que consta de una nota introductoria, la reproducción facsimilar del escrito y, ¡cómo no!, la versión española de Icazbalceta. Toda una rareza bibliográfica que hará las delicias de los bibliófilos[11].

Por lo que respecta a la versión inglesa de la obra, The Cortes Society imprimió en 1942 una completa edición, que incluye todas las traducciones del siglo XVI[12].

[6] Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *La Historia General y Natural de las Indias, islas e Tierra Firme del mar océano*, Juan Cromberger, Sevilla, 30 de septiembre de 1535. El texto del *Itinerario*, más completo que el impreso por Di Rusconi, comprende los capítulos VIII a XVIII del libro XVII.

[7] Henri Ternaux-Compans. *Voyages. Relations et Mémoires originaux pour servir à l'Histoire de la Découvert de l'Amerique, tomo X. Recueil de pièces relatives à la Conquète du mexique.* Arthur Bertrand, París, 1838.

[8] Este volumen perteneció a Hernando Colón y se conservó en la Biblioteca Colombina de Sevilla.

[9] «Itinerario de la armada», *Colección de documentos para la historia de México*, publicada por Joaquín García Icazbalceta, Librería J. M. Andrade, México, 1858, t. I, pp. 281-308.

[10] *Crónicas de la conquista*, introducción, selección y notas por Agustín Yáñez, Universidad Autónoma de México, México, 1939, pp. 19-39. La selección incluye la *Relación de Andrés de Tapia*, la crónica maya de Chac-Xulub-Chen y fragmentos escogidos de Bernal Díaz y Hernán Cortés.

[11] *Itinerario de la armada*, edición al cuidado de Jorge Gurría Lacroix y Alfredo H[ipó] lito, editorial Juan Pablos, Colección Juan Pablos III, México, 1972. [Edición de 500 ejemplares.]

[12] Juan Díaz, *The Discovery of New Spain in 1518 by Juan de Grijalva*, introducción y notas de Henry R. Wagner, The Cortes Society, Berkeley [California], 1942. [Edición de 200 ejemplares.]

Observaciones sobre la presente edición

La edición que el lector tiene en las manos —cuarta en lengua castellana y primera española— presenta una nueva traducción del texto italiano de 1522, lo que no se hacía desde que el benemérito Joaquín García Icazbalceta publicara el *Itinerario* en 1858.

Al respecto, debo señalar que no existen grandes discrepancias de contenido entre la versión de García Icazbalceta y la mía, ya que el cotejo de la edición veneciana de 1522 con la transcripción aparecida en la *Colección de documentos para la historia de México* ofrece variaciones irrelevantes. Sí hay, por el contrario, notables diferencias formales. Mi traducción pretende restaurar el original castellano, mientras que la de don Joaquín, muy correcta pero excesivamente modernizada para mi gusto, se ciñe más al impreso de Rusconi. Quiere ello decir que no me he acercado al texto con esa actitud reverente, *cuasi* servil, que caracteriza a los puristas; por el contrario, sustituyo cuando puedo la forma de expresión del impreso véneto —muy españolizado por cierto— por otra castellana. Del mismo modo, y aunque esto suponga cierta pedantería, he procurado devolver al *Itinerario* el léxico típico del siglo XVI, que el traductor italiano fue incapaz de respetar. Así, por ejemplo, sustituyo el término *schiavi* («esclavos»), que se emplea en varias ocasiones para referirse a los sirvientes antillanos de Grijalva, por el antillanismo *naborías,* que sin dudar sería el utilizado en el original castellano.

Por último, cabe añadir que he colocado entre paréntesis determinadas frases que, a mi entender, son acotaciones del traductor italiano; del mismo modo he utilizado los corchetes para diferenciar ciertas locuciones y palabras imprescindibles para una cabal comprensión del texto. Por supuesto, mi versión, aun cuando se acerque más al original perdido que la de García Icazbalceta, en absoluto debe considerarse definitiva, pues no es sino una traducción tentativa.

Itinerario de la armada del rey católico a la isla de Yucatán, en la India, en el año 1518, en la que fue por comandante y capitán general Juan de Grijalva

El sábado, primer día del mes de mayo de este susodicho año, se partió el dicho capitán de la armada de la isla Fernandina, dende donde emprendió camino para seguir el viaje.

El lunes siguiente, que se contaron tres días de este mes de mayo, vimos tierra, y, llegando cerca de ella, vimos una casa blanca y algunas otras cubiertas de paja en una punta, y un ancón que nacía de un brazo de agua de mar en la tierra, y por ser el día de la Santa Cruz[1], *llamamos así a aquella tierra*[2], y vimos que por aquella parte estaba toda llena de bajíos y escollos, por la cual cosa nos arrimamos a la otra costa, dende donde vimos la dicha casa más claramente: y era una torre pequeña, que parecía ser del largor de una casa de ocho palmos[3] y del altor de la altura de un hombre; y allí surgió la armada, casi a seis millas[4] [de la costa], de donde luego vinieron dos barquillas que [los indios] llaman canoas, y en cada una había tres indios que las gobernaban, los cuales se acercaron a los navíos a un tiro de bombarda, y no quisieron aproximarse más, ni les pudimos

[1] Se trata de la isla de Cozumel, también llamada Isla de las Golondrinas. Cozumel se encuentra en la costa norte de la península de Yucatán.

[2] La frase en cursiva no se encuentra en el impreso italiano. Henri Ternaux la incluyó en la edición francesa, y Joaquín García Icazbalceta hizo lo propio en su versión castellana. Me ha parecido interesante conservarla, pues de lo contrario el texto carece de sentido.

[3] Antigua medida de longitud, equivalente a unos 21 cm.

[4] Medida itineraria utilizada principalmente por los marinos, que equivale a un tercio de la legua, o sea, 1.852 m.

hablar ni saber cosa alguna de ellos, salvo que nos dieron a entender por señas que al otro día, de mañana, vendría a los navíos el cacique, que quiere decir en su lengua el señor del lugar.

Y al otro día por la mañana nos hicimos a la vela para ver una punta que allí aparecía, y dijo el piloto que era la isla de Iuchathan. Entre esta punta y la punta de Coçumel, donde estábamos, encontramos un golfo, en el que entramos, y llegamos cerca de la tierra de la dicha isla de Coçumel, y la andamos costeando desde la dicha primera torre, [y] vimos otras catorce torres de la misma forma.

Y, antes que partiésemos de la torre, tornaron las dichas dos barquillas de indios, en las cuales estaba el señor del lugar, llamado cacique. El cual entró en la nao capitana, y, hablando por el faraute[5], dijo que el capitán fuese a su pueblo, que le haría muchas obsequias; y los nuestros demandaron nuevas de los cristianos que Francisco Hernández, capitán de la primera armada, había dejado en la isla de Iuchathan, y él les respondió que el uno de ellos era vivo y el otro muerto; y, habiéndole[s] dado el capitán algunas camisas españolas y otras cosas, los dichos indios se tornaron a su[s] casa[s][6].

Y nosotros hicimos vela y seguimos la costa para encontrar al dicho cristiano, que fue dejado aquí con un compañero para informarse de la naturaleza y condición de la isla. Y así andábamos apartados de la tierra cosa de un tiro de piedra por tener la mar mucho fondo en aquella costa. Esta tierra parecía muy deleitosa; [y] contamos dende la dicha punta catorce torres de la forma susodicha; y cerca de la puesta del sol vimos una torre blanca que parecía ser muy grande, a la cual nos llegamos, y vimos muchos indios e indias en su derredor que nos miraban, y permanecieron allí hasta que la armada surgió como a un tiro de ballesta de la dicha torre, que nos pareció muy grande; y se oía un grandísimo sonar de atambores entre los indios, que era causado por la mucha gente que mora en la dicha isla.

[5] Juan de Grijalva tenía dos intérpretes, Julián y Melchor. Estos indios, *trastabados de los ojos,* fueron capturados en Poton Chan por los expedicionarios de Francisco Hernández de Córdova *(cfr.* Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* edición, introducción y notas de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000 t. I, c. IV).

[6] Se trata de Alonso Bote y de un *portugués viejo,* dos soldados de Hernández de Córdova capturados en el transcurso del combate que el capitán sostuvo con los habitantes de Poton Chan *(cfr.* Bernal Díaz del Castillo, *op. cit.*, t. I, c. II).

Jueves, a 6 días del dicho mes de mayo. El dicho capitán mandó que se armasen y apercibiesen cien hombres, que entraron en los bateles[7] con el presbítero y saltaron a tierra. Creyeron que saldrían en su contra muchos indios, y así apercibidos y puestos en ordenanza llegaron a la torre, donde no encontraron gente ninguna, ni vieron persona alguna por aquellos alrededores.

Y el capitán subió a la dicha torre juntamente con el alférez con la bandera en la mano[8], que puso en el lugar que convenía al servicio del rey católico; y allí tomó posesión en nombre de su alteza y pidiolo por testimonio; y se fijó por fe y testimonio de la dicha posesión un requerimiento del dicho capitán en una de las paredes de la dicha torre, que era del altor de diez y ocho gradas y toda maciza, y sobre ciento y ochenta pies[9] de circuito, y encima de ella había una torre pequeña del altor de dos hombres, el uno sobre el otro, y dentro tenía ciertas figuras y huesos y cenis, que son los ídolos que adoran (y según su manera se presume que son idólatras).

Estando el capitán con muchos de los nuestros en la torre, entró un indio acompañado de otros tres, que quedaron guardando la puerta, y puso dentro un tiesto con algunos sahumerios muy olorosos, que parecían estoraque[10]. Y este indio era viejo y traía los dedos de los pies cortados, y sahumaba mucho a aquellos ídolos que estaban dentro de la torre, y decía un canto en alta voz, casi del mismo tenor; y a lo que pudimos entender creímos que llamaba a aquellos sus ídolos.

Y [estos indios] dieron al capitán y a otros de los nuestros ciertas cañas largas, del largor de dos palmos cada una, que quemándolas daban de sí un muy suave olor. E incontinenti se aderezó la torre y se dijo misa, y acabada la misa mandó el capitán que al punto se

[7] El impreso italiano da a entender que la armada tenía más de un capellán; pero se trata de un error, ya que en la lista recogida por Bernal Díaz del Castillo *(op. cit.*, t. I, c. VIII) no figura otro eclesiástico distinto de Juan Díaz.

[8] *Alférez* sería la traducción más correcta del término italiano *bandirate*. En el siglo XVI, el oficial encargado de llevar la bandera en infantería o el estandarte en caballería no se denominaba abanderado, sino *alférez*, arabismo procedente de la voz *al-fariz* («el jinete»).

[9] Antigua medida de longitud usada en varios países. El *pie* de Castilla, tercera parte de la vara, se divide en 12 pulgadas y equivale a unos 28 cm.

[10] El *estoraque* es un líquido balsámico de color gris y sabor aromático procedente de la estiracácea *(Styrax officinalis)* o del copalme *(Liquidámbar styraciflua)*. Se emplea mucho en medicina y perfumería.

publicasen ciertos capítulos que convenían al servicio de su alteza. E incontinenti llegó aquel mismo indio que parecía ser sacerdote de los demás; y venían en su compañía otros ocho indios, que traían gallinas, miel, y ciertas raíces con las que hacen pan, que llaman maíz; y el capitán les dijo que no quería sino oro, que en su lengua llaman taquín, y dijo que quería dar a cambio de los rescates que se traían a tal fin. Y estos indios [se] llevaron al capitán, junto con otros diez o doce, y les dieron de comer en un cenáculo todo cercado de piedras y cubierto de paja, y delante de tal lugar había un pozo donde bebió toda la gente. Y a las nueve de la mañana (que a la italiana son cosa de las quince)[11] ya no parecía indio ninguno en todo aquel lugar, y así nos dejaron solos.

Y entramos en aquel lugar, donde todas las casas eran de piedra, y entre otras había cinco con sus torres encima muy gentilmente labradas, excepto tres torres...[12] Los pies sobre los que están edificadas cogen mucho terreno y son macizos, y las plataformas de arriba son pequeñas. Y estos edificios parecen de gran antigüedad, sin embargo también hay [edificios] modernos.

Este pueblo o lugar tenía las calles empedradas con piedra cóncava, de manera que van alzadas de ambos lados, y en medio hacen una concavidad, y aquella parte de en medio de la calle va toda empedrada con cantos grandes. Los vecinos de aquel lugar tenían a lo largo muchas casas, hecho el basamento de piedra y lodo hasta la mitad de los muros, y luego cubiertas de paja. Esta gente del dicho lugar parece ser gente de grande ingenio, según y como se ve en los edificios y en la casas; y, si no fuera porque parecía haber allí algunos edificios modernos, se pudiera presumir que fueran hechos por españoles.

Esta isla me parece muy buena, y diez millas antes que llegásemos a ella percibimos olores tan suaves que era cosa maravillosa. Fuera de esto se encuentran en ella muchos mantenimientos: muchas colmenas, mucha cera y miel; las colmenas son como las de España, salvo que son más pequeñas. Esta isla no tiene otra cosa según dicen [los indios]. Entramos diez hombres cosa de tres o cuatro millas en

[11] En algunas zonas de Italia, el ciclo horario se inicia con la puesta del sol, es decir, a las siete de la noche; de ahí el extraño añadido del traductor italiano.

[12] El pasaje es difícil de comprender. Posiblernente, el cajista omitió componer parte del original.

la tierra adentro, y encontramos pueblos y granjerías separadas las unas de las otras, y muy pulidamente aderezadas. Hay aquí unos árboles llamados jarales[13], de que se alimentan las abejas, hay también liebres, conejos y dicen los indios que hay puercos monteses, ciervos y muchos otros animales de montería, así en esta isla de Coçumel, que ahora llaman de Santa Cruz, como en la isla de Iuchathan, a la cual pasamos a otro día[14].

Viernes, a 7 de mayo. Comenzó a descubrirse la isla de Iuchathan. En este día partimos de esta isla llamada Santa Cruz, y pasamos a la isla de Iuchathan, que está a quince millas del golfo. Y, llegando a la costa, vimos tres pueblos grandes, que estaban separados cosa de dos millas el uno del otro, y se veían en ellos muchas casas de piedra y torres muy grandes y muchos bohíos. Hubiéramos querido entrar en estos lugares, si el capitán lo hubiese permitido; empero, habiéndolo negado, corrimos el día y la noche por esta costa. Y otro día, a la puesta del sol, vimos muy lejos una villa o lugar, tan grande que la ciudad de Sevilla no podría parecer mayor ni mejor; y se divisaba una torre muy grande en él. Y en la costa había muchos indios con dos banderas que subían y bajaban, haciéndonos seña para que fuésemos a ellos, mas el capitán no quiso ir.

Y en este día llegamos a un arenal que estaba junto a una torre, la más alta que habíamos visto, y se veía un lugar muy grande; y había muchos ríos en [aquella] tierra. Y descubrimos una boca ancha rodeada con una palizada hecha por pescadores, donde saltó a tierra el capitán[15]. Y en toda esta tierra no encontramos por donde seguir costeando ni pasar.adelante; por lo cual hicimos vela y tornamos a salir por do habíamos entrado.

Domínica siguiente[16]. En este día tornamos la costa hasta reconocer otra vez la isla de Santa Cruz, donde volvimos a desembarcar en el mismo lugar o villa donde habíamos estado antes, porque nos faltaba agua.

[13] El autor se refiere concretamente a la *jara blanca (Cistus albidus)*. Este arbusto, de flores muy vistosas, produce una resina aromática que se conoce con el nombre de láudano.

[14] Juan de Grijalva denominó a este lugar Sanc Johan Ante Portam Latinam.

[15] En contra de lo afirmado por Joaquín García Icazbalceta, la frase es perfectamente inteligible. Díaz nos dice que Juan de Grijalva desembarcó en el estuario de un río que servía de puerto a los indios.

[16] Los eclesiásticos emplean el término *domínica* para referirse al domingo.

Y desembarcados que fuimos, no encontramos gente alguna, y tomamos agua de un pozo, porque no la hallamos de río. Aquí nos bastecimos de muchos managi[17], que son frutos de árboles de la grandeza y sabor de los melones, y asimismo de ages[18], que son raíces [que son] como zanahorias al comer; y de ungias (que son animales que en Italia se llaman *schirati*[19]. Permanecimos allí todo el martes, e hicimos vela y tornamos a la isla de Iuchathan por la banda del norte.

Y anduvimos por la costa, donde encontramos una muy hermosa torre en una punta, que se dice estar habitada por mujeres que viven sin hombres (créese que serán de la estirpe de las amazonas)[20]; y se veía cerca otras torres que parecían tener pueblos; mas el capitán no nos dejó saltar a tierra.

En esta costa se veía gente y muchas humadas, la una tras la otra; y anduvimos por ella buscando al cacique o señor Lázaro, el cual era un cacique que hizo mucha honra a Francisco Fernández, capitán de la otra armada, que fue el primero que descubrió esta isla y entró en el pueblo[21]. Y dentro del dicho pueblo y asiento de este cacique está un río que se dice Río de Lagartos, y, como estábamos muy necesitados de agua, el capitán nos mandó que saltásemos a tierra para ver si había agua en ella, y no se halló, salvo que se reconoció la tierra.

Y nos pareció que estábamos cerca del dicho cacique y anduvimos por la costa y llegamos a él; y anclamos cosa de dos millas de una torre que estaba en el mar, distante una milla del lugar que habita el dicho cacique. El capitán mandó que se armasen cien hombres con cinco tiros y ciertas escopetas[22] para saltar en tierra otro día, de mañana.

Y toda la noche sonaban en tierra muchos tambores, y se oía

[17] El *mamey (Lucuma mammosa)* es un árbol de la familia de las sapotáceas de gran tamaño y flores blanco rojizas. Su fruto es dulce y muy suave.

[18] El *Cápsicum ánnuum* o *ají* es una especie de pimiento picante, que se usa como condimento y estimulante del apetito.

[19] Mamífero arborícola antillano de figura semejante a la de la rata. Tiene el pelaje espeso, suave y leonado, y es comestible, *Capromys pilorides*.

[20] Esta referencia a las amazonas procede sin duda del caletre del traductor, porque Fernández de Oviedo, que sigue el diario de Díaz casi al pie de la letra, no menciona el asunto, y eso que el tema de las hembras guerreras era uno de sus favoritos (*cfr.* Carlos Alonso del Real, *Realidad y leyenda de las amazonas,* Espasa-Calpe, Madrid, 1967, pp. 157-171).

[21] Se refiere a Francisco Hernández de Córdova.

[22] La escopeta o arcabuz pesaba unos diez kilos y, a semejanza del fusil moderno, tenía percutor y tubo estriado, lo cual permitía que el proyectil mantuviese una línea recta.

una gran grida, como de gente que vela y hace guardia [y] está bien apercibida. Y, al cuarto del alba, saltamos a tierra y nos arrimamos a la torre donde se puso el artillería, y toda la gente al pie de ella; y las espías de los indios estaban cerca mirándonos. Los bateles de los navíos volvieron por el resto de la gente que había quedado en las naves, que fueron otros cien hombres.

Y, aclarado el día, vino un escuadrón de indios; y nuestro capitán mandó a la gente que callase, y a la lengua que les dijese que no queríamos guerra, sino solamente tomar agua y leña, y que incontinenti nos marcharíamos[23]. Y al punto se fueron y volvieron luego ciertos mensajeros, y creímos que la lengua nos engañaba, porque era natural de esta isla y pueblo; [y], pues como viese que hacíamos guardia y que no se podía ir, lloraba, y por esto tomamos mala sospecha.

Al fin, tuvimos que seguir, puestos en ordenanza, hacia otra torre, que estaba adelante; y los indios nos dijeron que no prosiguiéramos y que nos retrayéramos a tomar agua de un peñol que atrás quedaba, que era poca y no se podía coger; y seguimos nuestro camino a la redonda del pueblo, y los indios nos detenían cuanto podían; y así llegamos al fin al pozo donde Francisco Fernández, capitán de la otra armada, tomó agua el primer viaje.

Y los indios llevaron al capitán una gallina cocida y muchas crudas, y el capitán les preguntó si tenían oro para rescatar por otras mercaderías, y ellos trajeron una máscara de madera dorada y otras dos piezas como patenas de oro bajo, y nos dijeron que nos fuéramos, que no querían que tomáramos agua.

En esto, ya tarde, vinieron los indios a regalarse con nosotros, y nos trajeron de aquella raíz con que hacen el pan, y asimismo algunos panecillos de la dicha raíz; mas todavía porfiaban en que nos fuésemos, y toda aquella noche hicieron muy bien su vela y tuvieron su guarda.

Otro día, de mañana, salieron e hicieron tres escuadrones, y traían muchas flechas y muchos arcos, y los dichos indios iban embijados[24]; y nosotros [ya] estábamos apercibidos [para pelear], y [en el ínter]

[23] Al punto, al instante.

[24] El término hace referencia a la costumbre de muchas etnias americanas de decorarse el cuerpo con pinturas o tatuajes. Me parece la traducción más correcta para el *vestiti di colore* del original italiano, Fernández de Oviedo corrobora esta interpretación al afirmar que los guerreros mayas se presentaron a pelear vistiendo exclusivamente sus grandes taparrabos *(cfr.* Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, BAE/Atlas, Madrid, 1959, vol. II, I parte, 1. XVII, c. XI, pp. 126-127).

vinieron un hermano y un hijo del cacique y nos dijeron que nos marchásemos, y la lengua les respondió que otro día nos iríamos y que no queríamos guerra, y así nos quedamos.

En esto, ya tarde, volvieron los indios a vista de nuestro ejército, y toda la gente estaba desesperada porque el capitán no los dejaba pelear con los indios, los cuales aquella noche asimismo hicieron muy bien la guardia.

Y otro día, de mañana, se apercibieron y puestos en ordenanza volvieron a decirnos que nos fuésemos, e incontinenti pusieron en medio del campo un brasero con cierto sahumerio, diciéndonos que nos fuéramos antes que se consumiese aquel sahumerio, que de lo contrario nos darían guerra.

Y acabado que fue el sahumerio comenzaron a flecharnos muy reciamente, y el capitán mandó que se disparase el artillería, con que murieron tres indios, y los nuestros empezaron a perseguirlos hasta que se retrayeron al pueblo, y les quemamos tres bohíos y los ballesteros mataron ciertos indios. Y sucedió aquí un grave suceso, y fue que algunos de los nuestros siguieron la bandera y otros al capitán, y por estar entre muchos [enemigos] hirieron a cuarenta cristianos y nos mataron uno; y cierto es que según su determinación, si no fuera por los tiros del artillería nos hubieran dado bien en que entender. Y así nos retiramos a nuestro real y se curó a los heridos, y no se vio más indio alguno; mas a la tarde vino uno que traía otra máscara de oro, y dijo que querían paz; y todos nosotros rogamos al capitán que nos dejase vengar la muerte del cristiano[25], mas no quiso, antes nos hizo embarcar aquella noche.

Y dende que estuvimos embarcados no vimos más indios, salvo uno solo, el cual se vino a nosotros antes de la batalla, y era esclavo de aquel cacique o señor, según nos dijo. Este [indio esclavo] nos dio señas de un paraje donde dijo que había muchas islas, en las cuales había carabelas y hombres de nuestra suerte, salvo que tenían las

[25] El español muerto se llamaba Juan de Guetaria y, al decir de los cronistas, era *persona principal* (Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *op. cit.*, vol. II, I parte, 1. XVII, c. XI, p. 129).

orejas grandes, y [dijo] que tenían espadas y rodelas, y que allí había otras muchas provincias; y dijo al capitán que quería venir con nosotros, y él no quiso traerlo, de la cual cosa fuimos todos descontentos.

La tierra que corrimos hasta el 29 de mayo, [día] que salimos del pueblo del cacique Lázaro, era muy baja y no nos contentó nada, porque era mejor la isla de Coçumel, llamada de Santa Cruz; y dende aquí reconocimos [la tierra] hasta Champotón, donde Francisco Fernández, capitán de la otra armada, había dejado gente que le mataron, que es un lugar distante cosa de treinta y seis millas del [lugar] de este otro cacique.

Y por esta tierra vimos muchas sierras y muchas barquillas de indios, que llaman canoas, con las cuales tenían pensado darnos guerra. Y como se llegasen a un navío, les tiraron dos tiros de artillería, que les pusieron en tanto temor que huyeron; y dende las naves vimos casas de piedra, y una torre blanca en la ribera de la mar, y el capitán no nos dejó desembarcar en la [dicha] torre.

El último día de mayo encontramos por fin un puerto muy bueno [y] le pusimos por nombre Puerto Deseado[26], porque hasta entonces no habíamos hallado ninguno; y aquí surgimos, y saltó toda la gente a tierra, e hicimos unos ranchos y algunos pozos en la tierra, de donde se sacaba muy buena agua; y aquí aderezamos una nao y la dimos carena, y estuvimos en este puerto doce días, porque es muy deleitoso y tiene mucho pescado; y todo el pescado de este puerto es todo de una suerte: se llama jurel[27] y es muy buen pescado. En esta tierra encontramos conejos, liebres y ciervos.

Por este puerto pasa un brazo de mar en el que navegan los indios con sus barquillas, que llaman canoas. De esta isla pasan a rescatar a Tierra Firme de la India[28], según dijeron tres indios que tomó presos el [capitán] general de [la armada de] Diego Velázquez, los cuales

[26] Hoy Puerto Escondido, Laguna de Términos. Se encuentra entre la isla de Puerto Real y la costa yucateca.

[27] *Zurello* en el impreso de di Rusconi. Como la voz no es italiana, debe suponerse que el traductor optó por italianizar una palabra que desconocía. No se trata de un caso aislado, ya que este tipo de acciones menudean a lo largo del escrito.

[28] El impreso dice *passamo;* pero debe sustituirse por *passano* para que la frase tenga sentido.

afirmaron las cosas arriba dichas; y declararon los pilotos[29] [ante escribano] que aquí se apartaba la isla de Iuchathan de la isla rica llamada Valor[30], que nosotros descubrimos. Y aquí tomamos agua y leña.

Y, siguiendo nuestro viaje, fuimos a descubrir otra tierra que se llama Mulua[31], y a acabar de reconocer aquélla; y comenzamos a 8 días del mes de junio. Y andando la armada por la costa, apartada de la tierra cosa de seis millas, vimos una corriente de agua muy grande que salía de un río [muy] principal, que arrojaba agua dulce sobre seis millas la mar adentro; y no pudimos entrar con esta corriente por el dicho río, al cual pusimos por nombre el Río de Grijalva[32]. Y aquí nos seguían más de dos mil indios y nos hacían señas de guerra. En este puerto, luego que llegamos, se echó al agua un perro, y, como lo vieran los indios, creyeron que harían una gran hazaña [si lo mataran], y dieron tras él y lo siguieron hasta que lo mataron; y también nos flecharon reciamente hasta que asentamos un tiro del artillería y matamos un indio.

Otro día pasaron de la otra banda hacia nosotros más de cien canoas o barquillas, en las que podría haber cosa de tres mil indios, los cuales mandaron una de las dichas canoas para saber qué queríamos. Y la lengua les respondió que buscábamos oro, y que si lo tenían y lo querían dar, que les daríamos buen rescate por ello; y los nuestros dieron a los indios de la dicha canoa ciertas copas y otros útiles de las naves para contentarles, porque eran bien dispuestos. Y uno de aquellos indios que se prendieron en la canoa del Puerto Deseado fue conocido por algunos de los que ahora venían, y trajeron cierto oro que dieron al capitán.

Otro día, de mañana, vino el cacique o señor en una canoa, y dijo al capitán que se entrase en el batel; hízolo [éste] así y el cacique dijo a uno de aquellos indios que traía consigo que vistiese al capitán, [y el dicho indio] le vistió un coselete de oro y ciertos brazaletes de oro, borceguíes hasta media pierna con adornos de oro, y en la cabeza le puso una corona de oro, salvo que la dicha corona era de hojas de oro

[29] La armada tenía cuatro pilotos: Antón de Alaminos, piloto mayor, Juan Álvarez *el manquillo*, Camacho y Sopuerta.

[30] Acaso la actual isla de Puerto Real.

[31] Corrupción del término azteca *culhua* («los que tienen antepasados»).

[32] También llamado Tabasco, sito en el estado mexicano del mismo nombre.

muy sutilmente labrada; y el capitán mandó a los suyos que asimismo vistiesen al cacique, y le vistieron [con un jubón[33]] de terciopelo verde, calzas rosadas, un sayo, unos alpargates y una gorra de terciopelo.

Luego, el cacique pidió que le diesen a aquel indio que traía el capitán, y el capitán no quiso; entonces el cacique le dijo que lo guardasen hasta otro día, que se lo pesaría en oro; y [el capitán] no quiso guardar.

Este río viene de unas sierras muy altas, y esta tierra parece ser la mejor que el sol alumbra; y, si se ha de poblar aquesta tierra, es menester que se haga una villa muy principal; y llámase esta provincia Protontan. La gente es muy galana, tiene muchos arcos y muchas flechas, y usa espadas y rodelas. Y aquí trajeron al capitán ciertos calderillos de oro bajo y manillas y brazaletes de oro. Los nuestros querían entrar en la tierra del dicho cacique, porque creían sacar de él más de mil pesos de oro, pero el capitán no quiso.

Y de aquí se partió la armada y andamos la costa arriba, y encontramos un río con dos bocas, del cual salía agua dulce, y se le puso por nombre San Bernabé, porque llegamos a aquel lugar el día de San Bernabé[34]. Y esta tierra es muy montaraz en su interior (y presúmese que en este río haya mucho oro); y, corriendo la costa, vimos muchas humadas, la una tras la otra, que estaban en la costa a manera de señales[35], y más adelante había un pueblo, y dijo el bergantín que andaba costeando la tierra que había visto en él muchos indios que estaban a la vista de la mar, y que andaban siguiendo la nave, y traían arcos, flechas y rodelas de oro que relucían, y [que] las mujeres [llevaban] brazaletes de oro, campanillas[36] y collares de oro.

Esta tierra junto al mar es baja, y dentro alta y entre montes; y así anduvimos costeando todo el día para encontrar algún cabo, pero no pudimos hallarlo.

Y, llegando cerca de la sierra, encontramos el principio o cabo de una islilla que estaba cabe aquellas sierras, distante de ellos cosa

33 En el impreso italiano falta el nombre de la pieza, que hemos tomado de Oviedo (Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias,* BAE/Atlas, Madrid, 1959, vol. II, I parte, l. XVII, c. XIII, p. 134).

34 En el estado de Tabasco. Hoy en día se le llama Dos Bocas.

35 *Femene* en el original. Debería decir *fumate.*

36 Pequeños adornos con figura de campana.

de tres millas. Y surgimos y saltamos todos a tierra en esta isleta, y la pusimos por nombre la Isla de los Sacrificios; y es isla pequeña y tendrá cerca de seis millas de bojeo.

Encontramos ciertas casas de cal y canto muy grandes, y un pedazo de adarve, asimismo de aquella materia, conforme a la fábrica de un arco antiguo que está en Mérida[37]; y otros edificios con basamentos del altor de la estatura de dos hombres, y de diez pies de ancho, y muy largo; y otro edificio a manera de torre, redondo, de quince pasos de ancho, y en lo alto un mármol como los de Castilla, sobre el cual había una animalia a manera de león[38], que estaba hecha asimismo de mármol, y tenía un agujero en la cabeza, donde metían los sahumerios; y el dicho león tenía la lengua fuera de la boca, y cerca de él había una pileta de piedra en la cual había cierta sangre que parecía tener ocho días.

Y aquí había dos postes de la altura de un hombre y cabe ellos había ciertas ropas labradas de seda[39] a la morisca, de las que llaman almaizares[40]; y al otro lado había un ídolo con un plumaje en la cabeza y la cara vuelta hacia la piedra antedicha, y detrás de este ídolo había un montón de piedras grandes. Y entre estos postes, cerca del ídolo, había dos indios de poca edad muertos [y] envueltos en una manta pintada; y tras las ropas había otros dos indios muertos, que parecía haber tres días que lo fueron, y los otros dos de antes podían llevar muertos cosa de veinte días. Y cerca de estos indios muertos y del ídolo había [ciertos palos con] muchas cabezas y huesos de muerto[41]; y también había muchos haces de leña de pino, y algunas piedras anchas sobre las que mataban a los dichos indios; y allí también había un árbol de higuera y otro que llaman zuara[42], que da fruto.

[37] Se refiere naturalmente al famoso arco de la ciudad extremeña de Mérida.

[38] Los castellanos llamaron *león* o *león americano* al puma *(Puma cóncolor)*.

[39] *Seta* («seda») en el impreso. Como los pueblos americanos no conocían la seda, debemos suponer que el autor se refería a las suaves prendas que los mesoamericanos manufacturaban con hilos de pelo de conejo.

[40] Toca de gasa usada por los pueblos norteafricanos. Por extensión, se denomina *almaizar* a cualquier paño que sirva para cubrir hombros y brazos.

[41] Los *nahua* llamaban a esta macabra construcción *tzompantli* («muro de cráneos»). Fernández de Oviedo describe el *tzompantli* de Isla de Sacrificios con las siguientes palabras: *Más adelante estaban muchos Palos, como el que es dicho que caía sobre la pila, todos hincados en el suelo, e cabe ellos muchas cabezas de hombres humanos y muchos huesos asimesmo, que debían ser de aquellas personas cuyas cabezas allí estaban* (Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, BAE/Atlas, Madrid, 1959, vol. II, I parte, 1. XVII, c. XIV, p. 135).

Visto todo por el capitán y por la gente, quiso ser informado si esto se hacía por sacrificio, y mandó a las naves por un indio que era de esta provincia, el cual, viniendo hacia el capitán, cayó de repente amortecido por el camino, pensando que lo traían para darle muerte. Y llegado que fue a la dicha torre, el capitán le preguntó que por qué se hacía tal cosa en la dicha torre, y el indio le respondió que se hacía a manera de sacrificio; y, según lo que luego se entendió, estos indios degollaban a otros en aquella piedra ancha y echaban la sangre en la pileta, y les sacaban el corazón por los pechos, y lo quemaban y ofrecían a aquel ídolo, y que les cortaban los molledos de los brazos y de las piernas, y que se los comían; y que esto hacían con los enemigos con los que tenían guerra.

Al tiempo que el capitán hablaba, un cristiano sacó de la tierra dos jarras de alabastro [tan primas], que se podían presentar al emperador, henchidas de piedras de muchas suertes. Y aquí hallamos muchas frutas, que son todas de comer.

Y otro día, de mañana, vimos muchas banderas y gente en la tierra firme, y el general mandó al capitán Francisco de Montejo en un batel con un indio de aquella provincia para saber qué querían. Y en llegando, los indios le dieron muchas mantas de colores de muchas suertes y muy lindas; y Francisco de Montejo les preguntó si tenían oro, que les daríamos rescate, y respondieron que a la tarde lo traerían; y con esto el Montejo[43] se tornó a las naves. Y luego, a la tarde, vino una canoa con tres indios, que traían ciertas mantas como las antedichas, y dijeron que otro día traerían mucho oro; y así se fueron.

Y otro día, de mañana, [los indios] parecieron en los arenales con algunas banderas blancas, y comenzaron a llamar al capitán, el cual saltó en tierra con cierta gente; y los indios trajeron muchos ramajes verdes para sentarse, y así todos [los soldados y] el capitán se sentaron; e incontinenti le[s] dieron algunos cañutos con ciertos sahumerios semejantes al estoraque[44] y al benjuí[45], y al punto le[s]

[42] Ignoro de qué árbol se trata.

[43] *Francesco* en el impreso italiano. La costumbre de utilizar el patronímico en lugar del apellido es una práctica habitual en Italia, pero no en España. El original castellano sin duda diría *el Montejo o Francisco de Montejo.*

[44] *Vid. supra,* nota 10.

[45] Se denomina *benjuí* al bálsamo aromático que se obtiene de la corteza del *benjuí* de Java *(Styrax benzoin).*

dieron de comer mucho maíz molido, que son aquellas raíces de que hacen el pan, y tortas y pasteles de gallina muy bien hechos; y por ser viernes no se comieron. E incontinenti trajeron muchas mantas de algodón muy bien pintadas de diversos colores.

Y aquí estuvimos diez días, y los indios todas las mañanas al alborear estaban en los arenales haciendo ranchos para que nos pusiésemos a la sombra; y, si no íbamos presto, se enojaban con nosotros, porque nos tenían muy buena voluntad, y nos abrazaban y hacían muchas caricias. Y a uno de ellos, al que se llamaba Ovando[46], hicimos cacique, y así le dimos autoridad sobre los otros, y él nos mostraba tanto amor que era cosa maravillosa.

Y el capitán les dijo que no queríamos sino oro, y ellos respondieron que lo traerían; y otro día trajeron oro fundido en barras, y el capitán les dijo que trajesen más de aquello. Y otro día trajeron una máscara de oro muy linda, y una figura pequeña a manera de hombre con una mascarilla de oro, y una tiara como la del Santo Padre de oro, y otras joyas y piedras de diversos colores; y trajeron de comer.

Y los nuestros les pidieron oro de fundición, y ellos se lo enseñaron y les dijeron que lo sacaban del pie de aquella sierra, porque se hallaba en los ríos que nacían de ella, y que un indio solía partir de aquí y llegar allá a medio día, y que hasta la noche llenaba un cañuto del grosor de un dedo, y que para encontrarlo se metían en el fondo del agua y sacaban las manos llenas de arena, y que aquí buscaban los granos, que [luego] se metían en la boca (por donde se cree que en aquel lugar hay mucho oro).

Estos indios fundían el oro en una cazuela doquiera lo hallaban, y para fundirlo hacían fuelles con unos cañutos de paja, y encendían con ellos el fuego; y así lo vimos hacer en nuestra presencia. El dicho cacique trajo un mancebo de edad de hasta veinte y dos años a nuestro capitán por presente, y él no quiso tomarlo.

[46] El traductor véneto ofrece aquí una nueva prueba de conocer poco su oficio, porque, además de malinterpretar el sentido de la frase, mutiló el texto original. Según Fernández de Oviedo, entre los indios había dos nobles, *el uno viejo y el otro mancebo, padre e hijo, los cuales, como señores, eran obedescidos* [sic] *de los otros de su compañía* (Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés, *Historia general y natural de las Indias*, BAE/Atlas, Madrid, 1959, vol. II, I parte, l. XVII, c. XV, p. 137).

Ésta es una gente que tiene mucho respeto a su señor, porque, en nuestra presencia, su cacique les daba de palos cuando no nos aparejaban presto los ranchos donde habíamos de estar; y nuestro capitán los defendía, y nos prohibía que trocáramos nuestros rescates por sus mantas; y por esto los indios venían ocultamente y sin temor ninguno a nosotros, y uno de ellos vino libremente a diez cristianos y nos trajo oro y buenas mantas, y nosotros tomamos éstas y dimos el oro al capitán.

Aquí había un río muy principal, donde teníamos asentado el real, y nuestra gente, viendo la calidad de la tierra, tenía pensamiento de poblar el país por fuerza, lo cual pesó al capitán. Y él fue quien más perdió de todos, porque le faltó ventura para enseñorearse de tal tierra, porque se tiene por cierto que en seis meses no se hubiera encontrado quien hallase menos de dos mil castellanos, y el rey tuviera harto más de los dos mil castellanos (que cada castellano vale un ducado y un cuarto)[47].

Y así partimos del dicho lugar muy descontentos por la negativa del capitán; [y] al tiempo que partíamos los dichos indios nos abrazaban y lloraban por nosotros, y trajeron al capitán una india tan bien vestida, que con brocado[48] no podría estar más rica. Y creemos que esta tierra es la más rica y viciosa que hay en el mundo en piedras de gran valor, de las cuales se trajeron muchas piezas, especialmente una que se trajo para Diego Velázquez, que, según su labor, se presume valdrá más de dos mil castellanos. De esta gente no sé qué otra [cosa] decir, porque lo que se vio es tan gran cosa, que apenas se puede creer[49].

De aquí[50] hicimos vela para ver si al fin de aquella sierra se acababa la isla. La corriente del agua era muy fuerte; [y] partimos para allá, y navegamos hacia un paraje asentado bajo la dicha sierra, al que pusimos por nombre Almería por causa de la otra[51], que tiene muchas espesuras y ramajes. De este lugar salieron cuatro canoas

[47] Moneda de oro de Castilla, cuyo valor equivalía a 10 pesetas actuales

[48] Tela de seda entretejida de oro y plata.

[49] El texto italiano dice: *de sta gente non se che dir altro per que quello se visto ne tanto gran cosa che apena se puo credere.* La frase es confusa y se presta a diversas interpretaciones.

[50] De San Juan de Ulúa.

[51] La de España, claro está. El nombre indígena de este territorio era Nauhtlan.

o barquillas de indios, que se allegaron al bergantín que traíamos, y le dijeron que prosiguiese su viaje porque ellos se alegraban de su venida; y con tanto empeño lo demandaban a los del bergantín, que parecía que lloraban, pero a causa de la nao capitana y de las otras naves que venían más atrás no se hizo cosa alguna, ni llegamos a ellos.

Y más adelante encontramos otra gente más fiera; y como vieran los navíos, incontinenti salieron doce canoas de indios de un gran pueblo, que al parecer y visto dende la mar no parecía menor que Sevilla, así en las casas de piedra como en las torres y en grandeza. Y estos indios vinieron a nosotros con muchas flechas y muchos arcos, y derechamente nos vinieron a atacar, y nos querían prender, creyendo ser bastantes para cautivarnos; y después que llegaron y vieron que los navíos eran tan grandes, se alejaron y comenzaron a flecharnos. Y visto esto, el capitán mandó que se descargase el artillería y las ballestas, que mataron cuatro indios y echaron a fondo una canoa, y, por esto, huyeron los dichos indios no atreviéndose a más; y [aunque] queríamos entrar en su pueblo, el capitán no quiso.

En este día, a la tarde, vimos un milagro bien grande, y fue que apareció una estrella encima de la nave después de puesto el sol, y se partió despidiendo rayos de luz a la continua hasta que se puso sobre aquella villa o pueblo grande, y dejó un rastro en el aire que duró más de tres horas largas; y también vimos otras señales bien claras, por donde entendimos que Dios quería que poblásemos aquella tierra para su servicio, y llegando así al dicho pueblo, después de visto el referido milagro, la corriente del agua era tan grande que los pilotos no osaban ir más adelante, y determinaron girar en redondo y dimos vuelta.

Y, siendo la corriente muy fuerte y el tiempo no muy bueno, el piloto mayor puso la proa de la nao [capitana] al mar, y después que hubimos dado la vuelta pensamos pasar delante del pueblo o ciudad de San Juan, que es donde estaba el cacique antedicho, que se llama Ovando; y rompiósenos una entena[52] de una nave, y por esto no dejamos de voltejar[53] por la mar hasta que surgimos para hacer aguada.

En quince días no anduvimos sino cosa de ciento y veinte millas dende que vinimos a reconocer la tierra donde estaba el río de

[52] Verga donde se afirman las velas de las embarcaciones latinas.
[53] Navegar dando tumbos.

Grijalva; y reconocimos otro puerto que se llama San Antón, que le pusimos [este] nombre, porque entramos en él por falta de agua para la conserva. Y aquí estuvimos aderezando la susodicha entena rota y tomando el agua necesaria.

Estuvimos ocho días, y en este puerto encontramos un lugar que se veía de lejos, y el capitán no nos dejó ir, especialmente [después] que una noche garraron[54] ocho navíos[55] y vinieron a chocar los unos contra los otros, y se rompieron ciertos aparejos de las dichas naves. Queríamos permanecer allí, pero el capitán no quiso.

Y, en saliendo de aquel puerto, la nao capitana dio en un bajo y se le rompió una tabla, y después que vimos que se anegaba pusimos una barcada de treinta hombres en tierra. Y llegados que fueron a tierra, vieron cosa de diez indios de la otra parte y traían treinta y tres hachuelas, y llamaron a los cristianos para que fuesen a ellos, haciéndoles señales de paz con las manos, y, según su costumbre, se sangraban la lengua y escupían en la tierra en señal de paz; y dos de nuestros cristianos fueron a ellos y les pidieron las dichas hachuelas, que eran de cobre, y se las dieron de buen grado.

Estando rota la susodicha nao capitana, fue menester desembarcar todo aquello que había dentro, y asimismo toda la gente. Y así, en el dicho puerto de San Antón hicimos nuestros bohíos, que nos fueron de mucho provecho para el mal tiempo, [por]que determinamos quedarnos en el dicho puerto para adobar la nao, que fueron quince días, en los cuales las naborías que traíamos de la isla de Cuba andaban por la tierra y encontraron muchos frutos de diversas suertes, todos de comer.

Y los indios de aquellos lugares traían mantas o ropas de algodón y gallinas de la tierra, y dos veces trajeron oro; pero no osaban venir con seguridad por temor de los cristianos; y nuestras susodichas naborías no tenían temor de ir y venir por aquellos pueblos y la tierra adentro.

Y aquí, cerca de un río[56], vimos que una canoa o barquilla de indios había pasado de la otra banda, y habían traído un mozo y le sacaban el corazón, y lo degollaban ante el ídolo. Y, pasando de la otra banda

[54] Quiere decir que las anclas de los navíos se desprendieron, y éstos navegaron hacia atrás.

[55] La armada estaba compuesta por dos naos llamadas «San Sebastián», las carabelas «Trinidad» y «Santa María de los Remedios», y el bergantín «Santiago».

[56] El río Tonalá.

el batel de la nao capitana, vieron una sepultura en la arena, y cavando hallaron un mozo y una moza que parecían muertos de poco tiempo, [y] los dichos muertos tenían ciertas cadenas con pinjantes[57] en el cuello, que podían valer sobre cien castellanos; y los dichos muertos estaban envueltos en ciertas mantas de paño de algodón a manera de mortaja.

Y cuatro de nuestras naborías se salieron del real y fueron al pueblo de los dichos indios, que les recibieron muy bien en el pueblo, les dieron de comer gallinas de la tierra, y les dieron alojamiento; y les enseñaron ciertas cargas de mantas y mucho oro, y les dijeron por señas que tenían aparejadas las susodichas cosas para traerlas otro día al capitán. Y, pues vieron que era tarde y que era hora de retornar, [los indios] les dijeron que se retornasen a las naves, dando a cada uno dos pares de gallinas, y, si hubiésemos tenido un capitán esforzado, sacáramos de aquí más de dos mil castellanos; y por él no pudimos rescatar bujerías, ni poblar la tierra, ni hacer nada bueno con él.

Después, aderezada la nave, partimos de este puerto y nos metimos en el mar, y se rompió el árbol mayor de una nao y fue menester remediarlo; y, aunque estábamos flacos por la mala jornada y la poca comida, nuestro capitán, que no tenía remedio[58], nos dijo que quería llevarnos a Campoton, que es donde los indios mataron a los cristianos que Francisco Fernández, el susodicho capitán de la otra armada, había llevado a allí.

Y así comenzamos a aparejar nuestras armas con buen ánimo y a poner a punto el artillería. Estábamos distantes del pueblo de Campoton más de cuatro millas; y así saltamos cien hombres en los bateles y fuimos hacia una torre bien alta, que distaba del mar un tiro de ballesta, y nos quedamos a esperar el día. Había muchos indios en la dicha torre, y, después que nos vieron venir, dieron grida y se embarcaron en sus canoas y comenzaron a rodear los bateles, y los nuestros les tiraron algunos tiros de artillería, y ellos se volvieron a tierra y desampararon la torre, y nosotros la tomamos; y así se acercaron los bateles con la gente que quedó en los navíos, la cual saltó toda a tierra.

[57] Colgantes hechos con oro, plata o cualquier otro material precioso.

[58] El texto italiano, dice: *el nro capi, che non tenessimo cura.* El pasaje es ininteligible.

Y el capitán comenzó a tomar el parecer de la gente, y todos con buen ánimo querían entrar a vengar la muerte de los cristianos susodichos y quemar el pueblo; mas después se acordó no entrar, y nos embarcamos hacia el pueblo de Lázaro, y saltamos a tierra y tomamos agua, leña y mucho maíz, que es la susodicha raíz con que hacen el pan, de la cual tuvimos bastante para todo el camino.

Y atravesamos por esta isla e hicimos rumbo al puerto de San Cristóbal, y [no] encontramos un navío que el señor Diego Velázquez había enviado en nuestra busca, creyendo que habíamos poblado en algún lugar; y apartose del camino, que no nos encontró; y [demás de éste] tenía otros siete navíos que nos andaban buscando. Y, cuando supo nuestra venida y que no habíamos poblado la tierra, hubo pena de ello, y mandó a toda la gente que no pasase de esta provincia, proveyéndola de todo el mantenimiento que era neceser; y que al punto, siendo Dios servido, quería que fuésemos tras los otros.

(Después del susodicho viaje, el capitán de la armada escribe al Rey Católico que ha descubierto otra isla llamada Uloa, en la que [se] han hallado gentes que andan vestidas con ropas de algodón, que tienen harta policía y habitan en casas de piedra, y tienen sus leyes y ordenanzas, y lugares públicos diputados para la administración de justicia.

Adoran una cruz de mármol, blanca y grande, que tiene encima una corona de oro, y dicen que en ella murió uno que era más lucido y resplandeciente que el sol.

Son gente muy ingeniosa, y se advierte su ingenio en ciertos vasos de oro y en primorosas mantas de algodón labradas con muchas figuras de pájaros y animales de varias suertes, las cuales cosas dieron los habitantes de la dicha isla al capitán, quien mandó buena parte de ellas al Rey Católico, y comúnmente se las ha tenido como obras de mucho ingenio.

Y es de saber que todos los indios de la dicha isla están circuncisos, por donde se sospecha que cerca de allí se encuentren moros y judíos, [por]que afirman los susodichos indios que allí cerca había gente que usaban naves, vestidos y armas como los españoles, y que una canoa iba en diez días a donde están, y que puede ser un viaje de poco más de trescientas millas.)

Aquí acaba el itinerario de la isla de Yucatán, que fue descubierta por Juan de Grijalva, capitán de la armada del rey de España, hecho por su capellán.

RELACIÓN DE ALGUNAS COSAS DE LAS QUE ACAECIERON AL MUY ILUSTRE SEÑOR DON HERNANDO CORTÉS, MARQUÉS DEL VALLE, DESDE QUE SE DETERMINÓ IR A DESCUBRIR TIERRA EN LA TIERRA FIRME DEL MAR OCÉANO

ANDRÉS DE TAPIA Y SU OBRA

Su autor

Andrés de Tapia, *buen capitán y esforzado soldado,* al decir de Bernal Díaz[1], contaba veinticuatro años cuando se alistó en la hueste cortesiana. Su valor y fidelidad le ganaron la confianza de don Hernán, quien, corriendo el tiempo, le entregó la capitanía de Alonso de Ávila, cuando el oficial partió para Castilla[2].

Este aguerrido leonés participó en hechos tan sobresalientes como el hallazgo de Aguilar, el cautivo cristiano de Yucatán, o la captura del rebelde Cuauhpopoca. Posteriormente, intervino en las querellas entre los cortesianistas y la primera Audiencia, acompañó a don Hernán en su viaje a España, participando con toda seguridad en la malhadada expedición a Argel y, algún tiempo después, volvió a México, donde ocupó los cargos de Contador y Justicia Mayor[3].

Hombre íntegro, responsable y leal en lo anímico, en lo físico era de *rostro algo ceniciento y no muy alegre, y de buen cuerpo, y de poca barba rala*[4].

La obra

La *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy Ilustre señor don Fernando Cortés, marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir*

[1] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. II, c. CCVI.

[2] Ibidem, t. I, c. CXXXVI.

[3] *Diccionario autobiográfico de conquistadores y pobladores de la Nueva España,* sacado de los textos originales por Francisco A. Icaza, *s. e.,* Madrid 1923, t. I, p. 5.

[4] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España,* edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. II, c. CCVI.

tierra en la Tierra Firme del Mar océano es, ante todo y sobre todo, un alegato en favor de Cortés, protector y amigo del militar leonés. El autor, qué duda cabe, muestra una sonrojante falta de objetividad[5]; pero también presenta la pétrea veracidad de los testigos oculares. Más pasional, Agustín Yáñez afirma tajantemente que la dimensión épica de la relación, unida a la ausencia de disgresiones y alegatos personales, la convierten en una pieza muy superior a la historia del viejo Bernal[6].

> *El arrojo heroico y la humana flaqueza* —continúa Yáñez—, *la crueldad bárbara y la cristiana compasión, las penas, los enojos violentos, las alegrías de la victoria se conjugan con fluencia vital, con dramático realismo, en este enjundioso cronicón*[7].

En mi opinión —mediatizada tal vez por los temblorosos fríos que me invaden siempre que debo enfrentarme al *enjundioso cronicón*—, la grandeza del mismo no reside tanto en lo literario como en lo historiográfico. Creo que nos encontramos ante una obra de capital importancia, cuyos datos han sido transcritos con sin par impudicia por una larga caterva de historiadores y cronistas.

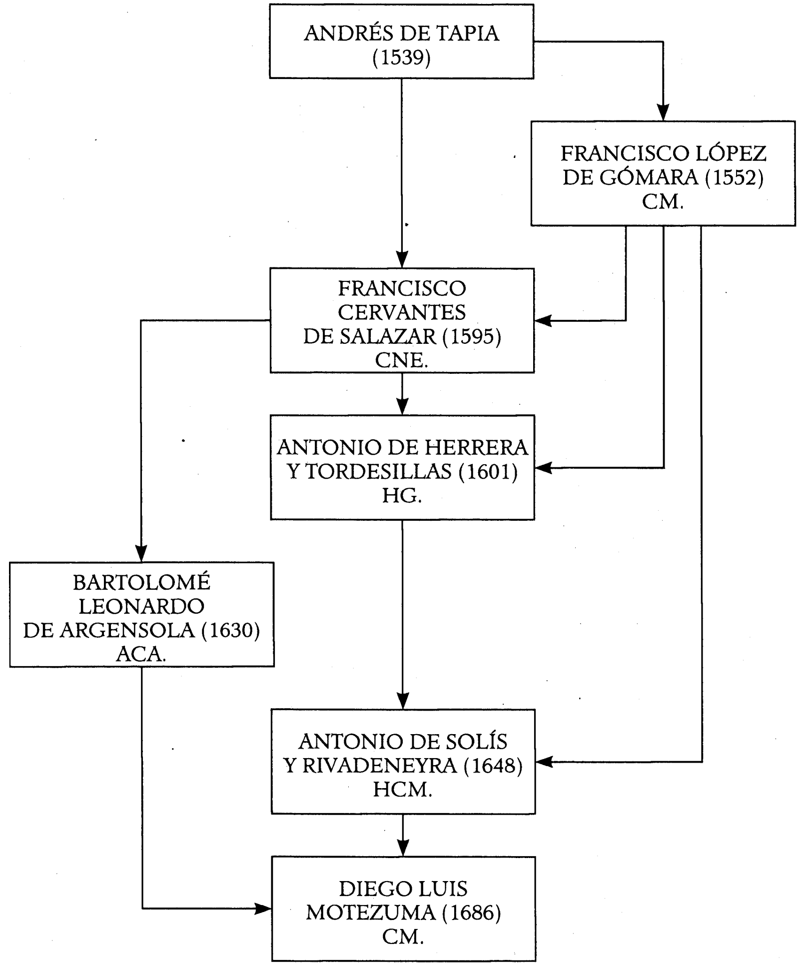
El capellán de Cortés, el tan loado Francisco López de Gómara, no dudó en saquear el triste relato del leonés. El fruto del plagio —la *Conquista de México*— fue a su vez pirateado por otro corsario de Clío, el cronista de la Ciudad de México, Francisco Cervantes de Salazar, quien tuvo que aguantar las imposiciones de don Antonio de Herrera y Tordesillas, una especie de Francis Drake de la historiografía americana. Para no prolongar estas notas, dignas de figurar en la introducción a *Piratas de América,* me limitaré a señalar que el plagio finalizó en el venerable padre Diego Luis Motezuma, un clérigo barroco autor de una surrealista *Corona mexicana* o *Historia de los nueve Motezumas (vid* el cuadro adjunto).

[5] Antonio Ballesteros Beretta, «Fuentes para el estudio de la Conquista de México», Introducción a la obra de A. de Altolaguirre, *Descubrimiento y conquista de México,* Salvat, Barcelona, 1954, p. 41; y Joaquín García Icazbalceta, «Noticia de las piezas contenidas en este volumen», *Colección de documentos para la historia de México,* publicados por Joaquín García Icazbalceta, Librería J. M. Andrade, 1866, II, p. LXII.

[6] Agustín Yáñez [ed], *Crónicas de la conquista,* introducción, selección y notas por Agustín Yáñez, Universidad Autónoma de México, México, 1939, p. 44.

[7] *Loc. cit.*

INFLUENCIA DE LA CRÓNICA DE ANDRÉS DE TAPIA



Siglas.— CM: *Conquista de México.* CNE: *Crónica de la Nueva España.* HG: *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra Firme del mar océano.* ACA: *Anales de la corona de Aragón.* HCM: *Historia de la conquista, población y progresos de la América septentrional conocida por el nombre de Nueva España.* CM: *Corona mexicana o Historia de los nueve Motezumas.*

Hace ya tiempo —en 1942, para ser exactos—, Ramón Iglesia afirmó que Gómara recibió información oral de Tapia[8]. Desde entonces, la especie se ha repetido una y otra vez; mas nadie se ha tomado la molestia de profundizar en el tema. Tal vez porque resulta poco placentero cotejar la tremebunda prosa de Tapia con las pulidas y soporíferas páginas de Gómara. El último editor de la *Conquista de México,* por ejemplo, tras citar un pasaje del capellán, donde admite haber recibido información del leonés[9], dice:

> *No conocemos la fecha en la que Tapia escribió, ni si Gómara leyó el relato, pero es cierto que se asemejan bastante*[10].

Tan cierto es que algunos pasajes se parecen como dos gotas de agua. He aquí un ejemplo.

> *De fuera de este hueco estaban dos ídolos sobre dos basas de piedra grande, del altor las basas de una vara de medir, y sobre éstas dos ídolos del altor de casi tres varas de medir cada uno;* [y] *serían del gordor de un buey cada uno; eran de piedra de grano bruñida, y sobre la piedra cubiertos de nácar, que es conchas en que las perlas se crían, y sobre este nácar, pegado con betún a manera de engrudo, muchas joyas de oro, y hombres y culebras y aves e historias hechas de turquesas, pequeñas y grandes, y de esmeraldas y amatistas, por manera que todo el nácar estaba cubierto, excepto en algunas partes donde lo dejaban para que hiciese labor con las piedras. Tenían estos ídolos unas culebras gordas de oro ceñidas, y por collares cada diez o doce corazones de hombre, y por rostro una mascarilla de oro, y ojos de espejo, y tenía*[n] *otro rostro en el colodrillo, como cabeza de hombre sin carne*[11].

[8] Ramón Iglesia, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés,* El Colegio de México, México, 1980, p. 118.

[9] El pasaje en cuestión reza así: *Andrés de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbría las contaron un día, y hallaron ciento treinta y seis mil calaveras en las vigas y gradas* (Francisco López de Gómara, *Conquista de México,* edición, introducción y notas de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid, 2000.

[10] José Luis de Rojas, «Introducción», en Francisco López de Gómara, *Conquista de México,* edición, introducción y notas de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid, 2000.

[11] *Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés.*

Hasta aquí Andrés de Tapia. Veamos a continuación lo que escribe López de Gómara:

> *Eran de piedra, y del grosor, altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de zacotl, y aves, sierpes, animales, peces y flores, hechas como mosaico, de turquesas, esmeraldas, caledonias, amatistas y otras piedrecillas finas que hacían bonitas labores, descubriendo el nácar. Tenían por cintura sendas culebras de oro gruesas, y por collares diez corazones de hombres cada uno, de oro, y sendas máscaras de oro con ojos de espejo, y al colodrillo gestos de muerto*[12].

Se nota el superior estilo del mundano clérigo; pero también que tuvo a la vista el texto modificado. Queda claro, por tanto, que Francisco López no sólo conoció la relación del soldado leonés, sino que la manejó cuando pergeñaba su *Conquista de México*[13]. En mi opinión, Gómara, que conoció a Tapia en Argel, pidió al leonés que recogiera por escrito los datos que le proporcionó oralmente. El disciplinado conquistador así lo hizo, y el capellán dispuso de una rica fuente de información, que manejó a su antojo cuando las circunstancias lo exigieron. De lo expuesto se desprenden dos deducciones. De un lado, que la relación de Tapia no es sino una noticia, un apuntamiento, un apunte, como confirma la temporalidad del escrito, la rápida redacción, a caballo entre el castellano y el cerrado leonés, los graves errores estructurales, y otros detalles menores. Del otro, que la crónica se redactó en el período que va desde el regreso de Tapia a la península (1540) hasta su vuelta a México, fecha que lógicamente debe situarse antes de 1547, año en que muere el marqués del Valle.

Ediciones

Por razones que me son del todo incomprensibles, la relación del capitán Andrés de Tapia sólo tiene dos impresiones en lengua castellana. La primera edición se debió a los desvelos de Joaquín García Icazbalceta, quien publicó una copia autorizada del escrito en su *Colección de do-*

[12] Francisco López de Gómara, *Conquista de México*, edición, introducción y notas de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid, 2000.

[13] *Cfr. infra*, apéndice II.

cumentos para la historia de México[14]; la segunda a Agustín Yáñez, que incluyó una versión modernizada en la obra *Crónicas de la conquista*[15]. A ellas debe sumarse una traducción inglesa publicada en una antología titulada *The Conquistadors*[16].

Criterio editorial

Don Joaquín García Icazbalceta, editor purista y ortodoxo, respetó el infernal estilo del original; pero, como a mí me interesa más el lector que el autor, no he tenido escrúpulos a la hora de modernizar el texto, evitando con ello la tortura que supone la lectura de párrafos como el que sigue:

> *E visto que a todo esto el marqués les satisfacía, hicieron a los mismos del pueblo que dijesen que do Muteczuma estaba habie mucho número de leones e tigres e otras fieras, e que cada que Muteczuma quirie las hacie soltar, e bastaban para comernos e despedazarnos.*

He eliminado, pues, la cerrada fonética leonesa, modificado las construcciones dislésicas y corruptas, y destrabado las contracciones. Respeto, empero, algunos arcaísmos y, sobre todo, los *dequeísmos,* ese vicio gramatical tan frecuente en nuestros días.

Para facilitar la lectura, he dividido la relación en párrafos. Tanto el título como los rótulos, que van entre corchetes, son factura mía.

Respecto a los términos *nahua,* reproduzco la grafía de Tapia, que es bastante correcta y poco vacilante, pues sólo he podido observar dudas en la palabra *Cholula,* transcrita también como *Chitrula y Cherula.*

[14] «Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México», *Colección de documentos para la historia de México,* publicada por Joaquín García Icazbalceta, Librería J. M. Andrade, México, 1866, t. II, pp. 554-594. El trasunto fue compulsado por José M.ª Escudero, archivero-bibliotecario de la Real Academia de la Historia, el 31 de agosto de 1859.

[15] *Crónicas de la conquista,* introducción, selección y notas por Agustín Yáñez, Universidad Autónoma de México, México, 1939, pp. 45-96. La selección, incluye el *Itinerario de la armada* del P. Juan Díaz, la crónica maya de Chac-Xulub-Chen y fragmentos escogidos de Bernal Díaz y Hernán Cortés.

[16] Tapia, Andrés de, «The Chronicle of Andrés de Tapia», *The conquistadors* (prefacio por Howard H. Cline, nota introductoria por Patricia de Fuentes), Orion Press, New York, 1963.

Relación de algunas cosas de las que acaecieron al muy ilustre señor don Hernando Cortés, marqués del Valle, desde que se determinó ir a descubrir tierra en la Tierra Firme del Mar Océano[1]

[Cómo el señor marqués del Valle se partió de la isla de Cuba, y de las dificultades que para bastecerse tuvo.]

El cual salió de la isla de Cuba, que es en las dichas Indias, y fue al puerto de la Villa Rica de la Veracruz, que es el primer nombre que puso a una villa que pobló y fundó en lo que él después llamó Nueva España.

Llevaba el dicho marqués una bandera de unos fuegos blancos y azules y una cruz colorada en medio; y la letra de ella era: *Amici, sequamur crucem, et, si nos fidem habemus, vere in hoc signo vincesus*[2].

[1] Joaquín García Icazbalceta, primer editor de la relación de Tapia, puso al escrito un título muy en consonancia con los gustos decimonónicos: *Relación hecha por el señor Andrés de Tapia sobre la conquista de México*. Como no hay razones objetivas para conservarlo, he preferido sustituirlo por el párrafo que encabeza el escrito.

[2] *Amigos, sigamos la Cruz, y, si tenemos fe verdadera, con este signo venceremos*. Por su parte, Bernal Díaz del Castillo dice al respecto: *Mandó hacer estandartes y banderas labradas de oro con las armas reales, y una cruz de cada parte* juntamente con las armas de nuestro rey y señor, *con un letrero* en latín *que decía: «hermanos, sigamos la señal de la Santa Cruz con fe verdadera, que con ella venceremos»* (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000, t. I, c. XX [redondas del editor]). La frase, recuerdo de aquella otra que figuraba en el lábaro de Constantino, da pie para afirmar que Cortés nunca tuvo en mente seguir las instrucciones de Diego Velázquez, quien le impidió expresamente cualquier acción conquistadora.

Salió de la dicha isla de Cuba el dicho señor marqués no tan bastecido cuanto él quisiera para seguir su viaje, y fuese por de largo de la dicha isla de Cuba a un puerto que en ella está, que se llama Macaca, donde hizo hacer cierto pan de raíces, que se dice yuca, que nacen sembrándolo en unos montones de tierra y salen como nabos, las cuales raíces, antes de ser desmenuzadas y cocidas en cierta manera son ponzoña y tóxico, y después de ralladas y estrujadas y cocidas, es pan y razonable mantenimiento[3]. Y de aquí, de este puerto, despachó ciertos navíos a la punta de la isla, y otro navío a otra isla que se llama Jamaica, con cosas de bastimentos de Castilla y con algún oro para que le mercasen[4] de ello de este pan que hemos dicho, y tocinos de puerco, porque en aquella isla lo había al presente más que en la isla de Cuba. Y asimismo tuvo aviso que un navío de un vecino de Cuba venía cargado de este pan para irlo a vender a cierta parte donde se cogía oro en la dicha isla; y mandó a ciertos de su compañía que fuesen en busca del dicho navío, y por fuerza o de grado lo trajesen a la punta de la isla, que es do[nde] él había mandado ir sus navíos. Lo cual fue hecho así como el dicho marqués lo mandó. De esta manera algún tanto[5] basteció su armada; y pagó en ciertas joyas de oro lo que valía el bastimento y navío que así tomó. Después de lo cual, el dicho marqués anduvo perdido quince o veinte días entre unos bajíos e islotes; y al fin fue a la villa de San Cristóbal del puerto de la Habana, que es en la isla de Cuba, donde mercó [bastimentos] de uno que tenía los diezmos[6] de la dicha isla arrendados y de otro que era receptor de unas bulas[7], y en precio de ellas le daban tocinos y pan, porque en aquella parte no se coge oro. Y de esto se acabó de bastecer, con algún otro bastimento que después mercó a los dichos vecinos, y lo fue a tomar a otro puerto que se dice Guaniguanico, que es en la misma isla de Cuba.

[3] Algunas especies de mandioca, especialmente la *mandioca brava o cazabe (Manihot esculenta)*, reciben el nombre de *yuca*. Este antillanismo designa una planta liliácea sin ninguna relación con la mandioca.

[4] *Mercar:* comprar mercancías sin dinero.

[5] Algo, un poco.

[6] Derecho real que consistía en percibir el 10 por 100 del valor de las mercaderías que se traficaban en los puertos.

[7] Documento pontificio expedido por la Cancillería Apostólica, relativo a la concesión de gracias o privilegios eclesiásticos.

[Cómo aportamos a Aquçamil, y cómo era el ídolo que los naturales adoraban.]

En el dicho puerto de Guaniguanico juntó el dicho señor marqués del Valle sus navíos, y repartió por ellos el bastimento que había y la gente e hizo capitanes, a los cuales dio sus instrucciones según le pareció que debían seguir las derrotas, y para cómo se habían de regir y gobernar la gente que cada uno llevaba. Y luego que se desabrazó de la isla, dio en su armada un temporal que derrotó los navíos, y por la instrucción que les había dado de por do[nde] habían de navegar aportaron todos a una isla pequeña que en la mar se halló, cerca de la tierra firme, a quien los indios de ella llaman Aquçamil[8], y de todos los navíos no faltó más de uno, de[l] que después diremos.

En la dicha isla se hallarían como dos mil hombres, y la isla será de cinco leguas[9] por lo más largo y una y media o dos de ancho.

Adoraban la gente de ella en ídolos, a los cuales hacían sacrificios, [en] especial a uno que estaba en la costa de la mar en una torre alta. Este ídolo era de barro cocido y hueco, pegado con cal a una pared, y por detrás de la pared había una entrada secreta por do[nde] parecía que un hombre podía entrar y envestirse el dicho ídolo; y así debía ser, porque los indios decían, según después se entendió, que aquel ídolo hablaba.

En esta isla se halló delante del ídolo, abajo de la torre, una cruz de cal de altor de estado y medio[10] y un cerco de cal y piedra almenado alrededor de ella, donde los indios decían que ofrecían codornices y sangre de ellas y quemaban cierta resina a manera de incienso, y que esto hacían cuando tenían necesidad de agua y haciéndolo llovía.

[Cómo el que esto escribe topó con un cristiano, que estaba cautivo en poder de los indios.]

[8] Se trata de la isla de Cozumel, también llamada Isla de las Golondrinas. Su descubridor, el capitán Juan de Grijalva, la bautizó con el nombre de Isla de Santa Cruz.

[9] Medida itinerante que en Castilla era de 20.000 pies o 6,666 varas y 2 tercias. Equivale a 5,572 m y 70 cm.

[10] El *estado* es una medida longitudinal tomada de la estatura regular de un hombre, que se usa para medir alturas o profundidades. Equivale a 7 pies o, lo que es lo mismo, a 1,95 m.

En esta isla se entendió por señas, o como mejor se pudo entender, que en la tierra firme que estaba frontera de esta isla había hombres con barbas como nosotros, hasta tres o cuatro.

El señor marqués del Valle dio ciertas joyas y cosas de rescate de las que él llevaba a un indio porque llevase una carta a aquellos cristianos, y con este indio envió un bergantín, cuatro bateles y un capitán; y porque el indio decía que estaba[n] cerca de la costa de la mar les escribió en la carta que aquellos bajeles los esperarían cinco días y no más; y con esto se fueron el bergantín y [los] bajeles, y estuvieron ocho días, y el indio que llevó la carta volvió a nuestra gente e hizo señas que no querían venir, y así se volvieron todos a la dicha isla. Y luego el dicho señor marqués mandó embarcar toda su gente, y se embarcó e hizo señal que todos hiciesen vela, y así lo hicieron. Y [de] improviso se tornó el viento tan contrario, que fue necesario tornar al puerto sin poder hacer otra cosa, y tornarse a desembarcar.

Y otro día, estando en un navío el que esta relación da y otros ciertos gentileshombres[11], vieron venir por la mar una canoa, que así se llama, que es en lo que los indios navegan y es hecha de una pieza de un árbol cavada, y, reconociendo que venía a tomar tierra en la isla, salieron del navío en tierra y por la costa se fueron lo más encubiertamente que pudieron, y, llegando adonde la canoa quería tomar tierra, y la tomó, vieron tres hombres desnudos[12], tapadas sus vergüenzas, atados los cabellos atrás como mujeres, y sus arcos y flechas en las manos. Y les hicimos señas que no obiesen miedo, y el uno de ellos se adelantó y los [otros] dos mostraban haber miedo y querer huir a su bajel, y el uno les habló en lengua que no entendimos y se vino hacia nosotros, diciendo en nuestro castellano: «Señores, ¿sois cristianos, y cuyos vasallos?» Dijímosle que sí, y que del rey de Castilla éramos vasallos.

Alegrose y rogonos que diésemos gracias a Dios, y él así lo hizo con muchas lágrimas, y, levantados de la oración, fuimos caminando

[11] Según Sebastián de Covarrubias, *Gentil hombre de un señor es el que le sirve con capa y espada, en buena edad, porque, si es viejo, le llamamos escudero* (Sebastián de Covarrubias, *Tesoro de la lengua castellana o española,* Turner, Madrid, 1984). Andrés de Tapia emplea esta acepción, y no la que figura en el Diccionario de la Real Academia.

[12] El párrafo es confuso. Debería decir: *y, llegando adonde la canoa quería tomar tierra, ésta la tomó y vieron tres hombres desnudos.*

al real y él llevó los dos compañeros suyos, que eran indios, consigo, y por el camino nos fue diciendo que había diez años que, yendo en un navío por la mar, no sabe a qué parte, mas de que habían partido de la isla de Santo Domingo[13], y, yendo a la Tierra Firme, hacia las Perlas[14], se les abrió el navío, y que trece hombres de él tomaron el bajel y le pusieron una vela, y corrieron donde el viento los quiso llevar.

El navío se fue a fondo con los demás, y que a ellos los había llevado Dios a aquella tierra, y que él había trabajado de contentar a un señor indio en cuyo poder había estado, y otro español había tomado por mujer a una señora india, y que a los demás los indios los habían muerto; y que él sintió del otro su compañero que no quería venir por otras veces que le había hablado diciendo que tenía horadadas las narices y orejas y pintado el rostro y las manos; y por esto no lo llamó cuando se vino[15].

[13] Andrés de Tapia quiere decir que el castellano desconocía el nombre del puerto dominicano.

[14] Archipiélago panameño situado en el golfo del mismo nombre. Los castellanos crearon un importante centro perlero, en la zona, que dio nombre al archipiélago.

[15] Gonzalo Guerrero, el hombre que *tenía horadadas las narices y orejas,* es una de las figuras más apasionantes y controvertidas de la historia de América. Honrado por los mayas del Yucatán y odiado por los castellanos, que le consideraban *muy peor que un indio,* este polémico marinero de Palos sigue siendo un gran desconocido, aunque en el México actual abunden las estatuas en su honor.

Su historia comenzó en 1511. Ese año, una nao que huía del Darién, convulsionado en aquel entonces por el conflicto entre Vasco Núñez de Balboa y Diego de Nicuesa, se fue a pique cerca de Jamaica. Los supervivientes lograron botar el esquife de la nave y arrastrados por los vientos, llegaron a las costas yucatecas. Una vez en tierra, los náufragos cayeron en manos de un gobernante, quien sacrificó de inmediato a cinco de los cautivos, *y después se los comió, haciendo fiesta y plato de ellos a otros indios* (Francisco López de Gómara, *Conquista de México,* edición, introducción y notas de José Luis Rojas, Dastin, Madrid, 2000). Los restantes presos, que no tenían ninguna gana de seguir el camino de sus infelices compañeros, huyeron hacia el sur, donde un señor, enemigo del anterior, les dio asilo. Víctimas de los malos tratos y de las privaciones, los fugados murieron con el correr del tiempo. Al final, sólo dos salvaron la vida, el marinero Guerrero y un eclesiástico llamado Jerónimo de Aguilar. El primero, al parecer hombre belicoso y pendenciero, se había ganado la confianza de Na Chan Can, señor de Chetumal, hasta tal punto que el maya le nombró jefe de guerra, concediéndole además la mano de su hija; el segundo, por el contrario, vivía en la miseria de la esclavitud.

Encumbrado a una posición que jamás soñó alcanzar, el rústico nauta se esforzó cuanto pudo en complacer a su cobrizo suegro. Así, en 1517, Guerrero aconsejó a Na Chan Can que atacase a la expedición de Hernández de Córdova. Con aquel acto, verdadero paso del Rubicón, el andaluz rompía definitivamente los lazos que le unían con sus compatriotas, vinculando su futuro al de los mayas de Chetumal. Por eso, no resulta extraño que Gonzalo renunciara a incorporarse a la hueste cortesiana cuando Cortés pasó por allí, aduciendo que tenía obligaciones familiares y *—last but not least—* el rostro desfigurado con tatuajes y escarificaciones. Don Hernán, buen conocedor de la frágil naturaleza humana, optó por

El señor marqués se holgó mucho con este español, el cual servía de intérprete[16], y con él hizo llamar los indios de la isla y les predicó e hizo amonestaciones y les rogó que derribasen sus ídolos, y lo hicieron de buena voluntad al parecer, y le pidieron imágenes, y se las dio de Nuestra Señora la Virgen María, y puso e hizo poner por toda la isla en partes y en la torre donde estaba el ídolo cruces, dando a los indios de lo que él tuvo que veía que les parecía bien; y así se partió de la dicha isla. Y después supimos que, cuando por allí algún navío venía, los indios salían a él en una canoa con una imagen de Nuestra Señora y le daban de lo que tenían.

ignorar el asunto del renegado, no sin antes afirmar que le gustaría vérselas con un hombre que, según el capitán, *jamás será bueno.* Los acontecimientos posteriores dieron la razón a Cortés. Gonzalo Guerrero combatió incansablemente a los españoles, cuando éstos iniciaron la conquista del territorio maya, y les infligió serias derrotas. No contento con mantenerse a la defensiva, el renegado marinero organizó una gigantesca expedición naval para auxiliar a los rebeldes mayas de las Hibueras; expedición que le sería fatal. En la noche del 13 de agosto de 1536 murió de un arcabuzazo.

Técnicamente, la vida de Gonzalo Guerrero es un curiosísimo y raro caso de lo que los doctos en la materia denominan *aculturación inversa,* esotérico término que designa el proceso de contacto cultural en el cual domina la cultura más sencilla. Sobre las razones que impulsaron al gaditano a adoptar las costumbres mayas hay, y habrá, disparidad de criterios. Recientemente, un autor ha señalado que Guerrero tomó partido por los mayas porque supo captar *la armonía y belleza de un mundo que los europeos estaban a punto de arruinar para siempre.* Ojalá hubiera sido así, pero quien escribió tan bella frase se dejó guiar por los impulsos del corazón, ignorando los dictados de la razón. En mi opinión, Gonzalo Guerrero actuó de la misma manera que lo hubiera hecho cualquier persona educada en la dura escuela de la miseria, la opresión y el hambre. Criado entre *baja e vil gente,* el gaditano no creía en nada, salvo en él mismo. Por eso, cuando las aguas del Caribe le arrojaron a las costas yucatecas, su instinto de conservación, libre de ataduras éticas, le permitió amoldarse con gran rapidez a la vida mesoamericana, mientras que Aguilar sufrió un choque más brusco. Después, el instinto de supervivencia dejó paso al de conservación. Guerrero había pasado de explotado a explotador y, desde luego, no estaba dispuesto a perder su condición de oligarca. La historia de Gonzalo Guerrero no es pues un canto a la libertad, la tolerancia y el anticolonialismo, como afirman los progresistas de salón; ni el relato de un siniestro trepador al estilo los renegados berberiscos que tiñeron de sangre el Mediterráneo. Es, sencillamente, la historia de un hombre a quien la sociedad exigió fidelidad sin concederle nada antes; una historia por demás conocida y de rabiosa actualidad.

[16] Así en el original.

[Cómo hallamos un navío que nos faltaba, y lo que acaeció a los que en él iban.]

Partió el dicho señor marqués con su armada de esta isla algo llegado a la tierra firme en busca del navío que le faltaba; y, yendo por la derrota que había mandado seguir, halló en un portezuelo el navío que le faltaba, el cual navío tenía por la jarcia de él mucho número de pellejas de conejos y liebres, y algunos pellejos de venados pequeños y grandes. Y dijeron los españoles del dicho navío que luego que allí llegaron vieron andar un perro español por la costa y ladraba hacia el navío; y cómo[17] saltaron en tierra el capitán del navío y algunos españoles vieron una lebrela de buen talle, y se vino a ellos y los halagaba, y se volvió al monte y les comenzó a traer conejos, y con esta lebrela cazaban los días que allí estuvieron, y tenían hecha alguna cecina[18] de conejos y venados.

[Cómo el señor marqués llegó a la Isla de las Mujeres, y lo que en ella nos sucedió.]

De aquí partió el señor marqués y fue a la punta que llamó de las Mujeres, porque todos los ídolos que en unas salinas que ende[19] estaban eran a manera de mujeres[20].

Allí estuvo dos días por falta de buen tiempo, y yo vi que en el navío donde yo estaba tomamos un pescado que llaman tiburón, que es a manera de marrajo[21], y según pareció había comido todas las raciones que daban de carne a los soldados y personas que iban en

[17] Debería decir *cuando*.
[18] Tiras de carne en salazón ahumadas o desecadas al sol.
[19] Arcaísmo, *en aquel lugar*.
[20] En la isla de Cozumel había un santuario consagrado a la diosa Ix Chel («Arco Iris»), patrona de la medicina, el tejido, la procreación y el amor. Este centro religioso era famoso por su oráculo y a él acudían masas de fieles procedentes de los más remotos rincones del Mayab.
[21] El *marrajo (Isurus oxyrhyncus)* es un escualo de hasta 4 m de longitud y 1.500 kg de peso, que vive en las regiones cálidas del Atlántico. Tiene el hocico muy puntiagudo y el dorso de color gris azulado.

la armada, que, como era de puerco salada para la echar en mojo[22], cada cual la ataba al bordo de su navío en el agua. Y tomámosle en nuestro navío con un anzuelo y con ciertos lazos que le echaron por la veta[23] do[nde] iba el anzuelo; y, no pudiéndolo subir con los aparejos, porque daba mucho lado al navío, con el batel lo matamos en el agua, y como pudimos lo metimos a pedazos en el batel y en el navío con los aparejos, y tenía en el cuerpo más de treinta tocinos de puerco y un queso y dos o tres zapatos y un plato de estaño, que pareció después haberse caído el plato y el queso de un navío que era del adelantado Alvarado, a quien el señor marqués había hecho capitán de un navío de los de su armada.

Eran los navíos que llevaban trece e irían en toda la armada quinientas y sesenta personas. Los navíos eran el mayor de hasta cien toneles[24], y otros tres de sesenta hasta ochenta toneles; de los demás de allí abajo, pequeños. La carne que se sacó del pescado [la] comimos, porque estaba más desalada que la otra y sabía mejor.

[Cómo llegamos a la provincia de Tabasco, y las guerras que hubimos con los naturales de ella.]

De aquí partió el armada y fue a un río, que llaman Tabasco a la provincia por do[nde] él pasa.

Dejó los navíos mayores fuera, en la mar, y metió la gente y artillería en los bajeles más pequeños y entró con ellos por el río donde le salieron ciertos indios de guerra, y con el intérprete les habló y prometió de no les tomar cosa alguna, ni consentirles hacer mal si lo recibiesen de paz y le escuchasen la razón porque allí era venido.

Ellos tomaron de término para responder hasta otro día de mañana y el dicho señor marqués se estuvo con su gente en sus bateles en una islitilla que el río hacía, y según pareció pedían el término para alzar su ropa[25].

[22] Arcaísmo, *remojo*.
[23] Cuerda, hilo.
[24] Antigua medida para el arqueo de las embarcaciones, que equivale a 5/6 de tonelada.
[25] Locución arcaica sinónima de *prepararse, alzarse en armas*.

Otro día, como a las diez, el marqués llegó [con] su gente junto a la tierra en los bateles y los indios se mostraban de guerra con sus arcos y flechas y varas y tiraban hacia los bateles, y el marqués les tornó a requerir muchas veces que le recibiesen de paz, y que se lo rogaba tanto, porque sabía que habían de ser destruidos si otra cosa hacían, y no quisieron sino amenazarnos que si saltábamos en tierra que nos matarían. Y así saltamos y ganóseles el pueblo, y en un patio de aposentos de la gente que servía a los ídolos del dicho pueblo se aposentó el dicho señor marqués y su gente; y, después de recogida, puso esa noche guarda en su real, y por la mañana envió por tres partes alguna de su gente por caminos anchos que de[l] pueblo salían, los cuales iban a buscar algunas cosas de yerbas y frutas para comer, y los caminos los llevaron a los unos y a los otros a las labranzas de los de aquel pueblo, y hallaron alguna gente con quien pelearon y trajeron ciertos indios. Y, llegados al real, dijeron cómo ellos se andaban juntando para nos dar batalla y pelear a todo su poder para nos matar y comernos; y que estaba acordado entre ellos que, si los cristianos los vencían, de servirlos dende en adelante como a señores, lo cual se entendió por el intérprete español de quien ya dijimos.

El señor marqués les habló y los envió por mensajeros, y los aseguró de que, si quisiesen no pelear, se les haría muy buen tratamiento y él los tendría como a sus hijos y no volvieron con respuesta, mas de que alguna gente que andaba de guerra entre unas acequias y rías decían a los nuestros que dende [aquí] a tres días sería junta toda la tierra y nos comerían; y así se juntaron y [a]parecieron una mañana.

El marqués y toda su gente oyó misa y salió a ellos; y porque la tierra es acequiada y por el camino por do[nde] habíamos de ir había rías hondas, tomó con diez de caballo, de trece que tenía, y fuese sobre la mano izquierda de largo de la ría para ver dó[nde] podría encubrirse con unos árboles y dar en los enemigos o por las espaldas o por un lado, y la gente de pie se fue camino derecho pasando acequias. Y como los indios sabían los pasos, que son más sueltos que los españoles, pasábanse por las acequias y dende la otra parte nos tiraban muchas flechas y varas y piedras con hondas; y, aunque matábamos algunos de ellos con ciertos tirillos de campo que teníamos y con las ballestas, ellos hacían gran daño en nosotros por ser mucho número de gente como eran, y nos vimos en mucho peligro,

y no sabíamos del marqués, porque no halló por dó[nde] pasar a los enemigos, antes hallaba muchos malos pasos de acequias; y como los enemigos nos tuviesen ya cercados a los peones por todas partes, [a] pareció por la retaguardia de ellos un hombre en un caballo rucio[26], picado, y los indios comenzaron a huir y a nos dejar algún tanto por el daño que aquel jinete en ellos hacía; y nosotros, creyendo que fuese el marqués, arremetimos y matamos algunos de los enemigos, y el de caballo no pareció más por entonces. Volviendo los enemigos sobre nosotros, nos tornaban a maltratar como de primero, y tornó a parecer el de caballo más cerca de nosotros, haciendo daño en ellos, por manera que todos lo vimos y tornamos a arremeter y tornose a desaparecer como de primero, y así que lo hizo otra vez, de manera que fueron tres veces las que apareció y le vimos; y siempre creíamos que fuese alguno de los de la compañía del marqués.

El marqués con sus nueve de caballo volvieron a venir por nuestra retaguardia, y nos hizo saber cómo no había podido pasar, y le dijimos cómo habíamos visto uno de caballo, y dijo: «Adelante, compañeros, que Dios es con nosotros». Y arremetió estando ya fuera de las acequias y dio en los enemigos, y la gente de pie tras él; y así los desbaratamos, matando muchos de ellos y huyendo los demás a se guarecer en los malos pasos entre las acequias.

El marqués se volvió al real con su gente, y de algunos prisioneros que se habían tomado hizo mensajeros y envió a decir a los enemigos que le pesaba del daño que en ellos había hecho, y que todavía los tendría por amigos si ellos quisiesen venir a obediencia; y vinieron ciertos señores y trajeron aves que acá llamamos gallinas de las Indias[27] y frutas de aquella tierra y otras cosas de bastimento, y dieron la obediencia al dicho marqués, y [éste] les rogó que quitasen sus ídolos y pusiesen cruces en el lugar do[nde] los tenían; y ansí se hizo en lo que por allí vimos.

Y tomado algún maíz, que es una semilla de que ellos se mantenían y algunas frutas, y enviádolo a los navíos, los señores de la tierra dieron al marqués veinte mujeres de las que ellos tenían por esclavas, para

[26] De color pardo claro, blanquecino o canoso.

[27] Se trata del guajolote *(Meleagris gallipavo)*, un ave galliforme similar al pavo real del Viejo Mundo.

que moliesen pan. Y después de andada la procesión el Domingo de Ramos y dicha misa en el patio de los ídolos, nos fuimos a embarcar. Decían los indios que serían los que con nosotros habían peleado hasta cuarenta y ocho mil hombres, porque su manera de contar es de ocho en ocho mil, y decían que se habían juntado por copia seis veces ocho mil[28].

[Cómo llegamos al puerto de Sant Juan, y lo que allí nos sucedió.]

Salidos de aquí nos hizo buen tiempo para ir la costa abajo y llegamos Viernes Santo al puerto de Sant Juan, que así le llaman los españoles.

El marqués sacó la más de su gente en tierra, dejando guarda en los navíos, y en nombre del rey de Castilla, nuestro señor, fundó una villa, a quien puso por nombre la Villa Rica de la Vera Cruz.

Aquí vinieron indios de aquella tierra a le hablar, y nuestro español intérprete no los entendía, porque es la lengua muy diferente de la de donde él había estado; y dábannos los dichos indios algunas cosas [para] que comiésemos, de frutas y pan de maíz, de lo que ellos comen.

El marqués había repartido algunas de las veinte indias que dijimos que le dieron entre ciertos caballeros, y dos de ellas estaban en la compañía do[nde] estaba el que esto escribe; y, pasando ciertos indios, una de ellas les habló, por manera que sabía dos lenguas, y nuestro español intérprete la entendía, y supimos de ella que siendo niña la habían hurtado unos mercaderes y llevádola a vender a aquella tierra donde había criado[29]. Y así, tornamos a tener intérprete, y

[28] El sistema mesoamericano de numeración era vigesimal.

[29] Por supuesto, se trata de la célebre doña Marina. Malinalli —nombre *nahuatl* de la secretaria, intérprete y amante de Hernán Cortés— nació a principios del siglo XVI en el señorío de Coatzacoalco. Hija del *tlatoani* de Painallan y de la señora de Xaltipan, la muerte de su padre cambiaría el destino de la joven princesa. Por razones políticas, la madre contrajo matrimonio con un gobernante vecino y pronto dio a luz un hijo varón. Los desnaturalizados padres, deseando que el recién nacido heredara los tres estados, se deshicieron de Marina, entregándola a unos mercaderes de Xicalanco. Los *xicalanca* llevaron a Malinalli a su tierra, donde la tomaron unos comerciantes mayas, quienes a su vez la vendieron en Tabasco. Allí la encontró Cortés. La bella india, bautizada con el nombre de Marina, fue una pieza clave para el buen éxito de la empresa, pues su inteligencia salvó a la hueste del desastre en más de una ocasión. Don Hernán, hombre aficionado por igual a la conquista de tierras exóticas y

con él el marqués hizo llamar ciertos indios de los principales que por allí [a]parecían y les preguntó por el señor o señores de aquella tierra, y le dijeron que toda ella era de un gran señor que se llamaba Muteczuma y que a él servían todos los otros señores de aquella tierra, porque en cada pueblo había señor o gobernador, pero que todos eran vasallos de éste.

Este Muteczuma se servía de sus vasallos en esta manera: que como él y sus antecesores fuesen extranjeros de esta tierra do[nde] él señoreaba y obiesen entrado en ella so especie de religión, y creció mucho su partido, estando metidos en una isla que se hacía donde agora es la ciudad de México y lo de alrededor era agua y acequias hondas, de manera que en algunas partes sembraban en cierta manera[30], viéndose con poder para ello hicieron guerra a los naturales de la tierra, y [a] los que se les daban de paz sin querer pelear con ellos tomaban de ellos tributo y parias[31], y a los que vencían por fuerza de armas, no queriéndoseles dar la paz, servíanse de ellos como de esclavos, y tenían por suyo todo lo que los tales poseían; y además de servir con sus personas y [con las] de sus hijos y mujeres dende que el sol salía hasta que se ponía en lo que les mandaba[n], si después en su casa les hallaban algo, también se lo tomaban los recibidores de las rentas de los señores; y en esta costa había de éstos algunos pueblos y provincias.

corazones femeninos, vivió un apasionado romance con la cobriza beldad durante los turbulentos años de la Conquista. Fruto de esta unión fue don Martín Cortés, un curioso personaje que tiempo después se vería envuelto en la conspiración independentista de los hermanos González Dávila. Tras la caída de Tenochtitlan, el vencedor de Cuauhtemoc aprovechó la expedición a las Hibueras para separarse de doña Marina, a quien casó con el hidalgo Juan Jaramillo, capitán de uno de los bergantines que participaron en el sitio de México. El matrimonio Jaramillo tuvo una hija, María, que contrajo nupcias con Luis de Quesada.

[30] El autor alude a la *chinamitl* o sementera acuática. Un autor del siglo XVIII describe la chinampa de la siguiente manera: *El modo que tuvieron de hacerlas y que hasta hoy conservan es muy sencillo. Forman un gran tejido de mimbres o de raíces de enea que llaman tolin y de otras hierbas palustres, o de otra materia leve, pero capaz de tener unida la tierra de la sementera. Sobre este fundamento echan algunos céspedes ligeros de los que sobrenadan en la laguna y sobre todo el cieno que sacan de la misma laguna. Su figura rectangular es cuadrilonga; su longitud y latitud es varia, por lo común tendrán, a lo que me parece, de 25 a 30 varas de largo* [alrededor de 18,75 a 22,50 m], *de 6 a 8 de ancho* [de 4,50 a 6 m] *y como un pie de elevación* [0,30 m] *sobre la superficie del agua* (Francisco Xavier Clavijero, *Historia antigua de México*, prólogo de Mariano Cuevas, Porrúa, México, 1976, 1. VII, c. 27, p. 229).

[31] Tributo que el jefe de un Estado daba a otro como señal de reconocimiento y vasallaje.

Informado el marqués de esto, procuró de hablar con algunos de los naturales de la tierra que vivían en esta sujeción, los cuales se le quejaron y pidieron los remediase, y él les ofreció que haría por ellos todo su poder y que no consentiría que les hiciesen agravio.

Envió la costa abajo a ciertos navíos ligeros a que viesen la costa y [a] que buscasen algún puerto si había.

Visto esto, los indios que por Muteczuma en aquella parte residían hacíanle mensajeros que iban y venían muy en breve, magüer[32] haya sesenta leguas desde el puerto de Sant Juan a la ciudad de México, donde Muteczuma estaba; y él mandó que diesen al marqués cierto presente de oro y plata, y en ello una rueda de oro y otra de plata, cada una tamaña como una rueda de carreta, aunque no muy gruesa, las cuales decían que tenían hechas a semejanza del sol y de la luna. El marqués dio ciertas ropas de su persona y gorras y calzas y collares de cuentas de vidrios de colores para que llevasen a Muteczuma y asimismo dio de lo que tuvo a los mensajeros y a otros señores de los que venían a le ver y hablar.

Aquí hubo noticia de un motín que entre su gente se pensaba haber, e hizo prender a ciertos gentileshombres de su compañía y meterlos en los navíos con buena guarda, e [hizo] irse a un puerto pequeño, que está diez leguas abajo de este, porque era mejor tierra para pueblo de españoles y tenía más cerca buenas aguas y montes. Y el marqués se fue por tierra la costa abajo con la más de su gente, y halló una ciudad en el camino adonde asimismo se le quejaron de [los] agravios que Muteczuma y sus recaudadores les hacían, y él les dijo que a Muteczuma que le tenía por amigo, pero que no por eso consentiría que hiciese agravio alguno a ellos ni a otros que quisiesen ser amigos del dicho marqués. Y, así, envió a rogar a Muteczuma y lo dijo a sus criados que le rogaba que no quisiesen hacer agravio a los naturales de la tierra.

Llegó el marqués al puerto donde había mandado ir los navíos y allí asentó el pueblo de españoles que había hecho en el puerto de Sant Juan, y halló a media y a una legua[33] del puerto ciertos pueblos de indios, que asimismo se le quejaron, como los demás, de [los]

[32] Arcaísmo, *aunque*.
[33] Así en original. Tendría que decir *a una lengua y media*.

agravios que recibían de ciertos recaudadores que a la sazón allí eran venidos a les pedir tributos y mandar que hiciesen otras cosas que ellos no solían hacer.

El marqués les dijo lo que otras veces les había dicho, y les certificó que sería su amigo y no les consentiría hacer mal ni daño. Y con este favor ellos acuerdan de dar en los recaudadores y gente que con ellos venía, y ataron muchos de ellos y les dieron de palos. Algunos se huyeron donde el marqués estaba, y como a él no le pesaba de la discordia que entre ellos obiese, solamente los amparó para que no los matasen, pero no del todo se los quitó de poder. Y así hizo soltar algunos de ellos con quien[es] envió recado a Muteczuma, diciéndole que él era llegado en aquella tierra, y que había hallado allí aquella gente suya a quien los de aquellos pueblos habían querido matar y que él los había amparado, y que le decían que, sin ser obligados a dar tributo, se lo pedía, y como recién llegado a la tierra no sabía la razón que cada uno tenía o no; que él le hacía saber lo sucedido. Y así quedaron rebelados contra el servicio del dicho Muteczuma todos aquéllos, y muy amigos del marqués y de los cristianos.

Visto por el marqués que entre los suyos había algunas personas que no le tenían buena voluntad, y que de estos y otros que mostraban voluntad de se tornar a la isla de Cuba, [de] donde habíamos salido, había cierto número, habló con algunos de los que iban por maestros de los navíos[34], y a algunos rogó que diesen barrenos a los navíos y a otros que le viniesen a decir que sus navíos estaban mal acondicionados. Y como lo hiciesen así, decíales: «Pues no están para navegar, vengan a la costa y romperlos, porque se excuse el trabajo de sostenerlos». Y así dieron al través con seis o siete navíos, y en uno, que era la capitana en que él había ido a aquella tierra, hizo meter todo el oro que le habían dado y las cosas que en aquella tierra había habido, y enviólo al rey de Castilla, nuestro señor, que entonces era rey de romanos, electo emperador.

Obo personas españolas en su compañía que pusieron en plática y por obra de hurtar un navío pequeño y salir a robar lo que llevaban para el rey. Sabido por el marqués, prendió a algunos e hizo justicia de los más culpados, y a otros perdonó. E hizo decir en su real cómo él

[34] Esto es, con los pilotos de las naos.

quería enviar un navío, que era el mejor de los que allí había, a la isla de Cuba; por tanto, que los que no quisiesen su compañía se podrían ir en él. Y así, vinieron algunas personas a le pedir licencia para se ir, y él se la daba y decía: «porque yo determino de ganar de comer en esta tierra o morir en ella, échense todos los demás navíos al través, demás de los que se habían echado, y los que no quisiesen seguir mi opinión, ahí queda ése en que se vayan». Y así los echó al través; y, después que los otros fueron echados al través, echó también éste, y quedó certificado de quiénes eran los que no querían su compañía.

[Cómo Diego Velázquez, gobernador de Cuba, envió a un Juan de Grijalva, deudo suyo, a descubrir la tierra, y cómo el Diego Velázquez andaba descontento con el marqués.]

Es así que un Diego Velázquez, gobernador que era de la isla de Cuba, a quien el almirante don Diego Colón había enviado a la dicha isla de Cuba por su teniente de gobernador, y el dicho Diego Velázquez con ayuda del marqués del Valle y de otros había conquistado la dicha isla y tenido inteligencia[35] en Castilla con los del consejo del rey para que le diesen una cédula del rey, como se la dieron, por donde [se] le mandaba que no acudiese al almirante con la dicha isla y que tuviese la gobernación de ella. Este Diego Velázquez, teniendo la dicha gobernación, se hizo rico, y, habiéndosele muerto su mujer, procuró amistad con don Juan de Fonseca, obispo de Burgos, que a la sazón era presidente en el consejo de Indias, y señaló a algunos de los del consejo del rey pueblos de indios en la dicha isla para los aprovechar[36].

El dicho obispo pretendía casarle con una pariente suya y así estaba hablado y concertado; y de esta manera el dicho Diego Velázquez se creía que en el consejo del rey *tenía* mucho favor.

[Y] como supiese que un Francisco Hernández de Córdova y otro

[35] Andrés de Tapia emplea el término *inteligencia* en su acepción de *trato y correspondencia secreta de dos o más personas entre sí.*

[36] Para sobornarlos.

vecino de la villa de la Trinidad, que es en la isla de Cuba, habían enviado un navío que tenían con intención de pasar a unas islas que dicen de los Guanajos a traer gente para sus minas, con una tormenta que les dio aportaron a una parte de la Tierra Firme, y habían descubierto en cierta parte de la costa, que es algo bajo de la isla de Cozumel, tierra poblada, determinó el dicho Diego Velázquez de enviar una armada, y envióla por la vía que aquel navío de los dos vecinos había ido, y en ella por capitán a un su deudo, o que decía que lo era, que se llamaba Juan de Grijalva[37].

Y éste fue y desembarcó con su gente donde el otro navío había llegado, y allí peleó con los naturales de la tierra y le mataron un hombre que se decía Juan de Guitalla[38] y al capitán dieron con una flecha por la boca, donde le derribaron un diente, y se tornó a embarcar con asaz peligro de su gente, y anduvo por la costa abajo, y viéndola poblada no se atrevió [a] quedar en ella. Y en tanto que este capitán era ido, platicose entre Diego Velázquez y el marqués del Valle, que agora [lo] es [por]que entonces era vecino de la isla de Cuba, de que el dicho marqués fuese en busca del dicho Grijalva, y para esto se comenzó a hacer alguna gente. Y como Diego Velázquez viese que el marqués gastaba largo de su hacienda y hacía más gente de la que a él le parecía que bastaba, recelose y quisiera estorbar la ida al dicho marqués.

El marqués estaba muy bien quisto[39] de la gente que había hecho, y el dicho Diego Velázquez no fue bastante para le estorbar la ida.

Y ansí el marqués salió de aquel puerto de la ciudad de Santiago, que es en Cuba, no tan bien [a]bastecido cuanto fuera menester, y se fue por el largo de la isla [a]basteciendo y llegando navíos y gente, como ya hemos dicho. Y Diego Velázquez no decía [en] público que el marqués fuese contra su voluntad, ni el marqués tampoco publicaba que iba [por] enemigo del dicho Diego Velázquez, puesto que el marqués decía a sus amigos: «Ved si será bien que habiendo

[37] La expedición de Hernández de Córdova, organizada a instancias de veteranos de Pedrarias Dávila repatriados a Cuba, contó con la ayuda de Diego Velázquez, quien aportó un navío. El gobernador de Fernandina pretendía que la flotilla se dedicase a la captura de esclavos en las islas Guanajas; pero tuvo que cambiar de idea tras negarse Hernández de Córdova a secundar el pirático plan.

[38] Juan de Guetaria (*cfr. supra*, nota 25).

[39] Locución arcaica sinónima de *bien visto, apreciado*.

yo gastado toda mi hacienda, y tanta que con ella pudiera vivir en España, que acuda a Diego Velázquez con la tierra que hallare, y con lo que trabajaremos en buscarla».

Y por esto, Diego Velázquez pretendía ser suya la conquista y demanda que el marqués traía, magüer[40] en ella no había gastado mucho; porque el que esto escribe llegó al puerto de Cuba, do[nde] es la ciudad de Santiago, y dije a Diego Velázquez cómo yo le iba a servir, y que quería ir a aquella jornada[41] con el marqués del Valle; y él me dijo: «No sé qué intención se lleva Cortés para conmigo, y creo que mala, porque él ha gastado cuanto tiene y queda empeñado, y ha recibido oficiales para su servicio, como si fuera un señor de los de España; pero con todo holgaré que vais[42] en su compañía, que no ha más de quince días que salió de este puerto y en breve lo tomaréis, y yo os socorreré a vos y a los que más quisieren ir».

Juntámonos ciertos gentileshombres, y dionos de socorro a cada uno un libramiento de cuarenta ds.[43] para que nos lo diesen en ropa en una tienda, que era lo que en ella se vendía del dicho Diego Velázquez. Con decirme a mí que era su sobrino y hacerme muchos ofrecimientos, me dieron en los cuarenta pesos de oro cosas que por diez pesos hubimos yo y otros mis compañeros más cantidad de ellas en otras tiendas; y por esto nos hizo hacer obligaciones, a cada uno de los dichos cuarenta pesos, y se las hicimos y se los pagamos después[44].

[Cómo escribimos a S. M. dando cuenta de los negocios de Diego Velázquez.]

Lo dicho en este capítulo es para que se entienda la razón que tuvieron después de enviar armada de españoles contra el dicho marqués y contra sus compañeros. Y sepa quien esto leyere que es así que

[40] Arcaísmo, *aunque, a pesar de.*

[41] Aquí se emplea el término *jornada* en su acepción de *expedición militar.*

[42] Arcaísmo, *vayais.*

[43] Abreviatura de *ducados.* El *ducado* era una moneda de oro que valía unas siete pesetas aproximadamente.

[44] Documento donde se reconoce una deuda.

cuando el navío de que hemos dicho se partió a traer lo que hasta entonces habíamos habido a nuestro rey, nos juntamos todos unánime, y dijimos al dicho marqués del Valle nuestro parecer acerca de lo que temíamos que podría suceder por la confederación y amistad que había entre el obispo de Burgos, presidente de Indias, y Diego Velázquez. Y de acuerdo de todos escribimos a S.M. el emperador y rey, nuestro señor, una carta firmada de todos o los más de los que había en la compañía del marqués, y dada cuenta a S. M. de lo sucedido hasta estonces, le jurábamos y prometíamos que por lo que a su real servicio convenía (y porque creíamos que Diego Velázquez con [el] favor del obispo de Burgos podría ganar o habría ganado alguna provisión de S. M. en perjuicio de su patrimonio real, pidiéndole aquella tierra en gobernación o mercedes en ella, y S. M. se lo concediese, creyendo ser como en alguna otra parte de las Indias, de lo que hasta entonces estaba descubierto),[45] que todas las cartas y provisiones de S. M. y [de] su consejo que nos fuesen mostradas las obedeceríamos como mandado de nuestro rey y señor; y [en] cuanto a la ejecución del cumplimiento, suplicamos desde entonces de ello y suplicaríamos hasta ser certificados que S. M. era informado de aquella nuestra relación y de lo que habíamos trabajado y pensábamos trabajar en su servicio; y para que otra cosa en contrario de lo que le escribíamos no se hiciese (que S. M. sin saber de qué hacía mercedes, no las hiciese) estábamos prestos de morir y tener la tierra en su real nombre hasta ver respuesta de esta carta que le escribíamos.

Ido el navío para España, hobo algunas revueltas entre los naturales de la tierra, y no queriendo los de un pueblo que se llama Tiçapancinga dejar de hacer daño a otros, aunque el marqués se lo envió a decir que no lo hiciesen, el marqués fue a los castigar con cierta gente y los castigó, magüer ellos se pusieron en armas. Y dejando en la villa que había poblado la gente que le pareció que bastaba para estar seguros, con toda la demás que tenía se partió la tierra adentro, por do[nde] le decían que era la vía para ir do[nde] Muteczuma estaba (a).

[45] En el manuscrito original figura *por ende*. He suprimido la frase porque dificulta la ya compleja lectura del texto.

(a) En el margen del manuscrito se lee: *aquí ha de entrar lo de los navíos de Garay*. Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, ordenó a Alonso Álvarez de Pineda que recorriera las costas de Florida con cuatro naos. Álvarez partió en el invierno de 1518 y costeó el litoral desde Florida hasta la Villa Rica, donde fondeó a fines de junio de 1519. El subordinado de

[Cómo el marqués se llegó a Çacotlan, y lo que luego pasó con unos indios emboscados.]

A este tiempo ningún indio de los vasallos de Muteczuma había quedado por no mostrar el camino, y como mejor los naturales de aquella tierra sabían a casi a tiento[46] lo iban mostrando. Y después de haber andado el marqués con toda su gente poco más de veinte leguas de despoblado, salido de la tierra de éstos que se habían dado nuestros amigos, las cuales veinte leguas anduvo por cabe[47] unos lagos de agua salada como de la mar y por tierra de salitrales, do[nde] el dicho marqués y su gente pasaron alguna necesidad de hambre, aunque más de sed, llegó a un pueblo que se dice Çacotlan. Preguntó al señor de él si era vasallo de Muteczuma, y él le respondió: «¿Pues quién hay que no sea vasallo de ese señor?».

El marqués del Valle hacía poner cruces en todos los lugares donde allegaba, y puestas en éste se partió de él con once de a caballo que en su compañía llevaba y algunos peones, los más sueltos que le parecían, e iba siempre descubriendo el campo. Y subida una cuesta mandó decir al capitán de la gente de pie que caminase apriesa; y el marqués con los de a caballo se adelantó y fue a dar en ciertos indios que estaban por espías, que dicen que serían hasta ocho. Y queriendo tomar alguno de ellos para saber de dó[nde] eran, se defendieron y mataron de dos cuchilladas dos caballos e hirieron a dos españoles, y al fin no pudieron tomar ninguno de los dichos indios a vida.

Allí nos esperó el marqués porque ya era tarde, y llegamos a él puesto el sol, y supimos y vimos lo que he dicho. El marqués hizo poner sus centinelas y durmió allí aquella noche, y otro día levantó su real, y como a cosa de las ocho del día salía a nos tanto número de gente de guerra que me parece que serían más de cien mil, y hay opiniones que eran muchos más de los que digo.

Garay intentó pactar con Hernán Cortés; pero ante la manifiesta hostilidad del extremeño, que capturó a los embajadores, se vio obligado a zarpar hacia el norte. Tras explorar las riberas del río Pánuco, Álvarez regresó a Jamaica.

[46] Dudosamente.

[47] Arcaísmo, *cerca de, junto a.*

Algunos de ellos nos aguardaron en ciertas quebradas hondas de unos arroyos que atravesaban el camino; y pasándolas con harto trabajo, nos metíamos en medio de ellos. Ayudábannos algo ciertos indios que iban con nosotros de los que se habían dado por amigos en la costa de la mar, de que ya dijimos. El marqués y los de caballo iban siempre en la delantera peleando, y volvía de cuando en cuando a concertar su gente y hacerlos que fuesen juntos y en buen concierto, y así lo iban.

Hubo indios que arremetían con los de caballo a les tomar las lanzas. Y así, peleando, se fue este día a aposentar a una casa de un ídolo que tenía alrededor de sí dos o tres casillas, y allí pusieron los españoles el hato que llevaban, [y] salieron a pelear por la orden que el marqués les mandaba. Estuvimos en este cerro diez y ocho días, y teníase en el pelear esta orden[48].

[De la cruda guerra que los tascaltecas dieron al marqués del Valle.]

Los indios venían ordinariamente a pelear con nosotros unas veces por la mañana y otras algo más tarde, y otras veces a [la] puesta del sol. Y como probasen esto los tres días primeros, acordaron de para saber el daño que hacían en nosotros venir a hablar al marqués, y dijéronle que les pesaba mucho de que en aquella tierra se le hiciese enojo, y que era no por voluntad de ellos sino que aquella gente que con nosotros peleaba era de otra nación, y que moraban tras de unas sierras que nos señalaban, y que ellos les decían que no lo hiciesen, y que no querían hacer menos. Y de esta manera ordinariamente venían y traían algunas tortillas de pan y algunas gallinas y cerezas, y luego preguntaban: «¿Qué daño han hecho estos bellacos en vosotros?». El marqués les decía que se lo agradecía, y que no era ninguno el daño que en nosotros hacían, y que le pesaba mucho del que ellos recibían. Y con tanto se volvían, y los veíamos entrar entre la gente de guerra que con nosotros peleaba.

[48] Este enfrentamiento tuvo lugar en Tecoac («Junto al lugar de la serpiente de piedra»), un pueblecito poblado por *otomi*.

Por manera que ellos probaron su fortuna en todas las horas del día, y viendo que no les aprovechaba cosa alguna, dieron en nuestro real ciertas otras veces de noche e iban algo aflojando en nos acometer. Y el marqués, viendo que aflojaban, los iba a buscar por una y por otra parte del real, hacia donde de noche veíamos que había humos y podría haber población, y siempre hallábamos pueblos y gente en ellos con quien pelear, y ellos venían a nos buscar, aunque no tantas veces.

Con que luego que allí llegamos, en este tiempo dieron al marqués ciertas calenturas, y acordó de se purgar, y llevaba cierta masa de píldoras que en la isla de Cuba había hecho; y como no obiese quien las supiese desatar[49] para las ablandar y hacer las píldoras, partió ciertos pedazos y tragóselos así duros; y otro día, comenzando a purgar, vimos venir mucho número de gente, y él cabalgó y salió a ellos y peleó todo ese día, y a la noche le preguntamos cómo le había ido con la purga, y díjonos que se le había olvidado de que estaba purgando, y purgó otro día como si entonces tomara la purga.

[Cómo el marqués fue a Zimpanzingo, y lo que pasó por el camino.]

El marqués posaba en la torre del ídolo, como ya hemos dicho, y algunas veces de noche, en lo que le cabía de dormir, miraba desde allí a todas partes para ver humos, y vio [a] algo más que cuatro leguas de allí, cabe[50] unos peñoles[51] de sierra y por entre cierto monte, cantidad de humos, por do[nde] creyó haber mucha gente en aquella parte. Y otro día partió su gente y dejó en el real la que le pareció, y luego que fueron dos o tres horas de noche comenzó a caminar hacia los peñoles a tino[52], porque la noche era oscura, y yendo como una legua del real, súpitamente[53] dio en los caballos una manera de torozón[54] que se caían en el suelo sin poderlos menear. Y con el primero que se cayó y se lo dijeron al marqués, dijo: «Pues vuélvase su dueño con él

[49] Arcaísmo, *disolver.*
[50] *Vid. supra* p. 86, nota 47.
[51] Arcaísmo, *peñón.*
[52] A tientas.
[53] Repentina, súbitamente.
[54] Movimiento violento y desordenado que hacen los caballos cuando padecen enteritis con fuertes dolores.

al real». Y al segundo dijo lo mismo, y comenzámosle a decir algunos de los españoles: «Señor, mira[d] que es mal pronóstico, y mejor será que dejemos amanecer; luego veremos por do[nde] vamos». Él decía: «¿Por qué mirais en agüeros? No dejaré la jornada, porque se me figura que de ella se ha de seguir mucho bien esta noche, y el diablo por lo estorbar pone estos inconvenientes». Y luego se le cayó a él su caballo como a los otros e hizo un poco alto, y de diestro llevaban los caballos[55], que serían ocho.

Y así caminamos hasta que perdimos el tino de la vía de los peñoles. Y dimos en una mala tierra de pedregales y barrancas, y atinando a una lumbrecilla que estaba en una choza, fuimos allá y tomamos dos mujeres. Y unos españoles que el marqués había puesto en un camino tomaron dos indios; éstos nos llevaron hacia los peñoles y llegamos allá a[l] amanecer, y los caballos iban ya buenos, y llegando a[l], cabo [a] los peñoles, a un pueblo grande que allí estaba que se dice Zimpanzingo, como habíamos ido fuera de camino estaba la gente de él muy descuidada, y el marqués mandó que no matasen ningún indio, ni les tomasen cosa alguna, y cada uno de ellos salía de su casa y haciéndoles señas que no obiesen miedo se reposaron algún tanto, puesto que todavía huían. Y luego que comenzó a salir el sol, el marqués se puso en un alto a descubrir tierra y vio lo más de la población de Tascala, que dende allí se [a]parecía, y llamó a los españoles y dijo: «Ved qué hiciera al caso matar unos pocos de indios que había en este pueblo, donde tanta multitud de gente debe haber».

[Cómo los espías de los indios se entraron en nuestro real, y lo que sobre ello se hizo.]

Tres o cuatro días antes de esto habían venido ciertos indios al real y traído al marqués cinco indios, diciéndole: «Si eres dios de los que comen sangre y carne, cómete estos indios, y traerte hemos más; y si eres dios bueno, ves aquí incienso y plumas; y si eres hombre, ves aquí gallinas y pan y cerezas».

[55] Andrés de Tapia quiere decir que los jinetes marchaban a pie llevando los caballos de la brida.

El marqués siempre les decía: «Yo y mis compañeros hombres somos como vosotros; y yo mucho deseo tengo de que no me mintáis, porque yo siempre os diré verdad, y de verdad os digo que deseo mucho que no seáis locos ni peleéis, porque no recibáis daño».

Y luego que éstos se fueron, a la tarde, pareció atravesar por cabo[56] un cerro mucho número de gente, y desde a poco vinieron al marqués de hacia aquella parte quince o veinte indios en compañía de unos mensajeros que vinieron a decir que venían a saber cómo estábamos y qué pensábamos hacer.

El marqués les dijo con los intérpretes dichos: «Os he ya avisado siempre que conmigo habláis que no me mintáis, porque yo nunca os miento, y agora venís por espías y con mentiras». Y apartolos unos de otros, y confesaron que era verdad y que aquella noche habían de dar en nosotros mucha cantidad de gente, y morir o matarnos. El marqués les hizo a algunos de ellos contar[57] las manos, y así los envió diciendo que a todos los que hallase que eran espías haría lo mismo, y que luego iba a pelear con ellos. Y puesta su gente en orden hizo que los de caballo se pusiesen pretales de cascabeles[58], y ya anochecía cuando salió hacia donde había visto pasar la gente, y con el ruido que llevaban y con haber visto sus espías sin manos, se pusieron en huida, y el marqués los siguió hasta dos horas de la noche. Y este capítulo se había olvidado de poner antes[59].

[Cómo el marqués del Valle hizo las paces con los tascaltecas.]

Pues como los indios vieron la buena obra que se les había hecho en no los querer matar, y el marqués los llamó y les dijo con los intérpretes que llamasen a los señores, y los esperó con toda su gente cabo una fuente grande que cabo aquel pueblo está. Vinieron algunos principales indios y trajeron cantidad de comida, y dijeron que agradecían mucho el daño que se les había dejado de hacer, y

[56] Arcaísmo sinónimo de cabe (*vid. supra* p. 86, nota 47).
[57] Así en el original. Debería decir *cortar*.
[58] Se denomina *pretal* al collar de cuero que forma parte del arreo de una caballería.
[59] Este capítulo figura antes que el anterior en la historia de López de Gómara.

que servirían dende [aquí] en adelante en lo que se les mandase, y llamarían a los señores de toda aquella tierra. El marqués les certificó que sabía que aunque le llevaban de comer eran ellos los que con nosotros peleaban, y que todo se lo perdonaba y les rogaba fuesen amigos por excusar el daño que en ellos se hacía, pues veían lo poco que recibíamos. El marqués se volvió a su real, y mandó que no se hiciese daño a indio alguno dende [aquí] en adelante.

[Cómo el marqués se determinó de ir a México, y de las pláticas que en el real hubo sobre ello.]

Llegado el marqués al real muy alegre de lo sucedido dijo: «Yo creo que la guerra de esta provincia placerá a Dios que hoy la hemos acabado, y que éstos serán nuestros amigos de aquí adelante, y conviene que pasemos a la tierra de este gran señor, de quien nos dicen». Y llamó a un indio principal que con él andaba, y se había ido en nuestra compañía desde la costa por capitán de cierta gente, y llamábase este indio Teuche, y era hombre cuerdo, y según él decía criado en las guerras de entre ellos. Este indio dijo al marqués: «Señor, no te fatigues en pensar pasar adelante de aquí, porque yo siendo mancebo fui a México, y soy experimentado en las guerras, y conozco de vos y de vuestros compañeros que sois hombres y no dioses, y que habéis hambre y sed y os cansáis como hombres; y hágote saber que pasado de esta provincia hay tanta gente, que pelearán contigo cien mil hombres agora, y muertos o vencidos éstos vendrán luego otros tantos, y así podrán remudarse o morir por mucho tiempo de cien mil en cien mil hombres, y tú y los tuyos, ya que seáis invencibles, moriréis de cansados de pelear, porque como te he dicho, conozco que sois hombres, y yo no tengo más que decir de que miréis en esto que he dicho; y si determináredes de morir, yo iré con vos». El marqués se lo agradeció y le dijo que con todo aquello quería pasar adelante porque sabía que Dios, que hizo el cielo y la tierra, les ayudaría, y que así él lo creyese.

Antes de esto había habido plática entre los españoles, y se hablaba en que sería bien hablar al marqués para que no pasase adelante, antes se volviese a la costa, y de[nde] allí poco a poco se tendría

inteligencia con los indios, y se haría según el tiempo mostrase que era bien hacerse, y así se lo habían hablado al marqués algunos en secreto. Y él, estando una noche en la torre del ídolo, habiendo alrededor de ella algunas chozas do[nde] los españoles se metían, oyó que en una de ellas hablaban ciertos soldados, diciendo: «Si el capitán quisiere ser loco e irse donde lo maten, váyase solo, y no lo sigamos». Y otros decían que si [se] le siguiesen había de ser como Pedro Carbonero, que por entrarse en tierra de moros a hacer salto[60], se había quedado él y todos los que con él iban, y habían sido muertos. El marqués hizo llamar dos amigos suyos, y les dijo: «Mirad qué están diciendo aquí; y quien lo osa decir, osarlo ha [de lo] hacer. Por tanto conviene irnos hacia do[nde] está este señor que nos dicen».

Y viniendo indios de Tascala, que es aquella provincia donde entonces estábamos, le dijeron: «Hecho hemos nuestro poder por te matar, y a tus compañeros, y nuestros dioses no valen nada para nos ayudar contra ti; determinamos de ser tus amigos y te servir, y rogámoste que porque estamos cercados de todas partes en esta provincia de enemigos nuestros nos ampares de ellos, y rogámoste te vayas a la ciudad de Tascala a descansar de los trabajos que te hemos dado».

El marqués hizo poner cruces en el real y en la torre del ídolo y en otras partes alrededor, y mandó alzar el real y caminó con buen concierto[61] para la ciudad de Tascala.

[De las guerras que los tascaltecas tenían con Muteczuma, y de lo que pasó cuando a ella llegamos.]

Llegados allí, el marqués se aposentó en unos aposentos de unos ídolos y mandó hacer señales y poner límites para donde los de su compañía llegasen, y nos mandó que de allí no pasásemos ni saliésemos, y así es verdad que lo cumplimos, y que para llegar a un arroyo a un tiro de piedra de allí le pedíamos licencia.

[60] Pillaje.
[61] Locución arcaica, *ordenadamente*.

Estos indios por todas partes de su provincia partían término[62] con sus enemigos, vasallos de Muteczuma y de otros sus aliados; y cada [vez] que Muteczuma quería hacer alguna fiesta y sacrificio a sus ídolos, juntaba gente y enviaba sobre esta provincia a pelear con los de ella y a cautivar gentes para sacrificar, puesto que muchas veces los de la provincia mataban mucha gente de los contrarios; pero muy averiguado parecía que si Muteczuma y sus vasallos y aliados quisieran poner su poder a dar cada cual por su parte en esta provincia, los desbarataran en breve y feneciera la guerra con ellos; y así yo que esto escribo pregunté a Muteczuma y a otros sus capitanes qué era la causa porque teniendo aquellos enemigos en medio no los acababan en un día, y me respondían: «Bien lo pudiéramos hacer; pero luego no quedara donde los mancebos ejercitaran sus personas, sino lejos de aquí; y también queríamos que siempre obiese gente para sacrificar a nuestros dioses». Estos de esta provincia no alcanzaban sal, ni en su tierra la había, sino por grandes rescates[63] la habían de sus enemigos comarcanos; y asimismo no alcanzaban oro ni ropa de algodón sino de rescate[64].

El marqués estuvo allí con su gente ciertos días, y de los naturales de la tierra se venían muchos a vivir con los españoles y mostraban ser verdadera el amistad; y el marqués siempre que con ellos hablaba les encargaba mucho que dejasen sus ídolos: algunos decían que el tiempo andando verían nuestra manera de vivir, y entenderían mejor nuestras condiciones y las razones que se les daban, y podría ser tornarse cristianos. El marqués hacía poner cruces en todas las partes donde le parecía que estarían preeminentemente, y con licencia de los indios hizo una iglesia en una casa de un ídolo principal, do[nde] puso imágenes de Nuestra Señora y de algunos santos, y a veces se

62 El autor quiere decir que *tlaxcaltecas* y mexicanos tenían frontera común.

63 El *rescate* consistía en trocar objetos o materias de gran valor por bienes ordinarios.

64 El autor alude a la famosa *xochiyaoyotl* o «guerra florida» característica del México central. Se trataba de un combate pactado que enfrentaba a las potencias de la Triple Alianza (México, Tetzcoco y Tlacopan) con los señoríos poblanos de Tlaxcallan, Huexotzinco y Chalollan. En teoría, estas batallas periódicas no tenían intereses económicos o territoriales, pretendiendo únicamente obtener víctimas para el sacrificio religioso. En la práctica, los combates rituales iban acompañados por tácticas tan poco éticas como los ataques masivos por varios frentes, el bloqueo económico, etc. En mi opinión, la *xochiyaoyotl* justificaba ideológicamente la impotencia de las armas mexicanas para acabar con la desesperada resistencia de Tlaxcallan, una realidad que el orgulloso pueblo azteca jamás asumiría.

ocupaba en les predicar a los indios, y les parecía bien nuestra manera de vivir, y de cada día se venían muchos a vivir con los españoles.

El marqués se partió de aquí habiendo tomado la más noticia que pudo de la tierra de adelante, y los indios de aquellas provincias dijeron que irían con él a le mostrar hasta donde ellos sabían el camino; y dijeron cómo [a] cuatro leguas de ahí había una ciudad que se llama Chitrula, que eran sus contrarios y señoría por sí, aliada y amigos de Muteczuma, que era en nuestro camino, y así salieron para esta ciudad en compañía de los españoles hasta cuarenta mil hombres de guerra, apartados de nosotros, porque así se lo mandaba el marqués.

[Cómo el marqués entró en la ciudad de Chitrula, y lo que luego acaeció.]

Llegados a esta ciudad de Chitrula, un día por la mañana salieron en escuadrones diez o doce mil hombres, y traían pan de maíz y algunas gallinas, y cada escuadrón llegaba al marqués a le dar la norabuena[65] de su llegada, y se apartaban a una parte, y rogaron con mucha instancia al marqués que no consintiese que los de Tascala entrasen por su tierra.

El marqués les mandó que se volviesen y ellos siempre dijeron: «Mira que estos de esta ciudad son mercaderes, y no gente de guerra, y hombres que tienen un corazón y muestran otro, y siempre hacen sus cosas con mañas y con mentiras, y no te querríamos dejar, pues nos dimos por tus amigos». Con todo esto el marqués les mandó que volviesen a enviar toda su gente, y si algunas personas principales se quisiesen quedar, se aposentasen fuera de la ciudad con algunos que los sirviesen, y así se hizo.

Y entrando por la ciudad, salió la demás gente que en ella había, por sus escuadrones, saludando a los españoles que topaban, los cuales íbamos en nuestra orden; y luego, tras esta gente, salió toda la gente [de] ministros de las que servía[n] a los ídolos, vestidos con ciertas vestimentas, algunas cerradas por delante como capuces[66]

[65] Forma arcaica de *enhorabuena.*

[66] Prendas largas y holgadas, con capucha y cola, que se colocaban sobre las ropas normales.

y los brazos fuera de las vestiduras, y muchas madejas de algodón hilado por orla de las dichas vestiduras, y otros vestidos de otras maneras. Muchos de ellos llevaban cornetas y flautas tañendo, y ciertos ídolos cubiertos y muchos incensarios; y así llegaron al marqués y después a los demás echando de aquella resina en los incensarios, y en esta ciudad tenían por su principal dios a un hombre que fue en los tiempos pasados, y le llamaban Quezalquate, que según se dice fundó éste aquella ciudad y les mandaba que no matasen hombres, sino que al criador del sol y del cielo le hiciesen casas a do[nde] le ofreciesen codornices y otras cosas de caza, y no se hiciesen mal unos a otros ni se quisiesen mal; y diz[67] que éste traía una vestidura blanca, como túnica de fraile, y encima una manta cubierta con cruces coloradas por ella. Y aquí tenían ciertas piedras verdes, y la una de ellas era una cabeza de una mona, y decían que aquéllas habían sido de este hombre, y las tenían por reliquias[68].

En este pueblo el marqués y su gente estuvieron ciertos días, y de aquí envió a ciertos que de su voluntad quisieron ir a ver un volcán que se [a]parecía en una sierra alta, cinco leguas de ahí, de do[nde] salía mucho humo; y para que de allí mirasen a una y a otra parte y trajesen nueva de la disposición de la tierra[69].

A esta ciudad vinieron ciertas personas principales por mensajeros de Muteczuma, e hicieron su plática una y muchas veces. Y unas veces decían que a qué íbamos y a dónde, porque ellos no tenían donde vivían bastimento[70] que pudiésemos comer; y otras veces decían que decía Muteczuma que no le viésemos, porque se moriría de miedo; y otras decían que no había camino para ir. Y visto que a todo esto el marqués les satisfacía[71], hicieron a los mismos del pueblo que dijesen

[67] Forma antigua de *dicen*.

[68] La *cabeza de mona* que menciona el cronista probablemente representaba a Ehecatl, avatar de Quetzalcoatl. Cuando el patrón de Cholollan adoptaba la forma de Ehecatl, dios del viento, llevaba una máscara que daba a su rostro un aspecto simiesco.

[69] Se trata del Popocatepec, un monte volcánico ubicado en el sistema de la Sierra Nevada. Su cráter, rico en depósitos sulfurosos, tiene dos picos que reciben los nombres de Mayor (5.452 m. de altura) y Espinazo del Diablo (5.240 m. de altura). Este volcán, que se llamó primitivamente Xalliquehuac, tomó el nombre de Popocatepec («Monte Humeante») a raíz de una violenta erupción que tuvo lugar en 1374.

[70] Provisión para el sustento de una ciudad o ejército.

[71] Andrés de Tapia emplea el término *satisfacer* en su acepción de *dar una solución a una duda o una dificultad.*

que do[nde] Muteczuma estaba había mucho número de leones y tigres[72] y otras fieras, y que cada [vez] que Muteczuma quería las hacía soltar, y bastaban para comernos y despedazarnos.

Y visto que no aprovechaba nada todo lo que decían para estorbar el camino, se concertaron los mensajeros de Muteczuma con los de aquella ciudad para nos matar; y la manera que para ello daban era llevarnos por un camino sobre la mano izquierda del camino de México, donde había mucho número de malos pasos que se hacían de las aguas que bajaban de la sierra do[nde] el volcán está; y como la tierra es arenisca y tierra liviana, poca agua hace gran quebrada, y hay algunas de más de cien estados[73] en hondo, y son angostas, tanto que hay madera tan larga que basta a hacer de ella puentes en las dichas quebradas, y así las había, porque después las vimos.

Estando para nos partir, una india de esta ciudad de Cherula, mujer de un principal de allí, dijo a la india que llevamos por intérprete con el cristiano que se quedase allí, porque ella la quería mucho y le pesaría si la matasen, y le descubrió lo que estaba acordado; y así el marqués lo supo y dilató dos días su partida, y siempre les decía que de pelear los hombres no se maravillaba ni recibía enojo, aunque peleasen con él; pero que de decirle mentiras le pesaría mucho, y que les avisaba en cosa que con él tratasen no le mintiesen, ni trajesen maneras de traición. Ellos se le ofrecían que eran sus amigos y lo serían, y que no le mentirían ni le habían mentido, y le preguntaron que cuándo se quería ir. Él les dijo que otro día, y le dijeron que querían allegar[74] mucha gente para se ir con él, y les dijo que no quería más de algunos esclavos para que le llevasen el hato de los españoles. Ellos porfiaron que todavía sería bien que fuese gente, y el marqués no quiso, antes les dijo que no quería más que los que le bastasen para llevar las cargas. Y otro día de mañana sin se lo rogar vino mucha gente con armas de las que ellos usan, y según pareció

[72] Los cronistas de Indias emplearon los términos *león y tigre* para designar a los animales que hoy conocemos con los nombres de puma *(Puma concolor)* y jaguar *(Panthera onca)*.

[73] 195 m. El *estado*, medida de longitud utilizada para medir alturas o profundidades, equivale a 1,95 m.

[74] Juntar, reunir.

éstos eran los más valientes que entre ellos había, y decían que eran esclavos y hombres de carga.

El marqués dijo que se quería despedir de todos los señores de la ciudad; por tanto, que se los llamasen; y en esta ciudad no había ningún señor principal, salvo capitanes de la república, porque eran a manera de señoría, y así se regían[75]. Y luego vinieron todos los más principales, y a los que pareció ser señores, hasta treinta de ellos metió el marqués en un patio pequeño de su aposento, y les dijo: «Dicho os he verdad en todo lo que con vosotros he hablado, y mandado he a todos los cristianos de mi compañía que no os hagan mal, ni se os ha hecho, y con la mala intención que tenéis me dijiste[i]s que los de Tascana[76] no entrasen en vuestra tierra; y magüer no me habéis dado de comer, como fuera razón, no he consentido que se os tome una gallina, y he os avisado que no me mintáis; y en pago de estas buenas obras tenéis concertado de matarme, y a mis compañeros, y habéis traído gente para que peleen conmigo, des[de] que esté en el mal camino por do[nde] me pensáis llevar; y por esta maldad que teníais concertada, moriréis todos, y en señal de que sois traidores, destruiré vuestra ciudad, sin que más quede memoria de ella; y no hay para qué negarme esto, pues lo sé como os lo digo».

Ellos se maravillaron, y se miraban unos a otros, y había guardas porque no pudiesen huir, y también había guarda en la otra gente que estaba fuera en los patios grandes de los ídolos para nos llevar las cargas. El marqués les dijo a estos señores: «Yo quiero que vosotros me digáis la verdad, puesto que yo la sé, para que estos mensajeros y todos los demás la oigan de vuestra boca, y no digan que os lo levanté[77]». Y apartados cinco o seis de ellos, cada uno a su parte, confesaron cada uno por sí, sin tormento alguno, que así era verdad como el marqués se lo había dicho; y viendo que conformaban unos con otros, los mandó volver a juntar, y todos lo confesaron así; y de-

[75] Se denominaba *señorío* en el siglo XVI a aquellos estados que se gobernaban con formas republicanas. Los españoles aplicaron este concepto al gobierno *tlaxcaltecatl* porque no existía un *tlatoani* o gobernante único, sino una cuatrinca que gobernaba las cuatro partes —cabeceras según la terminología colonial— en que se dividía el territorio.

[76] Así en el original.

[77] El término *levantar* se usa aquí en el sentido de *atribuir o imputar maliciosamente una cosa falsa*.

cían unos a otros: «Este es como nuestros dioses, que todo lo saben; no hay para qué negárselo».

El marqués hizo llamar allí [a] los mensajeros de Muteczuma, y les dijo: «Estos me querían matar, y dicen que Muteczuma era en ello, y yo no lo creo, porque lo tengo por amigo, y sé que es gran señor, y que los señores no mienten; y creo que éstos me querían hacer este daño a traición, y como bellacos y gente sin señor que son, y por eso morirán, y vosotros no hayáis miedo, que [a]demás de ser mensajeros, soislo de ese señor a quien tengo por amigo, y tengo creído que es muy bueno, y no bastará cosa que en contrario se me diga».

Y luego mandó matar los más de aquellos señores, dejando ciertos d[e] ellos aprisionados, y mandó hacer señal [para] que los españoles diesen en los que estaban en los patios y muriesen todos, y así se hizo. Y ellos se defendían lo mejor que podían, y trabajaban de ofender; pero como estaban en los patios cercados y tomadas las puertas, todavía murieron los más de ellos. Y hecho esto, los españoles e indios que con nosotros estaban salimos en nuestras escuadras por muchas partes por la ciudad, matando gente de guerra y quemando las casas; y en poco rato vino [gran] número de gente de Tascala, y robaron la ciudad y destruyeron todo lo posible y quedaron con asaz despojo, y ciertos sacerdotes del diablo se subieron en lo alto de la torre del ídolo mayor y no quisieron darse [presos], antes se dejaron allí quemar, lamentándose y diciendo a su ídolo cuán mal lo hacía en no los favorecer. Así es que se hizo todo lo posible por destruir aquella ciudad, y el marqués mandaba que se guardasen de no matar mujeres ni niños; y duró dos días el trabajar por destruir la ciudad, y muchos de los de ella se fueron a esconder por los montes y campos, y otros se iban a valer a la tierra de sus enemigos comarcanos[78].

Y luego, pasados dos días, mandó el marqués que cesase la destrucción, y así cesó. Y dende a otros dos o tres días, según pareció, se debieron de juntar muchos de los naturales del dicho pueblo, y enviaron a suplicar al marqués [que] los perdonase y les diese licencia para se venir a la ciudad, y para esto tomaron por valedores[79] [a] los de Tascala. El marqués los perdonó y les dijo que por la traición que tenían pensada había hecho en ellos aquel castigo y tenía voluntad de

[78] El autor quiere decir que muchos *chololtecas* se refugiaron en los estados vecinos.
[79] Defensores.

asolar la ciudad sin dejar en ella cosa enhiesta, y que así lo haría dende en adelante en todas las partes donde viese que no le mostraban buena voluntad y le procuraban de hacer malas obras, porque esto tenía por muy malo, y no tenía en tanto que peleasen con él dende luego[80] que a alguna parte llegase. Y así se tornó la ciudad a poblar y le prometieron de ser amigos leales dende en adelante.

[Cómo el marqués se partió de Chitrula para ver al gran Muteczuma.]

Y de aquí despachó los mensajeros que de Muteczuma tenía, a los cuales había hecho siempre mucha honra, y envió con ellos a dar cuenta al dicho Muteczuma de lo que en aquella ciudad había hecho, y la causa porque lo hiciera, y cómo ellos habían levantado que él era en ello; pero que el marqués no le daba crédito, y que él se partía luego para allá.

Y luego que estos mensajeros se partieron, el marqués se partió d[e] esta ciudad por donde les pareció a los que habían ido a la sierra del volcán que debía ser el mejor camino. Y fue un día a dormir cuatro leguas de ahí al pie del volcán, y otro día subió la sierra, y encima d[e] ella halló gente que le salía a recibir[le] y a traer comida, y halló cierto albergue de casas de paja que los indios habían hecho para do[nde] reposasen, y allí durmió esta noche; [y] porque en la sierra había mucho monte se salió con toda su gente a un raso que en la sierra había, porque le pareció que entre el monte había mucha gente, [y] llamó e hizo saber a ciertos señores y capitanes de aquella gente, diciéndoles: «Sabed que éstos que conmigo vienen no duermen de noche, y si duermen es un poco cuando es de día; y de noche están con sus armas, y cualquiera que ven que anda en pie o entra do[nde] ellos están, luego lo matan; y yo no basto a lo resistir[81]; por tanto, hacedlo así saber a toda vuestra gente, y decidles que después de puesto el sol ninguno venga do[nde] estamos, porque morirá, y a mí me pesará de

[80] Locución antigua sinónima de *al instante, de inmediato.*
[81] O lo que es lo mismo, *soy incapaz de impedirlo.*

los que murieren». Y así mandó esa noche a todos los de su compañía estar apercibidos, y puso sus centinelas y escuchas[82], y vinieron algunos indios a espiar qué hacíamos, y las escuchas y centinelas los mataban; y en esto no se habló más por su parte ni por la nuestra.

Y otro día el marqués bajó la sierra, y dende a cuatro leguas de ahí halló una gran población en la costa de una laguna grande, y allí se aposentó, y le hicieron casas de paja do[nde] su gente se albergase y estuviese junta, y le dieron mucha comida. El marqués habló con el señor y con algunos principales de este pueblo y le dijeron cómo eran vasallos de Muteczuma, y en secreto se le quejaron del dicho Muteczuma, diciendo que les hacía muchos y grandes agravios en les pedir tributos y cosas que no eran obligados a dar ni hacer. Y aquí vinieron mensajeros de Muteczuma y trabajaron con su embajada de que el marqués no fuese a ver a Muteczuma, y él siempre les dijo que no lo dejaría de ver, porque le deseaba mucho hablar, y su venida no era por otra causa más que por le conocer y comunicar; y haciéndole creer los dichos indios que no había camino, si no era por agua y con unas canoas muy pequeñas pasaban, determinó de hacer barcas; y en cuatro días que allí estuvo, supo que había camino, aunque peligroso, porque había de ir por una calzada de piedra que por el agua entraba y a trechos tenía puentes de madera.

[Cómo el Muteczuma salió a recibir al marqués.]

Partió el marqués con su gente de este pueblo, y así en él como siempre avisaba a los indios que no entrasen donde los españoles estaban después de puesto el sol; y fue a dormir a otro pueblo en la costa de la dicha laguna, y allí vinieron espías por el agua en canoas pequeñas, y nuestras escuchas y centinelas les tiraban con ballestas a bulto, y así no saltaron en tierra.

[82] Centinela que se adelanta por la noche a las líneas enemigas para observar sus movimientos.

Y otro día comenzó el marqués con su gente a entrar por una calzada angosta de piedra que por el agua entraba, y puentes a trechos, como hemos dicho, y fue a dormir a un pueblo que está en el agua, y tuvo guarda como mejor pudo para que no le rompiesen las puentes ni la calzada; y de dos a dos horas o poco más venían siempre mensajeros y luego que fue de día caminó y salió de esta calzada a tierra y fue a dormir diez millas de México a una población que estaba en la ribera de una laguna salada, y allí estuvo un día; y este pueblo era de un hermano de Muteczuma[83]; y después que entramos en la tierra de Muteczuma, siempre nos dieron de comer de lo que tenían.

Y dende este pueblo fue el dicho marqués y su gente por otra calzada que por el agua entraba hasta México, y Muteczuma le salió a recibir, habiendo enviado primero un su sobrino con mucha gente y bastimentos. Salió el dicho Muteczuma por en medio de la calle, y toda la demás gente arrimada a las paredes, porque ansí es su uso, e hizo aposentar al marqués en un patio donde era la recámara de los ídolos, y en este patio había salas asaz grandes donde cupieron toda la gente del dicho marqués y muchos indios de los de Tascala y Churula que se habían llegado a los españoles para los servir[84].

[Cómo el marqués determinó de prender a Muteczuma, y lo que sobre ello hubo.]

En este tiempo, poco antes que en México entrase, el marqués supo que los españoles que había dejado en la costa poblados yendo a un pueblo de un vasallo de Muteczuma a le decir que les diese de comer, los del pueblo habían peleado con ellos y muértoles un caballo y un español, y herido a los más de ellos.

El marqués, después que reposó algo de aquel día que a México llegó, con el cuidado que de su vida y de los de su compañía tenía, andábase paseando por dentro de su aposento, y vio una puerta que

[83] Se trata de la ciudad de Iztapalapan, gobernada por Cuitlahuac, hermano y sucesor de Motecuhzoma II *xocoyotzin*.

[84] Motecuhzoma alojó a los castellanos en el *tecpan* o palacio de su padre Axayacatl. Este edificio fue residencia oficial de los *tlatoque* mexicanos hasta que Motecuhzoma erigió otro más suntuoso para uso personal.

le pareció que estaba recién cerrada con piedra y cal, e hízola abrir, y por ella adentro entró y halló mucho gran número de aposentos, y en algunos de ellos mucha cantidad de oro en joyas y en ídolos y muchas plumas, y de esto muchas cosas muy para ver; y había entrado con dos criados suyos, y tornose a salir sin llegar a cosa alguna de ello.

Y luego por la mañana hizo apercibir [a] su gente, y temiéndose, como en la verdad era así y [así] lo tenían acordado, que quitando una o dos puentes de las por donde habíamos entrado no podíamos escapar las vidas, se fue a la casa de Muteczuma, en la cual había asaz de cosas di[g]nas de notar, y mandó que su gente dos a dos o cuatro a cuatro se fuesen tras él. Muteczuma salió a él y lo metió a una sala donde él tenía su estrado, y con él entramos hasta treinta españoles y los demás quedaban a la puerta de la casa; y en un patio de ella, el marqués dijo a Muteczuma con los intérpretes: «Bien sabéis que siempre os he tenido por amigo, y os he rogado por vuestros mensajeros que siempre conmigo se trate verdad, y yo en cosa no os he mentido, y agora sé que los españoles que dejé en la costa han sido maltratados de vuestra gente, y están los más de ellos heridos, y han muerto a uno, y dicen algunos de los indios que los españoles prendieron peleando que esto se hizo por vuestro mandado; y para que lo quiero averiguar habéis de ir preso conmigo a mi aposento, donde seréis servido y bien tratado de mí y de los míos; y caso que tengáis alguna culpa de la que os ponen vuestros vasallos, yo miraré por vuestra persona como por mi hermano; y esto hago porque si lo disimulase, los que conmigo vienen se enojarían de mí, diciendo que no me daba nada de verlos maltratar; por tanto, mandad a vuestra gente que de esto no se altere, y tened aviso que cualquiera alteración que haya la pagaréis con la vida, pues es en vuestra mano pacificarlo».

Muteczuma se turbó mucho, y dijo con toda la gravedad que se puede pensar: «No es persona la mía para estar presa, y ya que yo lo quisiese, los míos no lo sufrirían». Y así estuvieron en razones más que cuatro horas, y al fin se concertaron que Muteczuma fuese con el marqués, y lo llevó a su aposento, y le dio en guarda a un capitán, y de noche y de día siempre estaban españoles en su presencia, y él no decía a los suyos que estaba preso, antes libraba y despachaba negocios tocantes a la gobernación de su tierra.

[Cómo Muteczuma y los más de los señores de la tierra se ofrecieron por vasallos del marqués.]

Y muchas veces el marqués se iba a hablar con él, y con el intérprete le rogaba que no recibiese pena de estar allí, y le hacía todos los regalos que podía, y [cierta vez] le dijo: «Estos cristianos son traviesos, y andando por esta casa han topado ahí cierta cantidad de oro, y la han tomado; no recibáis de ello pena». Y él dijo liberalmente: «Eso es de los dioses de este pueblo: dejad las plumas y cosas que no sean de oro, y el oro tomáoslo, y yo os daré todo lo que yo tenga; porque habéis de saber que de tiempo inmemorial a esta parte tienen mis antecesores por cierto, y así se platicaba y platica entre ellos de los que hoy vivimos, que cierta generación de donde nosotros descendemos vino a esta tierra muy lenjos[85] de aquí, y vinieron en navíos, y éstos se fueron desde ha cierto tiempo, y nos dejaron poblados. Y dijeron que volverían, y siempre hemos creído que en algún tiempo habían de venir a nos mandar y señorear; y esto han siempre afirmado nuestros dioses y nuestros adivinos, y yo creo que agora se cumple, [por ende] quiero os tener por señor, y ansí haré que os tengan todos mis vasallos y súbditos a mi poder». Y ansí lo hizo, e hizo llamar a muchos de los señores de la tierra, y díjoles: «Ya sabéis lo que siempre hemos tenido creído acerca de no ser señores naturales de estas tierras, y parece que este señor debía ser cuyos somos, y ansí como a mí me tenéis dada la obediencia, se la dad a él, y yo se la doy». Y así puestos todos uno ante otro y Muteczuma primero, cada cual hizo su razonamiento ofreciéndose por vasallos y criados del dicho marqués, y poniéndose so[86] su amparo; y esto fue una cosa muy de ver, lo cual hicieron con muchas lágrimas, diciendo: «Parece que nuestros hados quisieron en nuestro tiempo que se cumpliese lo que tanto ha que estaba pronosticado». Y así, el marqués les respondió y consoló, y prometió a Muteczuma que siempre mandaría en su tierra como antes, y sería tan señor y más, porque se ganarían otras tierras de que también fuese señor como de esta suya. Y Muteczuma le dijo:

[85] Así en el original. Debería decir *lejos*.
[86] Bajo.

«Váyanse con estos míos algunos vuestros, y mostrarles han una casa de joyas de oro y aderezos[87] de mi persona». Y quien esto escribe y otro gentilhombre fueron por mandado del marqués con dos criados de Muteczuma, y en la casa de las aves, que así la llamaban, les mostraron una sala y otras dos cámaras donde había asaz de oro y plata y piedras verdes[88], no de las muy finas; y yo hice llamar al marqués, y fue a verlo, y lo hizo llevar a su aposento.

[De la grandeza de las comidas de Muteczuma.]

Después que Muteczuma vio la manera de la conversación de los españoles, parecía holgarse mucho con ellos, y así es que todos le hacían todo el placer posible. Y a él le venían a servir sus criados, y le traían cada vez que comía más que cuatrocientos platos de vianda en que había fruta y yerbas y conejos y venados y codornices y gallinas y muchos géneros de pescados guisados de diversas maneras, y debajo de cada plato de los que a sus servidores les parecía que él comería, venía un braserico con lumbre; y sabed que siempre le traían platos nuevos en que comía, y jamás comía en cada plato más de una vez, ni se vestía ropa más de una vez; y lavábase el cuerpo cada día dos veces.

[Cómo Muteczuma avisó al marqués que un su sobrino andaba levantando la tierra.]

En este tiempo Muteczuma avisó al marqués que un su sobrino, que se decía Cacamací, señor de una ciudad que está en la costa de esta

[87] Juego de joyas formado por collar, pendientes y pulseras.
[88] La palabra castellana para designar estas piedras verdes es *chalchiguite*, un mexicanismo derivado de la voz azteca *chalchihuitl* («piedra preciosa»). El *chalchihuitl*, un mineral cristalizado semejante a la esmeralda, era muy apreciado por los habitantes del México prehispánico, quienes lo utilizaban para tallar adornos e idolillos.

laguna y de mucha otra tierra y pueblos[89], era hombre mal reposado, y como mozo era deseoso de guerra; por tanto, que convenía que le pusiese cobro en él; y el marqués así lo hizo, y lo encomendó a ciertos gentileshombres españoles.

[De los aposentos de Muteczuma, y de la grandeza de ellos.]

Este Muteczuma tenía una casa con muchos patios y aposentos en ella, donde tenía ropa y otras cosas, y en esta casa, en algunos patios de ella, tenía en jaulas grandes leones y tigres y onzas[90] y lobos y raposos, en cantidad cada uno por sí; y en otros patios tenía en otra manera de jaulas halcones de muchas maneras y águilas y gavilanes y todo género de aves de rapiña; y era cosa de ver cuán abundantemente daban carne a comer a todas estas aves y fieras, y la mucha gente que había para el servicio de éstas; y había en esta casa en tinajas grandes y en cántaros culebras y víboras asaz; y todo esto era no más que por manera de grandeza.

En esta casa de las fieras tenía hombres monstruos y mujeres: unos contrahechos, otros enanos, otros corcovados[91]; y tenía otra casa donde tenía todas las aves de agua que se pueden pensar, y de toda otra manera de aves, cada género de aves por sí; y es ansí sin falta, que en el servicio de estas aves se ocupaban más de seiscientos hombres, y había en la misma casa donde apartaban las aves que enfermaban y las curaban; en la casa de estas aves de agua tenía hombres y mujeres todos blancos, cuerpos y cabello y cejas.

[89] Cacamatzin («El honorable Sombrío») regía los destinos de Tetzcoco, la capital del Acolhuacan, Tetzcoco formaba parte de la Triple Alianza, la confederación política encabezada por Tenochtitlan que dominaba el México central en 1519. El Acolhuacan, regido por gobernantes sabios y prudentes, dominó la confederación en épocas pasadas; pero, cuando Cortés desembarcó en Veracruz, Motecuhzoma II, político sagaz y experimentado, se había hecho con el control de la alianza, sentando en el *icpalli* o trono del poderoso aliado a su sobrino Cacamatzin, un gobernante títere que gobernaba de acuerdo con los intereses de Tenochtitlan.

[90] Los españoles denominaron *onza* o *gato onza* al ocelote *(Leopardus pardalis)*. El ocelote es un mamífero carnívoro de pequeño tamaño y bellísima piel que vive en bosques oscuros, alimentándose de aves y pequeños mamíferos. Tiene hábitos nocturnos y se le domestica con facilidad.

[91] Jorobados.

[Del templo de los ídolos.]

El patio de los ídolos era grande que bastaba para casas de cuatrocientos vecinos españoles. En medio de él tenía una torre que tenía ciento trece gradas de a más de palmo[92] cada una, y esto era macizo, y encima tenía dos casas de más altor que pica y media[93], y aquí estaba el ídolo principal de toda la tierra, que era hecho de todo género de semillas, cuantas se podían haber, y éstas molidas y amasadas con sangre de niños y niñas vírgenes, a los cuales mataban abriéndolos por los pechos y sacándoles el corazón y por allí la sangre; y con ella y las semillas hacían cantidad de masa más gruesa que un hombre y tan alta, y con sus ceremonias metían por la masa muchas joyas de oro de las que ellos en sus fiestas acostumbraban a traer cuando se ponían muy de fiesta; y ataban esta masa con mantas muy delgadas y hacían de esta manera un bulto; y luego hacían cierta agua con ceremonias, la cual con esta masa la metían dentro en esta casa que sobre esta torre estaba, y dicen que de esta agua daban a beber al que hacían capitán general cuando lo elegían para alguna guerra o cosa de mucha importancia. Esto metían entre la postrer pared de la torre y otra que estaba delante, y no dejaban entrada alguna, antes parecía no haber allí algo.

De fuera de este hueco estaban dos ídolos sobre dos basas de piedra grande, de altor las basas de una vara de medir, y sobre éstas dos ídolos de altor de casi tres varas de medir cada uno[94] y serían de gordor[95] de un buey cada uno; eran de piedra de grano bruñida, y sobre la piedra cubiertos de nácar, que es conchas en que las perlas se crían, y sobre este nácar, pegado con betún a manera de engrudo, muchas joyas de oro, y hombres y culebras y aves e historias[96] hechas de turquesas, pequeñas y grandes, y de esmeraldas y de amatistas,

[92] Antigua medida de longitud que se divide en 12 dedos y equivale a unos 21 cm.

[93] 5,83 m aproximadamente. La *pica*, antigua medida de profundidad, equivale a 3,89 m.

[94] 2,50 m La *vara* se empleaba para medir longitudes y su valor variaba de una a otra región. La *vara de Burgos* o *castellana* equivale a 835 mm y 9 décimas.

[95] Anchura.

[96] No capto el sentido del término *historias*. López de Gómara redacta este párrafo de la siguiente manera: *Eran de piedra y del grosor y altura y tamaño de gigante. Estaban cubiertos de nácar, y encima muchas perlas, piedras y piezas de oro engastadas con engrudo de zacotl, y aves, sierpes, animales, peces y flores, hechas como mosaicos* (Francisco López de Gómara. La *Conquista de México,* edición, introducción y notas de José Luis Rojas, Dastin, Madrid, 2000).

por manera que todo el nácar estaba cubierto, excepto en algunas partes donde lo dejaban para que hiciese labor con las piedras[97]. Tenían estos ídolos unas culebras gordas de oro ceñidas, y por collares cada diez o doce corazones de hombre, hechos de oro, y por rostro una máscara de oro, y ojos de espejo, y tenían otro rostro en el colodrillo[98], como cabeza de hombre sin carne.

Habría más de cinco mil hombres para el servicio de este ídolo; eran en ellos unos más preeminentes que otros, así en oficio como en vestiduras; tenían su mayor a quien obedecían grandemente, y a éste así Muteczuma como todos los demás señores lo tenían en gran veneración. Levantábanse al sacrificio a las doce de la noche en punto. El sacrificio era verter sangre de la lengua y de los brazos y de los muslos, unas veces de una parte y otras de otra, y mojar pajas en la sangre, y la sangre y las pajas ofrecían ante un muy gran fuego de leña de roble, y luego salían a echar incienso a la torre del ídolo.

Estaban frontero de esta torre sesenta o setenta vigas muy altas hincadas, desviadas de la torre cuanto un tiro de ballesta, puestas sobre un treatro[99] grande, hecho de cal y piedra, y por las gradas de él muchas cabezas de muertos pegadas con cal, y los dientes hacia fuera. Estaba de un cabo y de otro de estas vigas dos torres hechas de cal y de cabezas de muertos, sin otras alguna piedra, y los dientes hacia afuera, en lo que se podía parecer, y las vigas apartadas una de otra poco menos que una vara de medir[100], y desde lo alto de ellas hasta abajo puestos palos cuan espesos cabían, y en cada palo cinco cabezas de muerto ensartadas por las sienes en el dicho palo. Y quien esto escribe y un Gonzalo de Umbría, contaron los palos que había, y multiplicando a cinco cabezas cada palo de los que entre viga y viga estaban, como dicho he, hallamos haber ciento treinta y seis mil cabezas, sin las de las torres[101].

97 Andrés de Tapia quiere decir que el nácar servía de fondo a las figuras.

98 Parte posterior de la cabeza.

99 Así en el original. Debería decir *teatro*.

100 *Vid. supra* p. 105, nota 94.

101 Esta macabra descripción recibía el nombre de *tzompantli* («muro de cráneos»). Aunque no se sabe a ciencia cierta la forma exacta del *tzompantli* de Tenochtitlan, posiblemente fuera similar a la del «muro de cráneos» del centro maya-tolteca de Chichen Itza. Por lo que respecta a la cifra dada por Tapia, ésta parece excesiva a todas luces, ya que investigaciones recientes calculan que los *mexica* no reunieron más de 1.500 cabezas desde la fundación de la ciudad (*cfr.* Nigel Davies, *El sacrificio humano,* Grijalbo, Barcelona, 1983, p. 241). *Vid. supra,* p. 49, nota 41.

Este patio tenía cuatro puertas, y en cada puerta un aposento grande, alto, lleno de armas; las puertas estaban a levante y a poniente, y al norte y al sur.

[Cómo el marqués mandó quemar a un señor que se decía Qualpupoca.]

Muteczuma, cuando lo prendió el marqués, envió por el señor del pueblo que había peleado con los españoles en la costa, y dio un sello con cierto carácter en él figurado, el cual se quitó del brazo, y dijo al marqués: «Váyanse dos de vuestros hombres con estos mensajeros que yo envío, y traerán al que ha hecho el daño en vuestra gente». Esto porque el marqués se lo pidió ansí, y dijo a sus mensajeros Muteczuma: «Id y llamad a Qualpupoca (que así se llamaba el señor); y si no quisiese venir por la creencia de esta mi seña, haréis gente de guerra en mi tierra e iréis sobre él y destruirlo y prenderlo por fuerza, y no vengáis sin él; y mirad por esos cristianos mucho».

Fueron y trajéronlo, y confesó haber él hecho el daño en los españoles, es caso que dijo que Muteczuma se lo había mandado. El marqués hizo sacar de los almacenes de armas que hemos dicho todas las que hubo, que eran arcos y flechas y varas y tiraderas[102] y rodelas y espadas de palo con filos de pedernal[103], y serían más que quinientas carretadas, e hizo quemarlas y con ellas a Qualpupoca, y para esto dijo que las quemaba, para quemar aquél.

[102] Especie de venablo o gorguz, muy empleado en la América prehispánica, que se disparaba por medio de correas de cuero.

[103] Se trata del *macuahuitl,* un arma típica del México central. Es una espada de madera, mitad cortante y mitad contundente, que tiene filosas lascas de obsidiana incrustadas a lo largo de los bordes.

[Cómo el marqués derrocó los ídolos, y lo que sobre ello hubo.]

El marqués fue al patio de los ídolos, y había enviado de su gente por tres o cuatro partes a ver la tierra, y ciertos de ellos a apaciguar cierta tierra que Muteczuma dijo que se le rebelaba, ochenta leguas de México, y otros eran idos a recoger oro por la tierra en esta manera: que Muteczuma enviaba por su tierra mensajeros que iban con españoles, y llegados a los pueblos, decían al señor del pueblo: «Muteczuma y el capitán de los cristianos os ruegan que para enviar a su tierra del capitán, les deis del oro que tuviéredes». Y así lo daban liberalmente, cada cual lo que quería. Así que a la sazón que el marqués fue al patio de los ídolos tenía consigo poca gente de la suya; y andando por el patio me dijo a mí: «Subid a esa torre, y mirad qué hay en ella». Y yo subí y algunos de aquellos ministradores de la gente[104] subieron conmigo, y llegué a una manta de muchos dobleces de cáñamo, y por ella había mucho número de cascabeles y campanillas de metal; y queriendo entrar hicieron tan gran ruido que me creí que la casa se caía.

El marqués subió como por pasatiempo, y ocho o diez españoles con él; y porque con la manta que estaba por antepuerta la casa estaba oscura, con las espadas quitamos de la manta, y quedó claro. Todas las paredes de la casa por de dentro eran hechas de imaginería de piedra, de la que estaba hecha la pared. Estas imágenes eran de ídolos, y en las bocas de éstos y por el cuerpo a partes tenían mucha sangre, de[l] gordor de dos y tres dedos, y [el marqués] descubrió los ídolos de pedrería, y miró por allí lo que se pudo ver, y suspiró habiéndose puesto algo triste, y dijo, que todos lo oímos: «¡Oh Dios!, ¿por qué consientes que tan grandemente el diablo sea honrado en esta tierra? Ha, Señor, por bien que en ella te sirvamos». Y mandó llamar los intérpretes, y ya al ruido de los cascabeles se había llegado gente de aquella de los ídolos, y díjoles: «Dios que hizo el cielo y la tierra os hizo a vosotros y a nosotros y a todos, y cría con lo que

[104] Sacerdotes, ministros de los ídolos.

nos mantenemos; y si fuéremos buenos nos llevará al cielo, y si no, iremos al infierno, como más largamente os diré, cuando más nos entendamos; y yo quiero que aquí donde tenéis estos ídolos esté la imagen de Dios y de su Madre bendita, y traed agua para lavar estas paredes, y quitaremos de aquí todo esto».

Ellos se reían, como que no fuese posible hacerse, y dijeron: «No solamente esta ciudad, pero toda la tierra junta tiene a éstos por sus dioses, y aquí está esto por Uchilobos, cuyos somos; y toda la gente no tiene en nada a sus padres y madres e hijos en comparación de éste, y determinarán de morir; y cata[105] que de verte subir aquí se han puesto todos en armas, y quieren morir por sus dioses».

El marqués dijo a un español que fuese a que tuviesen gran recaudo en la persona de Muteczuma, y envió a que viniesen treinta o cuarenta hombres allí con él, y respondió a aquellos sacerdotes: «Mucho me holgaré yo de pelear por mi Dios contra vuestros dioses, que son nonada».[106] Y antes que los españoles por quien había enviado viniesen, enojose de [las] palabras que oía, y tomó con una barra de hierro que estaba allí, y comenzó a dar en los ídolos de pedrería; y yo prometo mi fe de gentilhombre, y juro por Dios que es verdad que me parece agora que el marqués saltaba sobrenatural, y se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos del ídolo, y así le quitó las máscaras de oro con la barra, diciendo: «A algo nos hemos de poner por Dios»[107].

Aquella gente lo hicieron saber a Muteczuma, que estaba cerca de ahí el aposento, y Muteczuma envió a rogar al marqués que le dejase venir allí, y que en tanto que venía no hiciese mal en los ídolos. El marqués mandó que viniese con gente que le guardase, y venido le decía que pusiésemos a nuestras imágenes a una parte y dejásemos sus dioses a otra. El marqués no quiso. Muteczuma dijo: «Pues yo trabajaré que se haga lo que queréis; pero habeisnos de dar los ídolos que los llevemos donde quisiéremos». Y el marqués se los dio, dicién-

[105] Mira.

[106] Arcaísmo, *nada*.

[107] La frase, correcta y expresiva, dice mucho sobre la psicología del español renacentista. Cortés, cristiano militante, estaba dispuesto a sacrificar la vida en aras del cristianismo; pero ello no le impedía aprovechar los beneficios ocasionales que podía reportar su pía beligerancia.

doles: «Ved que son piedra, e cree[d] en Dios que hizo el cielo y la tierra, y por la obra conoceréis al maestro».

Los ídolos fueron bajados de allí con una maravillosa manera y buen artificio, y lavaron las paredes de la casa, y al marqués le pareció que había poco hueco en la casa, según lo que por de fuera parecía, y mandó cavar en la pared frontera, donde se halló el masón de sangre y semillas y la tinaja de agua; y se deshizo y le sacaron las joyas de oro, y hubo algún oro en una sepultura que encima de la torre estaba.

El marqués hizo hacer dos altares; uno en una parte de la torre, que era partida en dos huecos, y otro en otra, y puso en una parte la imagen de Nuestra Señora en un retablico de tabla, y en otro la de Sant Cristóbal, porque no había entonces otras imágenes; y dende [aquí] en adelante se decía allí misa.

Y los indios vinieron dende [aquí] a ciertos días a traer ciertas manadas[108] de maíz verde y muy lacias, diciendo: «Pues que nos quitastes nuestros dioses a quien[es] rogábamos por agua, hace[d] al vuestro que nos la dé, porque se pierde lo sembrado». El marqués les certificó que presto llovería, y a todos nos encomendó que rogásemos a Dios por agua; y así otro día fuimos en procesión hasta la torre, y allá se dijo misa, y hacía buen sol, y cuando vinimos llovía tanto que andábamos en el patio [con] los pies cubiertos de agua; y así los indios se maravillaron mucho.

Y de esta manera estuvimos, y tenía el marqués tan recogida su gente que ninguno salía un tiro de arcabuz del aposento sin licencia, y asimismo la gente tan en paz que se averiguó nunca reñir uno con otro; y Muteczuma siempre daba a los españoles algunas sortijas de oro, y a otros guarniciones de espadas de oro, y mujeres hermosas, y largamente de comer.

[Cómo el capitán Pánfilo de Narváez vino por mandato de Diego Velázquez a prender y matar al marqués, y cómo le desbaratamos y cautivamos.]

En este tiempo Muteczuma habló al marqués y le mostró en una manta pintada diez y ocho navíos, y los cinco de ellos a la costa que-

[108] Porción de maíz que se puede recoger con la mano de una vez.

brados y trastornados en el arena (porque ésta es la manera que ellos tienen de hacer relación de las cosas que bien quieren contar)[109], y le dijo cómo había diez y ocho días que habían dado al través en la costa, casi cien leguas del puerto; y luego vino otro mensajero que traía pintado cómo ya surgen ciertos navíos en el puerto de la Veracruz; y luego se temió el marqués que sería armada y gente que debía venir contra nosotros. Y llamome a mí, que en ese día había llegado de poner en paz ciertos señores de Cherula y Tascala que reñían sobre unos términos, y me mandó ir fuera del camino usado para que supiese qué se había hecho de la gente que él había dejado en la Villa Rica en la costa; y llevándome indios a cuestas de noche, y yo caminando de día a pie, llegué en tres días y medio a la Villa Rica, y ya habían hecho mensajeros al marqués el capitán de la dicha villa, y enviádole tres españoles que prendió de los contrarios.

Sabido [por] el marqués en México cómo el armada era de Diego Velázquez, gobernador de Cuba y de la gente que en ella venía, que eran, sin los que se perdieron en los cinco navíos que dieron al través, más de mil y tantos hombres, y que traían muy buena artillería y noventa de caballo y más de ciento y cincuenta ballesteros y escopeteros[110]; y con todo esto determinó de los ir a buscar, y envió a sus espías y corredores[111] [por] delante, y luego él se partió tras ellos, y llevó consigo ciertos señores favoritos de Muteczuma y sus vasallos, y dejando poco más que cincuenta hombres en México en guarda de Muteczuma, con ellos por capitán a d[on] Pedro de Alvarado, que después fue gobernador de una provincia que se llama Guatemala, caminó para donde los españoles contrarios estaban. Y los que estábamos en la villa que estaba en la costa, porque éramos pocos nos subimos a una sierra, y cuando supimos que el marqués venía salimos a nos juntar con él.

En este tiempo hubo españoles de los de la compañía del marqués que a vueltas de[112] indios de los que iban a llevar yerba y de comer

[109] La escritura del México central, mucho menos elaborada que la del área maya, era de tipo pictográfico, ya que los pictogramas (signos que representan objetos concretos) constituían la base de la escritura azteca (*cfr.* Germán Vázquez y Fernando Caballero, «Sobre la escritura en Mesoamérica», *Revista de arqueología*, n.º 7 (1981), pp. 36-44).

[110] La expedición de Narváez constaba de 19 naos, 1.450 infantes, 80 jinetes, 90 ballesteros, 70 escopeteros, y 20 tiros de artillería con abundante munición. A lo expuesto hay que añadir la nada despreciable cifra de 1.000 auxiliares cubanos.

[111] Soldados que se envían para explorar el terreno y observar al enemigo.

[112] Locución arcaica sinónima del actual *entre*.

a los españoles nuestros contrarios, se entraban desnudos y teñidos como los indios, y miraban lo que los contrarios hacían y decían. Y es así que el capitán que con esta gente venía dijo a los indios que él venía no a más que a soltar a Muteczuma y prender al marqués y matarlo; por tanto, que le ayudasen, porque luego se había de ir de la tierra en llevándonos de allí y matando al marqués[113]; y esto hizo mucho daño, y los indios le servían por mandado de Muteczuma, y también servían al marqués, puesto que ya algunos de los indios tenían al marqués buena voluntad.

El marqués con hasta doscientos y cincuenta hombres que tenía consigo, se fue a poner en un pueblo de indios cerca de sus contrarios que estaban en otro pueblo[114], y desde allí envió mensajeros a Pánfilo de Narváez, que así se llamaba el capitán su contrario[115]; y a ruego de algunos de su compañía, el Narváez envió mensajeros al marqués, y se venían a concertar por voluntad del Narváez y de los suyos que darían al marqués en aquella tierra cierta parte de ella, y le harían cierto que no irían contra él en cosa alguna, y que podría estar a su placer hasta tanto que el rey mandase lo que fuese su servicio; esto se entiende que había de estar con su gente y por gobernador de la tierra que decimos que le querían dar.

[113] Tapia, cortesianista a ultranza, relata la rebelión de la hueste de manera muy confusa (*cfr.* el capítulo IX de la presente edición). De ahí que la inesperada aparición de unos soldados dispuestos a *prender al marqués y matarlo* confunda al lector bienintencionado. Al fundar la Villa Rica de Veracruz e iniciar la conquista de México, Hernán Cortés y sus compañeros se convirtieron automáticamente en rebeldes y traidores a la Corona, pues Diego Velázquez, gobernador de Fernandina y responsable supremo de la expedición, había prohibido cualquier acción pobladora.

[114] Don Hernán fijó su real en Tempanaquita (Tepazacualco), mientras que Narváez lo hizo en Cempoallan.

[115] Pánfilo de Narváez —hombre valiente y caballeroso, aunque en exceso engreído— pasó a América en 1509, distinguiéndose en la conquista de Cuba. Diego Velázquez le envió contra Cortés, pero el jactancioso capitán sufrió una bochornosa derrota en la madrugada del 29 de mayo de 1520. Narváez, que perdió un ojo en el encuentro, fue enviado a Veracruz, donde permaneció prisionero hasta que Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, obtuvo su libertad en 1523. Tres años después, el Consejo de Indias rechazó las demandas contra el marqués del Valle, interpuestas por el vallisoletano, y le concedió, a modo de compensación, el derecho a explorar, conquistar y poblar el territorio comprendido entre el Río de las Palmas y la Florida. Aquella expedición tendría consecuencias letales. A principios de 1528, Narváez, el eterno perdedor, fallecía ahogado.

El marqués lo comunicó con las más personas de bien de su compañía, y por su parecer de algunos el marqués aceptara el partido[116]; y finalmente el marqués envió a mover otro partido, y despachó los que en su compañía estaban mensajeros de sus contrarios, diciendo que si aquel partido que enviaba a decir quisiese el capitán Narváez aceptar [bien estaría, que] si no, que luego que sus mensajeros volviesen daría la tregua por quebrada.

Y así, luego que se fueron los mensajeros contrarios y los suyos se partió tras ellos, y anduvimos aquel día casi diez leguas, y en el camino salieron ciertos puercos monteses[117] y venados, y los de caballo los alancearon, y fuese el marqués a poner a dos leguas de los contrarios. Y allí vinieron sus mensajeros a le decir cómo el capitán y los de su compañía se reían y burlaban de mover partido por nuestra parte, estando el nuestro tan bajo, y nos certificaron de la mucha y buena artillería que los contrarios tenían, y de cómo el capitán hacía mercedes de nuestras haciendas a los suyos.

Y allí cabo[118] un río en presencia de los mensajeros el marqués llamó a todos sus compañeros, y les hizo una plática, diciéndoles: «Yo soy uno y no puedo hacer por más que uno; partidos me han movido que a sola mi persona estaban bien, y porque a vosotros os estaban mal no los he aceptado; y veis[119] lo que dicen; y pues en cada uno de vos está esta cosa, según lo que en sí sintiere de voluntad de pelear o querer paz, aquello diga cada cual, y no se le estorbará que haga lo que quisiere. Veis [que] aquí me han dicho en secreto estos nuestros mensajeros cómo en el real de los contrarios se platica y tiene por cierto que vosotros me lleváis engañado a me poner en sus manos; por ende, cada uno diga lo que le parece».

Todos o los más le satisficieron a lo de llevarle engañado, y en lo demás le rogamos afectuosamente que él dijese su parecer; y muy importunado de todos para que primero lo dijese, dijo como enojado: «Dígoos un refrán que se dice en Castilla, que es: "Muera el asno o quien lo aguija"; y éste es mi parecer, porque veo que hacer otra cosa

[116] El término *partido* se emplea en su sentido de *trato.*

[117] Posiblemente se trataría de *tanyicatis o pecarís labiados,* aunque el calificativo se aplica también a los jabalíes americanos. El *tanyicati* o «cerdo americano» *(Tayassu pecari)* tiene unos 55 cm de alzada, carece de cola, y su pelaje es negruzco, largo y basto.

[118] *Vid. supra,* p. 86, nota 47.

[119] Arcaísmo sinónimo de *sabéis.*

a todos y a mí nos será grande afrenta; y no porque hagamos lo que ellos quisieren, aseguramos todos las vidas, antes algunas correrán riesgo; pero sobre mi parecer ved el vuestro, y cada cual tiene razón de decir su parecer».

Y luego todos unánimes alzamos una voz de alegría, diciendo: «Viva el capitán, que tan buen parecer tiene». Y así, lo tomamos en los hombros muchos de nosotros, hasta que nos rogó lo dejásemos; e íbamos mojados porque había llovido, y con deseo de asar la carne de los venados y puercos que los de caballo habían muerto. Y fuímonos a poner a una legua de los contrarios, y mandonos el marqués que no hiciésemos lumbre porque no fuésemos vistos; y puestas centinelas y escuchas dobladas, quisimos reposar algún tanto, y no podíamos. Como veníamos mojados y hacía un aire muy fresco, el marqués recordó, o por mejor decir, como no podía dormir llamó sin tocar atambor, y dijo: «Señores, ya sabéis que es muy ordinario en la gente de guerra decir "al alba dar en sus enemigos"; y si hemos sido sentidos, a esta hora nos esperan nuestros contrarios; y si no nos han sentido [y] pues no podemos dormir, mejor será gastar el tiempo peleando y holgar lo que nos quedare des[de] que hayamos vencido, que gastarlo con la pasión que el frío nos da». Y así nos levantamos y nos hizo otra plática diciendo que aún teníamos tiempo de acordar si sería mejor pelear o no; y respondiéndole que queríamos morir o vencer, caminó. Y cerca del aposento de los contrarios, poco más que una milla, nuestros corredores tomaron una de [las] dos escuchas que los españoles tenían puestas, y el otro huyó[120]; y preguntando al que tomamos cómo estaban en su real, nos dijo que habían tenido nueva de [los] indios que íbamos, y estaban acordados de al alba salir a nosotros, y díjonos la manera de cómo estaba puesta la artillería y la orden que la gente tenía, y decía verdad; y el marqués dijo que no le hiciesen mal, porque lo querían ahorcar sobre que dijese verdad; y su compañero que se huyó dio mandado en su real, y allá se creyeron que íbamos allí a nos poner para gastar lo que de la noche quedaba, para al alba dar en ellos; y así tornaron a mandar que reposase la gente y al alba saliesen al campo; y con todo el capitán y ciertos gentileshombres se armaron y estaban despiertos y hablando en nuestra ida y teniéndonos por locos.

[120] El prisionero se llamaba Gonzalo Carrasco y su compañero Alonso Hurtado.

El marqués había apartado ochenta hombres para que fuesen a la casa del capitán sin se detener en otra parte, y procurasen de lo prender o matar; y para esto dio un mandamiento a un gentilhombre que era su alguacil mayor[121], en que le decía: «Iréis adonde Pánfilo de Narváez está, y mándoos que le prendáis o matéis, porque así conviene al servicio del rey nuestro señor». Y de esto reíamos mucho algunos de nosotros. Y cuando llegamos junto a los contrarios llovía y había llovido, y el artillero tenía los fogones de los tiros[122] tapados con cera por el agua; y así llegamos junto a las centinelas sin que nos sintiesen, e iban huyendo y diciendo: «Arma, arma»; y los nuestros tras ellos tocando arma con el atambor. Y estando en el patio de su aposento, el marqués mandó a toda priesa a los ochenta hombres [que] acometiesen a la casa del capitán, y él quedaba detrás de nosotros desarmando y prendiendo a los contrarios porque como tocó su arma y la nuestra junta, venían los contrarios a nuestra gente, creyendo que eran de los suyos, a preguntar «¿Qué es esto?»; y así los prendían. Y el marqués tuvo aviso de cortar y hacer cortar los látigos de las cinchas de los caballos, que como pensaban desde [aquí] a poco [tiempo] salir al campo, todos tenían ensillados sus caballos y comiendo; y algunos que acudían a enfrenarlos, como estaban los látigos cortados, en cabalgando luego caían, o desde [aquí] a poco.

Los ochenta hombres que delante íbamos fuimos a la casa del capitán, y tendría consigo hasta treinta gentileshombres, y delante su aposento tenía diez o doce tirillos de campo, y el artillero y otros, turbados y sobresaltados, quitaban unas piedras o tejas de sobre los fogones y cebaban sobre la cera, y cuando quisieron poner fuego vimos que los tiros no salían, y ganámoselos y peleamos con el capitán y con los que con él estaban. Y algunos hubo de nuestros contrarios que vinieron de fuera, y rompiendo por nosotros se metieron con su capitán, y retrajímoslos todos adentro de la casa, y no pudiéndoles entrar pegamos fuego a la casa, y así se dieron, y prendimos al capitán y a algunos de los otros.

[121] Funcionario del orden judicial nombrado por una comunidad o villa que ejerce funciones idénticas a las del juez.

[122] Se denomina *fogón* u *oído* al agujero que tienen en la recámara algunas armas de fuego para comunicar éste a la carga.

Y luego, antes que la victoria se conociese, el marqués mandó gridar[123], y a grandes voces decían los suyos: «¡Viva Cortés que lleva la victoria!»; y así se retrajeron a una torre alta de un ídolo, de aquel pueblo casi cuatrocientos hombres, y muchos de los de caballo o los más que adobaron sus cinchas y cabalgaron y se salieron al campo. Y aquí acaeció que como ganamos el artillería, algunos tiros se derribaron de do[nde] estaban, y otros habían llevado los nuestros, y como un caballero mancebo topase con ocho barriles de pólvora y un m.° [124] tonel de alquitrán, oyó decir que los enemigos se hacían fuertes y se salían al campo para aguardar la mañana y venir a pelear, y como no vio los tiros, con el deseo que tenía de ver por los suyos la victoria y porque creyó que los contrarios tenían el artillería que él echaba menos, se metió entre los barriles de pólvora, diciendo a otros compañeros: «Haceos afuera, y quemaré esta pólvora, porque los enemigos no la hayan y nos hagan daño con el artillería que tienen». Y con fuego que en la mano llevaba de un haz de paja encendida procuraba de quemar la pólvora, y como no podía por estar en barriles, con la espada desfondó uno de ellos [y] encomendándose a Dios metió el fuego dentro y dejose caer en el suelo porque la furia de la pólvora no lo tomase. Y acaeció que el marinero que sacó los barriles de pólvora del navío, sacó siete barriles de pólvora y uno de alpargates[125], creyendo que fuese de pólvora, porque tenía la marca que los otros; y como metiese las pajas y fuego en el barril [de alpargates] y no ardiese, procuraba de abrir otro. Y a esta sazón el marqués vino por allí, que andaba peleando, y ya no hallaba con quién, y preguntó: «¿Qué es eso?». Y yo le dije lo que pasaba, y dijo: «¡Oh hermano!, no hagáis eso, que moriréis y muchos de los nuestros que por aquí cerca están». Y así se entró entre los barriles de pólvora, y con las manos y pies mataba el fuego.

Y llevada la pólvora a una casa pequeña de un ídolo donde él tenía algunos de los contrarios presos, y encomendádolos a un capitán, mandó traer algunos de los tiros, y batía en la torre donde los españoles estaban, y así se dieron; y mandó al capitán que tenía a cargo

[123] Gritar.
[124] La abreviatura es confusa. Tal vez el autor quiso escribir *medio*.
[125] Alpargatas.

los presos que si viese revuelta alguna o que los del campo venían, matase a todos los presos, y esto le mandó decir en manera que el general de los contrarios y los demás prisioneros lo oyeron, y el general envió una seña a les mandar y rogar que viniesen a la obediencia del marqués, por le dar la vida a él y a los presos. Y así vinieron y se dieron a prisión, y así el marqués, haciéndoles quitar a todos las armas y tomando juramento de ellos y a otros la fe[126], se aseguró de ellos, y desde [aquí] a dos días les mandó volver sus armas, quedando preso el capitán y algunos otros.

[De las lenguas de México.]

En lo que señoreaba México había utumíes, que [e]s la más antigua lengua, y es como vizcaínos[127], no muy abundantes de vocablos. Hay tutunaques, lengua por sí. Hay teutecas, hay mistecas, hay zaputecas, macatecas, tenis y otras, que ninguna se entiende con la otra sino por propio intérprete. Chinanta es provincia por sí, pequeña, en sierras; no obedecía a México, y en ésta hay pueblos cada uno sobre sí, de diferentes lenguas: a veces son amigos unos de otros, a veces no. Hay [entre] los de Xalisco, especial en las sierras, gran diferencia de lenguas; y Colima, lengua por sí, y muchas. Zacatula por sí.

[Del orden que México tenía en su tributos.]

México tenía en su tiempo en el hacer guerra esta orden: que yendo a la guerra, al que se daba de paz no tenía sobre él tributo cierto sino que tantas veces en el año le llevaban presente a su discreción del que lo llevaba; pero si era poco mos[tr]ábales mal rostro, y si mucho agradecíaselo. Y en éstos no ponía mayordomo ni recaudador ni

[126] Palabra que se da en público.

[127] Aunque el otomí, lengua del grupo otomangue, no tiene ninguna filiación con el *vizcaíno* o eusquera, ambos idiomas poseen una gran pobreza léxica y una fonética áspera. De ahí la curiosa e interesante comparación de Andrés de Tapia.

cosa; el señor se era señor. Los que tomaba de guerra decían tequitin tlacotle, que quiere decir, «tributan como esclavos». En éstos ponía mayordomos y recogedores y recaudadores; y aunque los señores mandaban su gente, eran debajo de la mano de estos de México; y éstos mandaban sembrar toda semilla y todo árbol para granjería a los vecinos y algodón, [a]demás de los tributos; y tenían casas grandes do[nde] hacían llegar la gente mujeres de cada pueblo o barrio a hilar, tejer, labrar; y [a]demás de todo esto en sabiendo que alguno tenía algo de codicia tomábanselo. De esto que así se tributaba como esclavos tenían su parte algunas señorías de cabo México, por razón que enviaron gente a la guerra.

[De las frutas y árboles de la tierra.]

Hay todo lo que acá de frutas y árboles. Hay de lo de allá muchas cosas de frutas y mantenimientos que no tienen semejanza a cosa de acá, y así no hay quien las dé a entender. Hay en mis pueblos, cerca de la costa, en una parte fuentes de pez [der]retida que sale como brea o como miera[128], sino que hiede[129], y cociéndola se espesa; y es buena para calafetar, y no entra por ella broma[130], porque amarga.

Al marqués, acabado de ganar México, estando en Cuyoacan le llevaron del puerto un poco de arroz [e] iban entre ello tres granos de trigo, [y] mandó a un negro horro[131] que lo sembrase: salió el uno, y como los dos no salían, buscáronlos y estaban podridos. El que salió llevó cuarenta y siete espigas de trigo. De esto hay tanta abundancia que el año de 1539 yo merqué buen trigo, digo extremado, a menos de real la hanega; y aunque después al marqués le llevaron trigo, iba mareado[132] y no nació. De este grano es todo, y hase diferenciado por las tierras do[nde] se ha sembrado, y uno parece lo de cada provincia, siendo todo de este grano.

[128] Aceite espeso, amargo y negruzco que se obtiene a partir de la destilación de las bayas del enebro. La *miera* tiene textura oleaginosa y olor fuerte.

[129] Huele.

[130] La *taraza* o *broma (Teredo navalis)* es un molusco lamelibranquio que segrega una sustancia caliza, con la cual reviste largas galerías que abre en las maderas sumergidas.

[131] Se llama *horro* al esclavo liberto o manumiso.

[132] Cereal con manchas producidas por la descomposición.

Hizo el marqués llevar todo género de ganados que en España se usan para granjerías, y bestias, y simiente de seda, y a ésta ha ayudado mucho el virrey don Antonio[133], y así hay mucha.

Hay mucho alumbre[134]. Hay en Chiapa muchos veneros de ámbar amarillo, de lo que hay en las cuentas, cuajado y claro.

Hay todo género de metales mineros, desde oro hasta estaño. Hay todas colores[135].

Hay, así en la provincia de Guatemala como en la costa de la Villa Rica, árboles de bálsamo, que dándoles una cuchillada manan por ella bálsamo[136]; y por traer más, hay algunos que cuecen de este palo y hojas, y des[de] que aquella agua se espesa dicen que es bálsamo; pero lo que sale como resina hace grandes obras en heridas, en dolores que proceden de frío[137], y en mal de mujeres[138].

Hay otros árboles que hiriéndolos sale por las heridas un licor como estoraque líquido, aunque de más suave olor, y es medicinal[139].

Hay otros de do[nde] sale mucha cantidad de ánime blanco[140], de que los naturales mucho usaban para perfumar sus ídolos e incensarlos y echar de ello en los braseros de los ídolos y por las esquinas de las casas de ídolos. Y tenían por los caminos sus ídolos, como nos[otros] cruces o humilladeros, y allí los caminantes ponían de esto, aunque no hubiese fuego. Otros ofrecían sangre que se sacaban de la lengua o de las orejas o del brazo o [del] muslo.

133 Don Antonio de Mendoza (1490-1552) fue el primer virrey de Nueva España. Miembro de la noble e importante casa de Mendoza, desempeñó distintos cargos diplomáticos en Centroeuropa hasta que la Corona, cansada de los disturbios que sacudían el territorio mexicano, le nombró virrey de la Nueva España en abril de 1535. Don Antonio, hombre enérgico e inteligente, impulsó una política de reconciliación y progreso, que se manifestó en todas las facetas de la vida novohispana. En 1550, pasó al virreinato del Perú, donde falleció dos años después. Para mayor información sobre Mendoza, *vid.* Germán Vázquez, *Antonio de Mendoza,* Dastin, Madrid, 2000.

134 Sulfato doble de aluminio y potasio cristalizado. Se emplea en medicina y tintorería.

135 Tintes.

136 Árbol de la familia de las papilonáceas, que produce un líquido aromático y transparente. La especie más común es el *bálsamo del Perú (Myroxylon pereyrae);* pero Andrés de Tapia se refiere al *bálsamo de Tolu (Myroxylon toluifera),* cuya resina tiene grandes propiedades expectorantes.

137 Denominación genérica de las enfermedades respiratorias.

138 Se denomina *mal de madre* o *mal de mujer* a la *histeria de conversión* complicada con dismenorreas agudas y otros problemas ginecológicos.

139 Se trata del *ocozotl* o *liquidámbar americano (Liquidámbar styraciflua),* una planta que produce un estoraque o bálsamo muy utilizado como incienso en el México precortesiano.

140 Este *ánime blanco* es el copal o *copalli,* una goma resinosa obtenida de varios árboles, que se empleaba en el culto, la medicina y la etiqueta social.

[De los sacrificios que hacían los naturales.]

En otro tiempo, cuando entramos en México la primera vez de paz, andando yo rondando vía en Uchilobos, mezquita mayor, que en siendo las doce en punto, lo cual conocían por ciertas señales del cielo, se levantaban y tocaban una bocina de un grande caracol, e iban al sacrificio todos, y oyendo en otras perrochias esta bocina, también se levantaban y cada cual, con ropa vestida según su divinidad, sacrificaba, o de su sangre o incienso o pajas mojadas en su sangre o papeles con ciertos caracteres.

RELACIÓN DE MÉRITOS Y SERVICIOS DEL CONQUISTADOR BERNARDINO VÁZQUEZ DE TAPIA

VÁZQUEZ DE TAPIA Y SU OBRA

Su autor

Bernardino Vázquez de Tapia, *persona prominente y rica* según Bernal Díaz del Castillo[1], nació al declinar el siglo XV[2] en la localidad toledana de Oropesa. Sus padres, Pedro Sánchez Vázquez y Marina Alfonsa de Balboa, fallecieron tempranamente, encomendando la tutela del niño a unos poderosos parientes[3].

[1] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla.

[2] La fecha de su nacimiento debe situarse entre 1492 y 1502, ya que en la *Probanza de méritos y servicios de Doña Marina;* elaborada en 1542, Bernardino Vázquez declaró que era *de hedad de más de cuarenta años* (Archivo General de Indias, Patronato, legajo 56, No. 3, ramo 4, f. 41 v.)

[3] Su tío materno, Francisco Álvarez, ocupó altos cargos en la Inquisición; y su tío paterno fue catedrático en la universidad de Salamanca. De él trata una apostilla de la relación, que reza así:

El doctor Pedro Vázquez de Oropesa fue natural de Torralba, cerca de la villa de Oropesa, de donde resultó tomar el apellido de Oropesa, aunque los suyos eran Vázquez y Contreras. Fue colegial del Colegio Mayor de San Bartolomé en Salamanca, donde tomó la beca el año de cuatrocientos setenta y dos, y de allí salió para el Consejo Real de Castilla, en tiempo de los Reyes Católicos, don Fernando y doña Isabel. Envióle la reina la provisión de unos préstamos y no los quiso, ni otro beneficio eclesiástico; ofrecióle el arzobispado de Toledo y tampoco lo quiso aceptar, aunque estuvo quince días porfiándole sobre ello. Retirose a Torralba, y allí era muy visitado de todo género de gentes; y pasando por allí el emperador Carlos quinto, le renunció la mitad de los gajes que le daban, diciendo le bastaba la otra mitad, pues no servía. Murió en el dicho lugar de Torralba y mandó hacer un hospital de sus bienes y tres capellanías por su alma y por los reyes; esto refiere el doctor Pedro de Salazar y de Mendoza, canónigo penitenciario de la Santa Iglesia de Toledo, en la crónica que hizo del Gran Cardenal de España, don Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo, impresa en la misma ciudad de Toledo, año de mil y seiscientos y veinticinco, en el libro segundo, capítulo sesenta y cinco, en el folio cuatrocientos y quince y dieciséis.

Pasó a América con Pedrarias Dávila y sirvió cerca de tres años en Castilla del Oro. Tras abandonar Panamá, Vázquez de Tapia tomó parte en la pacificación de Cuba, obteniendo una importante encomienda como recompensa por sus servicios. Veterano de la expedición de Grijalva (1518), tomó parte en la conquista de México.

Finalizada la Conquista, que le reportó considerables beneficios económicos, Bernardino Vázquez de Tapia se convirtió en uno de los pilares de la nueva sociedad novohispana y, como suele suceder en casos semejantes, pronto se interesó por la vida pública. Regidor del Ayuntamiento de la Ciudad de México en 1524, ocupó la alcaldía en tres ocasiones[4]. En 1552 se le nombró alférez real y regidor decano del Ayuntamiento[5]. Su carrera política se caracterizó por los continuos enfrentamientos que sostuvo con Hernán Cortés y Antonio de Mendoza, máximos responsables de la Nueva España. Desconocemos la fecha de su fallecimiento; sólo sabemos que éste se debió a causas naturales.

La relación

Los factores que motivaron el escrito de Vázquez fueron de índole puramente administrativa. Es un hecho comprobado que la política europea del emperador Carlos tuvo desfavorables consecuencias para la economía de las Indias, que se vieron obligadas a financiar las continuas guerras que el césar libraba en el viejo continente. Cuando los recursos comenzaron a disminuir, la Corona planeó una seria reforma económica que se materializó el 20 de noviembre de 1542. Ese año, coincidiendo con una grave crisis militar, que se prolongaba desde 1539, Carlos firmó en Barcelona las famosísimas *Nuevas leyes,* que suponían el fin de las encomiendas[6], pues se estipulaba que tales latifundios se declararían vacantes y regresarían al erario público apenas falleciese el titular.

[4] 1526, 1541 y 1549, *Cfr.* Andrés Cavo, *Historia de México,* paleografiada del texto original y anotada por el P. J. Ernesto Burrus, S. J., con un prólogo del P. Mariano Cuevas, S. J., Patria, México, 1949, pp. 100 y 190.

[5] Ibidem, p. 190.

[6] Tierras pertenecientes a la Corona que eran explotadas por particulares con una mano de obra sometida a un sistema de tributación indirecta.

La nacionalización levantó una oleada de protestas que culminaron con la sublevación de Gonzalo Pizarro en el Perú. Sin embargo, la ira popular no llegó a tales extremos en Nueva España, pues el virrey Mendoza, hombre dialogante y comprensivo, aceptó diferir el cumplimiento de las ordenanzas hasta que el emperador resolviese la apelación preparada por los munícipes de la Ciudad de México; apelación que incluía infinidad de relaciones de méritos y servicios. El Consejo de Indias, asustado por el rumbo de los acontecimientos, derogó la polémica disposición el 20 de octubre de 1545[7].

De lo arriba expuesto se deduce que nos encontramos ante un documento oficial escrito entre 1542 y 1546. Quiere ello decir que la relación carece de sentido histórico y, consecuentemente, no merece el calificativo de Crónica de la conquista de México que le ha aplicado algún exégeta. La obra, redactada con el plúmbeo lenguaje de los leguleyos, carece de datos etnográficos, presenta una cronología confusa e incorrecta y, sobre todo, prescinde de cualquier descripción. El ego predomina sobre el acontecimiento, y la acción no es sino un mero escenario, un telón de fondo que ensalza y agiganta la figura de un encomendero celoso de sus derechos.

Ediciones

Según los datos que obran en mi poder, la crónica de Bernardino Vázquez de Tapia fue publicada por primera vez en 1939. Su editor, el académico Manuel Romero de Terreros, completó el valioso documento con un apéndice que incluía la Cédula de concesión de escudo de armas, la ficha correspondiente al toledano inserta en el *Diccionario autobiográfico de conquistadores*, y el pasaje que Bartolomé Dorantes de Carranza dedicara al regidor en su pintoresca *Sumaria relación*[8].

En 1953, la editorial Porrúa reeditó el texto de Romero, ampliando el *corpus* documental con los testimonios prestados por Bernardino

[7] Sobre las *Nuevas leyes* y su repercusión en Nueva España, *cfr.* Germán Vázquez, *Antonio de Mendoza,* Dastin, Madrid, 2000.

[8] *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia,* que publica por primera vez don Manuel Romero de Terreros, C. de la Real Academia de la Historia, Polis, México, 1939.

Vázquez en los juicios de residencia incoados contra Hernán Cortés y Pedro de Alvarado[9]. Dos décadas después, la Universidad Nacional Autónoma de México patrocinó una nueva edición a cargo de Jorge Gurría Lacroix[10].

Criterio editorial

La presente edición reproduce la efectuada por don Manuel Romero en 1939, aunque se han introducido ligeras modificaciones con objeto de adecuar el texto al carácter colectivo del volumen. Los cambios se limitan a la modernización de aquellos arcaísmos cuya transcripción podría confundir al lector y a las contracciones, que se destraban por sistema. Asimismo me he tomado la libertad de incluir entre corchetes la palabra o palabras necesarias para la cabal comprensión de determinadas frases. Sin embargo, respeto la división del original dado su carácter jurídico.

Por lo que respecta a los vocablos *nahua,* conservo la grafía utilizada por Vázquez de Tapia, quien —dicho sea al paso— transcribe los fonemas mexicanos de forma similar a Bernal Díaz del Castillo. Cabe añadir que el regidor es bastante menos anárquico que su antiguo conmilitón, pues jamás altera los topónimos que emplea por primera vez, salvo en un par de ocasiones que troca Temistitlan por Tenuxtitlan y Guaquichula por Guaquechula.

[9] *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, Vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenuxtitlan,* México, José Porrúa e hijos sucesores, «Biblioteca José Porrúa Estrada de historia mexicana», n.° 1, México 1953.

[10] *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, Vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenustitlan, México,* edición y notas de Jorge Gurría Lacroix, Universidad Nacional Autónoma de México, «Nueva biblioteca mexicana», No. 34, México, 1973.

Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenuxtitlan México

Ilustrísimo señor:

Bernardino Vázquez de Tapia, vecino y regidor de esta gran ciudad de Tenuxtitlan México, advirtiendo lo mandado por Vuestra Ilustrísima Señoría, digo que yo soy natural de Oropesa, aunque pocas veces he estado en ella, y soy hijo de Pedro Sánchez Vázquez, hermano del doctor Pedro Vázquez de Oropesa, catedrático en Salamanca, y de Marina Alfonso de Balboa, hermana de don Francisco Álvarez, abad de Toro, inquisidor en reinos y otras provincias y ciudades muchos años; con los cuales dichos mis tíos yo me crié por faltarme mis padres, todos los cuales y mis hermanos y mis abuelos y otros deudos sirvieron mucho a la Corona Real.

Pasé a las Indias con el gobernador Pedro Arias de Ávila, año de quinientos y trece años[1]. Y fuimos a la costa de la tierra firme, en aquella parte que se llama Castilla del Oro[2], adonde yo estuve dos años y medio, poco más o menos; y en el camino y en la dicha tierra, en entradas y costas que me fueron mandadas por el dicho goberna-

[1] Pedro Arias de Ávila, más conocido por *Pedrarias Dávila* o simplemente *Pedrarias,* partió el 12 de abril de 1514 para el Nuevo Mundo. Tras distinguirse sobremanera en las campañas de Granada y África, *Pedrarias* se interesó en su ancianidad por las cosas de América, obteniendo en 1514 la gobernación del Darién. Valeroso hasta el extremo de dirigir campañas militares a los ochenta años, su ambición de poder, que no tenía límites, le convirtió en un hombre capaz de las mayores crueldades. Depuesto por sus arbitrariedades y asesinatos, *Pedrarias Dávila* falleció nonagenario en la ciudad nicaragüense de León.

[2] Nombre antiguo del actual Darién.

dor y capitán en servicio de Su Majestad, yo pasé muchos peligros y trabajos, sin recibir sueldo ni acostamiento ninguno.

Item. Después de lo dicho, yo vine a la Isla Fernandina, que por otro nombre se llama Cupa[3], adonde serví en algunas entradas que hicieron contra gente alzada que había en algunas partes, y el gobernador de ella, don Diego Velázquez, por mi persona y servicios, me dio y encomendó pueblos e indios de que me aprovechase y para que me sirviesen.

Después de lo dicho, el año de quinientos y diez y siete, enviando el dicho gobernador don Diego Velázquez a su sobrino, el capitán Juan de Grijalva, con cuatro navíos de armada, en servicio de Su Majestad, a descubrir islas o tierra nueva, yo fui en la dicha armada por alférez general[4] de toda la gente y armada; y de aquel camino descubrimos la isla de Cozumel, y le pusimos por nombre la isla de Santa Cruz, porque aquel día la descubrimos; y la costa de Yucatán, por la parte del sur, hasta la Bahía de Ascensión, que así le pusimos nombre; y de allí, tornamos costeando la dicha costa, en la cual y en la dicha isla de Cozumel vimos grandes pueblos y edificios de piedra. Después, costeamos la costa del sueste[5] y del este y del norte, hasta un gran pueblo que está en la costa, que se llamaba Campeche, en el cual desembarcamos, y los naturales nos dieron una batalla, en la cual estuvimos en harto peligro de perder las vidas, y el capitán salió mal herido y todos los más que allí estábamos, y muerto un gentilhombre soldado. Y salidos de aquel peligro, hallamos otro tan grande que fue que, queriéndonos recoger a los navíos, había menguado tanto la mar, que los había dejado casi en seco y trastornado y de lodo henchidos, que no pensamos que de allí salieran sino hechos pedazos, y que nos quedáramos allí aislados y perdidos. Después, salidos de allí, quedó un navío mal acondicionado y que se iba a fondo, y buscando puerto a donde le adobar[6], llegamos a uno que le pusimos nombre Puerto Deseado, adonde estuvimos algunos días, y el dicho navío se adobó.

Después, yendo más adelante, descubrimos tierra de la Nueva España, y llegamos al río grande de tabasco, al cual pusimos [por]

[3] Así en el original. Debería decir *Cuba*.
[4] Oficial de infantería encargado de llevar la bandera (*cfr. supra* p. 39, nota 8).
[5] Forma arcaica de *sureste*.
[6] *Adobar* se emplea aquí en su acepción de *reparar el casco de un navío en su integridad.*

nombre el Río de Grijalva, y entramos en los navíos en el río y vimos el pueblo de Tabasco, adonde saltamos en tierra y se tomó posesión en nombre de Su Majestad. Después, fuimos por la costa adelante, viendo la tierra de la Nueva España, hasta llegar a Isla de Sacrificios y el puerto de San Juan de Ulúa, adonde desembarcamos y estuvimos muchos días, y tuvimos noticia de la gran ciudad de México y de otras ciudades y provincias de esta tierra y de la bondad y riqueza de ella. Y de allí partimos adelante, descubriendo hasta el puerto de la Villa Rica; y de allí, fuimos por la costa y vimos un pueblo grande, que pusimos nombre Almería, y de allí, descubrimos un río grande, que pusimos San Pedro y San Pablo, de donde salieron más de treinta canoas. Y por que llegados allí, se nos acababan los bastimentos, y las corrientes de la mar iban muy recias adelante, y los pilotos y marineros temieron que las corrientes nos metiesen en parte que no pudiésemos tornar y pereciésemos de hambre, persuadieron a dicho capitán Juan de Grijalva que nos volviésemos, y ansí lo hicimos dende el dicho río, habiendo estado y saltado en muchas partes de la dicha tierra y tomado la posesión de ella por Su Majestad y en su nombre. Y todas las veces que habíamos de salir en tierra, era yo el primero que salía con la bandera y mis compañeros de la bandera[7], y ansí en lo dicho del dicho descubrimiento, como en la vuelta, pasamos muchos peligros, y trabajamos así en la mar como en la tierra, porque muchas veces, yendo navegando, dimos en bajíos con los navíos y en peñas, y algunas veces se quebraron tablas de abajo y nos íbamos a fondo y [nos] vimos en mucho peligro; y otras veces, a falta de bastimentos y de agua, pasamos grave hambre y sed y, queriéndola remediar, llegamos a la tierra y saltamos en ella, adonde hallamos mucha cantidad de indios de guerra que nos tenían echadas celadas; y estuvimos a punto de perder las vidas; y plugo a Dios[8] que los desbaratásemos y tomásemos agua, y en unos maizales que topamos, cogimos muchas cargas de mazorcas de maíz, con las cuales socorrimos la hambre. Y con estos trabajos y peligros, plugo a Dios que volvimos arriba; en todo lo cual, y en todo el dicho descubrimiento, yo me hallé, como dicho tengo, siendo alférez general.

[7] Se denominaba *compañero de bandera* al suboficial que realizaba ocasionalmente la tarea del alférez (*vid. supra*, p. 128, nota 4).

[8] Locución arcaica sinónima de *quiso Dios*.

Después de lo dicho, al cabo del año de quinientos y diez y ocho[9], yo volví en el armada, en que vino el marqués del Valle por capitán general, o mayor, a conquistar y poblar esta tierra, y vinimos a la Isla de Cozumel y la conquistamos y pacificamos. Y estando allí, se cobró Jerónimo de Aguilar, español que había mucho tiempo que estaba en Yucatán, de la parte del sur, en poder de los indios, el cual hizo provecho, por saber la lengua de aquella tierra[10]; y después salimos de la Isla de Cozumel y fuimos costeando la costa de Yucatán y salimos a tierra en algunas partes, y llegamos al Río de Grijalva y entramos en él con los navíos, y salimos en tierra y, aunque el dicho marqués hizo muchos apercibimientos[11] y requerimientos[12] a los del pueblo

[9] Cortés salió de Cuba en 1519.

[10] Jerónimo de Aguilar, natural de la ciudad andaluza de Écija, formaba parte de un grupo de náufragos que llegó al Yucatán en 1511. Tras contemplar cómo la mitad de sus compañeros perecían bajo el cuchillo de sacrificios, Aguilar y los restantes supervivientes, entre los que se contaba Gonzalo Guerrero *(cfr. supra,* p. 71, nota 15), huyeron hacia el sur. Aguilar cayó en manos de un señor llamado Aquincuz, quien le redujo a la esclavitud. Menos acomodaticio que Gonzalo Guerrero, el ecijano prefirió sufrir miserias y hambre a integrarse en la sociedad maya. Rescatado por Cortés, Aguilar contribuiría decisivamente al éxito de la empresa cortesiana, pues sus conocimientos del maya yucateco permitieron que don Hernán se comunicara con Marina, que hablaba mexicano y maya *(cfr. supra* p. 78, nota 29). La plebe mexicana, ignorante del lazo profesional que unía a los intérpretes, elaboró descabelladas y románticas hipótesis para explicar la extraña relación. Así, Diego Muñoz Camargo, cronista de la muy noble y muy leal ciudad de Tlaxcala, afirmaría años después que Aguilar compartió su cautiverio con Marina *(cfr.* Diego Muñoz Camargo, *Historia de Tlaxcala,* edición, introducción, notas y glosario de Germán Vázquez, Dastin, Madrid, 2000, t. II. c. II). Por su parte, Fernando de Alva Ixtlilxochitl no dudó en escribir que *Marina andando el tiempo se casó con Aguilar* (Fernando de Alva Ixtlilxochitl, *Historia de la nación chichimeca,* edición, introducción y notas de Germán Vázquez, Dastin, Madrid, 2000). La especie, absurda a todas luces, pone de relieve la desinformación que caracteriza la llamada *visión de los vencidos.* Sí es cierto, por el contrario, el triste dato que recogió Francisco López de Gómara en su famosa historia. Cuando la madre de Aguilar supo las desventuras de su hijo, enloquecido *y siempre de allí en adelante daba voces al ver carne asada o espetada, gritando: «¡Desventurada de mí!, ¡éste es mi hijo y mi bien!»* (Francisco López de Gómara, *Conquista de México,* edición, introducción y notas de José Luis de Rojas, Dastin, Madrid, 2000). Tras la caída de Tenochtitlan, Aguilar, que al parecer prefería la libre vida militar a la eclesiástica, participó en la jornada de Pánuco. El antiguo cautivo, enfermo del mal venéreo, falleció poco antes de que se iniciara la expedición a las Hibueras.

[11] El *apercibimiento* es un acto jurídico que consiste en notificar a la persona requerida las consecuencias que se seguirán de determinadas actitudes u omisiones suyas.

[12] El *requerimiento* —pieza clave para la legitimación de la acción conquistadora castellana— era un documento jurídico, leído por un notario, en el cual se requería al enemigo para que aceptase la soberanía de Castilla y adoptase la fe de Cristo. Aunque su origen se remonta a la conquista de Canarias (1503), no se institucionalizó hasta 1513, siendo *Pedrarias Dávila (cfr. supra,* p. 127, nota 1) el primer conquistador que lo empleó en el Nuevo Mundo. Teóricamente perfecto, el *requerimiento* planteaba numerosos problemas a la hora de llevarse a la práctica, porque unas veces no se traducía y otras se leía en el momento

de Tabasco, que estaba muy cerca de donde estábamos en tierra, para que le dejasen con su voluntad entrar en el dicho pueblo, para descansar y tomar agua, y si le diesen bastimentos se los pagaría, no aprovechó porque el pueblo no se podía entrar sino por mar y teníanle tan fortalecido que pensaron que no les podíamos entrar; y con esto estaban tan soberbios, que dijeron al marqués que tenía muchas palabras como mujer, que dejase las palabras y obrase con las manos, como hombre. El marqués, corrido de aquellas palabras y que nos tenían en la playa adonde enterraban los muertos, tuvo manera como por un monte, bien espeso y de muchos esteros[13] y ciénegas, buscó camino que fuese por tierra al dicho pueblo, e hizo armar los bateles y barcas de los navíos y meter la mitad de la gente en los bateles, y envió la otra mitad por el camino que habían hallado antes que amaneciese, y con el artillería que iba en los bateles diose batalla al pueblo y con muchas ballestas y escopetas, pero ellos estaban tan fuertes, que peleaban defendiéndose con tantas maneras de armas, que hasta que la otra gente sintieron por las espaldas, no los podimos entrar. Después de entrádoles el pueblo, tuvimos otras dos batallas muy recias con ellos y nos tuvieron en punto de nos matar, y corriéramos gran peligro si no fuera por los caballos que sacaron de los navíos; y que aquí se vio un gran milagro, que, estando en gran peligro en la batalla, se vio andar peleando uno de un caballo blanco, a cuya causa se desbarataron los indios, el cual caballo no había entre los que traíamos. En fin, los vencimos y vinieron en paz y trajeron presentes y dieron la obediencia a Su Majestad; y en ciertas indias, que dieron de presente, dieron una que sabía la lengua de la Nueva España y la de la tierra del Yucatán, adonde había estado Jerónimo de Aguilar, el español que dije; y después que se entendieron, fueron los intérpretes para todo lo que se hizo[14]. Y en este pueblo de Ta-

menos oportuno. Los indianistas han criticado con ferocidad este instrumento jurídico, pero sus acervas acusaciones carecen de sentido, pues se trataba única y exclusivamente de una declaración de guerra (*vid.* para mayor información Francisco Morales Padrón, *Teoría y leyes de la conquista,* Cultura Hispánica, Madrid, 1979, pp. 331-345).

[13] Zonas inmediatas a la desembocadura de un río, invadidas periódicamente por las aguas marinas.

[14] Se refiere a la célebre doña Marina, más conocida como *Malinche* (*cfr. supra* p. 78, nota 29).

basco, el dicho marqués señaló y nombró oficiales para que mirasen y tuviesen cargo de lo que perteneciese al interés de Su Majestad y entre ellos fui yo nombrado por factor[15] de Su Majestad. Después, dejando aquello pacífico, pasamos adelante y llegamos al puerto de San Juan de Ulúa, adonde desembarcamos y comenzamos a pacificar los pueblos de aquella comarca, que estaba cerca de la mar, con los cuales tuvimos muchas guerras, hasta que los pacificamos, en las cuales y en las de antes, en Tabasco y Cozumel y otras partes, yo serví teniendo cargo de gente. Después, el dicho marqués acordó de asentar y poblar la tierra en nombre de Su Majestad y hacer pueblos y señalar alcaldes y regidores, y los señaló y nombró, y señaló a mí por uno de los regidores, como tal regidor[16], de los primeros y del primer pueblo que se hizo, que se llamó la Villa Rica, y como factor y oficial de Su Majestad, fui uno de los que fueron en que se enviasen mensajeros y procuradores a Su Majestad, haciéndole saber lo que se había hecho en la tierra y cómo estaba poblada en nombre de Su Majestad. Y fueron Puerto Carrero y el adelantado don Francisco Montejo[17].

Después de lo dicho, el dicho marqués quiso entrar la tierra adentro y, dejando el pueblo bien poblado de gente para que estuviese segura la tierra de la comarca, con trescientos hombres de a pie de los más valientes y trece de a caballo, entró la tierra adentro, hasta llegar a entrar en la gran ciudad de Tenuxtitlan México, de los cuales trece de a caballo yo fui uno, y por todo el camino, hasta llegar a los primeros pueblos sujetos a Tlaxcala, cuatro leguas de la ciudad y cabeza de la dicha provincia de Tlaxcala, pasamos hartos trabajos y peligros a causa de no saber la tierra; y en reencuentros con indios de guerra y a causa de no hallar de comer, pasamos mucha hambre. Pero llegados a la tierra y pueblos de Tlaxcala, se nos doblaron los trabajos y peligros, porque llegados allí, menos de veinte indios de guerra, que topamos, que los ejércitos de Tlaxcala habían enviado por espías

[15] Oficial real que recaudaba las rentas y tributos en especie pertenecientes a la Corona.

[16] Concejal que no desempeña ningún otro cargo municipal.

[17] El salmantino Francisco de Montejo (1448-1550) regresó a España en 1519 para defender los intereses de Cortés. Tras la caída de Tenochtitlan, Montejo pidió permiso al Consejo de Indias para conquistar Yucatán y Cozumel, territorios que habían quedado al margen del proceso expansivo castellano. Concedido éste por real cédula de 8 de diciembre de 1526, el flamante adelantado se personó en su gobernación e inició una larga y ardua campaña que finalizaría veinte años después.

o descubridores, queriéndolos prender y tomar vivos para saber la lengua de ellos, nos mataron dos caballos e hirieron otros y algunos de los españoles de a caballo[18]. Y luego llegó un escuadrón de más de veinte mil hombres bien aderezados y armados. Y en llegando, sin aguardar momento, se metieron entre nosotros como perros, que nos pusieron en harto trabajo y peligro; y plugo a Dios Nuestro Señor que matamos al capitán general de ellos, después de haber peleado más de dos horas y tenerlos vencidos; y muerto le tomaron en los hombros y se fueron y nos dejaron, que no poco alabamos a Dios por nos haber dejado, que estábamos en harto peligro. Y todos los caballos, o los más, quedaron heridos y muchos de nosotros, sin saber remedio de cura ni con qué curarse, los caballos ni nosotros, ni qué comer, aunque habíamos bien trabajado, y dormimos en aquel campo con harto cuidado. Otro día de mañana, salimos sujetos a Tlaxcala y, aunque era bien de mañana, dos horas después de salido el sol, comenzamos a topar tanta gente de guerra armada, que cubrían los campos, y comiénzannos a cercar por todas partes; y queriéndolos hablar el marqués a algunos de los capitanes para les hacer sus requerimientos y protestaciones, no quisieron escuchar, y un capitán de aquellos comenzó a deshonrar a ciertos indios de Cempoala, que allí estaban que iban con nosotros, diciéndoles que eran traidores y bellacos, porque venían con nosotros y nos guiaban. Uno de Cempoala le respondió diciendo que más traidores eran ellos, porque, sin les hacer mal, salían armados de guerra contra nosotros, y sobre esto se desataron y se fue el uno para el otro con sus espadas y rodelas y otras armas y se dieron tantos golpes, hasta que el nuestro de Cempoala derribó al otro y le comenzó a cortar la cabeza, que no por poca buena señal lo tuvimos y nos fue causa de aumentar los ánimos[19]. Luego, los enemigos arremetieron a socorrer su capitán; otros dieron en nosotros y nos cercaron como al toro en el coso, y dándonos tanta prisa por todas partes que no nos podíamos valer, y nos pusieron en mucho peligro, hasta que los de a caballo rompimos por una parte, por donde les hicimos hacer lugar, aunque era tanta la gente, que por cualquier parte había,

[18] El primer encuentro hispano-tlaxcalteca tuvo lugar en el pueblo de Tecoac, poblado por refugiados *otomi*.

[19] Este *totonacatl* se llamaba Teuch o Teoch.

que no teníamos tiempo de resollar. Y así peleamos todo aquel día, hasta la tarde que, andando peleando, vimos una torre, que era casa de sus ídolos, y el marqués mandó que fuésemos a ella, aunque en el camino no nos faltó gente con quien pelear, y ella estaba llena de gente de guerra. Se la ganamos y en la dicha torre se aposentó el dicho marqués y asentamos el real alrededor de la torre y en algunas casas que allí estaban y llegamos tales que bien habíamos menester de descansar y comer, si tuviéramos qué comer. En este lugar estuvimos más de treinta días, que cada día venían sobre nosotros sobre ochenta mil hombres, y todos los más de los días nos pusimos en gran peligro, porque los de a caballo salíamos a pelear con ellos al campo y la gente de a pie peleaba en el real y a la redonda de él; y algunas veces vinieron de noche sobre nosotros, diciendo que de noche no verían los caballos y no habiendo caballos, de la gente de a pie no hacían mucho caso. Y como la primera vez que vinieron de noche salimos dos de a caballo al campo de ellos, cobraron gran temor y huyeron, y visto aquello mandó el marqués que saliésemos de noche; y entrábamos en pueblos grandes y poníamosles fuego, y como estaban descuidados, hacíamosles mucho daño, y haciéndoles la guerra de esta manera, como teníamos muchos trabajos y peligros, algunos hombres principales aconsejaron al marqués que se volviese a la mar, porque veían la costa en términos que todos habíamos de morir allí; y el marqués dijo que antes quería morir que volver un pie atrás. En fin, que plugo a Dios Nuestro Señor que, como se vieron fatigados, empezaron a hablar en paces y conciertos. En esta sazón, llegaron allí mensajeros de esta gran ciudad de México y de Montezuma, diciendo que iban por su mandado, porque había sabido la guerra que nos daban y que nos habían muerto ciertos caballos y habían herido a muchos de nosotros y tratádonos mal, de lo cual le había pesado a Montezuma, y los enviaba para que, si habíamos menester algo, y si querían, que enviase gente de guerra en nuestro favor. El marqués y todos nos holgamos con aquel mensaje, por el peligro y trabajo en que habíamos estado, del cual aún no estábamos libres y, aunque aquellos mensajeros más vinieron por tomar aviso de qué gente éramos y lo que hacíamos y cómo nos iba con los de Tlaxcala, todavía holgamos con su venida.

Y a causa de los dichos mensajeros, tomó ocasión el marqués de desear enviar mensajeros a Montezuma, porque le pareció le conve-

nía mucho y era muy necesario, así por asegurar a Montezuma, como porque, los que fuesen, viesen y supiesen la tierra y los caminos y las ciudades y pueblos que había, y para que trajesen aviso y relación de lo que viesen. Estando el marqués en este deseo, dijo algunas veces en público que si allí tuviera dos hijos y dos hermanos que mucho quisiera, los enviara por mensajeros a Montezuma. Entendiendo el deseo del dicho marqués, yo me ofrecí de ir, el cual me lo agradeció mucho y aceptó mi ofrecimiento. Después, se ofreció también para ir don Pedro de Alvarado, y acordó el marqués que fuésemos ambos y dionos instrucción de lo que habíamos de hacer, y presentes de cosas de Castilla, para que diésemos a Montezuma. Y aunque ambos teníamos caballos, nos mandó los dejásemos y que fuésemos a pie, porque si nos matasen, no se perdiesen, que se estima un caballero a caballo más de trescientos peones. Salimos del real para ir nuestro camino, por donde los mensajeros de Montezuma nos llevaban, y fuimos a la ciudad de Tlaxcala que, como ya se trataban las paces, pudimos ir seguros. Los de la ciudad de Tlaxcala, como vieron y supieron que íbamos por mensajeros de Montezuma, como ellos eran grandes enemigos suyos, parecioles que con nuestra ida Montezuma y los de su reino se habían de hacer nuestros amigos y, siendo ellos y nosotros amigos, ellos serían destruidos. Acordaron de remediarse con matarnos y, para que no pareciese que ellos nos habían muerto, ordenaron una cautela que fue de esta manera: nosotros habíamos de ir desde Tlaxcala a la ciudad de Cholula, que por allí nos llevaban; los de Cholula eran amigos y aliados de Montezuma y de los de su reino y los de Tlaxcala y los de Cholula grandes enemigos y cada día peleaban los unos con los otros; aparejaron los de Tlaxcala mucha gente de guerra armada y pónenla a propósito, y pasados nosotros, yendo por nuestro camino, en un río que está entre montañas de Tlaxcala y Cholula, que iba muy crecido, nos encubrieron una puente que tenía y nos hicieron pasar por el río, en el cual paso nos quisieron ahogar, sino que los de Montezuma, que iban con nosotros, lo entendieron y lo estorbaron. Después, yendo nuestro camino, ya que llegábamos cerca de los términos de Cholula, [a]pareció mucha gente de guerra por la una parte y por la otra del camino, y comienzan a gritar y dar señales de guerra. Los de Cholula, que estaban en sus pueblos y labranzas, luego acudieron con sus armas y comenzaron a pelear los unos con los otros y su intento y presupues-

to de los de Tlaxcala era, peleando con los de Cholula, matarnos a nosotros y echar fama[20] y decir que los de Cholula nos habían muerto en su tierra. Los mensajeros de Montezuma entendieron la traición y despachan mensajeros, volviendo a los de Cholula a avisarlos que veníamos allí, y con gran brevedad saliese mucha gente para estorbar que los de Tlaxcala no nos matasen. Los mensajeros volvieron y dieron aviso, y los que iban con nosotros de Montezuma nos persuadían [para] que anduviésemos mucho, así aguijábamos[21] todo lo que podíamos, y de que no corríamos tanto como ellos querían, nos echaban mano por las muñecas y nos hacían correr más de lo que podíamos, en el cual instante ya había salido mucha gente y peleaban muy recio por todas partes y se venían llegando a nosotros, para ejecutar su maldad, que en no poco peligro estábamos. Plugo a Dios que vimos venir, por el camino de Cholula, dos escuadrones de gente corriendo a gran prisa, sin cuidar de los que peleaban, y desde que llegaron a nosotros, abriéronse y tomáronnos en medio, y así nos salvamos. Y nos llevaron hasta Cholula y los otros se quedaron peleando, burlados en salirles al revés su traición. Desde Cholula nos llevaron a Guaquichula y porque los de Guaquichula eran amigos y confederados de los de Tlaxcala, y habíamos de ir por mucha parte de tierra y pueblos de Guajotzingo, de temor que nos saliesen a nosotros y nos matasen, los de Montezuma, que iban con nosotros, dejaron el camino y sin vereda nos llevaron atravesando y rodeando por unos montes y sierras, que con muy gran trabajo llegamos a Guaquichula. De allí nos llevaron a Tochimilco, el pueblo que era de Juan Rodríguez de Ocaña; de allí a Tetela, pueblo que era de Pedro Sánchez; de allí a Tenantepeque, pueblo de Francisco de Solís; de allí a Ocuituco, pueblo que era del señor obispo de México; de allí a Chimaloacan, pueblo que era de Escobar; y de allí a Sumiltepeque; y de allí a Ameca Meca; y de allí a Tezcuco, a donde Montezuma envió siete señores, entre los cuales fue su hijo Chimalpopoca, y un hermano que fue el que comenzó la guerra y otros[22], y dijéronnos que Montezuma estaba malo y en una ciudad cercada de agua, que ni

[20] Arcaísmo sinónimo de *difundir*.
[21] Bernardino Vázquez de Tapia emplea el verbo *aguijar* en su acepción de *acelerar el paso*.
[22] Se refiere a Cuitlahuac.

podíamos entrar a él ni verle sin gran peligro nuestro; que nos volviésemos, y que allí entre ellos venían tres señores, que irían con nosotros a hablar al capitán. Y viendo aquello y que era por demás porfiar, nos volvimos por el mismo camino. Bien creo yo, vino allí Montezuma a nos ver. En este camino pasamos hartos trabajos y peligros y aprovechó mucho nuestra venida, porque, por el mismo camino que nos llevaron a nosotros, porfiaban después que no sabían otro camino para México, y que por allí habían de ir el marqués y nosotros, cuando fuésemos a México; y si así fuera, nos pusiéramos en gran peligro, por ser el más mal camino y más peligroso de ramblas[23] y quebradas hondas, que se bajaban por escaleras y tornaban a subir por ellas; y aquellos pasos tan hondos, que veinte indios bastaban para defender un paso y matarnos a todos. Llegamos a Tlaxcala y hallamos al marqués y a toda la gente, que ya se habían concertado y hecho paces; dímosle cuenta de nuestro camino y pesole, porque no nos habían dejado llegar a México. Y los embajadores de Montezuma, que vinieron con nosotros, dieron su embajada y dijéronle que Montezuma quería ser su amigo, porque estaba malo y en una ciudad cercada de agua, que no se podía entrar a ella y en una tierra muy estéril que no había qué comer; que le rogaba no fuese allá. Al marqués le pesó de esto, mientras más inconvenientes le ponían, más gana tenía de pasar adelante y ver a México; y así, después que tuvo asentadas las cosas de Tlaxcala y puestas en orden y concierto, partimos de Tlaxcala para ir a Cholula y, siendo una jornada pequeña que se podía andar en menos de un día y aun en poco más de medio, nos hicieron dormir aquella noche en el campo, y vimos que los de Cholula andaban de mal arte, y los caminos muy buenos, que vimos don Pedro de Alvarado y yo cuando fuimos y venimos por allí, los tenían atapados y abiertos otros de nuevo, muy bellacos. Fuimos a Cholula y lleváronnos a aposentar en unos aposentos muy bellacos y todos caídos, habiéndonos aposentado a don Pedro de Alvarado y a mí en otros aposentos muy buenos; lo cual le dijimos al marqués, y no quiso posar allí, sino en los aposentos en donde nosotros habíamos posado, lo cual los de Cholula aceptaron de mala gana, y ni nos querían dar de comer, ni maíz para los caballos, sino que estaba toda la

[23] Vaguadas planas que sólo llevan agua en época de deshielo o lluvia tormentosa.

gente de mal arte. Y como el marqués vio todas estas cosas, temió de alguna traición y mandó que toda la gente estuviese muy apercibida, y andando con gran aviso inquiriendo supo que allí cerca de Cholula estaba una guarnición de gente de México y, ratificado de ello, determinó, que antes que nos tomasen durmiendo, de dar en los unos y en los otros, y así lo hice[24], aunque no con poco peligro nuestro. Y así se hizo con ayuda de los de Tlaxcala, que estaba en nuestro favor, por las amistades que habían hecho con nosotros, y se destruyó la ciudad de Cholula, aunque presto se tornó a redificar y poblar. Desde Cholula se procuró el mejor camino que había para México, porque don Pedro de Alvarado y yo le informamos [que] no le convenía ir por donde nosotros fuimos; y en fin, nos encaminaron para que fuésemos por un camino que va entre el volcán y la Sierra Nevada, y así fuimos, el día que salimos de Cholula, a un poblezuelo en tierra de Guajotzingo, que llamaron los Ranchos; y otro día subimos en lo alto de la sierra entre montañas de volcán y la Sierra Nevada y aquí[25], aquella noche, se sintió gente de guerra y términos que querían dar en nosotros. Otro día, bajamos la sierra y llegamos a Amecameca, a donde estuvimos dos o tres días; de allí, a otro día, fuimos a Tulcingo[26], y, otro día, fuimos a hora de comer, a Netlavaca, a donde, queriéndonos dar de comer, miró el marqués y consideró que para entrar en aquel pueblo habíamos entrado por muchas puentes y, para salir de él, habíamos de salir por otras tantas, y que quitado y derribado una o dos de una parte y otras dos de otra, nos dejaran allí aislados y nos pudieran matar, como se dijo que los indios lo tenían determinado de hacer mientras comiésemos; determinó que luego, sin comer, saliésemos, y así se hizo y vinimos a dormir a Ixtapalapa, a donde también hubo grandes indicios y señales que nos querían matar, sino que no osaron acometer, porque Dios Nuestro Señor lo permitía y porque nosotros teníamos gran vela, aviso y recado. Otro día, entramos en México y estuvimos en él ocho meses, poco más o menos, hasta la venida de Pánfilo de Narváez[27], en el cual tiempo pasaron grandes

[24] Así en el original. Debería decir *lo hicimos*.

[25] El autor quiere decir que la hueste llegó a un paso que había entre los volcanes Popocatepetl e Iztacihuatl.

[26] No hay ningún pueblo llamado Tulcingo en la zona sur del lago de Chalco. Bernardino Vázquez de Tapia tal vez escribió Tulcingo en lugar de Ayotzinco.

[27] *Cfr. supra*, p. 112, nota 115.

cosas que, por no alargar, las dejo; y llegado a la tierra, tuvo necesidad el marqués de dejar la ciudad a se ir a ver con el dicho Narváez y dejando en ella a don Pedro de Alvarado y los oficiales del rey, de los cuales yo era uno, y otros ciento y treinta hombres para guarda de la ciudad y de Montezuma y de los tesoros de Su Majestad que se habían recogido. Estando el dicho marqués en la costa de la mar, en contienda con el dicho Narváez, se alzó la ciudad y todos los de la comarca y vinieron sobre nosotros y nos dieron muy cruel guerra, en la que mataron algunos españoles e hirieron a todos los demás que estábamos. Y nos tuvieron cercados muchos días en mucho trabajo y peligro. Y un día, dándonos un combate muy recio y que nos tenían puestos en gran peligro, porque nos entraban por muchas partes y nos habían quemado las puertas del fuerte a donde estábamos, y estando todos cansados y heridos, que no les faltaba sino entrar y cortarnos las cabezas a todos, pusieron fuego a la puerta; y súbitamente se apartaron y nos dejaron sin pelear más, lo cual fue gran descanso para nosotros, porque ya no hacíamos caso de las vidas e hicimos cuenta que nos las daban. Y preguntando después a indios principales, que eran capitanes, cómo nos habían dejado, teniéndonos en tanto aprieto y peligro, dijeron que, en aquella sazón, que nos entraban y tenían en tanto trabajo, vieron una mujer de Castilla, muy linda y que resplandecía como el sol, y que les echaba puñados de tierra en los ojos y, como vieron cosa tan extraña, se apartaron y huyeron y se fueron y nos dejaron. Así estuvimos, hasta que volvió el marqués, con harto trabajo y necesidad de comer, porque ni nos lo daban, ni lo osábamos salir a buscar ni comprar.

Venido el marqués, con la gente que había llevado y otra muy mucha de la que trajo Narváez, y muchos caballos y mucha artillería, en entrando en esta ciudad luego a otro día, se tornaron a levantar los indios y dar cruel guerra, y en los primeros reencuentros, aunque murieron muchos indios, murieron y mataron algunos españoles y caballos y pusiéronnos fuego a la fortaleza y aposento a donde estábamos, que ardió dos días sin lo poder apagar; y teníamos hambre y padecíamos gran necesidad de bastimentos para comer y, aunque hicieron muchos ardides de guerra y muchos e infinitos para ofender, los indios[28] y los españoles lo hacían muy bien, peleando

[28] Se refiere a los *tlaxcalteca* y otros aliados indígenas.

valientemente, todo no apovechaba nada; el marqués acordó de rogar a Montezuma, que estaba en nuestra compañía y aposento, que hablase a su gente y vasallos, que dejasen aquella guerra y porfía que habían tomado, porque tenía lástima que muriesen tantos de ellos y le pesaba mucho, porque no había gana les matasen ni les hiciesen mal. El Montezuma dijo al marqués que le tenía en mucho aquella voluntad y él de muy buena gana los hablaría; y luego fue, para desde unas azoteas, a hablarlos, y el marqués le encomendó a ciertos caballeros para que mirasen por él y le arrodelasen[29], para que desde abajo no le diesen con alguna flecha, o con algún dardo, o alguna pedrada con honda, que todo lo tiraban; y aunque los que fueron con el dicho Montezuma tuvieron gran cuidado de lo que el dicho marqués les había mandado, como llegaron con el dicho Montezuma del pretil de la azotea, y él comenzó a dar voces para que le escucharan, ni le oyeron ni le entendieron, como había gran número de gente; y como vieron aquella cantidad de gente en la dicha azotea, todos enderezaron sus tiros allí a la gente, y por mucho que guardaron al dicho Montezuma, no pudieron tanto que no le dieran con una piedra, tirada con honda, en medio de la frente, que luego se sintió mortal. Llevado a su aposento, sabido por el marqués, le pesó en gran manera y le vino luego a ver y hacer curar y le consoló mucho, dándole a entender cuánta pena tenía de su mal. Montezuma le dio las gracias y le dijo al marqués que no tuviese pena, ni tomasen trabajo de le curar, que él estaba mortalmente herido y no podía vivir y él se moría presto; que pedía por merced al marqués favoreciese y mirase por su hijo Chimalpopoca, que aquél era su heredero y el que había de ser señor, y le suplicaba que los servicios y buenas obras que le había hecho, se las pagase haciendo bien y favoreciendo a su hijo. El marqués se lo prometió, diciendo que no sería menester, que Dios le daría salud y a él y a su hijo pagaría él las buenas obras que a él y a los españoles había hecho y los servicios que a Su Majestad, y buena voluntad que había mostrado. Dende a dos o tres días, se murió; y como el marqués y todos estábamos tan ocupados en la guerra, no se tuvo acuerdo e hízose un gran desatino inconsiderado, y fue que, habiéndose de encubrir la muerte de Montezuma, le metieron en

[29] *Rodelar* es sinónimo de *proteger con rodelas o escudos redondos.*

un costal y le dieron a unos indios, de los que servían a Montezuma, que le llevasen; al cual, como la gente de guerra le vio, creyeron que nosotros le habíamos muerto, y aquella noche todos hicieron grandes llantos y con grandes ceremonias quemaron el cuerpo e hicieron sus obsequias[30]; pero otro día dende adelante, si con gran furia peleaban, muy más recio y crudamente peleaban dende adelante, tanto que viendo el marqués su pertinacia, procuró hablar con ellos; y no quisieron aceptar ningún partido, sino dijéronle que hasta matarnos a todos no habían de parar, y aunque muriesen ochocientos de ellos por matar uno de nosotros, nos acabaríamos nosotros primero que ellos, y esto supiésemos. Visto el marqués cuánto habíamos hecho los días que había que peleábamos, y cuan apretados estábamos y con cuánto peligro y con cuánta hambre y falta de comida, acordó de dejar la ciudad y salirse al campo; y mandó hacer unas puentes levadizas de madera, para pasar ciertas partes de ríos, que los indios habían derribado, y por salir más seguros, mandó que saliésemos una noche, a la media noche. Aunque los indios reposaban, no estaban tan sin cuidado, que luego no fuesen con nosotros y, unos en canoas por el agua y otros por tierra, empezaron a dar en nosotros, que, como era de noche, era cosa de lástima y de grima[31] lo que pasaba, [lo] que se veía u oía de los que morían. Y a tres o cuatro horas del día llegamos a una torre de ídolos, dos leguas de México, que se llamó Santa María de los Remedios, y el marqués y los que escapamos, todos heridos y tan cansados y muertos de pelear, casi como los que murieron. Mandó el marqués hacer alarde[32] y memoria de los que escaparon y estaban allí; halláronse cuatrocientos y veinticinco hombres y veinte y tres caballos, todos heridos. Había en México, con la gente que el marqués había traído, más de mil o mil y ciento hombres y más de ochenta caballos. Todos los demás murieron, sin contar que en otras partes y por los caminos mataron otra mucha cantidad de gente. Viendo el marqués la mucha gente y caballos que había perdido y cómo los que quedaron todos estaban heridos, acordó de tomar el camino para Tlaxcala, porque los había dejado por amigos, y así lo

30 Arcaísmo, *exequias.*
31 Horror, espanto.
32 Bernardino Vázquez de Tapia quiere decir que Hernán Cortés pasó revista a la tropa para conocer el número exacto de bajas.

habían mostrado. Y en aquella guerra se habían hallado dos o tres mil de ellos, que habían venido con el marqués y habían muerto mucha cantidad, o casi todos ellos; y también murió el hijo de Montezuma y dos hijas y mucha cantidad de indios de servicio, e indias que estaban con los españoles; y se perdieron todos los tesoros y riquezas de Su Majestad y de los españoles, que se habían habido en el tiempo que habíamos estado en la tierra[33].

Salimos de allí otro día, dos horas antes que amaneciese, y aunque mucho madrugamos, luego topamos con gente de guerra de los indios, que luego comenzaron a nos cercar y venir par de nosotros, y como todos íbamos heridos y tan quebrantados y medrosos de los días pasados, si mucho nos apretaran, creo nos desbarataran y mataran a todos, por lo dicho y por ser de noche, y así, no se pasó día, de más de diez o doce que tardamos en llegar a Tlaxcala, que no hubiese gran número de gente sobre nosotros, que muchos días nos tuviesen cercados y a punto de ser perdidos y muertos todos. Y milagrosamente Nuestro Señor nos libró y llevó en salvo a Tlaxcala, a donde, si los halláramos de guerra, según íbamos cansados y heridos, no se escapara ninguno de nosotros; pero ellos como buenos guardaron la paz y amistad que a los principios asentaron con el marqués, y nos recibieron bien y con mucho amor, habiendo lástima de ver cuáles íbamos, y nos socorrieron con comida y con lo que habíamos menester.

En Tlaxcala estuvimos algunos días curándonos los heridos y reformándonos de la flaqueza y trabajos pasados, y dende allí envió el marqués mensajeros a la Villa Rica de la Veracruz, para que trajese alguna gente y caballos y munición de lo que hobiese, lo cual se trajo; y como el marqués no v[e]ía la hora que tornar a comenzar la guerra y le parecía que cada día se le hacía un año, según estaba lastimado de lo pasado, mandó aparejar la gente y tornó a confirmar los de Tlaxcala en su amistad, los cuales le prometieron ser buenos amigos y fieles y de le dar gran ayuda de gente, para tornar y hacer la guerra

[33] Ahondando en el tema, el gran historiador mexicano Manuel Orozco y Berra escribe lo siguiente: [...] *faltaba sobre seiscientos castellanos y ochenta y tantos caballos; de los principales capitanes, el caballeroso Juan Velázquez de León, comandante de la regaza, en compañía de Alvarado, Francisco de Salcedo, Francisco de Morla y un muy buen jinete apellidado Lares. De los de Narváez perecieron la mayor parte, ya por bisoños, ya por codiciosos* (Manuel Orozco y Berra, *Historia antigua y de la conquista de México*, Porrúa, México, 1978, vol. IV, p. 391).

a los de México; y así determinó de salir, con los españoles y caballos que tenía, y con la gente de guerra que le dieron los de Tlaxcala, que serían más de tres mil hombres, y acordó de entrar por los pueblos sujetos a la provincia de Tepeaca, a donde llegados, los hallamos tan a propósito y en tanta cantidad de gente, que nos dieron muchos días bien que hacer. En fin, que llegamos a un pueblo principal de la provincia, que se dice Acaçingo, donde asentamos real y de allí corrimos la ciudad de Tepeaca y toda la provincia, y les hicimos de tal manera la guerra, que les hicimos que se arrepintiesen de lo pasado y pidiesen la paz, la cual se aceptó con las condiciones que el marqués les puso.

En esta sazón vino una pestilencia de sarampión, y víroles[34] tan recia y tan cruel que creo murió más de la cuarta parte de la gente de indios que había en toda la tierra, la cual muy mucho nos ayudó para hacer la guerra y fue causa que mucho más presto se acabase, porque, como he dicho, en esta pestilencia murió gran cantidad de hombres y gente de guerra y muchos señores y capitanes y valientes hombres, con los cuales habíamos de pelear y tenerlos por enemigos; y milagrosamente Nuestro Señor los mató y nos los quitó delante.

Después se conquistaron las provincias y pueblos de Tecamachalco y Quechula y Tehuacan, Zapotitlan y Estecala y Cholula, Guaquechula y Mitlan, Nepatlan de Tepeje o Chiautla[35] y otros infinitos pueblos, que vinieron de paz; y si particularmente se hubieran de poner todas las cosas que pasaron, sería nunca acabar.

Y en este mismo tiempo se despacharon procuradores a Castilla y a la isla Española, que fueron Alonso de Ávila y Diego de Ordaz y Alonso de Mesa, y los despachos que llevaron hicimos Alonso de Grado y yo. En esta sazón también había mandado el marqués cortar mucha madera de encina en los montes de Tlaxcala, para llevar la madera a Tezcuco y hacer allí bergantines, para entrar por la laguna en México. Y apaciguadas todas las dichas provincias y pueblos, y estando sujeta gran parte de la tierra, porque, de miedo de la guerra, muchos vinieron a pedir paz y a ver lo que les mandaban,

[34] Viruela.

[35] La frase está mal redactada. No se trata de un lugar que tuviese tres nombres, como el texto da a entender, sino de tres localidades distintas: Nepantlan, Tepeje (¿Tepexi?) y Chiauhtlan.

y si les pedían gente de guerra la daban para ir contra los rebeldes. Y el marqués acordó de ir sobre México, o irse a Tezcuco, para allí hacer los dichos bergantines; y así lo puso por obra; y en todas las dichas guerras yo serví con mi persona y caballo y algunos criados, algunas veces teniendo cargo de gente de a caballo. Y en esta sazón, el marqués acordó que uno de los oficiales del rey fuese a la Villa Rica vieja[36], porque habían venido ciertos navíos, y que parasen que no había casa a dónde descargar lo que traían, y para que se hiciese memoria de las mercaderías y cosas que traían, para que Su Majestad fuese servido que le pagasen derechos de ellas, si tuviese relación por donde se les pidiese y los mercaderes se obligasen, mandándolo Su Majestad de las pagar; y también, para que ciertos pueblos, que estaban alzados en la comarca de la Villa Rica y habían muerto a Hernán Martínez su capitán, y [a] más de veinte españoles que iban a buscar de comer para los del pueblo, para asegurarlos y ponerlos de paz, porque los del pueblo tenían temor de ellos; y para otras cosas. En fin, que por suerte, y porque así lo mandó y quiso el marqués, yo hube de ir y me hizo dejar un caballo harto bueno, que yo tenía, que no valía poco en aquella ocasión, diciendo que los navíos habían traído caballos y me proveerían de otro. Por cumplir el mandado del capitán, yo fui, aunque contra mi voluntad y no sin peligro, porque cerca del camino había muchos pueblos alzados; y llegado a la Villa Rica, hice todas las cosas a que iba, lo mejor que pude, y despaché los navíos; y acabados de despachar, me volví. Y hallé al marqués y toda la gente en México, que traían la guerra de la ciudad en buenos términos y los tenían arrinconados a una parte de la ciudad, los españoles a los indios; y dende [aquí] a pocos días, se prendió al señor y fueron desbaratados los indios.

Luego el marqués se pasó a Cuyoacan, dejando gente de guarda en la ciudad y en los bergantines, a donde se recogió el despojo en Cuyoacan y riquezas de oro y plata, que se hubieron; y se platicó en lo enviar a Su Majestad, lo cual con mucha más cantidad, que después se recogió, así se hizo.

Estando allí, acordó el marqués de enviar personas principales, que fuesen con alguna poca de gente a visitar las provincias, y ver

[36] El autor emplea el término *vieja* para diferenciar la antigua Villa Rica de la moderna Veracruz, levantada en las cercanías del primitivo asentamiento.

cómo estaban, si estaban de paz o de guerra, para que los apercibiesen que estuviesen al servicio de Su Majestad, y para apercibirlos dejasen sus ídolos y la creencia que tenían y tuviesen nuestra fe y creencia, y para saber la cantidad de las provincias y pueblos, y también para recoger algún oro, para con lo demás que se había habido en la guerra, se enviase a Su Majestad. Y de pocos que fueron señalados del dicho capitán para este cargo, yo fui uno de ellos. Y fui con algunos compañeros, que fueron conmigo, y visité muchas provincias y pueblos, cumpliendo lo que por el marqués me fue mandado, haciendo muy bien hecho lo que llevaba a cargo, persuadiendo a los de las dichas provincias y pueblos fuesen cristianos y dejasen los ídolos y perseverasen en el servicio de Su Majestad y en la amistad de los españoles; e hice copia de la cantidad de los vecinos de cada pueblo, en lo cual trabajé mucho.

Después, así como factor de Su Majestad y regidor, fui en que se enviasen procuradores a Su Majestad, y se le llevase todo el oro y plata y riquezas que se habían habido en la guerra y recogido en las visitaciones, lo cual así se hizo. Y como oficial de Su Majestad, juntamente con el marqués y los otros oficiales, escribimos a Su Majestad de todo lo pasado en la tierra, y en los términos que quedaba, suplicando algunas cosas que convenían a su servicio, para el bien de la tierra. Y fueron con el dicho servicio y presente y relaciones Alonso de Ávila y Quiñones, lo cual, por nuestros pecados y desdicha, tomaron los franceses y los prendieron a ellos.

Después, el dicho marqués acordó que fundásemos una ciudad, y pareció a él y a todas las personas principales de su compañía que se fundase en el medio y corazón de México, y así se hizo; y como oficial y regidor[37] del rey, ayudé a trazar y ordenar, y fui de los primeros que hicieron casa en México, después que se ordenó y trazó. Después de esto y en este medio tiempo, viendo el marqués que muchas provincias y pueblos hacia la costa de la mar del norte, en especial las provincias de Pánuco y el Tamoin y otros pueblos, estaban alzados y rebelados y no habían querido dar la obediencia a Su Majestad, acordó de ir a los conquistar y pacificar, y entre los que fueron con él, yo fui por capitán de gente de a caballo y gasté mucho para el

[37] *Cfr. supra* p. 132, nota 16.

dicho viaje, porque los clavos y herraduras valían a peso de plata y valía un caballo mil pesos. En el dicho viaje tuvimos muchas guerras y apaciguamos y conquistamos muchas provincias y pueblos y pasamos muchos y grandes trabajos, y yo serví mucho, siendo siempre capitán de gente de a caballo, y muchas veces fui a hacer entradas y llevaba cargo de gente de a caballo y de a pie.

Acabadas de conquistar y pacificar las dichas provincias, se rebelaron los pueblos de Huchitepec y Totonilco y Oainatla, y otros a ellos comarcanos, que estando de paz y teniendo dada la obediencia a Su Majestad y al marqués en su nombre, se alzaron y comenzaron hacer guerra, estando el marqués en las provincias de Pánuco, a las que yo fui por capitán de gente de a caballo, en la cual pasamos muchos peligros y trabajos, hasta que los conquistamos y pacificamos, que, por ser la tierra muy áspera de sierras, padecimos muchos trabajos y peligros. Y en la dicha guerra yo gasté y perdí mucho, porque un día nos aguardaron los enemigos en un paso y nos dieron en la retaguarda, y nos hicieron mucho daño, y a mí me tomaron allí oro y plata y vestidos y otras cosas, que valía más de dos mil pesos, y a otros mataron y se les murieron muchos caballos. Y de aquí volvimos a donde estaba el marqués, en los pueblos de Tuzapa, y fue por la costa hasta la Villa Rica vieja, y de allí vino a esta ciudad de Temistitlán México, y a mí y a Rodrigo Álvarez Chico, veedor[38], nos envió desde el pueblo de Tonatico, y mandó que nos viniésemos e hiciésemos pasar el pueblo y gente que habíamos dejado en Cuyoacán, que todavía se estaban allí, y para que se herrasen por esclavos y se vendiesen algunos indios, que se habían tomado en las dichas guerras de Guchitepeque y los demás pueblos, porque se habían rebelado; lo cual se hizo como el marqués lo mandó.

Después de lo dicho, volví otra vez a la dicha provincia de Pánuco, por mandado del dicho marqués, y otra mucha cantidad de gente, al tiempo que allí vino Francisco de Garay[39].

[38] Oficial real que tenía funciones semejantes a las desempeñadas por el moderno *inspector militar*.

[39] Francisco de Garay, gobernador de Jamaica, tomó la decisión de acudir personalmente a Pánuco tras conocer el fracaso de sus subordinados Alonso Álvarez de Pineda (*cfr. supra* p. 85, nota a), Miguel Díaz de Aux, Diego Camargo y Ramírez *el Viejo*.

Después de lo dicho, habiéndose alzado los pueblos de Tecomastlavaca y Huantepeque y Gustlavaca y Quintepeque, y otros muchos pueblos comarcanos, y muerto 20 españoles y quemado cruces y salteado y corrido españoles que por sus tierras pasaban, el marqués les envió muchos mensajeros, mandándoles que viniesen a dar cuenta de las cosas que hacían y habían hecho, y por qué razón se habían alzado; y viniendo, que los oiría, y no viniendo, que procedería contra ellos y enviaría gente de guerra contra ellos. Ninguna cosa aprovecharon sus mandamientos ni requerimientos, que no quisieron venir, lo cual visto, antes que más cundiese y se encendiese con guerra aquella tierra, acordó de enviar gente de a caballo y de a pie contra ellos, y a mí me señaló por capitán, para ir a la dicha jornada y hacer la guerra, si no quisiesen venir de paz. Y así fui con gente de a caballo y de a pie española, y mucha cantidad de gente de indios de esta ciudad y de otras comarcanas; y porque los hallamos rebeldes y con su porfía, y no quisieron aceptar ningún partido, les hicimos la guerra muchos días, hasta que prendimos su señor y otros principales, que habían sido la principal causa del alzamiento; e hice justicia de ellos, y también otros muchos fueron castigados, sin les quitar las vidas, por lo cual todos los demás vinieron de paz, la cual se les otorgó, amonestándoles que fuesen buenos y no se alzasen otra vez, porque, si se alzaban, había de volver y no dejar hombre vivo; y así quedaron castigados y seguros y asentados en sus pueblos, y todos los de la comarca avisados y escarmentados para no hacer lo semejante; en todo lo cual, yo serví a Su Majestad con hartos trabajos y peligros y muchos gastos que hice en esta jornada.

Después de lo dicho, fui señalado y nombrado y persuadido dos veces, por esta ciudad y por todas las ciudades y villas de toda la tierra, para que fuese a España por procurador general de todas, la una vez el año de mil y quinientos y veinte y nueve; y en ambos viajes, dieron al través en diversas tierras los navíos en que iba; se perdieron e hicieron pedazos, y una vez salí y me escapé a nado y se ahogaron treinta y cinco personas, poco más o menos, y ambas veces, perdí todo lo más que llevaba, aunque por los dichos naufragios y pérdida no dejé de seguir mi camino, para que se efectuase lo que llevaba a cargo.

Y ambas veces, llegué y estuve en corte el tiempo necesario, e hice relación a Su Majestad de las cosas de estas partes, y le supliqué man-

dase proveer las cosas que eran necesarias, para las asentar conforme a las instrucciones y capítulos que llevaba. Y la primera vez, negocié que viniese audiencia y que se hiciese el repartimiento[40] por petición, lo cual así Su Majestad lo proveyó a mi suplicación; y los primeros oidores trajeron el repartimiento, como parecía por las instrucciones y provisiones que trajeron los dichos oidores, y ambas veces trabajé todo lo posible para que se hiciese y despachase y proveyese lo que convenía a servicio de Dios Nuestro Señor y Su Majestad y al bien de todo este reino y república. Y aunque ambas veces me ofrecieron salarios y prometieron gran paga, después, por no tener propios ni posibilidad para ello, me dieron como hasta mil pesos, que todo lo demás, que fue harta cantidad, puse de mi hacienda.

Item. Hace 22 años que soy regidor de esta ciudad, proveído por Su Majestad, el primero y más antiguo regidor en ella; y en el dicho oficio y cargo, en las cosas que se han ofrecido al servicio de Su Majestad, siempre he estado muy aparejado y delantado para que se hiciesen y proveyesen, y así mismo lo que convenía al bien de la república.

Item. Siempre, dende que el marqués vino a esta tierra, tuve casa y gastos con criados y personas que llegaban a mi compañía, en los tiempos de las guerras; y muy mejor la he tenido, después que esta ciudad se pobló por los españoles. Y siempre he tenido muchos criados y cantidad de caballos y armas de todas maneras, estando apercibido para, si los naturales se alzasen o si el gobernador u oidores me madasen, ir a servir alguna parte. Soy casado diez y siete años ha[ce]; tengo una hija casada con Ginés de Mercado, hombre hidalgo y hombre honrado, los cuales tienen tres hijas y un hijo.

Item. Traje tres sobrinas de Castilla y las casé con hombres de los honrados de esta ciudad, a las cuales yo di lo que tenían; y tienen muchos hijos e hijas, con que se puebla la tierra, y he casado otros criados que están en esta ciudad, todo lo cual sin el favor de vuestra señoría, vale poco y es un poco de aire, y por tanto, suplico use conmigo de su acostumbrada clemencia y benignidad.

Los indios que he tenido y tengo, son la cuarta parte de Tlapa, que vale, lo que dan, seiscientos pesos, poco más o menos; tuve la mitad,

[40] Es decir, que se hiciera una distribución de encomiendas entre los conquistadores.

que me dio la audiencia primero la otra cuarta parte y, porque Su Majestad dio por ninguno lo que dieron, habiendo informado a Su Majestad que lo habían dado a sus criados y amigos y parientes, lo mandó quitar, sin ser yo criado ni pariente, con sola una cuarta parte y quitada la otra.

Tengo el pueblo de Churubusco que, todo cuanto da, valdrá ciento y sesenta pesos de minas, muy poco más o menos.

Tengo el pueblo de Cuametitlan, que está tasado en diez y seis cargas de ropa, cada ochenta días y cierta sementera y otras menudencias; pero sepa vuestra señoría que son tan pocos y tan miserables, que si un año sólo lo hobiesen de cumplir, se irían y despoblarían todos y, entendiendo yo esto y por sobrellevarles, les comité[41] la ropa porque me diesen ochenta hombres de servicio en las minas de Ayoteco, que están dentro en sus casas y nunca lo cumplen ni la mitad; y si un día vienen cincuenta indios, otro día no hay veinte, y otro día diez, y así siempre hacen grandes faltas, y si no disimulase y pasase con ellos, se despoblarían y no habría quien me sirviese en ninguna cosa.

[41] Perdoné.

RELACIÓN BREVE DE LA CONQUISTA DE LA NUEVA ESPAÑA

FRANCISCO DE AGUILAR Y SU OBRA

Su autor

Francisco de Aguilar nació en 1479 y falleció en 1571. Su existencia se prolongó durante nueve largas décadas, aunque por desgracia no la conocemos íntegramente. Y es una lástima, porque nos encontramos ante un apasionante personaje, que en medio siglo ejerció actividades tan variopintas como la de soldado de fortuna, mesonero, fraile y cronista:

> *Y* [había] *otro soldado que se decía Alonso de Aguilar, cuya fue la venta que ahora se llama de Aguilar, que está entre la Veracruz y la Puebla y estaba rico y tenía buen repartimiento de indios, todo lo vendió y lo dio por Dios, y se metió a fraile dominico, y fue muy buen religioso; este fraile Aguilar fue muy conocido y fue muy buen fraile dominico*[1].

Efectivamente, Aguilar trocó la espada por la jarra de vino en 1525; pero el trajín del negocio, que producía pingües beneficios, no acallaba las dudas y escrúpulos de conciencia que de vez en cuando le asaltaban. Por eso, cuatro años después, liquidó sus bienes e ingresó en la orden de Santo Domingo. Los últimos años de su vida fueron un verdadero calvario, pues la artritis úrica que padecía llegó a tal punto que:

[1] Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000. La prodigiosa memoria de Bernal Díaz o, mejor dicho, su amnesia anterógrada le falló, pues Aguilar se llamaba Francisco.

El humor se apoderó del cuerpo, dejándolo gafo de pies y manos, y tan imposibilitado, que no podía sin dolor estar en pie, ni sentado, ni acostado. Llegó su trabajo a no poder comer con sus manos, ni a aprovecharse de ellas para cosas tan necesarias y frecuentes como a los hombres sirven[2].

La obra

Aguilar, como él mismo señala en su crónica, escribió *a ruego e importunación de ciertos religiosos,* que con una notoria ausencia de tacto le solicitaron que redactara sus memorias, dado que *estaba ya al cabo de la vida*[3]. Obedeció el antiguo soldado con ejemplar obediencia, y el resultado fue una de las obras más hermosas de la cronística novohispana. Tan hermosa que el arzobispo Pedro Moya de Contreras, conocedor de las aficiones históricas del *Rey Prudente,* se la obsequió el mismo año en que falleció Francisco de Aguilar. La *relación* pasó de inmediato a la selecta biblioteca de El Escorial, y allí se conserva, encuadernada junto con otros manuscritos del siglo XVI tocantes al Nuevo Mundo.

Redactada en un estilo sencillo y llano, la historia presenta muchos puntos notables, como tendrá el lector ocasión de comprobar. En mi opinión, lo más notorio de la misma reside en su gran humanidad, una humanidad que se trasluce en todas y cada una de sus páginas. Magnífico conocedor del alma humana, el dominico reflejó con acertada psicología los más íntimos deseos, sensaciones y miedos que embargaron a los soldados cortesanos.

Esta profundización anímica, verdaderamente magistral, compensa con creces los fallos cronológicos y los errores —bastante abundantes, todo hay que decirlo— que aparecen en el relato.

[2] Agustín Dávila Padilla, *Historia de la fundación y discurso de la Provincia de Santiago de México de la orden de predicadores*, en Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, UNAM, México 1977, apéndice III A, p. 188.

[3] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, preámbulo, p. 157.

Ediciones

La primera edición de la *Relación breve* se debió a Luis González Obregón, quien aprovechó la copia que don Francisco del Paso y Troncoso sacara del manuscrito escurialense en 1892[4].

Este texto, mal transcrito y carente de las apostillas o notas marginales, fue modernizado por Alfonso Teja Zambre y publicado en 1937[5]. El flamante revisor destrozó aún más la venerable crónica, porque no sólo conservó los fallos y omisiones de Obregón, sino que, además, atribuyó la autoría a Alonso de Aguilar, un soldado cortesiano sin ningún parentesco con el dominico. La editorial Botas reimprimió la deficiente versión de Teja un año después[6].

La tercera edición adoleció de los mismos males, pues el autor de la misma se limitó a imprimir un trasunto de la edición pristina. En aras de la objetividad histórica, cabe añadir que Vargas Rea tuvo el acierto de encabezar la crónica con el título que le diera fray Francisco[7].

En 1954, Federico Gómez de Orozco dio a las prensas una nueva edición que reproducía a pie de página las apostillas del manuscrito original[8]. El volumen incluía dos apéndices: el primero reproducía el estudio del padre Mariano Gutiérrez sobre el manuscrito, y el segundo un pasaje de Agustín Dávila Padilla, cronista de la provincia dominicana de Santiago de México, sobre la vida del antiguo conquistador.

Recientemente, Jorge Gurría Lacroix ha presentado una nueva y completa edición de la *Relación breve de la conquista de la Nueva España,* que incluye un detallado estudio introductorio, el texto íntegro del manuscrito, y un amplio conjunto de apéndices que recogen la

[4] Francisco de Aguilar, «Historia de la Nueva España», *Anales del Museo nacional de México*, t. VII (1.ª época), entrega 1.ª (junio de 1900), pp. 3-25.

[5] Francisco de Aguilar, «Historia de la Nueva España», *Suplemento de letras*, No. 7 (noviembre de 1937), pp. 78-118, edición copiada y revisada y con una «nota preliminar» por Alfonso Teja Zambre.

[6] Francisco de Aguilar, *Historia de la Nueva España*, copiada y revisada y con una «nota preliminar» por Alfonso Teja Zambre, ediciones Botas, México, 1938.

[7] Francisco de Aguilar, *Relato breve de la conquista de la Nueva España*, con una advertencia «Lector», Vargas Rea, México, 1943.

[8] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, escrita por Fray Francisco de Aguilar, de la orden de predicadores, José Porrúa e hijos sucesores, «Biblioteca José Porrúa Estrada de historia mexicana», No. 2, México, 1954.

reproducción fotostática del original, así como las introducciones y apéndices de las anteriores ediciones[9].

Respecto a ediciones en lenguas extranjeras, sólo conozco la impresión norteamericana de 1963. El texto, que se tomó del publicado por Federico Gómez de Orozco, se acompañó con una nota introductoria de Patricia de Fuentes[10].

Criterio editorial

Para la presente edición he cotejado la versión modernizada de 1977 con el manuscrito original, lo cual me ha permitido corregir algunos errores de nimia importancia paleográfica, pero históricamente importantes. Así, he trocado el término *Malinche* por *Malinchi,* pues, como bien saben los conocedores de la lengua mexicana, el primero es renombre y el segundo patronímico. Siguiendo el criterio general del presente volumen, he respetado la mayoría de los arcaísmos, destrabado las contracciones y completado las frases con palabras o sílabas entre corchetes. Para evitar malas interpretaciones añadiré que en la *Octava jornada* hay varios *lapsus calami* (fundamentalmente repetición de frases), cuya autoría debe atribuirse al pendolista dominico de Aguilar.

Por lo que respecta a las voces *nahua,* las transcribo tal y como aparecen en la relación.

[9] Francisco de Aguilar, *Relación breve de la conquista de la Nueva España*, edición, estudio preliminar, notas y apéndices por Jorge Gurría Lacroix [versión paleográfica por Beatriz Arteaga Garza], Universidad Nacional Autónoma de México, «Serie de historiadores y cronistas de Indias», No. 7, México, 1977 [reeditado en 1980].

[10] Franciso de Aguilar, «The Chronicle of Fray Francisco de Aguilar», *The Conquistadors* [prefacio por Howard H. Cline, nota introductoria por Patricia de Fuentes], Orion Press, New York, 1963.

Relación breve de la conquista de la Nueva España

Fray Francisco de Aguilar, fraile profeso de la orden de los predicadores, conquistador de los primeros que pasaron con Hernando Cortés a esta tierra, y de más de ochenta años cuando esto escribió a ruego e importunación de ciertos religiosos que se lo rogaron diciendo que, pues que estaba ya al cabo de la vida, les dejase escrito lo que en la conquista de esta Nueva España había pasado, y cómo se había conquistado y tomado, lo cual dijo como testigo de vista y con brevedad sin andar por ambajes y circunloquios, y si por ventura el estilo y modo de decir no fuere tan sabroso ni diere tanto contento al lector cuanto yo quisiera, contarle ha a lo menos y darle a gusto la verdad de lo que hay acerca de este negocio, la cual, como principal fin y *scopo*, pienso siempre que lo que aquí tocare llevar por delante, e iré poniendo lo que pasó en la toma de esta tierra por las jornadas que viniendo a su conquista veníamos haciendo[1].

Primera jornada

Por don Diego Colón, almirante que descubrió a Santo Domingo[2], fue enviado Diego Velázquez adelantado y caballero noble a la isla de Cuba, la cual descubrió y pobló, el cual envió al rey don Hernando

[1] Francisco de Aguilar ofrece una magnífica silepsis que pone de manifiesto su talla literaria. En el siglo XVI, el término *jornada* era sinónimo de *expedición militar*, pero también se empleaba para diferenciar las distintas *partes* o *actos* de un poema dramático.

[2] El descubridor de Santo Domingo fue Cristóbal Colón, padre de Diego.

y a la reina doña Isabel a tratar el dicho descubrimiento y población, cuya industria, sagacidad y trabajos considerados por los reyes y cuán buena maña el adelantado Diego Velázquez se había dado en la toma y población de la isla de Cuba, acordaron lo recompensar y pagar de su servicio y trabajos, de hacerlo gobernador de la dicha isla de Cuba, dándole también facultad y licencia para descubrir y poblar en tierra firme; y así, queriendo usar de ella, hizo una armada de cinco navíos con doscientos soldados, buena gente, y por cabeza y capitán de ellos puso a un Juan de Grijalva, hombre de valor por su persona y noble en linaje y sangre, el cual después de haberse hecho a la vela navegando con próspero tiempo por sumar adelante llegó y tomó puerto en tierra de Yucatán, en un río, el cual después se llamó el río Grijalva, en cuyas vertientes había una muy grande y espaciosa población de indios. Habiendo, pues, el dicho capitán surgido[3] con sus soldados y toda la demás gente de guerra que consigo traía, después de haber amarrado las naos y asegurándolas porque no recibiesen algún daño de los vientos, saltó con buen orden y concierto en tierra; donde después de haber pedido a los indios agua y bastimentos para su gente, no sólo no se lo quisieron dar, mas en lugar de dárselo le dieron muy cruda guerra, tal que le mataron un hombre, y a él y a su gente le fue forzado tornarse a embarcar y volverse a Cuba, de adonde había venido, donde el dicho adelantado Diego Velázquez por ver la ruin cuenta que de sí había dado le quitó la armada.

Segunda jornada

Estando en esto, porque los navíos no se le perdiesen y la gente no se le fuese, envió a llamar a Hernando Cortés, que a la sazón era alcalde ordinario[4], hidalgo y persona noble, al cual rogó y dijo que debería tomar aquella armada a cargo, el cual le respondió en breve que sí, y el dicho Diego Velázquez se la dio y entregó; y así entregado

[3] Anclado.

[4] El dato es poco conocido, pero cierto. Hernán Cortés ocupó durante algún tiempo la alcaldía de la villa de Baracoa (Cuba).

en ella se dio tan buena maña y con tanta diligencia, como hombre muy sagaz que era, porque en pocos días buscó dineros prestados entre sus amigos e hizo hasta otros doscientos hombres, y recogió y proveyose de muchos bastimentos, todo aquello con mucha diligencia; y después el adelantado don Diego Velázquez, arrepentido de lo que había hecho, le quiso quitar el armada, y fue con gente al puerto para habérsela de quitar; pero el dicho Hernando Cortés, como hombre sagaz y astuto, porque era ya sobre tarde y hacía buen tiempo, levantó las áncoras y alzó velas y fuese. Pasaron con Hernando Cortés personas muy nobles: don Pedro de Alvarado, don Pedro Puerto Carrero, hermano del conde de Medellín[5], Diego Velázquez, sobrino del dicho Diego Velázquez, adelantado[6], Sandoval, Cristóbal de Olid y otras personas muy nobles. Por manera que hubo gente de Venecia, griegos, sicilianos, italianos, vizcaínos, montañeses, asturianos, portugueses, andaluces y extremeños[7].

Tercera jornada

Embarcado el dicho Cortés con su gente, viniendo por la mar se juntaron todas aquellas personas nobles, y al dicho Hernando Cortés lo alzaron por capitán por el rey y no por don Diego Velázquez el adelantado, y luego hizo capitanes y generales, que fue el uno don Pedro de Alvarado, y su hermano Jorge de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval, segundo capitán, Cristóbal de Olid, Andrés de Tapia, personas nobles y por sus personas valerosas. Navegando por la mar aportó el armada a la isla que se llama Cozumel que es en tierra firme y la costa en la mano. Pareció en la costa un hombre que venía corriendo y capeando con una manta, y un bergantinejo le tomó, y súpose cómo era cristiano que se llamaba Hernando de Aguilar, el

[5] Se llamaba *Alonso* Hernández Portocarrero y sólo era sobrino del conde de Medellín.

[6] Su nombre era *Juan* Velázquez de León.

[7] No existe ningún documento en el Archivo General de Indias que avale la presencia de italianos u otros extranjeros en la conquista de Tenochtitlan. Aguilar quizá atribuyó esta nacionalidad a aquellos soldados que habían participado en las campañas de Italia, como, por ejemplo, el tambor Canillas, el tamborino Benito de Bejel, o el famoso artillero Mesa.

cual y otro su compañero habían escapado en poder de indios de una armada que allí había dado al través[8]. Andando más adelante, costeando, llegando al río ya dicho de Grijalva adonde entraron, y el dicho Cortés mandó sacar dos caballos armados y ciertos ballesteros y escopeteros y peones a resistir el ímpetu de los indios que venían de guerra, los cuales serían hasta cuarenta mil hombres, poco más o menos, donde los tiros que se jugaron y las ballestas que tiraban y los caballos que corrían mataron muchos de los indios, por manera que como cosa nueva para ellos, atemorizados, huyeron y dejaron el campo[9]. Luego otro día vinieron de paz y se dieron por vasallos del emperador, y trajeron bastimentos y comida con que los españoles se holgaron y regocijaron, y así mismo trajeron un presente de mantas y ocho mujeres por esclavas, y entre ellas una que se llamó Marina, a la cual después pusieron Malinchi, la cual sabía [la] lengua mexicana y entendía la lengua del dicho Aguilar que habíamos tomado en la costa[10], porque había estado cautivo seis o siete años, de lo cual se recibió muy mucha alegría y contento en todo el real. De allí se embarcaron en los navíos y fueron, costa costa, buscando puerto, y poco a poco llegamos al puerto que se dice de San Juan de Olúa, que por otro nombre se dice de Lúa, y el capitán mandó que saliesen ciertos españoles con él a tierra, y visto por los naturales de ella cosa tan nueva para ellos y que nunca tal cosa habían visto, se dieron al dicho capitán y a su gente de paz, y les trajeron mucho bastimento y comida y presente de ropa y otras cosas. Aquí dieron un presente de un sol de oro en unas armas, y una luna de plata y ciertos collares de oro, lo cual se envió al emperador. Allí junto adonde estábamos aposentados, había una provincia que se llamaba Quetlaxtla, de más

[8] Se trata de *Jerónimo* de Aguilar (*cfr. supra*, p. 130, nota 10).

[9] Esta descripción corresponde a la batalla de Centla, que tuvo lugar en la margen izquierda del río Tabasco. Aguilar, como puede observarse, atribuyó la victoria a la superioridad técnica, contradiciendo a Bernardino Vázquez y Andrés de Tapia, quienes afirmaron que se debió a la milagrosa aparición de Santiago, patrón de España (*cfr. supra*, pp. 76 y 132).

[10] Aguilar es uno de los pocos autores, antiguos o modernos, que no incurre en el grosero error de emplear el término Malinche para referirse a la intérprete cortesiana. El mexicanismo Malinche deriva de la voz azteca *Malintzine*, un sustantivo que se forma con la raíz nahuatlizada del patronímico castellano Marina (los mexicanos pronunciaban la *r* como *l*) y dos postfijos: el reverencial *-tzin* y el posesional *-e*. La traducción correcta de *Malintzine* sería «Amo de Doña Marina», y lógicamente no se usaba para designar a la bella princesa, sino al dueño de su corazón, el capitán Cortés. Sobre Marina, *cfr. supra*, p. 78, nota 29.

de cuarenta mil casas, y cerca de ésta había otras muchas provincias de pueblos muy grandes y poderosos; y de aquí tuvo noticias el rey de la tierra, que se llamaba Motecsuma, cómo eran llegados los dichos españoles, a los cuales pusieron por nombre theules, que quiere decir dioses, y nos tenían por hombres inmortales. Y luego el dicho rey envió sus embajadores con muchos presentes de oro y collares al dicho Hernando Cortés y a su gente, y esto muy muchas veces. El dicho Hernando Cortés mandó a la gente que se embarcasen unos por mar y otros por tierra, en donde los que veníamos por tierra llegamos a un pueblo que se llama Senpoal, el cual estaba metido en una gran llanada y puesto y situado entre dos ríos, pueblos de mucha arboleda y frutales y de mucho pescado, en donde el dicho capitán Hernando Cortés y su gente fueron muy bien recibidos de los naturales, gente muy buena y muy amiga de los españoles, y siempre les fueron leales. Contáronse en aquel pueblo pasadas de veinte mil casas, de donde se partieron y fueron más adelante a buscar otro puerto a otro pueblo, que después se llamó la Vera Cruz, en donde los españoles se aposentaron en un pueblo junto a la mar; y como los españoles viesen tanta noticia, por la dicha lengua Marina y Aguilar, de la grandeza de la tierra dentro, hubo muchos hidalgos y personas nobles que se volvieron o querían volver. Díjose que lo hacían unos de miedo, otros por dar relación de la tierra al adelantado don Diego Velázquez, lo cual fue causa de mucha alteración. Considerado esto por Hernando Cortés, se hizo con ciertos extremeños amigos suyos, mas empero sin darles cuenta de lo que tenía acordado hacer, mandó llamar a un compadre suyo, maestre de un navío, muy su amigo, al cual rogó en secreto que aquella noche entrase en los navíos y les diese a todos barrenos, habiendo mandado salir la gente primero a tierra ([a]); y así el dicho maestre entró en los navíos sin que nadie lo viese ni pensase lo que había de hacer y los barrenó, y otro día de mañana amanecieron todos los navíos anegados y dados al través[11] salvo una carabela que quedó. Visto por los españoles se espantaron y admiraron y, en fin, hicieron de las tripas corazón, y disimularon el negocio; mas empero no de tal manera que no se sintiesen, porque

([a]) Al margen: *Este hecho fue notable y de hombre magnánimo en echar las naos al fondo y se puede igualar con cualquier hecho famoso de los Césares.*

[11] *I. e.*, varados en la playa.

un Juan Escudero y Diego de Ordaz, dos personas nobles, y otro que se decía Umbría, trataron entre sí de tomar la carabela e ir a dar nueva de lo que pasaba al adelantado don Diego Velázquez; lo cual venido a noticia del dicho capitán Hernando Cortés los hizo parecer ante sí, y, preguntándoles que si era verdad aquello que de ellos se decía, dijeron que sí, que querían ir a dar nuevas a don Diego Velázquez. El dicho Hernando Cortés los mandó luego ahorcar; y al dicho Juan Escudero, al cual no le quiso guardar la hidalguía, de hecho, lo ahorcó; y al Ordaz por ser hombre de buen consejo y tener a todos por rogadores y así se quedó, por manera que Ordaz no murió porque los capitanes rogaron por él[12]. Por manera que este hecho, y el echar los navíos a fondo, puso mucho temor y espanto a todos los españoles, después de lo cual Hernando Cortés, a cabo de pocos días, mandó se hiciese allí una villa, y dejó en ella poblados cuarenta o cincuenta españoles con un capitán que se llamaba Escalante, que quedaba también por teniente. Hecho esto, mandó a don Pedro de Alvarado que con ciento y cincuenta hombres caminase la vía de México, y él con otros tantos se partió para allá, y fuéronse a juntar al despoblado, y caminando por él fueron a dar a unas poblaciones grandes sujetas al dicho Motecsuma en donde salieron de paz y dieron bastimento al dicho Hernando Cortés y su gente. Caminando más adelante llegaron a vista de una provincia grande que se llama

[12] Aguilar, cortesianista a ultranza, omite datos vitales para comprender el episodio en su conjunto. Según se desprende de los testimonios que se conservan, Pedro Escudero, Juan Cermeño, Bernardino de Coria y el levantisno cura Díaz —destacados miembros de la facción velazquista de la hueste— planearon tomar una de las naos y regresar a Cuba. Contaban para ello con la imprescindible colaboración del piloto Gonzalo de Umbría y de los hermanos Peñate, unos marineros de Gibrarleón que estaban resentidos con don Hernán desde que éste los mandara azotar en Cozumel por hurtar alimentos. El propósito de los conjurados era advertir a Diego Velázquez que su antiguo secretario, tras rechazar la autoridad del gobernador de Fernandina, pensaba enviar procuradores a la metrópoli para justificar la sedición. Por suerte para el de Medellín, uno de los sediciosos, Bernardino de Coria, se arrepintió y delató la conjura. Cortés reaccionó con la habilidad que le caracterizaba. De un lado, ejecutó un castigo ejemplar en los rebeldes, pues Escudero y Cermeño fueron condenados a la pena capital, Umbría sufrió la amputación de los dedos de los pies, y Alonso Peñate y sus hermanos recibieron doscientos azotes cada uno. Del otro, ignoró las denuncias que aparecieron durante la encuesta contra Diego de Ordaz y otros influyentes oficiales, dado, que la compleja situación *no permitía otra cosa* (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla. Dastin, Madrid, 2000). Para evitar hechos semejantes en el futuro, el extremeño ordenó que el ejército se alejara del litoral y hundió las naos.

Taxcala, en la cual parecieron y se vieron muchas poblaciones y torres a su modo de ellos, siete u ocho leguas de llanos se parecía, en los cuales se hallaron y vieron gente de guerra sin cuento con muy buenas armas a su modo, conviene a saber, con echcaupiles de algodón[13], macanas[14] y espadas a su modo[15] y mucha arquería, y muy muchos de ellos con banderas y rodelas de oro y otras insignias que traían puestas y ceñidas a las espaldas, las cuales le daba un parecer y semblante fiero, porque venían tiznados[16] haciendo muy malos gestos y visajes[17], dando muy grandes saltos, y con ellos muy muchos alaridos, gritos y voces que causaban en los que los oíamos muy gran temor y espanto, tanto que hubo muchos españoles que pidieron confesión; mas empero, el dicho capitán Hernando Cortés se mostró muy magnánimo y de bravo y fuerte corazón, y así hizo un razonamiento animando a los soldados, que fue causa de que se les quitase parte del temor que cobrado habían, y así puso en buena ordenanza a la gente de pie y de caballo para poder dar batalla. Y yendo con aquel concierto y orden por el camino, que era muy ancho y bueno, llegamos a la salida del monte el cual estaba todo enredado con sogas de esparto, a manera de cerca, para estorbarnos el camino. Y luego salido Cristóbal de Olid con otro de caballo, como hombre esforzado, a dar en la gente de guerra, y como los caballos iban corriendo con sus cascabeles y los tiros se dispararon, los indios espantados de ver cosa tan nueva se detuvieron un poco, y solamente dos indios aguardaron a los de a caballo, uno de una parte del camino y otro de la otra, y el uno de ellos cortó de un revés todo el pescuezo del caballo donde iba Cristóbal de Olid, y luego el caballo murió (b); y el otro que estaba de la otra parte tiró otra cuchillada al otro que iba a caballo, y cortando

[13] El *ichcahuipilli* o «armadura» mexicana consistía en un grueso coselete de algodón acolchado que se ataba a la espalda. Los nobles y guerreros distinguidos llevaban además del *ichcahuipilli*, que en su caso llegaba hasta las rodillas, unos pantalones de algodón para proteger las piernas.

[14] Armas de madera semejantes a la clava europea.

[15] Se trata del *macuahuitl* o espada mexicana. Este arma de madera —mitad cortante y mitad contundente— tenía cortantes lascas de obsidiana incrustadas en ambos lados.

[16] El autor quiere decir que los *tlaxcaltecas* traían los cuerpos pintados.

[17] Muecas.

(b) Al margen: *Aquí se mostró valeroso y muy esforzado el capitán Hernando Cortés y muy extremado y asimismo los suyos.*

toda la cuartilla del caballo[18] en el cual hizo el golpe, cayó también como el otro, muerto. Visto aquel atrevimiento los del ejército, se espantaron; mas no por eso dejaron de seguir tras ellos, en donde hubo muchos reencuentros, y cercados de todas partes se fueron defendiendo con mucho ánimo; y aquí en aquel hecho se mostró muy animoso y valiente Hernando Cortés, peleando valerosamente y animando la gente. Los de caballo que quedaban con el artillería, que eran once, poco a poco nos fuimos defendiendo un gran rato hasta llegar a un cerro redondo en el cual estaba una población, y arriba una iglesia a su modo en donde el dicho capitán se aposentó e hizo fuerte con todos los demás españoles, que pareció haber Nuestro Señor puesto allí aquel cerro para nuestra defensa (c). Estuvimos quince días alojados en aquel cerro, cada día de los cuales fuimos de los indios por todas partes combatidos y guerreados, y como el cerro era redondo y la tierra llana salían los caballos y escopeteros y ballesteros, y tirando con el artillería hacíaseles mucho daño a los indios de guerra, que por todas partes estaba la tierra cuajada de ellos. Lo que comíamos era que como toda la tierra era población hallaban los españoles algún maíz y melones de la tierra y unos jagüeyes de agua llovediza bellaca[19] en donde se pasó mucho trabajo. Los indios venían por todas partes, así al alba como al cuarto del alba[20], a dar guerra, de la cual siempre los dichos naturales salían heridos y muertos, y de los nuestros ninguno; que parecía cosa de milagro, porque de los nuestros no hubo ninguno. Duró como tengo dicho aquella guerra o batalla catorce o quince días con sus noches; aquéllos nos tenían por dioses inmortales viendo que de ninguno de nosotros había muerto, y así muchos de ellos dejaban el campo y se venían al real de los españoles con manzanas y pan, los cuales venían armados y solamente venían, a lo que después pareció, a ver el modo y arte que teníamos, y presentaban al dicho capitán lo que traían y no hablaban palabra sino que todo se les iba en mirar por dónde poder entrar. Venían también de noche, a los cuales mandó

[18] Parte inferior de la pata.
(c) Al margen: *Aquel cerro después se llamó el Cerro de la Victoria.*
[19] Charcas de aguas pluviales y cenagosas.
[20] Antiguamente, la vigilancia nocturna se dividía en cuatro partes o *cuartos*, denominándose *cuarto del alba* al último porque finalizaba al salir el sol.

el capitán decir, con la lengua[21], que no viniesen de noche porque aquellos caballos y hombres los matarían, y también les mandaba decir que dijesen a los demás sus compañeros que por qué le daban guerra, que él no se la quería dar, sino que iban de camino a ver a Motecsuma, y así les rogó que no le diesen guerra. El dicho capitán, con los demás capitanes y gente que traía, se mostraron muy animosos y nunca jamás desfallecieron ni perdieron el ánimo con verse cercados de tanta multitud de gentes; y así se tuvo muy gran vigilancia de noche y de día en guardarse de los contrarios, que por todas partes acometían y daban guerra; mas empero con mucho ánimo el capitán y los suyos los resistían valerosamente. Los indios venían todavía a media noche y al cuarto del alba a ver si nos podrían entrar en el real, pero las velas[22], ya con su demasiado atrevimiento, enojadas, los tomaban y prendían a las cuales porque ya les habían avisado y mandado que no viniesen, y viendo el capitán que eran ya en aquello rebeldes les mandó cortar las narices y atárselas al cuello, y así los enviaba atemorizados sin matar a ninguno[23]. Viendo los indios que había ya tantos días que daban guerra de noche y de día y que no mataban a ningún cristiano, se arredraron[24] un buen espacio del dicho cerro, y ya como cansados no daban tan recios combates como solían. Hernando Cortés, el capitán, siendo como era tan solícito y animoso, vio desde su aposento, como una legua de allí, poco más o menos, que se hacían grandes humadas, donde daban a entender que allí había mucha gente de guerra; y así se determinó, como ya los indios aflojaban, de tomar una noche con algunos soldados y seis hombres de a caballo de ir a ellos allá a la media noche con hasta cien hombres, y así concertado, venida la noche aplazada para el efecto, el capitán con sus soldados empezamos a marchar y caminar con muy mucha quietud y silencio, y a cabo de un rato que con mucho ánimo íbamos caminando, súbitamente el caballo en que iba Hernando Cortés empezó a temblar y cayó aturdido en el suelo, y el capitán, con un ánimo invencible, sin cobrar punto de turbación, no por eso

[21] Arcaísmo, intérprete.

[22] Centinelas nocturnos.

[23] El dato no es del todo correcto. Hernán Cortés ordenó que se amputaran las manos a los espías *tlaxcaltecas*.

[24] *Arredrar* se emplea aquí en su acepción de *apartar, separar*.

dejó de caminar, antes se dio muy mucha prisa a andar y a tener compañía a los que iban a pie (d). Algunos hubo que le dijeron: «Señor, mala señal nos parece ésta, volvámonos». A los cuales respondió: «Yo la tengo por buena, adelante». Andando más adelante cayó otro caballo de la misma manera, y persuadiéndole al capitán la vuelta, él como magnánimo y de grande esfuerzo dijo: «Nunca plega a Dios que yo vuelva atrás, adelante». Y de esta manera cayeron todos los caballos que quedaban, por manera que con todo esto con mucho esfuerzo los animó como capitán valeroso que pasasen adelante, porque no había de parar hasta llegar a los indios y sus humos. A poca de hora que aquello pasaba, el mozo que había quedado con el caballo del capitán trujo el caballo bueno y sano en el cual subió el dicho capitán, y de esta manera trajeron los otros cinco sanos y sin mal ninguno. Visto aquello los que allí iban, recibieron mucha alegría y contento; y así llegaron donde las dichas humadas se habían hecho, que era una gran población, la cual se decía Zumpanchinco, en donde yendo como íbamos con mucho silencio los tomamos a todos durmiendo y descuidados de nuestra venida. Visto aquello por Hernando Cortés, mandó que ninguna persona tocase a ningún indio, ni hiriese a nadie, ni les hiciese otro mal ninguno, ni les tomasen maíz ni otra cosa alguna so graves penas; y así mandó cercar los aposentos donde dormían, no para más de que no se saliesen, y él entró allá dentro donde había mucha gente de guerra de los taxcaltecas durmiendo, y con algún ruido que oyeron recordaron; y ya que amanecía, viendo los capitanes y la gente que allí estaba que no les había hecho ningún mal ni daño, mandolos llamar ante sí Hernando Cortés, donde vinieron mucha gente a los cuales habló con la lengua Amalinchi y Aguilar, diciéndoles cómo ya habían visto que él se había defendido de todos ellos y que a ninguno de sus compañeros ni a él habían muerto; que de ellos habían muerto muchos no lo queriendo él hacer sino que ellos mismos le habían estorbado el camino y fueron causa de su daño, «por manera que bien habéis visto la verdad, pues que os hemos tomado solos durmiendo y no os hemos querido matar ni hacer daño ninguno; y porque veáis la verdad salid por vuestro real

(d) Al margen: *En este hecho tan valeroso y magnánimo se pudo igualar Hernando Cortés y sus soldados con cualquier hecho de capitán y soldados que haya habido en el mundo.*

y miradlo y volved y si alguna cosa hubiere yo os lo haré volver luego; lo que os ruego es que para mis soldados me deis algún bastimento»[25]. Los indios salieron fuera y miraron por todas partes y, como no hallaron ningún daño hecho ni tampoco ninguna gente muerta sino que todo pasaba a la letra como el capitán lo había dicho, dieron muy muchas gracias por ello; y así, viendo el buen tratamiento y voluntad que Cortés les hacía y mostraba, dieron muy mucha cantidad de maíz y aves que hubo para todo el real a donde ya Hernando Cortés se había ido, y los españoles se alegraron mucho y mataron la hambre. De manera que aquellos indios y capitanes, advirtiendo el buen tratamiento que con ellos se había usado, se partieron luego para la ciudad de Taxcala en donde dando relación a los señores y ciudadanos de lo que pasaba y de cómo no les habían hecho ningún mal ni daño, recibieron muy gran contentamiento y todos ellos juntos determinaron de ir a ver al dicho capitán Hernando Cortés y a su gente, y llevaron consigo mucho bastimento y pan hecho[26] y frutas de las que en su tierra había, con lo cual y con sus personas se presentaron delante de Hernando Cortés y le dieron el parabienvenido[27], en donde todos ellos juntos le hablaron que fuese muy bien venido y que ellos no le habían dado guerra, excusándose mucho del hecho pasado y culpando a los chichimecas y otomíes, que eran sus vasallos, dando a entender que era una gente desbaratada[28] y que ellos sin parecer suyo habían hecho aguella guerra; a los cuales el capitán dio muchas gracias por ello y les dio unos collares de cuentas con que ellos se alegraron mucho, y le rogaron de parte de los señores y ciudadanos de Taxcala que se fuese a ver y holgar con ellos. El capitán se lo agradeció mucho y determinó hacerlo así e irse con ellos. Podría haber hasta la dicha ciudad cinco leguas, el cual camino estaba todo lleno de gente y poblado, cosa que a todos nos puso muy grande admiración de ver una cosa tan grande y tan amplia población. La dicha ciudad podría tener hasta cien mil casas y, antes que en ella entrásemos, salieron los señores de ella con muchos presentes de

[25] En las crónicas de Indias se encuentran con cierta frecuencia parlamentos que se inician de forma impersonal y finalizan en primera persona.

[26] Tortillas de maíz.

[27] Arcaísmo sinónimo de *bienvenida*.

[28] Inculta, salvaje.

ropa, que ellos usaban, y comida, de manera que a cada caballo ponían una gallina y su pan, y a los perros así mismo y a los tiros; por manera que fue muy grande el regocijo y contentamiento que aquellos señores hubieron con nuestra venida, y nos aposentaron muy bien en unas muy lindas casas y palacios en donde cada día daban de comer gallinas, aves y frutas, y pan de la tierra[29] que bastaba para todo el ejército, con muy gran regocijo y alegría. El capitán Hernando Cortés les hizo una plática muy alta y muy buena, agradeciéndoles mucho su buena voluntad, dándoles a entender cómo era venido a aquellas partes por un gran rey cristianísimo para les favorecer y ayudar, y entre muchas pláticas que entre ellos pasaron dijeron que se daban por vasallos de su majestad, y que ellos le obedecerían y servirían en todo lo que ellos pudiesen. Y así cierto fue verdad, y no diré otra cosa porque ya estoy al cabo de la vida. Porque ellos cumplieron y cumplen hasta el día de hoy, porque los dichos taxcaltecas en todos los rebates[30] y reencuentros de guerra que los mexicanos hubieron con los cristianos les favorecieron y ayudaron con todo su poder, hasta por ellos poner muchas veces la vida al tablero[31], como pareció después claro, por lo cual los dichos taxcaltecas merecieron mucho, y el rey nuestro señor tenía y tiene obligación de tenerlos en mucho y ponerlos en toda libertad. Estuvimos en aquella ciudad algunos días descansando y tomando reposo del trabajo pasado.

Motecsuma, señor y emperador de la tierra, sabida la guerra que con los taxcaltecas catorce o quince días había durado, concibió miedo y espanto de ver que el capitán iba encaminado a su gran ciudad, y así enviaba siempre embajadores y señores principales con presentes de collares y oro, rogándoles que no fuese a su ciudad porque estaba metida y asentada en una laguna, y que se hundirían los caballos y nosotros, persuadiéndole siempre que allá no fuese. Y así, [el] dicho Motecsuma, según pareció, tenía puesto en los caminos un gran ejército aunque no le vimos más de por relación que nos fue hecha. Sabido por Magiscaçin, señor de Taxcala, y los demás señores que era a México nuestra derrota[32], dijeron al capitán: «Señor, no entréis

[29] El *pan de la tierra* es el maíz.
[30] Combates.
[31] El cronista quiere decir que los *tlaxcaltecas* se jugaron la vida por los castellanos.
[32] Nuestro camino.

en México, porque sabed que el señor de allá usa de traición y os matará, y así lo tiene determinado; por tanto, mira lo que hacéis y si mandáis, daros hemos grande ejército para que entréis». El capitán les respondió que él se lo agradecía muy mucho, y que en ello hacía muy gran servicio al rey, y que no quería llevar gente, sino poca; que le enseñasen el camino. Y así, ciertos señores y capitanes se partieron con él[33].

Cuarta jornada

Salido Hernando Cortés capitán, con su ejército, de la ciudad de Taxcala, caminando para otra ciudad que se llamaba Cholula, ciudad grande y aliada de Motecsuma, que tendría entonces cincuenta o sesenta mil casas, todas en sí muy apeñuscadas[34] y juntas, con sus azoteas muy buenas; esta ciudad está asentada en un sitio llano y muy grande con un río que le pasa por delante; había en ella muchas torres y muy espesas de las iglesias que ellos tenían, la cual nos puso admiración de ver su grandeza y torrería. Tenía esta ciudad continua guerra con los taxcaltecas. En medio de aquella ciudad estaba hecho un edificio de adobes, todos puestos a mano, que parecían una gran sierra, y arriba dicen que había una torre o casa de sacrificios, la cual entonces estaba deshecha[35]. Todos estos ciudadanos tenían buenas casas de azoteas y sus pozos de agua dulce. Delante, a un estado[36], tenía esta ciudad gran circuito de sementeras, labranzas, y eran tan guerreros que no temían a los taxcaltecas. Por manera que al tiempo que ya entrábamos en la ciudad salieron ciertos sacerdotes, vestidos a su modo, incensándonos por delante de nosotros, sin hacer razonamiento ninguno. Visto por los señores de Taxcala, dijeron al dicho capitán: «Sabed, señor, que esta manera de recibimiento es mala, y

[33] Maxixcatzin era gobernador de Ocotelolco, uno de los cuatro señoríos que formaban la llamada República de Tlaxcallan.

[34] Amontonadas.

[35] El autor se refiere a la gran pirámide consagrada a Quetzalcoatl, la deidad tutelar de Chalollan.

[36] Antigua medida de longitud equivalente a unos 5 m.

dan a entender que están de guerra, y os quieren sacrificar o matar; por tanto estad apercibido con vuestros españoles, que nosotros os ayudaremos». Y así entramos en la ciudad en unos aposentos grandes que eran de unas iglesias suyas donde nos aposentaron, en donde ninguna cosa dieron al dicho capitán y su gente si no fue cántaros de agua y leña, y los dichos taxcaltecas proveían al ejército todo lo mejor que podían. La ciudad estaba despoblada de gente; dieron a entender que lo hacían de miedo o que estaban de guerra. El dicho capitán, viendo que tan mal lo hacían y que no les daban ningún mantenimiento para su gente, mandó llamar a unos indios de aquellos que traían agua y leña y no otra cosa, a los cuales dijo por las dichas lenguas, que se maravillaba de ellos en no darle ningún bastimento para comer; que les rogaba y hacía saber que él no venía a darles guerra ni hacerles mal ninguno sino que iba su camino derecho a ver a Motecsuma a México, y que si no les daban el mantenimiento necesario les hacía saber que lo había de buscar por las casas y se lo había de tomar por fuerza; y así se lo apercibió y rogó ciertas veces hasta que se cumplieron cinco días sin dar cosa ninguna ni hacer caso de lo que el capitán les decía y rogaba.

Lo cual visto por los capitanes y nobles del ejército requirieron a Hernando Cortés les diese guerra o buscase mantenimientos para el ejército, porque padecían necesidad; a los cuales respondió, que esperasen algunos días para ver si venían de paz; pero fue tan importunado con requerimientos de los capitanes que les diesen guerra, que mandó el capitán Hernando Cortés que matasen a aquellos indios que traían agua y leña; y así los mataron, que serían hasta dos mil poco más o menos. A algunos pareció mal este mandato, porque bien se pudiera disimular y pasar[37]. De manera que el dicho capitán y su gente se partió de esta ciudad camino de México para ir a ver a Motecsuma. Magiscaçin señor de Taxcala, con otros señores, le dijeron y avisaron que no entrase en México porque era una ciudad

[37] Los cronistas indígenas y españoles discrepan a la hora de enjuiciar la llamada «Matanza de Cholula». Los primeros consideran que la masacre careció de justificación; los segundos, por el contrario, afirman que fue una acción puramente defensiva, ya que los *chololteca*, aliados de Motecuhzoma, planeaban traicionar a la hueste. Personalmente, me inclino por la interpretación castellana, mucho más lógica desde el punto de vista estratégico (*cfr.* Germán Vázquez Chamorro, *Moctezuma*. Dastin, Madrid, 2000.

puesta en una laguna, y que el señor de ella era cauteloso y que no guardaba palabra y que le matarían, y que de más de esto le hacían saber cómo cerca de allí estaba un ejército grande de Motecsuma para matarlos, que por tanto mirase lo que hacía; y el dicho Hernando Cortés, capitán, como hombre de valiente ánimo, todavía se determinó en seguir su jornada.

Quinta jornada

Partido el capitán Hernando Cortés con su gente, deseoso de verse en aquella gran ciudad con Motecsuma, diose mucha prisa a andar, y yendo por su camino encontró con embajadores del dicho Motecsuma que le dijeron que venían a guiarle y mostrarle el camino e irse con ellos. El capitán los recibió con buen talante y llevolos consigo, y caminando una jornada los señores de Taxcala le tornaron a avisar, porque los embajadores le llevaban y guiaban por un camino áspero, de una montaña muy fragosa en cuyas concavidades y foso estaba encubierto el ejército para matarlos, y le dijeron que no fuese por allí en ninguna manera, sino por otro camino llano que ellos le enseñarían. Y así el dicho capitán determinó dormir allí, y otro día por la mañana mandó llamar los embajadores del dicho Motecsuma, y les dijo que estaba informado cómo aquel camino por donde los guiaba no era bueno para sus caballos, que quería enviar algunos españoles con ellos para ver el dicho camino; y así se partieron a verle. Y por otra parte, el dicho capitán envió a Diego de Ordaz y a otros con ciertos principales de Taxcala a ver el camino que los dichos señores le habían dicho que era bueno; y así venidos los primeros, dijeron al dicho capitán cómo el camino era muy bueno y fragoso, y que los caballos no podían pasar. Y luego otro día, vino el dicho Ordaz, el cual dijo que venía espantado de lo que había visto; y preguntado que qué había visto, dijo que había visto otro nuevo mundo de grandes poblaciones y torres, y una mar, y dentro de ella una ciudad muy grande edificada, y que a la verdad al parecer, ponía temor y espanto. El capitán, no atemorizado de lo que había oído sino con mucho ánimo, él y los suyos se partieron con el mejor concierto que pudieron caminando poco a poco, en donde en el camino y pueblos le daban

el mantenimiento necesario, de manera que ningún soldado ni otra persona era osada de desmandarse a tomar ninguna cosa ni hacer ningún desaguisado, que luego por ello no fue castigado, porque en esto el dicho capitán puso mucha diligencia y cuidado de llevar a sus soldados muy disciplinados. Y así cierto, era cosa de ver cómo todos a una mano estaban tan hermanados que no había rencillas ni motines ni otra desvergüenza alguna, antes era tanta su hermandad que no había cosa propia entre ellos sino que las cosas y bienes de los unos eran de los otros. Por manera que con todo concierto llegamos a la laguna del agua de la dicha laguna grande, a un pueblo en el cual, mucho antes que a él llegásemos, no había hombre que pudiese poner el pie en el suelo si no era coinquinándose[38] en suciedad humana, de adonde colegimos que estaba allí, según se dijo, muy gran ejército de Motecsuma para matarnos[39]. Partidos de allí con los embajadores del dicho Motecsuma, llegamos a un pueblo que se llama Cutlavac, el cual está asentado en una parte de la dicha laguna, en medio de ella, y para entrar en él íbamos por una calzada angosta que apenas podían pasar dos de caballo, todo de puentes levadizas, en el cual pueblo se tuvo noticia y supo cómo Motecsuma había mandado que en aquel pueblo, en los patios y torres donde tenían sus iglesias y casas grandes, tuviesen mucha cantidad de comida, así de aves como de patos había muchos, y frutas, y mucho pan y maíz. Y que en apeándose y comiendo alzasen las puentes y diesen guerra, lo cual si hicieran, sin dar guerra, todos los españoles murieran aislados porque no tuvieran por dónde salir, por ser la laguna honda, y si alguno saliera, fuera luego muerto y clavado con las flechas de los indios, que con muchas canoas tenían cuajada el agua. El dicho Cortés, como hombre astuto, sagaz y valiente, puso en concierto su gente y mandó expresamente, so graves penas, que ningún soldado se atreviese a tomar ningún bastimento, ni se parase a beber, ni a otra cosa ninguna sino que con toda presteza y aceleramiento se diesen a caminar con todo concierto, porque cuando pensasen estar nosotros comiendo, estuviésemos y nos hallasen de la otra parte. Y así se hizo, que con mucha presteza

[38] Ensuciándose.

[39] Este acontecimiento sucedió en Ayotzinco, pueblo de las riberas del lago de Chalco. Posiblemente se trataba de una «fábrica» de abono orgánico.

nos pusimos de la otra parte y fuimos a dormir a una villa grande que se llama Estapalapa, que está junto a la lengua del agua y una legua[40] o legua y media de la dicha ciudad de Tenustitlan, México; y luego comenzamos a entrar en una calzada por la dicha alaguna[41] adelante, por la cual podrían caber tres o cuatro de caballos y más, holgadamente, y a trechos sus puentes de madera levadizas que se podían quitar y poner, de manera que la dicha laguna andaba tan llena de canoas cargadas de gente que nos miraban, que ponía espanto de ver tanta multitud de gentes. Y llegando más a vista de la dicha ciudad parecieron en ella grandes torres e iglesias a su modo, palacios y aposentos muy grandes. Tendría aquella ciudad pasadas de cien mil casas, y cada una casa era puesta y hecha encima del agua en unas estacadas de palos, y de casa a casa había una viga y no más por donde se mandaban, por manera que cada casa era una fortaleza. Andando más adelante, y a la entrada de la ciudad, el capitán había mandado que los soldados y gente de caballo fuesen en mucho concierto, armados con sus esquipiles de algodón; y vimos venir dos órdenes muy grandes de gente que tomaban más de dos o tres tiros de arcabuz, y todos eran señores y principales y personas, al parecer, de mucha autoridad, los cuales venían bien vestidos a su modo, arrimados todos a las paredes de las casas con grandísima composición de ojos, que no miraban a español ni a persona nacida, sin hablar hombre palabra, todos con un sumo silencio. Las azoteas de las casas estaban tan llenas de gente que ponían admiración. En medio de aquellas tan grandes dos procesiones venía aquel gran rey Motecsuma, en una litera cubierta de paños de algodón buenos, que no le podía ver nadie, y ninguno de los indios que con él venían haciéndole compañía no se atrevían a mirar la dicha litera, la cual llevaban señores principales en sus hombros; y delante de él iba un hombre con una vara de justicia en la mano, alta, representando la grandeza de este señor; detrás de él y a los lados iban otros grandes señores de cuenta. Andando más adelante, ya que llegaba el dicho Cortés obra de un tiro de piedra de él, se apeó él solo del caballo en que iba, y el dicho Motecsuma salió de la litera y echó al cuello del capitán unos collares de oro y piedras, y dicho Cortés le echó al cuello un collar

[40] La *legua castellana* equivale a 5,572 m.
[41] Arcaísmo, *laguna*.

de margaritas[42]; y con toda crianza[43] le habló que fuese muy bien venido, que a su casa venía; y el capitán le dio las gracias por tan buen recibimiento, y así poco a poco entramos en un gran patio de muy gran circuito[44] en el cual había unos aposentos y palacios reales donde podían caber pasados de doscientos mil hombres, aposentos muy buenos y grandes en donde en una parte de ellos se aposentaron el dicho capitán y su gente; y aquí nos dieron mucha comida de aves y pan y maíz, tanto que bastantemente se proveyó el ejército. Y Motecsuma se dio por vasallo del emperador, por ante escribano, y se asentó así que le serviría en todo como a su señor; y dijo que fuesen muy bien venidos, que a su casa venían, y que de sus antepasados tenían y sabían por lo que les habían dicho, que de donde salía el sol había de venir una gente barbada y armados, que no les diesen guerra porque habían de ser señores de la tierra. Teníanos por hombres inmortales y llamábannos teules, que quiere decir dioses[45], y con estas palabras y otras que callo, este gran señor se fue a otros

[42] Perlas.

[43] La voz *crianza* se emplea aquí en su acepción de *urbanidad, cortesía.*

[44] Contorno.

[45] El cronista alude al famoso mito de la «Serpiente Emplumada». Quetzalcoatl, inventor de las artes y de las ciencias, era una benévola deidad de tez blanca y barbada, que tenía por adversario al todopoderoso Tezcatlipoca, omnipotente dios de la providencia. En el plano terrenal, el cósmico enfrentamiento entre las fuerzas del bien y del mal se plasmó en la lucha que sostuvieron Ce Acatl Topiltzin, el ascético señor de Tollan, y el *nonoalcatl* Huemac, encarnaciones respectivas de Quetzalcoatl y Tezcatlipoca. Derrotado por su adversario, Topiltzin Quetzalcoatl se vio obligado a buscar asilo en Tlillan Tlapallan, la mítica tierra sita más allá del mar occidental, pero antes prometió que sus descendientes regresarían algún día para reclamar el *icpalli* o trono del Anahuac. No resulta extraño, pues, que los españoles, cuyas características físicas concordaban con las de Ce Acatl, fueran identificados con los divinos hijos del barbudo monarca. Máxime si tenemos en cuenta que esta profecía, reavivada por los rumores que levantaron las expediciones de Hernández de Córdova y Grijalva, se empleó antes de la llegada de Cortés como arma psicológica por los adversarios del despótico Motecuhzoma (*cfr.* Ryszard Tomicki, «Las profecías aztecas de los principios del siglo XVI y los contactos maya-españoles. Una hipótesis», *Xochipilli*, 1 (1986), p. 22). Por supuesto, el equívoco duró poco, ya que la conducta de los recién llegados —opuesta por completo a la de la bondadosa divinidad— ponía la suposición en entredicho una y otra vez. Cuando los castellanos inundaron las calles de Cholollan, la ciudad de pálidos dioses, con la sangre de sus devotos fieles, el error quedó al descubierto de forma dramática. Si los hombres del éste osaron cometer tamaño desafuero, ello implicaba que los *teules* nada tenían que ver con Quetzalcoatl, porque evidentemente los herederos de Ce Acatl jamás habrían pergeñado tan cruel plan. De hecho, la masacre invita a suponer la hipótesis contraria. A saber, que los habitantes del México central relacionaron a los castellanos con Tezcatlipoca, el maligno enemigo de la Serpiente Emplumada (*cfr.* Martín Wasserman, «Montezuma's Pasivity, An Alternative View Without Postconquest Distortions of a Myth», *The Masterkey*, 57, 3 (1983), pp. 85-93). En resumen, todo parece

palacios y aposentos suyos, los cuales eran de gran circuito a la redonda[46] y cercados de agua. Estos palacios eran, como digo, grandes y cosas muy de ver, y dentro [había] muchos aposentos, cámaras, recámaras, palacios, salas muy buenas[47]; había camas cercadas con sus colchones hechos de mantas grandes y almohadas de cuero, de lana de árboles[48], y sus colchas buenas, y pellones[49] blancos admirables y muy mejores asientos de palo hechos muy de ver, y sus esteras buenas; su servicio era grande como de gran príncipe y señor. Este señor se deleitaba en lavarse a la mañana y noche, digo, a la tarde; su ropa nadie la tomaba en las manos, sino que con otras mantas la envolvían en otras y eran llevadas con mucha reverencia y veneración. Al tiempo del lavar venía un señor con cántaros de agua que le echaban encima, y luego tomaba agua en la boca y metía los dedos y se los fregaba; y luego estaba otro con unas tobajas[50] grandes, muy delgadas que echaba encima de sus brazos y muslos, y se alimpiaba con mucha autoridad y las tomaba sin ninguno de aquéllos mirarle a la cara, el cual luego se entraba en su sala, donde estaba en la frontera de aquella sala y a un lado de él estaba un señor y en la otra un su gobernador que gobernaba la república; con éstos hablaba. Así mismo, en la dicha sala estaban sentados de una parte y otra muy muchos grandes señores, ninguno de los cuales le osaba mirar la cara, todos sus ojos bajos con muy gran silencio.

Era aquel rey y señor de mediana estatura, delicado en el cuerpo, la cabeza grande y las narices algo retornadas, crespo, asaz[51], astuto, sagaz y prudente, sabio, experto, áspero en el hablar, muy

indicar que nos encontramos ante un anacronismo mito-histórico, cuya función consistió en justificar la Conquista española de 1521.

[46] Aguilar quiere decir que los edificios eran de grandes proporciones.

[47] Esta larga enumeración no es tan reiterativa como puede pensarse a primera vista, pues cada término posee un significado preciso. Según fray Francisco, en el *tecpan* de Motecuhzoma había viviendas para la servidumbre *(aposentos)*, habitaciones reservadas al *tlatoani* *(salas muy, buenas)*, salones de acceso libre *(palacios)* o restringido *(cámaras)* y cuartos para guardar las pertenencias del señor *(recámaras)*.

[48] Virutas de madera.

[49] Cubrecamas de pieles.

[50] Toallas.

[51] El autor nos indica que Motecuhzoma tenía la nariz aguileña y el cabello rizado.

determinado. A cualquiera de los soldados u otro cualquiera que fuese, cualquiera de los soldados que hablaba alto y le daba pena, le mandaba luego que saliese y fuese de allí. Tenía mucha cuenta con los que le honraban y se quitaban la gorra y hacían reverencia, a los cuales daba presentes y joyas y comida, a su manera. Su manera de servicio era muy grande, como príncipe muy poderoso, el cual, aunque estaba preso y detenido en una sala, siempre le traían de comer manjares diversos, a su modo, y lo que él comía era poco y caliente en sus braseros de carbón. Henchían toda la sala, en rengleras[52], de diversas aves, así cocidas como asadas y guisadas de otras diversas maneras, empanadas muy grandes de aves, gallos y gallinas, y esto en cantidad; codornices, palomas y otras aves de volatería. Otro sí, le traían pescados de río y de la mar de todas especies, así muchas maneras de frutas, así de las que se criaban allá cerca de la mar como de acá de tierra fría. La manera que traían de pan era de muchas maneras, amasado y muy sabroso, que no se echaba de menos pan de Castilla. Su servicio era en platos y jícaras[53] muy limpias, no se servía en plata ni oro por estar como estaba detenido, que de creer es que debía tener gran vajilla de plata y oro, porque yo, andando después en la guerra, abollé platos de oro de follajes[54], cosa muy de ver; y digo esto que lo vi por mis ojos, porque tuve cargo de velarle muchos días. Contar otras grandezas que aquel príncipe tenía sería nunca acabar.

Diego de Ordaz con otros capitanes, subidos en las azoteas altas, viendo esta ciudad tan grande y tan fortísima, porque cada casa era una fortaleza, todas de puentes levadizas, llena aquella gran laguna de canoas y gentes que ponía espanto, el cual peligro visto, dijeron al dicho capitán que convenía mucho que este rey y gran señor ya dicho, estuviese retraído allí en un aposento grande donde estaban los españoles; el capitán respondió que no le parecía bien, especialmente habiéndose dado por vasallo de su majestad; y por esto fue requerido de los dichos capitanes y señores muchas veces, y no lo quiso hacer.

[52] Fila de cosas, ringlera.

[53] Vasijas pequeñas manufacturadas con la corteza del fruto de la calabaza. Los antiguos mexicanos las empleaban para servir el chocolate.

[54] Platos repujados con figuras de hojas y flores.

Luego otro día vino una carta de Escalante, teniente que quedaba en la Vera Cruz donde se había hecho una villa, la cual nueva venía en posta[55], donde decía que los indios le habían dado guerra y le habían muerto un hombre; lo cual visto y oído por el capitán, dijo a los capitanes que fuesen con él y otros soldados a los palacios donde estaba Motecsuma, el cual, bien acompañado de sus soldados y cercado de sus capitanes; entró donde estaba Motecsuma, y con todo acatamiento rogó el dicho capitán a Motecsuma se fuese con él donde él estaba aposentado con sus españoles, porque no recibiría ningún mal tratamiento; el cual se disculpó y respondió, con mucha desenvoltura y ánimo, diciendo que no tenían por qué llevarle a manera de preso, pues que él les había hecho tan buen recibimiento, y él se había dado por vasallo del rey. Entonces el capitán le dijo: «Conviene que vayáis con nosotros, porque habéis dado guerra y mandádola dar allá en la mar a los cristianos que dejé en el puerto». El dicho Motecsuma le respondió rígida y ásperamente, diciendo que él nunca tal había mandado; «y porque veáis que aquello que digo es verdad yo quiero enviar ciertos capitanes de los míos por ellos, para que los traigan presos». Entonces el dicho capitán dijo: «Pues también quiero enviar con ellos otros tres de mis soldados». Y luego allí los nombró, que fueron Andrés de Tapia y yo, y otro que se llama un Valdelamar. Y así otro día por la mañana nos partimos con los embajadores de Motecsuma, y en el camino, hasta llegar adonde estaba aquel señor que había dado la guerra, había ochenta leguas poco más o menos, donde vimos y pasamos por grandes pueblos y provincias llenas de muchas gentes; y llegados al dicho pueblo, se prendió aquel señor que dio la guerra, el cual fue traído a México y, por su delito, muerto. Y luego el capitán mandó a Motecsuma se fuese con él a sus aposentos, y así lo hizo, el cual se prendió por temor grande que los españoles le tuvieron, y sin prisión ninguna lo pusieron en unos aposentos donde él se andaba suelto.

[55] Es decir, por correo a caballo.

Sexta jornada

Estando las cosas en este estado, con mucho sosiego, quitados de contienda y rebato, sucedió que Narváez, persona noble, llegó al puerto con bien[56] ochocientos hombres, poco más o menos, enviado de Cuba por el adelantado don Diego Velázquez por capitán de toda la dicha gente, en la cual armada venían muchos caballeros hijosdalgos, señores de indios, que en la isla de Cuba tenían muy buenos repartimientos; y otros que también vinieron de Santo Domingo traían muy buena artillería, escopeteros y ballesteros y muy bien armados. Decíase que venían entre ellos ciento de caballo, los cuales estaban aposentados en aquel gran pueblo de Cenpual ya dicho, donde se les hacía todo buen tratamiento, aposentados en un patio cercado todo de cúes[57], iglesias de los indios. Y como eran muchos, y tanta gente de caballo, y tanta artillería y munición, el capitán Narváez y los suyos tuvieron en poco al capitán Hernando Cortés y a los que con él estaban; y así mofando, menospreciándolo, se les soltaban algunas palabras contra el dicho Cortés y los suyos, dando a entender que los habían de maltratar y ser todos [nosotros] sus criados; lo cual sabido por el capitán Cortés y los suyos les dieron ocasión a que contra ellos se indignasen, y con mucha razón, porque como fuesen los primeros que hubiesen entrado en la tierra y apaciguado tan gran reino y señorío, tenían por cierto que todos habían de ser señores de vasallos y muy honrados. Visto por el capitán Hernando la gravedad de este negocio, platicolo con sus capitanes y mayores[58], y determinó de ir él en persona, en la dicha demanda, con la mitad del ejército, que eran trescientos hombres, y llevó ciento y cincuenta hombres que todos los más de ellos éramos mozos, mas empero isleños[59] y usados al trabajo, y sólo el capitán iba a caballo (e). Partimos, pues, de México armados

[56] Arcaísmo, *unos*.
[57] Templos. La palabra *cu* es de origen maya.
[58] Oficiales.
[59] Duros, resistentes.
(e) Al margen: *Determinación de valiente capitán la cual se puede contar entre las mejores de los romanos, donde él y los suyos ganaron tan grande honra siendo tan pocos y los contrarios muchos y mucha artillería y muchos de caballo más de C y estando avisados de nuestra venida fueron desbaratados y rendidos, y esto sin llevar artillería ni caballos mas desarmados y con picas.*

todos con unas armas de algodón[60]; armados llevábamos unas picas largas tostadas[61], que había soldado que pasaba una pared de adobes de parte a parte, todos a pie sin temor ni miedo, como valiente capitán y soldados muy determinados a morir por la libertad. El capitán algunas veces nos hacía unas pláticas muy buenas, dándonos a entender que cada uno de nosotros había de ser conde, duque y señores de dictados, y con aquello, de corderos nos tornaba leones e íbamos sin temor ni miedo ninguno con tan grande ejército.

Narváez, capitán del adelantado don Diego Velázquez, supo cómo Cortés venía con poca gente, y así no podía creer sino que se le venía a dar. Y él estaba metido en el dicho patio con su artillería, y solamente había en el patio una puerta por donde habían de entrar, y en ella estaba puesta toda la artillería; por manera que caminando poco a poco el dicho Cortés con su gente, llegamos a media noche con mucho silencio y ánimo allá, en donde se trató que así como los contrarios pusiesen fuego, nos abajásemos[62] todos de presto en el suelo y arremetiésemos al artillería, porque [con] ella tomada, todo el campo era ganado. En el camino, antes que llegásemos, estaba puesta una espía que se llamaba Carrasco, el cual era tan ligero que el dicho capitán Hernando Cortés a caballo no le pudo alcanzar, y llegó a su ejército dando voces: «¡Alarma, alarma!». Las cuales oídas por los del ejército, todos turbados, no se daban manos. Llegamos, pues, a la puerta donde estaba el artillería y antes que pusiesen fuego, todos nos echamos en el suelo, y como el artillería estaba un poco alta no pudo herir a ninguno, si no fue a uno que se descuidó en abajarse al tirar de los tiros, al cual llevó un tiro; y lo otro porque tuvieron descuido los contrarios en no atapar los tiros y habíaseles mojado la pólvora, porque aquella noche había lloviznado un poco; y así de repente con mucha presteza, ímpetu y ánimo fuimos señores del artillería, la cual se puso en cobro y con guarda. Los demás soldados, andando por el patio, a los que topaban con las picas los derribaban del caballo y se daban. Fue el hecho tan grande que

[60] Los españoles adoptaron con gran rapidez el *ichcahuipilli* o coraza mexicana (*cfr. supra*, p. 163, nota 13), al ser esta prenda defensiva más fresca, ligera y eficaz que el tradicional coselete de cuero o metal.

[61] Endurecidas al fuego. La pica, que medía entre 5,25 y 5,75 m se empleaba, bien para detener las cargas de la caballería enemiga, bien para formar masas compactas de infantes.

[62] Arcaísmo, *agachásemos*.

cuando amaneció todos los más estaban rendidos; pero el capitán Narváez, como capitán valeroso, se defendía muy bravamente con un montante[63] en la mano, y diciéndole los soldados que se diese, no quería, hasta que llegó uno y con la pica lo derribó y le sacó un ojo; por manera que llegó Hernando Cortés al cual se dio luego. Con ser aquel hecho tan atrevido y bravo plugo a Dios nuestro señor que no murió ninguno, y así fue preso el capitán Narváez, y le echaron unos grillos y lo pusieron a recaudo. Y luego algunos de a caballo que se habían retirado y todos los más nobles del ejército de Narváez se rindieron al capitán Hernando Cortés, el cual los recibió con mucha alegría y placer, y todos nos holgamos porque nos conocíamos, a los cuales el capitán dio noticia de la gran ciudad de México y sus ciudades. Estando nosotros en aquel placer y regocijo, Botello Puerto de Plata, montañés e hijodalgo, llamó y se llegó al capitán Cortés y le dijo estas palabras: «Señor no os detengáis mucho, porque sabed que don Pedro de Alvarado, vuestro capitán, que dejáste[is] en la ciudad de México, está en muy gran peligro, porque le han dado gran guerra y le han muerto un hombre, y le entran con escalas, por manera que os conviene dar prisa». Todos se espantaron cómo aquél lo sabía y decíase que tenía familiar[64].

Séptima jornada

Visto por Motecsuma, señor y rey de la tierra, la repentina partida del capitán Hernando Cortés para el puerto, dicen que mandó dar guerra a don Pedro de Alvarado, el cual quedaba por capitán con ciento y cincuenta hombres. Estando como estaba detenido, y lo tenía a cargo don Pedro de Alvarado, decían algunos que él no lo mandó sino que los suyos le quisieron sacar de la prisión; y el combate que tuvo don Pedro de Alvarado fue muy grande, porque como había vaticinado Botello le entraban ya con las escalas. Por manera que Motecsuma,

[63] Espadón de grandes gavilanes que se maneja con ambas manos.
[64] Demonio que acompaña a un brujo o hechicero. Generalmente adopta la forma de un gato negro.

como astuto y sagaz, envió y supo en breve la victoria que el capitán Hernando Cortés había habido contra su contrario[65], y así dejaron el combate y cesaron de nos dar guerra[66]. Y en este entretanto el capitán con un ejército y otro caminó para México, con más de ciento de caballo y con mucha artillería y escopetería y ballestería; y así con mucho concierto llegamos a vista de México. Es de saber que como Hernando Cortés y los pocos soldados que había llevado habían acabado, y hecho una hazaña y obra tan grande, más que de romanos, iban todos muy soberbios, no atribuyendo a Dios gracias por quien a ellos les había dado tan gran honra de una tan grande victoria y beneficio; y así por esto como por lo que su divina majestad bien sabe, cuyos secretos son profundísimos, en tanto grado que la capacidad humana no los puede bien penetrar y comprender, su majestad nos castigó muy severamente aunque del todo no nos quiso perder, como se verá en lo que se sigue.

Ya que queríamos entrar en México con aquella pujanza, se juntaron ciertos capitanes y otras personas nobles, y, viendo la ciudad tan fortísima y puesta en agua, dijeron al capitán: Señor quedaos aquí en Tlacuba o Cuyoacan o en Tescuco, y envía por don Pedro de Alvarado y Motecsuma, señor de la tierra, porque estando en aquellos llanos y tierra firme, si se quisieren alzar los indios mejor nos defenderemos que no metidos en el alaguna[67], el cual consejo fue muy bueno y muy acertado; mas empero el capitán Hernando Cortés con demasiado ánimo nunca jamás lo quiso aceptar, sino que había de entrar. Y luego por la mañana, partidos de Tlacuba, comenzamos a entrar por la calzada de la laguna, con mucho concierto, tirando muchos tiros y escopetas, corriendo los caballos y haciendo mucho estruendo y alegría. El capitán fue aposentado en sus aposentos donde también

[65] La frase está mal redactada. Debería decir: *Por manera que Motecsuma, como astuto y sagaz, envió sus espías y supo en breve la victoria que el capitán Hernando Cortés había habido contra su contrario.*

[66] El cronista dominico acusa implícitamente a Motecuhzoma de organizar la rebelión, si bien su imparcialidad le impulsó a consignar también la versión de los soldados de Pedro de Alvarado, quienes exoneraban al *tlatoani* de toda responsabilidad. Sin embargo, la objetividad de Aguilar es más aparente que real, ya que el escritor olvidó señalar que la revuelta tuvo su origen en la arbitraria y cruel matanza que Alvarado hizo en la nobleza mexicana.

[67] Arcaísmo, *laguna*.

todos fueron aposentados, y de ahí a poco tiempo todo nuestro gozo se convirtió en luto y llanto.

Dos días se pasaron en aquellos regocijos y placer. Aconteció que el capitán escribía a Escalante, su teniente, que estaba en la Vera Cruz con un hombre de la mar que se llamaba Antón del Río[68], el cual se ponía en la Vera Cruz en tres días, a pie. Saliendo, pues, aquel correo por los patios para hacer su mensaje y camino, halló y vio que con grandísimo sosiego y silencio los naturales de la ciudad estaban quitando las puentes y ahondando las acequias, el cual sospechando lo que podría ser, se maravilló y no quiso pasar adelante, sino turbado dio una carrera y metiose en los patios, adonde contó y dijo lo que había visto. Y luego incontinenti[69] fue tanta la multitud de gente muy bien armada con sus armas que acudió a los patios donde nosotros estábamos, que nos pusieron muy grande alboroto y espanto, dando muy cruda y brava guerra; mas empero el capitán Hernando Cortés, magnánimo, después de haber dado orden para resistir tan gran canalla de indios, se defendía y nos defendíamos muy valerosamente. Y es de saber que había unos patios grandes, todos empedrados, y parte de calles que no había calzada de agua, y por aquí podían correr los caballos y hacer guerra y no por otra parte ninguna, porque todo lo demás era calzadas de agua en donde pasaron quince días, poco más o menos, de guerra cruel y bravosa, que así como salíamos los españoles a pelear con ellos, a su salvo ellos, fuera de las acequias y subidos encima de las azoteas, era tanta la piedra tirada con honda de una vuelta y flechas y varas a manera de dardos, que no había quien lo pudiese sufrir, porque tiraban los dardos con tanta fuerza que pasaban un caballo y un hombre si no estaban armados, y de esta manera los indios nos tenían muy gran ventaja porque peleaban a su salvo, y nosotros a muy gran peligro. El capitán y sus soldados, como valientes, trabajaban como leones por librarse de tan gran trabajo y prisa; y así en muchos reencuentros mataban muy muchos indios y morían pocos españoles, de los cuales eran heridos muchos con las varas, flechas y piedras. Trabajaban de día los españoles de ganarles

[68] Francisco de Aguilar incurre en un claro anacronismo. El alcaide de Veracruz era Alonso de Grado, que ocupó el puesto tras la muerte de Juan de Escalante.

[69] Al instante, prontamente.

algunas calles y casas fuertes que estaban en el agua, mas empero aprovechaba poco, porque como venía la noche recogíanse a los palacios donde estaban aposentados, y así daba[n] lugar a los indios a que cobrasen lo perdido y ensanchar y ahondar más las acequias. Recogidos los españoles en sus aposentos, había muchos heridos, y aquí milagrosamente nuestro Señor obró, porque dos italianos, con ensalmos y un poco de aceite y lana [de] Escocia, sanaban en tres o cuatro días, y el que esto escribe pasó por ello, porque estando muy herido con aquellos ensalmos fue en breve curado. Había mucha vigilancia por encima de las azoteas y cantones[70] de ella, proveyéndolas de mucha guarda y defensión, porque por todas partes nos entraban. Salido y ante que saliese el sol era tan grande el estruendo y gritería de los de guerra que ponía mucho espanto y temor, y de noche y de día no entendían en otra cosa sino en echar varias por encima de la cerca de los aposentos, y piedras, por manera que por el patio no osábamos andar sino arrimados a las paredes que allí no caían; pero todo el patio estaba lleno de piedras y varas, y todavía con mucho esfuerzo salía el capitán y su gente a darles guerra a los patios. Podría durar esto trece o catorce días con sus noches, y fue Dios servido por nuestros pecados que ya no teníamos bastimentos ni agua que beber, si no era de un pozo hediondo de la misma agua salada que dentro del patio había, lo cual visto por el capitán Hernando Cortés, fue a hablar a Motecsuma y a decirle que tuviese por bien de rogar a su gente y vasallos que cesase la guerra, y así respondió: «Tarde, señor, habéis acordado, porque ya tienen elegido y hecho señor a mi hermano; mas empero yo iré como me lo mandáis»[71]. Y así, el capitán, bien armado con una rodela de cuero, y Cervantes, [el] comendador[72], también bien armado cubierto de una adarga[73], tomaron a Motecsuma detrás de sí, cubierto muy bien que no le pudiesen herir, y así fueron acompañados de ciertos hidalgos y soldados y

[70] Esquinas.
[71] Cuitlahuac, X gobernante de Tenochtitlan, era en efecto hermano de Motecuhzoma.
[72] Leonel de Cervantes fue uno de los pocos soldados de Narváez que logró salvar la vida en *la Noche Triste*. Tras participar en la toma de Tepeacac, el prudente comendador solicitó permiso a Cortés para regresar a Cuba, afirmando que volvería con sus hijas cuando finalizase la contienda. Cervantes, que, según el puntilloso Bernal Díaz, no se iba con las manos vacías, cumplió la promesa, y *casó muy honradamente* a sus femeniles retoños.
[73] Escudo de cuero ovalado o en forma de corazón.

subieron a la delantera del patio, adonde está ahora aposentado el visorrey. Sucedió que la gente, que era sin cuento, fuese toda forastera y no conociesen al dicho Motecsuma. Era tanta la grita que daban que hundían la ciudad y tanta la piedra, varas, flechas que tiraban que parecía llover el cielo tanta piedra, flechas, varas y dardos. Sucedió que así como descubrió un poco la cara Motecsuma para hablar, lo cual sería a las ocho o nueve del día, que vino entre otras piedras que venían desmandadas una redonda como una pelota, la cual dio a Motecsuma, estando entre los dos metido, entre las sienes, y cayó. En este mismo día y a esta hora salió don Pedro de Alvarado, capitán, con ciertos principales y con el gobernador que gobernaba la tierra, tío de Motecsuma, con algunos españoles bien armados, y aquel gobernador empezó de hablar y decirle que cesase la guerra, y luego incontinenti sin más dilación se inclinaron sentándose de cuclillas y le obedecieron sin dar batalla ninguna, por manera que poco aprovechaba nuestra diligencia por la guerra que por todas partes andaba muy encendida y trabada, y los indios peleaban como valientes y a su salvo, porque nos tenían ya atajados y encerrados para matarnos; mas no por eso el capitán ni sus soldados perdían el ánimo. Sucedió un día que Alonso de Ávila, capitán de la guardia del capitán Hernando Cortés, se fue a su aposento cansado y triste, y tenía por compañero a Botello Puerto de Plata, el cual fue aquel que dijo al marqués en Çempual: «Señor, daos prisa, porque don Pedro de Alvarado está cercado y le han muerto un hombre» (f). Y así como entró le halló llorando fuertemente y le dijo estas palabras: «¡Oh!, señor, ¿ahora es tiempo de llorar?» Respondióle: «¿Y no os parece que tengo razón? Sabed que esta noche no quedará hombre de nosotros vivo si no se tiene algún medio para poder salir». Lo cual oído por Alonso de Ávila se fue a Hernando Cortés y le contó lo que pasaba, pero como era magnánimo le dijo que no le creyese, que debía de ser un hechicero (g). Y así Alonso de Ávila dio parte del negocio a don Pedro de Alvarado y a otros caballeros capitanes, los cuales todos juntos se

(f) Al margen: *Hijodalgo.*

(g) Al margen: *Dos días antes que éste dijese esto aconteció que un soldado estaba retraído en la iglesia que teníamos por cierta travesura que había hecho, el cual allí a la media noche salió huyendo de la iglesia y dando voces que había visto andar saltando por la iglesia hombres muertos y cabezas de hombres muertos. Todo lo cual salió después verdad, porque así el Botello, que dijo que había de morir aquella noche, como el soldado que había visto su cabeza y como muchas de las velas que aquello dijeron, murieron todos la noche que salimos. Cosa de espantar* [es ésta]; *y. digo que*

fueron al aposento donde estaban el capitán Hernando Cortés y se lo dijeron, de los cuales el capitán hizo muy poco caso; pero juntándose todos ellos y habiendo llamado a otros, tuvieron consejo sobre ello, y se determinaron de salir aquella noche. Y el modo que tuvieron fue que hicieron una puente levadiza de una viga ancha, y que con gran silencio por aquella viga puesta en las acequias pasasen, lo cual eran tan imposible como subir al cielo sin escalera, porque era tanta la multitud de gente que de todas partes había que en la ciudad no cabían dentro ni fuera, la cual venía muy hambrienta a comer la carne de los tristes españoles; y como ya estábamos cercados y acorralados como a hombres ya sujetados y perdidos no hacían caso de nosotros, sino en guardarnos la salida, por lo cual por las azoteas y casas, de noche ponían muy muchas lumbreras de fuego[74] y braseros para velarnos y para que no nos saliésemos sin que ellos nos viesen y sin que fuésemos sentidos, y así no se podía hacer, porque era tanta la claridad que de las lumbreras resultaba que no parecía sino mediodía. Con aquella determinación los capitanes se fueron a Hernando Cortés y le requirieron que se saliese, donde no[75] que él se quedase, porque ellos se querían salir e ir y escapar lo que pudiesen. Visto esto por el capitán Cortés, calló y concertándose con los suyos y con sus capitanes dio orden como se hiciese.

Motecsuma, herido en la cabeza, dio el alma a cuya era, lo cual sería a hora de vísperas[76], y en el aposento donde él estaba había otros muy grandes señores detenidos con él a los cuales el dicho Cortés, con parecer de los capitanes, mandó matar sin dejar ninguno, a los cuales ya tarde sacaron y echaron en los portales donde están ahora las tiendas, los cuales llevaron ciertos indios que habían quedado que no mataron, y llevados sucedió la noche, la cual venida allá a las diez vinieron tanta multitud de mujeres con hachas encendidas y braseros y lumbres que ponía espanto. Aquéllas venían a buscar sus maridos y parientes que en los portales estaban muertos, y al dicho

los que velaban en las azoteas, a las esquinas veían patonas y dejarse caer en la acequia del agua [sic]. *Y esto y lo arriba dicho pudo ser seis días antes que saliésemos, dando a entender lo que nos aconteció de tantos muertos como en la salida murieron.*

[74] Fogatas u hogueras.

[75] Locución arcaica sinónima de *sino*.

[76] Al atardecer.

Motecsuma también, y así como las mujeres conocían a sus deudos y parientes (lo cual veíamos los que velábamos en el azotea con la mucha claridad), se echaba encima con muy gran lástima y dolor y comenzaban una grita y llanto tan grande que ponía espanto y temor; y el que esto escribió, que entonces velaba arriba, dijo a su compañero: «¿No habéis visto el infierno, y el llanto que allá hay?, pues si no lo habéis visto, catadlo aquí». Y es cierto que nunca en toda la guerra, por trabajos que en ella pasase, tuve tanto temor como fue el que recibí de ver aquel llanto tan grande. Hecho esto, venida ya la noche, el capitán Hernando Cortés con los demás capitanes dieron orden cómo todos saliesen con gran silencio; mas empero, todo esto no bastaba ni era posible salir, porque la claridad de la luna y braseros de lumbre que había en las calles y azoteas lo estorbaba, y así no se podía hacer sin ser sentidos. Había muchos enfermos cristianos heridos, diose remedio como en algunos caballos saliesen dos o tres de ellos, así que apenas hubo caballos para todos (h). Estando en esto, ya que anochecía, se levantaron unos remolinos y torbellinos, de manera que a las nueve o diez de la noche comenzó de lloviznar y tronar y granizar tan reciamente que parecía romperse los cielos; cosa cierta, que más parecía milagro que Dios quiso hacer por nosotros para salvarnos que cosa natural, porque era imposible que todos no quedáramos aquella noche allí muertos. Llevábamos la ya dicha puente levadiza para pasar, la cual como cargaron sobre ella se quebró e hizo pedazos, por manera que cinco o seis calzadas y acequias que había de agua, bien de dos estados en ancho poco más o menos, hondas y llenas de agua, no había cómo pasarse, salvo que proveyó nuestro Señor el fardaje que llevábamos de indios e indias cargados. Aquéllos metiéndose en la primera acequia, se ahogaron, y el hato y ellos hacían puente por donde pasábamos los de a caballo; de manera que echábamos delante el fardaje, y por los que allí se ahogaban, salíamos de la otra parte; y esto se hizo en las demás acequias, donde a revuelta de los indios e indias ahogados quedaban algunos españoles. Y ya que habíamos pasado las acequias y salido con gran silencio, al cabo de la calzada estaba un indio en vela, el cual se dejó caer en el acequia, y subiose en una azotea que estaba

(h) Al margen: *Salida milagrosa y ayudados por Dios.*

junto al agua y comenzó a dar grandes voces y a decir: «¡Oh, valientes hombres de México!, ¿qué hacéis que los que teníamos encerrados para matar, ya se van?». Y esto decía muy muchas veces. Aquel torbellino y granizo que tengo dicho fue causa que las velas y gente de los dichos indios se metiesen en las casas a dormir y a valerse[77] del agua; mas empero los españoles, por salvar las vidas, sufríamos todo trabajo, y así como aquella vela dio aquellas voces salieron todos con sus armas a defendernos la salida y tomarnos el paso, siguiéndonos con mucha furia tirándonos flechas, varas y piedras, hiriéndonos con sus espadas. Aquí quedaron muchos españoles tendidos, de ellos muertos y de ellos heridos, y otros de miedo y espanto, sin herida alguna, desmayados; y como todos íbamos huyendo no había hombre que ayudase y diese la mano a su compañero, ni aun a su propio padre, ni hermano [a] su propio hermano. Sucedió que ciertos caballeros e hidalgos españoles, que serían hasta cuarenta, y todos los más de caballo y valientes hombres, traían consigo mucho fardaje, y el mayordomo del capitán traían mucha cantidad, el cual también venía con ellos; y como venían despacio, la gente mexicana, que eran los más valientes, les atajaron el camino y les hicieron volver a los patios, en donde se combatieron tres días con sus noches con ellos, porque subidos a las torres se defendían de ellos valientemente; mas empero la hambre y la muchedumbre de gente que allí acudió fue ocasión que todos fuesen hechos pedazos; de manera que así como íbamos huyendo, era lástima de ver los muertos de los españoles y de cómo los indios nos tomaban en brazos y nos llevaban a hacer pedazos. Podrían ser los que nos seguían hasta cinco o seis mil hombres, porque la demás muchedumbre de gente de guerra había quedado embazada y ocupada en robar el fardaje que quedaba en el agua anegado, y así unos a otros los mismos indios se cortaban las manos por llevar cada uno más del despojo; por manera que milagrosamente nuestro Dios proveyó que el fardaje que llevábamos y los que lo llevaban a cuestas y los cuarenta hombres que quedaron atrás para que todos no fuésemos muertos y despedazados. Tardamos en llegar a la torre de la victoria, (i) que habrá hasta allí media legua, digo legua y media

[77] Protegerse.
(i) Al margen: *Milagrosa, dicen, de Nuestra Señora de los Remedios.*

desde donde partimos hasta allá, lo cual anduvimos desde media noche que salimos hasta otro día, ya noche, que allá llegamos, en donde otro día por la mañana, hecho alarde de los que quedaban, hallamos que quedaban muertos más de la mitad de los del ejército, y así comenzamos a caminar, con gran dolor y trabajo y muertos de hambre, la vía de Taxcala. Los indios nos iban siguiendo aunque no muchos, porque todos se recogían para salirnos al camino para acabarnos a todos; y así caminando llegamos a vista de un cerro y vimos los campos de Guautitlan y Otumba todos llenos de gente de guerra, los cuales nos pusieron gran temor y espanto, y en aquel mismo cerro, que era pequeño, mandó el capitán que parase la gente y allí mandó que comiese el que tuviese qué, el cual aunque llorando hizo de las tripas corazón y nos hizo una plática y exhortación, esforzando y poniendo ánimo así a los de pie como a los de caballo como valiente capitán, el cual subido encima de un caballo hizo subir a los demás, que serían hasta cuarenta, y viendo tanta multitud de gente llamó a los capitanes, conviene a saber: a don Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Cristóbal de Olid con otros; (j) y a Diego de Ordaz encargó la gente de pie, y a los de caballo Hernando Cortés repartió y dijo a cada uno que fuesen por su parte a dar en los contrarios. De artillería y arcabucería no hubo remedio, porque todo quedó perdido y nuestro Dios y Señor fue servido de aplacar su ira y sernos favorables, porque el dicho Cortés, metido entre los indios haciendo maravillas y matando a los capitanes de los indios que iban señalados con rodelas de oro, no le curando[78] de gente común, llegó de esta manera haciendo muy gran destrozo al lugar donde estaba el capitán general de los indios, y diole una lanzada de la cual murió. Dejo de contar cómo antes que aquí llegase cayó dos veces en el suelo y se halló después encima del caballo sin saber quién ni quién lo había subido. Los demás capitanes a caballo por verse libres de la muerte que tan a ojo tenían, hacían maravillas peleando como valerosos hombres. En este entretanto, Diego de Ordaz con la gente de a pie estábamos todos cercados de indios que ya nos echaban mano, y como el capitán Hernando Cortés mató al capitán general

(j) Al margen: *En esta batalla se señaló Pedro de Alvarado como valiente y ganó lo que el día antes había perdido. Y así él como Cristóbal de Olid, Gonzalo de Sandoval y otros como valientes se* (una palabra ilegible).

[78] No cuidándose.

de los indios, se comenzaron a retirar y a darnos lugar, por manera que muy pocos nos seguían; y así caminando con grandísimo trabajo nos íbamos acercando a la dicha Taxcala (k). Visto, pues, por los mexicanos que así nos habíamos escapado, enviaron embajadores a los señores de Taxcala y a Xicutenca, capitán general de ellos, con muchos presentes y collares de oro y otras joyas de precio, con lo cual les persuadía a que salieran al camino y nos matasen; pero nuestro Señor puso en el corazón de Magiscaçin, el mayor señor de los de Taxcala, aquel que antes nos había ayudado y dicho que no fuésemos a México, el cual mandó llamar al capitán general, y le dijo: «Dicho me han que has recibido presentes de los de México para que mates a los cristianos; pues sábete que yo con mi gente les tengo de favorecer y ayudar, y tú haz lo que quisieres, que delante me hallarás». Por manera que oído esto del Xicutenga, de miedo no osó ejecutar su mala intención[79], y el Magiscaçin, dando muestras de buen cristiano, salió a recibir al dicho capitán y a su gente que venían, destrozados, heridos, muertos y cansados, al cual habló y dijo de esta manera: «Seáis señor muy bien venido, ya yo os dije la verdad cuando íbades[80] a México y no me quisiste[is] creer. A vuestra casa venís donde descansaréis y holgaréis del trabajo pasado». Y así mandó proveer de mucho bastimento, gallinas, maíz muy en cantidad y abondo[81], con el cual los tristes españoles mataron la grande hambre que traían, y así fueron aposentados en sus aposentos y eran proveídos de lo necesario. Y otro día dicho Magiscaçin vino a ver al capitán y se holgó con él, y tratando y hablando con él le avisó, y dijo: «Señor, en esta ciudad hay cuatro señores y yo soy el mayor y el más principal; soy vuestro amigo y servidor; hay otro que se llama Xicutenca, y éste es el capitán general de la provincia por ser valientísimo hombre; ha sido persuadido de los mexicanos con presentes de oro para que os maten; estad sobre aviso y velaos, porque yo os tengo de favorecer,

(k) Al margen: *Aquí en este día, se señaló el capitán Cortés muy mucho, y se igualó en las proezas y esfuerzo con César Augusto y con los mejores capitanes del mundo; y no sólo él sino también los demás capitanes, porque eran pocos y los contrarios pasaban de quinientos o seiscientos mil hombres escogidos.*

[79] Así en el original. Debería decir: *Por manera que oído esto del* Magiscaçin, el *Xicutenga de miedo no osó ejecutar su mala intención.*

[80] Ibais.

[81] En abundancia.

y tened por cierto que si en algo se pudiere, que yo os tengo de favorecer». Y así reposamos quince o veinte días. Sucedió que llegó un navío al puerto, en el cual venía Juan de Burgos, que traía algunos bastimentos, con que nos regocijamos, y gente, la cual se quedó con el dicho capitán. Sucedió así mismo que ciertos españoles aportaron al puerto, desbaratados de la armada de Ayllon y de la armada de Garay, que era gobernador de Jamaica[82]; por manera que poco a poco de estas armadas y gente que venía de las islas se rehizo de gente y de algunos caballos el capitán, y así se partió a la ciudad de Tepeaca, en donde sin guerra se dieron de paz y la obediencia al rey. Desde aquí el capitán enviaba otros capitanes con gente a apaciguar, y que dejasen la parcialidad de los mexicanos y tomasen la del rey; y así lo hicieron muchos pueblos, que sin darles guerra se daban de paz, y por los dichos capitanes y capitán eran bien tratados, los cuales no consentían que nada se les tomase por fuerza, solamente querían les diesen de comer, y esto ellos lo daban de voluntad; y de esta manera se apaciguaron muchas provincias y pueblos dando la obediencia al rey, y otros que de lejos venían ni más ni menos a darse de paz. Viendo el dicho capitán que tenía honestamente ejército para venir a dar guerra a los mexicanos, juntados sus capitanes se determinó de venir a México; y primero dio orden se cortase madera y llevasen a cuestas a la ciudad de Tescuco para allí hacer unos bergantines para poder mejor dar guerra a los mexicanos, los cuales también en este tiempo fortalecieron su ciudad, así de bastimentos como de valientes hombres, porque de todas las provincias los recogían y traían para estar apercibidos porque ya bien sabían lo que hacían los cristianos para darles guerra, y así tenían mucho número de gentes; y en las calles principales que eran la de Coyoacán y Tlacuba y Atlatelulco tenían las acequias hondas, y hechas muy grandes albarradas[83] de esta ma-

[82] Seis naos anclaron en el puerto de Veracruz entre julio y octubre de 1520. Unas las enviaba el rival de Cortés, Diego Velázquez, con el propósito de reforzar las tropas de Narváez (*cfr. supra*, p. 111, nota 110); otras dependían del gobernador de Jamaica, Juan de Garay, que estaba empeñado en la conquista de Pánuco (*cfr. supra*, p. 148, nota 39). Sus tripulaciones, alistadas voluntaria o forzosamente por las autoridades de la villa, eran enviadas a Tepeacac, donde se encontraba el cuartel general del ejército cortesiano. Los veteranos bautizaron a los bisoños reclutas con apodos tan pintorescos como los *lomos recios, los de las albardillas*, o los *panciverdetes* (*cfr.* Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, edición e introducción de Miguel León-Portilla, Dastin, Madrid, 2000).

nera: a la entrada de la calle tenían tres paredes hechas y entraban a ellas por las esquinas, por lo más angosto, y los indios, armados, por encima de las albarradas peleaban valientemente, de manera que derribada una pared y los que en ella estaban quedaban otras dos.

Octava jornada

Habiéndose rehecho el dicho capitán Cortés de gente venida de las islas, como arriba está dicho, caminó con su gente la vía de México y llegó y entró en la gran ciudad de Tescuco, la cual ciudad y señorío casi era tan grande como el señorío de México. Podría tener más de ochenta o cien mil casas, y el dicho capitán y españoles se aposentaron allí en los aposentos grandes y muy hermosos, y patios que en la dicha ciudad había, en la cual se entró sin haber guerra de la una parte ni de la otra, y fue la causa porque el señor de ella que se llamaba Quaunacuxtli y su hermano, capitán general, que se decía Istisuchitli estaban hechos fuertes en México, y lo mismo los valientes hombres de esta ciudad, a cuya causa no hubo quién diese guerra, y así no se les hizo mal ni daño, ni se les tocó en ninguna cosa de las suyas, si no fue el bastimento que de su propia voluntad daban; y luego mandó que con gran diligencia se hiciesen los bergantines para poder vadear la laguna y entrar mejor en México, y así se hizo, que en breve tiempo fueron hechos. En el entretanto puso el capitán gran diligencia en enviar capitanes a los pueblos que estaban alrededor de la laguna y de la dicha ciudad para atraerlos a que se diesen de paz, y así se dieron, aunque todos los señores y más valientes estaban en México. Hechos los bergantines, se hizo una acequia honda por un arroyo que iba hasta la laguna, y puesto en ellos mucha artillería y arcabuceros y ballesteros y marineros que remaban, envió capitanes con ellos y él se partió por tierra alrededor de la laguna y llegó con alguna gente a la calzada que llaman de Cuyoacan, y en ella se aposentó con casi doscientos hombres, poco más o menos, y en la calzada del Atlatlelulco puso a Gonzalo de Sandoval, capitán, y en la de

[83] Barricadas construidas con piedra y lodo seco.

Tlacuba puso a don Pedro de Alvarado con copia[84] de gente e indios de Taxcala. De manera que, puesto el cerco por toda la ciudad a la redonda, con los bergantines que también ayudaban mucho por la laguna, se comenzó, se comenzó la ciudad de batir[85] y combatió muy reciamente por agua y por tierra, y con mucha diligencia y trabajo, se trabajó, de quitarles el agua y fuente de Chapultepec, la cual por sus calzadas entraba en la ciudad, la cual por todas partes se combatía muy bravamente; de manera que de los cristianos herían algunos, y aun muchos de los indios morían en cantidad a cuchillo, y a caballo, y con tiros, y arcabuces y ballestas. Con todo esto los indios ponían sus albarradas recias y abrían calzadas y acequias y se defendían valerosamente; y en proceso de la guerra mataron algunos españoles y tomaron vivo a Hulano de Guzmán, mayordomo del dicho Cortés.

Aconteció que yendo huyendo ciertos, cayeron porque los hicieron caer los indios en una acequia en la cual murieron, y el capitán Cortés, como valiente capitán que se halló solo, los socorrió, sacando a los que podía con las manos de las acequias. A la revuelta que allí había acudieron tantos indios que echaron mano al capitán y le metían ya en el acequia para ahogarlo en el agua. Sucedió que salió del agua un soldado valiente que se llamaba Olea, el cual cortó los brazos y manos a los que le habían echado mano, y así le libró y sacó. Por manera que la guerra andaba muy trabada y recia de una parte y otra, con tener muchos de los taxcaltecas en nuestra ayuda, porque de las azoteas y casas altas nos daban gran batería haciéndonos unas veces huir y otras tornando nosotros sobre ellos. Los bergantines y capitanes de ellos y su gente trabajaban y combatían reciamente en la alaguna, que era placer verlos porque las canoas cubrían el agua, las cuales muy osadamente acometían a los bergantines; y como los españoles tomaban alguna casa o fuerte que estaban todas en el agua, luego las aplanaban y derribaban por el suelo, porque a los indios de Taxcala los hacíamos andar y trabajar en aquello, que fue causa de con más libertad hacer nuestra batalla; por manera que, peleando valerosamente con los indios, se defendían [éstos] matando e hiriendo algunos españoles. Sucedió que de los mismos indios

[84] Muchedumbre.
[85] Así en el original. Se trata de un *lapsus calami* del copista.

señores que estaban dentro, visto el peligro en que estaban, y como les iba faltando el bastimento y que no tenían agua, se determinaron salirse de noche. En especial se salió Yxtlisuchitli, capitán general de Tescuco y hermano de Quaunacuxtli, señor de Tescuco, y se presentó al dicho capitán y se le ofreció con su persona y otros sus aliados amigos, prometiéndole de ayudarle a él y a los cristianos en la guerra y ser contra sus naturales; por manera que éste por ser muy valiente fue gran cuchillo para los suyos[86]. Juntamente con éste se salió, otra noche, otro señor de Suchimilco, y Cutlavac y de la laguna, que es de creer le pesaría a los mexicanos, porque aquéllos después les hicieron crudelísima guerra con sus canoas y fueron causa o gran parte de ella para acabarse los mexicanos. Juntamente con esto fue nuestro Dios servido, estando los cristianos harto fatigados de la guerra, de enviarles viruelas, y entre los indios vino una grande pestilencia como era tanta la gente que dentro estaban, especialmente mujeres, porque ya no tenían qué comer. Y nos acontecía a los soldados no poder andar por las calles de los indios heridos que había de pestilencia, hambre y también viruelas, todo lo cual fue causa de que aflojasen en la guerra y de que no peleasen tanto. Mas empero, aunque se iban retrayendo y se metían en algunas casas fuertes en la alaguna, siempre llevábamos lo mejor, y de esta manera hubo lugar que la gente de paz que nos ayudaba, derribase y echase por tierra las casas y edificios, que fue causa de que se ganase toda la ciudad, porque por aquí podían los españoles correr con sus caballos. Los mexicanos se retrajeron, a manera ya de vencidos, en unas casas fuertes en el agua, y aquí, como había gran cantidad de mujeres, armáronlas a todas y pusiéronlas en las azoteas, en donde peleando y espantados los españoles de ver tanta gente de nuevo, matando de ellas los españoles conocieron y vieron cómo eran mujeres, y dándoles grita y voces quedaron algo desmayados ellos y ellas. El capitán Hernando Cortés y Alderete, el primer tesorero del rey, y un Orduña que venía por escribano y otros caballeros, se llegaron a la casa fuerte donde se había recogido ya Quautemus, que era señor mancebo de hasta diez y ocho años, valeroso y valiente por

[86] Aguilar incurre en un craso error, ya que el príncipe tetzcocano Ixtlilxochitl, rabiosamente antimexicano, nunca combatió a los españoles; por el contrario, les prestó ayuda en varias ocasiones (*cfr. Origen de los mexicanos* [Códice Ramírez], edición, introducción, notas y glosario de Germán Vázquez, Dastin, Madrid, 2000).

su persona, al cual le fue dicho que pues ya no tenía dónde se meter, que se diese, que el rey le perdonaba y que le haría muchas mercedes; el cual respondió con mucha presunción y poca vergüenza: «No me quiero dar, que primero os tengo de matar a todos». Y así de noche nos volvíamos a reposar al real.

Otro día de mañana después de lo dicho, comenzaron otra vez de nuevo a pelear, y fue requerido el dicho principal, y tampoco se quiso dar; pero este día que le fue hecho el requerimiento, y otros dos días antes, las mujeres y niños se venían a entregar y dar a los españoles viéndose ya perdidos. Guatemusa se metió en una canoa chiquita con un solo remero, y acaeció que, como era de noche, fue a topar con un bergantín del cual era capitán García Holguín, el cual lo prendió y se lo presentó al capitán Hernando, que fue causa de que se reconciliase con él, porque no le tenía buena voluntad. Esto hecho, se tomó y sujetó la casa donde el Guatemusa se había hecho fuerte, donde se hallaron mucha cantidad de oro y joyas y otros muchos despojos; de aquí sucedió que los taxcaltecas que nos ayudaban en la guerra y los que salieron de su ciudad, como sabían las entradas y salidas, se fueron ricos con los despojos que tomaron a sus casas; y esta casa se ganó y tomó día de San Hipólito[87]; y así cesó la guerra de la ciudad, y nos salimos y aposentamos en los aposentos reales. Fue requerido el capitán que poblase en Tlacuba o en Cuyoacán o en Tescuco y nunca quiso.

Acabada la conquista de México, dio orden el capitán Hernando Cortés en que se quedasen allí en México los españoles, en donde en breve tiempo se comenzó a edificar una muy linda y gran ciudad, cual es la de México; y de ahí a pocos días mandó el capitán a don Pedro de Alvarado con alguna gente que fuese a poblar a tierra de Guasaca, en donde pobló una ciudad que se llama Guasaca[88], y a los soldados les dio repartimientos; y de allí le mandó pasar a tierra de Guatimala en donde pobló y alcanzó del emperador ser adelantado de ella. Así mismo envió a Gonzalo de Sandoval, capitán excelente, con cierto número de gente a poblar la tierra que dicen de Medellín, en donde se dieron bien cien repartimientos; y luego envió otro

[87] Tenochtitlan cayó el 13 de agosto de 1521.
[88] Pedro de Alvarado no conquistó Oaxaca.

capitán que se llamaba Villafuerte a poblar a Çacatula con otros ciertos soldados, en donde les dieron repartimientos; y a los demás españoles que quedaban se dieron repartimientos en México y por su redondela[89]. Así mismo, el capitán Hernando Cortés, con ciertos soldados y número de gente, se partió a la conquista de Pánuco, la cual ganó, y todos los demás se le dieron de paz, donde dejó poblada una villa y dio repartimientos a los que en ella quedaban. De ahí a pocos días, hizo una armada de ciertos navíos y envió con cierto número de gente y soldados, por capitán, a Cristóbal de Olid y mandole que poblase la tierra de Yucatán, el cual después de haber ido se levantó con la tierra y se alzó con ella. Túvose modo y manera cómo envió Hernando Cortés a ciertos hombres, personas de bien y nobles, y a dos compadres del Cristóbal de Olid, los cuales, estando comiendo con él a la mesa, lo mataron.

El capitán Hernando Cortés, movido con pasión o enojo que le cegó, se determinó de ir por tierra con los mejores soldados, y llevó juntamente consigo los señores de la tierra, por manera que casi no dejó ninguno en la ciudad de México sino pocos, y ésos, mercaderes y hombres que no sabían de guerra[90]. Fue causa que él casi se perdiera y que toda la gente que en México quedaba muriera, porque el Guatemus, señor de la tierra, astuto, sagaz y valiente, que llevaba consigo, aunque mozo, tenía una noche concertado con todos los suyos de tomar los frenos de los caballos y las lanzas y matarlos; pero nuestro Señor lo libró, porque se vino a saber la conjuración que estaba hecha, la cual [fue] descubierta y sabida, [y] los malhechores fueron

[89] Por los alrededores.

[90] La rebelión de Cristóbal de Olid, (1488-1524) tuvo lugar en las Hibueras, actual Honduras, Olid, que había recibido orden de Hernán Cortés de explorar aquel territorio, estableció una alianza con Gil González de Ávila, asentado en la región desde 1522, y se independizó de don Hernán. Cuando la noticia llegó a Tenochtitlan, Cortés ordenó a su primo político, Francisco de las Casas, que castigara la osadía del rebelde; pero la armada se hundió poco antes de llegar a su destino, y Olid capturó a los supervivientes, entre los que se contaba de las Casas. Envalentonado por tan fácil victoria, el sedicioso capitán atrajo con engaños a Gil González y le capturó, proclamándose dueño y señor de Centroamérica. Cortés, inquieto por la suerte de Francisco de las Casas, decidió ir personalmente a las Hibueras al frente de una poderosa hueste. El viaje, duro y penoso, no sirvió para nada, porque Olid había sido ejecutado poco antes de iniciarse la marcha. Cuando Cortés llegó a Triunfo de la Cruz, nombre del campamento rebelde, no pudo hacer otra cosa que restaurar el orden en la incipiente colonia.

castigados y muertos por ello. Dejó al tiempo que se partió el capitán Hernando Cortés para Yucatán[91] a gobernadores en su lugar, al tesorero Alonso de Estrada y al contador Albornoz, y desde Guaçaqualco, temiéndose de ellos, envió secretamente al factor Gonzalo de Salazar y a Chirinos, veedor, diciendo que, si por ventura se quisieran alzar el dicho tesorero y contador, tomasen ellos la voz por el capitán Hernando Cortés; mas empero, ellos como bulliciosos se entrometieron en alzarse por el rey sin que el contador y tesorero hubiesen intentado cosa ninguna, pero ellos queríanse alzar por el rey. Sucedieron de aquí grandes males, porque a unos ahorcaron y a otros azotaron y a otros afrentaron malamente. En este medio tiempo aconteció que, sabidas por el emperador estas novedades, envió a Luis Ponce por gobernador o pesquisador, y traía por su alcalde mayor a Luis Ponce, digo a Marcos de Aguilar. También mientras el capitán Hernando Cortés andaba por allá, Nuño de Guzmán acá en México fue gobernador acá en México, y como no estaba bien con el dicho Cortés le quitó muchos indios y los dio a quien él quiso, y en particular le quitó a Cuaunavac y lo dio a Villarreal, el criado de Hernando Cortés. A este Nuño de Guzmán le envió el rey por gobernador a Jalisco y a conquistarla. El capitán Hernando Cortés se volvió desde Cuba, se tornó a embarcar para esta tierra porque cuando fue a las Hibueras fue a portar a Cuba, y así no pudo volver por tierra. Y estando el dicho capitán Cortés en Pánuco le hizo el emperador gobernador de toda la Nueva España, y así vuelto a México la gobernó, donde su majestad le hizo mercedes y marqués del Valle.

Es de saber que la causa principal de esta armada para la conquista de esa tierra, fue don Diego Velázquez gobernador y adelantado que era de la isla de Cuba, que residía en la ciudad de Santiago, la cual encomendó a Hernando Cortés y le hizo capitán; mas empero, Hernando Cortés puso mucha diligencia y cuidado en buscar dineros prestados entre sus amigos, y buscó y allegó más soldados que el adelantado don Diego Velázquez le había dado, y así mismo buscó bastimentos, tocinos y cazabe[92], y otra carabela y navíos, con que hizo

[91] La expedición cortesiana no se dirigió a Yucatán, sino a las Hibueras (Honduras) (*cfr.* la nota anterior).

[92] Torta elaborada con la harina que se saca de la raíz de la mandioca.

bien su armada. El emperador *penitus*[93] ninguna cosa puso ni gastó en esta armada, más de que sus oficiales en Cuba metieron en ella espadas, puñales y otras armas, aceite, vinagre, camisas, por manera que le hicieron mercader, y a los soldados que iban en la dicha armada, si tenían necesidad de espadas, puñales, quesos, bastimentos y de lo demás que había menester, se les vendía por muy mayores precios que les había costado. Y el rey se hizo pago de los conquistadores al tiempo que iba a fundir algún oro, porque se lo quitaban todo, por donde digo que el menor de los conquistadores mereció ser muy galardonado, pues que a su costa y mención dieron al rey un mundo tan grande como éste, así que el menor de todos ellos mereció muy mucho y todos los más quedaron perdidos.

Hecha relación en breve de las cosas que con verdad, en la toma de esta tierra, pasaron y de la muchedumbre de gente que en ella había, contaré de lo mejor de ella, desde Guaçaqualco hasta la Vera Cruz, que serán sesenta leguas y desde allí hasta Pánuco, que es lo que anduve. Hay en esta costa [de] la Vera Cruz grandes provincias, de las cuales contaré las mejores y dejaré otros pueblos.

Primeramente está a siete o seis leguas de la mar una provincia muy grande, la cual se dio a Gonzalo de Sandoval en repartimiento, que vino a poblar esta tierra [como] segundo capitán, el cual fue informado de indios que era gran señorío, tan grande como Tescuco. Era abundantísima de ropa y cacao, y oro, pescado y otros muchos mantenimientos; podría tener toda ella a mi parecer, y a lo que los indios me dijeron, ochenta mil casas, poco más o menos, y tiene ahora doscientas casas y aun no hay tantas.

Cerca de ésta, a ocho o nueve leguas, estaba otra muy grande, casi tan grande como ésta, en la cual en los sujetos de ella se dieron veinte repartimientos, poco más o menos, porque los visité yo. Cerca de ella estaba otra grande que se llama Tlatletelco; podría tener más de veinte mil casas y no tiene ahora doscientas. Adelante de ésta estaba otra que se llamaba Secotuxco, llena de mucha gente. Más abajo, a la costa, estaba Tlapaniquita Cotaxtla, provincias de mucha gente y de mucho número de casas, y ahora no hay nada. Más ade-

[93] Absolutamente nada.

lante está la provincia de Sempuala, ya dicha, que en el casco de ella se hallaron veinte mil casas y ahora no tiene veinte casas. Dejo de contar villas, aldeas y otros muchos pueblos arrimados a la sierra, y de ellos puestos en la sierra, de los cuales ha quedado alguna gente por ser tierra templada y fría, pero lo demás de la costa toda está ya despoblado. De aquí adelante, hasta Pánuco, podrá haber hasta cincuenta leguas. Había así en la costa, como desviados de ella, muy grandes villas, poblaciones y provincias, todas muy llenas de gente, muy pobladas; muy grandes poblaciones y muy lindas al parecer, llenas de frutales, y ahora está todo desierto y con muy poquitos indios. Lo bueno que hay ahora en la tierra está en tierra fría, como es la provincia de Taxcala que tiene mucha gente, mas no tanta como solía tener; están en ella poblados algunos cristianos. La ciudad de Chulula tendrá ahora hasta diez o doce mil tributarios; pasaba de más de cien mil. Tepeaca, población muy grande, tiene al presente harta gente, mas empero no tanta, con gran parte de la que solía; y así de todas las demás provincias. La ciudad de Guaxosingo tendrá hasta diez mil tributarios, poco más o menos, solía ser mayor que Cholula. Tescuco, provincia y señorío muy grande por sí, no sujeto a los mexicanos, tenía mucha tierra y mucho sujeto; ha venido en grandísima disminución, en el cual hay también poblados españoles. En México han quedado muy poquitos indios en comparación de los muchos que solía haber. Chalco fue también provincia muy grande, y desde el principio sujeta al rey, y muy amigos de los españoles también. Tlacuba fue también, cuando vinimos a la tierra, señorío por sí, a quien obedecían los otomíes, muy muchos pueblos y provincias buenas. La ciudad de Suchimilco solía ser muy gran provincia, y en el tiempo de ahora si tiene diez mil casas o doce mil es mucho. Cuyoacán es buen pueblo y villa grande. Hay otras muchas villas y poblaciones muy grandes, a quien el marqués Hernando Cortés pudiera repartir y dar grandes provincias a los que le ayudaron a ganar tanta tierra, la cual y las cuales provincias se dieron a muchas personas que nunca oyeron grita ni guerra, porque el menor de los que pasaron con él merecía mucho porque trabajó mucho y a su costa y mención y no de la del rey.

Quiero contar y decir un poco de lo mucho que vi, de las maneras que esta gente tenía en adorar y reverenciar a sus dioses y sus ritos.

Digo, pues, que yo desde muchacho y niño me ocupé en leer y pasar[94] muchas historias y antigüedades persas, griegas, romanas; también he leído los ritos que había en la India de Portugal[95], y digo cierto que en ninguna de éstas he leído ni visto tan abominable modo y manera de servicio y adoración como era la que éstos hacían al demonio, y para mí tengo que no hubo reino en el mundo donde Dios nuestro Señor fuese tan deservido[96], y adonde más se ofendiese que en esta tierra, y adonde el demonio fuese más reverenciado y honrado. Tenían estos naturales templos muy grandes, todos cercados con grandes almenas, y en otras tenían aquella cerca de leños, uno sobre otro, todo en circuito, y de allí ponían fuego y sacrificio. Tenían grandes torres y encima una casa de oración, y a la entrada de la puerta, un poco antes, tenían puesta una piedra baja, hasta la rodilla, en donde o a mujeres o a hombres, que hacían sacrificio a sus dioses, los echaban de espaldas, y ellos mismos se estaban quedos, adonde salía un sacerdote con un navajón de piedra que casi no cortaba nada, hecho a manera de hierro de lanza, y luego con aquella navaja le abría por la parte del corazón y se lo sacaba, sin que la persona que era sacrificada dijese palabra; y luego al que o a la que eran así muertos, los arrojaban por las escaleras abajo y lo tomaban y hacían pedazos, con gran crueldad, y lo asaban en hornillos y lo comían por manjar muy suave; y de esta manera hacían sacrificios a sus dioses. El dicho sacerdote tomaba el corazón en la mano y entraba en la casa de oración donde estaban puestos ídolos, así de piedra como de madera, con su altar; y de esta manera, con la mano ensangrentaba a sus ídolos y a las esquinas de la dicha casa de oración, y luego salía al oriente, donde salía el sol, y hacía lo mismo, volvíase también al occidente y septentrión y mediodía y hacía lo mismo; estos sacerdotes hacían grandísima penitencia porque se sangraban de la lengua y de sus brazos y piernas, y de lo que Dios les dio[97], hasta desangrarse, y con esta sangre sacrificaban a sus dioses. Andaban muy sucios, tiznados y muy marchitos, y consumidos en los rostros. Traían unos cabellos muy largos hasta abajo trenzados, que se cubrían con ellos,

[94] El término *pasar* se emplea en su acepción de *recorrer, estudiando o leyendo, un libro o tratado.*
[95] Denominación antigua del Indostán
[96] No servido.
[97] *I. e.* del pene.

y así andaban cargados de piojos. No podían llegar a mujeres, porque luego eran muertos por ello. Andaban de noche, como estantiguas en romerías[98], en cerros, donde tenían sus cúes e ídolos, y donde había casas de su oración.

Toda la gente, así principal como plebeya, que entraba a hacer oración a sus dioses, antes que entrasen, en los patios se descalzaban los cacles[99], y a la puerta de las iglesias todos ellos se sentaban de cuclillas, y con grandísima reverencia estaban sollozando, llorando y pidiendo perdón de sus pecados. Las mujeres traían pan, cajetes de carne de aves[100]; traían también frutas, papel de la tierra[101], y allí unas pinturas. Tengo para mí que pintaban allí sus pecados. Era tan grande el silencio y el sollozar y llorar que me ponían espanto y temor; y ahora por nuestros pecados ya siendo cristianos vienen a las iglesias casi todos o muchos de ellos por fuerza y con muy poca reverencia y temor, parlando y hablando, y al mejor tiempo de la misa saliéndose de ella y del sermón, por manera que en sus tiempos había gran rigor sobre guardar la honra y ceremonias de sus dioses y ahora no tienen miedo ni temor ni vergüenza. Pudiera decir muy muchas particularidades y cosas de aquéllos, pero por no ser prolijo y porque basta lo dicho, dejo de decirlo.

Soli Deo honor et gloria

[98] Fantasmas en procesión.

[99] Sandalias de cuero usadas por los habitantes del México central.

[100] Vasijas de barro, sin vidriar, anchas y semiesféricas. El término deriva de la voz mexicana *caxitl* («escudilla»).

[101] El *amatl* o «papel indiano» se manufacturaba con la fibra del *maguey* o pita. El *maguey* *(Agave atrovires)* es una planta vivaz originaria de México. Tiene la raíz fibrosa, el tallo grueso y grandes hojas acanaladas, que alcanzan los dos metros de largo.

APÉNDICE I

GLOSARIO

El glosario que aquí se ofrece consta de tres secciones claramente diferenciadas. La primera está dedicada a los aztequismos, es decir, a las voces *nahua* castellanizadas que aparecen en la presente edición; la segunda recoge los términos *nahua* originales; y la tercera incluye palabras y locuciones castellanas de uso infrecuente o arcaicas. Para su correcto uso conviene tener presente las siguientes observaciones:

1.° Los nahuatlismos se reproducen tal y como aparecen en el texto.
2.° Las siglas entre paréntesis identifican a los distintos autores. Así, *AT* corresponde a Andrés de Tapia, *BV* a Bernardino Vázquez de Tapia y *FA* a Francisco de Aguilar.
3.° Para la alfabetización de la sección B se ha seguido el sistema utilizado comúnmente en el idioma mexicano: A, C, E, H, I, M, N, O, P, Q, T, TL, TZ, U, X, Y y Z.
4.° Los topónimos se señalan con la abreviatura *topon.* Siempre se da la ubicación geográfica.
5.° Las entradas correspondientes a grupos étnicos van precedidas de su forma singular o plural.
6.° La pronunciación de los términos mexicanos debe atenerse a las normas que se señalan a continuación:

Vocales: semejantes a las castellanas excepto la U, que tiene una pronunciación intermedia entre la O y la U.
Consonantes:

C: silbante (S castellana) ante E e I; oclusiva (= K) ante A, O y U.
CH: igual a la castellana, aunque algo más fuerte.
LL: las dos L se forma de manera separada.
TL y TZ: se propalan con un único golpe de voz.
X: idéntica a la SH inglesa.
Z: silbante (S castellana).

A. *Aztequismos*

ACACINCO (BV). Véase ACATZINCO.
AMALINCHI (FA). Véase MALINTZIN.
AMECA MECA (BV). Véase AMAQUEMECAN.
AMECAMECA (BV). Véase AMAQUEMECAN.
ATLATELULCO (FA). TLATELOLCO.
ATLATLELULCO (FA). Véase TLATELOLCO.

CACAMAZI (AT). Véase CACAMATZIN.
CEMPOALA (AT). Véase CEMPOALLAN.
CEMPUAL (BV). Véase CEMPOALLAN.
COTAXTLA (FA). Véase CUETLAXTLAN.
CUAUNAVAC (FA). Véase CUAUHNAHUAC.
CUTLAVAC (FA). Véase CUITLAHUAC.
CUYOACAN(AT, BV y FA). Véase COYOACAN.

ÇACATULA (FA). Véase ZACATOLLAN.
ÇACOTLAN (AT). Véase TZAPOTLAN.

CHAPULTEPEC (FA). Véase CHAPULTEPEC.
CHERULA (AT). Véase CHOLOLLAN.
CHIAUTLA (BV). Véase CHIAUHTLAN.
CHICHIMECA (FA, «gente desbaratada»). Véase CHICHIMECA.
CHIMALOACAN (BV). Véase CHIMALHUACAN.
CHINANTLA (AT). Véase CHIAUHTLAN.
CHITRULA (AT). Véase CHOLOLLAN.
CHOLULA (BV). Véase CHOLOLLAN.
CHURULA (AT). Véase CHOLOLLAN.
ESTAPALAPA (FA). Véase IZTAPALAPAN.

ESTECALA (BV). Véase TEXCALLAN.
ESQUIPILES (FA. «ciertas armas de algodón»). Véase ICHCAHUI-PILLI.

GUAÇAQUALLO (FA). Véase COATZACOALCO.
GUAJOTZINGO (BV). Véase HUEXOTZINCO.
GUAQUECHULA (BV). Véase CUAUHQUECHOLLAN.
GUAQUICHULA (BV). Véase CUAUHQUECHOLLAN.
GUATEMUS (FA). Véase CUAUHTEMOC.
GUATEMUSA (FA). Véase CUAUHTEMOC.
GUAUTITLAN (FA). Véase CUAUHTITLAN.
GUAXOSINGO (FA). Véase HUEXOTZINCO.
GUCHITEPEQUE (BV). Véase TOTOTEPEC.

HUANTEPEQUE (BV). Véase TEHUANTEPEC.
HUCHITEPEC (BV). Véase TOTOTEPEC.

ISTISUCHITLI (FA). Véase IXTLILXOCHITL.
IXTAPALAPA (BV). Véase IZTAPALAPAN.

LUA (FA). Véase CULHUA.

MACATECA (AT). Véase MAZATECA.
MAGISCAÇIN (FA). Véase MAXIXCATZIN.
MALINCHI (FA). Véase MALINTZIN.
MEXICO (AT). Véase MEXICO.
MITLAN (BV). Véase MICTLAN.
MISTECA (AT). Véase MIXTECA.
MONTEZUMA (BV). Véase MOTECUHZOMA.
MOTECSUMA (FA). Véase MOTECUHZOMA.
MULUA (FA). Véase CULHUA.
MUTECZUMA (AT). Véase MOTECUHZOMA.

NEPATLAN (BV). Véase NEPANTLAN.
NETLAVACA (BV). Véase CUITLAHUAC.

OCUITUCO (BV). Véase OCUITOLCO.
OLUA (FA). Véase CULHUA.
OTOMIES (FA, «gente desbaratada»). Véase OTOMI.

OTUMBA (FA). Véase OTOMPAN.

QUALPUPOCA (AT). Véase CUAUHPOPOCA.
QUAUNACUXTLI (FA). Véase COANACOCHTZIN.
QUATEMUS (FA). Véase CUAUHTEMOC.
QUECHULA (BV). Véase CUAUHQUECHOLLAN.
QUETLAXTLA (FA). Véase CUETLAXTLAN.
QUEZALQUATE (AT). Véase QUETZALCOATL.

SEMPOAL (FA). Véase CEMPOALLAN.
SUCHIMILCO (FA). Véase XOCHIMILCO.

TASCALA (AT). Véase TLAXCALLAN.
TECAMACHALCO (BV). Véase TECAMACHALCO.
TEHUACAN (BV). Véase TEHUACAN.
TEMISTITLAN (BV). Véase TENOCHTITLAN.
TENANTEPEQUE (BV). Véase TENANTEPEC.
TENUSTITLAN (FA). Véase TENOCHTITLAN.
TENUXTITLAN (BV). Véase TENOCHTITLAN.
TEPEACA (BV y FA). Véase TEPEACAC.
TEQUITIN TLACOTLE (AT, «tributaban como esclavos»).Véase TEQUITIN TLATLACOTIN.
TESCUCO (FA). Véase TETZCOCO.
TETELA (BV). Véase TETELLAN.
TEUCHE (AT). Véase TENOCHE.
TEULES (FA, «dioses»). Véase TETEO.
TEZCUCO (BV). Véase TETZCOCO.
THEULES (FA, «dioses»). Véase TETEO.
TIÇAPANCINGA (AT). Véase TIZAPANTZINCO.
TLACUBA (FA). Véase TLACOPAN.
TLATLETELCO (FA). Véase TLATETECO.
TLAXCALA (BV). Véase TLAXCALLAN.
TOCHIMILCO (BV). Véase TOCHIMILCO.
TOTONILCO (BV). Véase ATOTONILCO.
TULCINGO (BV). Véase AYOTZINCO.
TUTUNAQUES (AT). Véase TOTONACA.
TUZAPA (BV). Véase TOCHPAN.
UCHILOBOS (BV). Véase HUITZILOPOCHTLI.

UTUMI (AT). Véase OTOMI.

XALISCO (AT). Véase XALISCO.
XICUTENCA (FA). Véase XICOTENCATL.
XICUTENGA (FA). Véase XICOTENCATL.

YXTLISUCHITLI (FA). Véase IXTLILXOCHITL.

ZACATULA (AT). Véase ZACATOLLAN.
ZIMPANZINGO (AT). Véase TZOMPANTZINCO.
ZUMPANCHICO (FA). Véase TZOMPANTZINCO.

B. *Voces* nahua

Amaquemecan: «El lugar de las vestiduras de papel». Topon. Territorio del Valle de México.
Atotonilco: «Donde el agua se calienta». Topon. Capital de la provincia tributaria de Atotonilco de Pedraza, correspondiente al actual estado de Hidalgo.
Ayotzinco: «En el criadero de tortugas» o «En el criadero de calabazas». Topon. Localidad portuaria de la ribera sur del lago de Chalco.

Cacamatzin: «El venerable Sombrío». Sobrino de Motecuhzoma II, que gobernó el señorío de Tetzcoco.
Cempoallan: «El lugar de la cuenta». Topon. Localidad del estado de Veracruz.
Chapultepec: «En el monte del saltamontes». Topon. Monte del Valle de México, que tuvo una gran importancia en la historia del México prehispánico e independiente.
Chiauhtlan: «El lugar de la chía». Topon. Localidad del estado de Puebla.
Chichimeca (sing. *chichimecatl)*:«Linaje de perros». Término infamante empleado por los pueblos *nahua* para designar a las bandas de cazadores recolectores nómadas.
Chimalhuacan: «El lugar que tiene escudos». Topon. Localidad del Valle de México.
Chimalpopoca. «Rodela humeante». Uno de los hijos de Motecuhzoma.

Cholollan: «El lugar de la huida». Topon. Importante ciudad sita en el actual estado de Puebla.
Coanacochtzin: «El venerable Orejeras de serpiente». Gobernante tetzcocano que accedió al poder tras el fallecimiento de su hermanastro Cacamatzin.
Coatzacoalco: «El lugar donde se oculta la serpiente». Topon. Localidad del estado de Veracruz-Llave.
Coyoacan: «El lugar del abrevadero del coyote». Topon. Localidad del Valle de México.
Cuauhnahuac: «Junto al bosque». Topon. Localidad del estado de Morelos.
Cuauhpopoca: «Águila humeante». Gobernante mexicano de Nauhtlan.
Cuauhquechollan: «El lugar de los papagayos de los árboles». Topon. Localidad del estado de Puebla.
Cuauhtitlan: «El lugar del nido del águila». Topon. Localidad del Valle de México.
Cuauhtemoc:«Águila que desciende». XI gobernante de Tenochtitlan (1520-1526).
Cuetlaxtlan: «Donde hay cueros». Topon. Provincia tributaria sita en el actual estado de Veracruz.
Cuitlahuac: «Cieno acuático», literalmente «Excremento seco». 1, X gobernante de Tenochtitlan (1520). 2, Topon. Localidad del Valle de México.
Culhua: «Los que tienen antepasados». 1, Nombre dado a los habitantes de México-Tenochtitlan. 2, Topon. Localidad del estado de Veracruz.

Huexotzinco: «En el lugar del pequeño sauce». Topon. Localidad del estado de Puebla.
Huitzilopochtli: «Colibrí del sur». Nombre de la deidad tutelar de México-Tenochtitlan.

Ichcahuipilli: «Blusón de algodón». Armadura mexicana elaborada con fibra de algodón.
Ixtlilxochitl: «Preciosa caña de nudos negros» o «Flor de pétalos negros». Miembro del linaje real tetzcocano. Colaboró con Hernán Cortés en la conquisa de Tenochtitlan.
Iztapalapan: «Entre las lajas». Topon. Localidad del Valle de México.

Malintzin: «La venerable Enredadera». Nombre de la intérprete y amante de Hernán Cortés.
Maxixcatzin: «El venerable Anillo de algodón» o «El venerable que está orinando». Señor de la cabecera *tlaxcaltecatl* de Ocotelolco. Amigo y aliado de Hernán Cortés.
Mazateca (sing. *mazatecatl)*: Gentilicio derivado de Mazatlan «La tierra del venado».
Mexico: «En el lugar del ombligo de la Luna». Topon. Denominación que los *mexica* («gentes del ombligo de la Luna») daban a su capital.
Mictlan: «La región de los muertos». Topon. Localidad del estado de Oaxaca.
Mixteca (sing. *mixtecatl)*: Gentilicio derivado del topon Mixtlan («Lugar de las nubes» o «Lugar nebuloso»). Los *mixteca*, guerreros fuertes y valientes, jamás fueron dominados por los mexicanos. El término se empleó en la época colonial para designar una región del estado de Oaxaca.
Motecuhzoma: «Señor encolerizado». IX gobernante de México-Tenochtitlan (1502-1520).

Nepantlan: «En el lugar del medio». Topon. Localidad del estado de México.

Ocuitolco: «En el lugar del gusano de la juncia». Topon. Localidad del estado de Morelos.
Otomi (sing. *otomitl)*. Etimología sin determinar. Nombre de una etnia o grupo de etnias y familias lingüísticas.
Otompan: «En la tierra de los *otomi*». Topon. Localidad del Valle de México.

Quetzalcoatl: «Serpiente emplumada» o «Gemelo precioso», Benéfica deidad del panteón mesoamericano.

Tecamachalco: «En el lugar de la entrada pedregosa de la hondonada» o «En el lugar del paso del desfiladero». Topon. Localidad del estado de Puebla.
Tehuacan: «El lugar del dueño de la piedra». Topon. Localidad del Estado de Puebla.
Tehuantepec: «Donde se comen a la gente». Topon. Nombre del istmo que se forma al angostarse la república mexicana entre el océano

Pacífico y el Golfo de México. La región, de clima tropical, está poblada por diversas especies de felinos carnívoros.

Tenantepec: «En el monte de la madre de piedra». Topon. Localidad del estado de Morelos.

Tenoche: «Dueño de la tuna del pedregal». Noble *totonacatl* que acompañó a Hernán Cortés.

Tenochtitlan: «En la tuna de piedra» o «En la tuna dura». Topon. Capital del pueblo *mexicatl.*

Tepeacac: «Donde la punta del cerro». Topon. 1, Localidad del estado de Puebla. Los castellanos la bautizaron con el nombre de Segura de la Frontera. 2, Nombre del señorío que tenía su capital en la ciudad de la misma denominación.

Tequitin Tlatlacotin: «Tributarios esclavos».

Tetellan: «El lugar del roquedal». Topon. Localidad del estado de Morelos. Hoy en día se la denomina Tetela del Volcán.

Teteo (sing. *teotl)*: «Dioses». Sobrenombre que los mexicanos dieron a los soldados españoles.

Tetzcoco: «El lugar de la olla de maíz» o «Donde hay tráfico y multitud de gente». Topon. Capital del Acolhuacan, uno de los estados de la Triple Alianza.

Texcallan: «El lugar del precipicio». Topon. Localidad del estado de Morelos.

Tizapantzinco: «En el lugar de la tiza». Topon. Localidad del estado de Veracruz.

Tlacopan: «El lugar de las jarras» o «El lugar del siervo». Topon. Ciudad del Valle de México. Formó parte de la Triple Alianza junto con Tenochtitlan y Tetzcoco.

Tlatelolco: «En el lugar arenoso». Topon. Ciudad gemela de México-Tenochtitlan.

Tlateteco: «En el lugar de la grava». Topon sin identificar.

Tlaxcallan: «El lugar de las tortillas de maíz». Topon. Señorío prehispánico cuyas fronteras correspondían a las del actual estado de Tlaxcala.Tochimilco: «En el lugar de la sementera del conejo». Topon. Localidad del Estado de Puebla.

Tochpan: «Sobre el conejo». Topon. Localidad del estado de Veracruz.

Totonaca (sing. *totonacatl)*: Gentilicio derivado de Totonacapan («Sobre la carne del pájaro»).

Tototepec: «Sobre el monte del pájaro».Topon. Señorío independiente situado en la frontera de Pánuco.

Tzapotlan: «El lugar del fruto de zapote». Topon. Localidad de lengua *otomitl*. Actualmente se denomina Zautla.
Tzompantzinco: «En el lugar del muro de cráneos». Topon. Localidad de Puebla.

Xallixco: «En el cerro de la arena». Topon. Territorio del México prehispánico, cuyos límites corresponden con los del actual estado del mismo nombre.
Xicotencatl: «El del bezote de avispa». General en jefe del ejército de Tlaxcallan.
Xochimilco: «En el lugar de las sementeras de flores». Topon. Localidad del Valle de México.

Zacatollan. «La ciudad del pastizal». Topon. Señorío situado en la frontera de los actuales estados de Guerrero y Michoacan.

C. *Voces castellanas*

A la redonda. En torno, alrededor.
A vueltas de. Entre.
A tiento. Dudosamente, sin seguridad.
Abajarse. Agacharse.
Abondo. Abundante.
Adarga. Escudo de cuero ovalado o en forma de corazón.
Adobar. Reparar totalmente el casco de una nave.
Age. Véase *Ají*
Aguijar. Acelerar el paso.
Ají (voz taína). Especie de pimiento picante que se usa como condimento y estimulante del apetito. *Capsicum ánnuum.*
Alaguna. Laguna.
Alarde. Formación militar en la que se hacía reseña de soldados y armas.
Albarrada. Barricada hecha con piedra y tierra.
Alguacil mayor. Funcionario del orden judicial con funciones similares a las del juez. Se diferenciaba del juez en que éste era nombrado por el rey, y el alguacil, por el pueblo o comunidad.
Alimpiaba. Limpiaba.

Almaizar. Toca de gasa que usan los norteafricanos. Por extensión, cualquier paño que sirva para cubrir hombros y brazos.
Alpargates. Alpargatas.
Altor. Altura.
Alumbre. Sulfato de aluminio y potasio cristalizado. Se emplea en medicina y tintorería.
Alzarse la ropa. Prepararse para la guerra, alzarse en armas.
Allegar. Reunir, juntar.
Amortecer. Desmayarse, quedar como muerto.
Anclear. Anclar.
Ancora. Ancla.
Apeñuscado. Apiñado, agrupado, amontonado.
Apercibimiento. Acto jurídico que consiste en hacer saber a una persona las consecuencias que se seguirán de determinadas actitudes u omisiones suyas.
Aposento. Vivienda destinada a los criados de la casa real.
Apriesa. De prisa.
Arbol mayor. Palo mayor de una nao.
Arredrar. Apartar, separar.
Atapar. Tapar.
Asaz. Bastante, mediano, suficiente.

Bálsamo. Arbol de la familia de la papilionáceas que produce un líquido transparente y aromático *Myroxylon toluífera.*
Bastecer. Abastecer de provisiones.
Bastimento. Provisión para el sustento de una ciudad, ejército, etc.
Bellaca. Mala, ruin.
Benjuí. Bálsamo aromático que se obtiene de la corteza del *benjuí* de Java. *Styrax benzoin.*
Bojeo. Acción de bojear. Perímetro o circuito de un lugar, por lo general marítimo.
Broma. Molusco lamelibranquio que segrega una sustancia caliza con la cual reviste las largas galerías que abre en las maderas sumergidas. *Teredo navalis.*
Bujería. Mercadería de estaño, hierro, vidrio, etc., de poco valor y precio.
Bula. Documento pontificio expedido por la Cancillería Apostólica relativo a la concesión de gracias o privilegios eclesiásticos.

Cabe. Cerca de, junto a.
Cabo. Véase *Cabe*.
Cacle (del azteca *cactli*, «sandalia»). Sandalia tosca de cuero.
Cajete (del azteca *caxitl*, «escudilla»). Vasija ancha y semiesférica de barro cocido sin vidriar.
Cámara. En el palacio real, habitación reservada a los gentileshombres de la guardia, ayudas de cámara y embajadores.
Campanilla. 1. Adornos de figura de campana. 2. Persona relevante o de gran autoridad.
Cantón. Esquina de un edificio.
Cañuto. Canuto.
Capuces. Véase *Capuz*.
Capuz. Capucho. Prenda ancha y larga con capucha y una cola que arrastra. Se colocaba encima de las ropas cotidianas y servía para los lutos.
Catar. Mirar, observar.
Cazabe (del haitiano *cazabí*). Torta hecha con la harina que se extrae de la raíz de la mandioca.
Cecina. Tiras de carne en salazón ahumadas o desecadas al sol.
Circuito. Bojeo o contorno.
Coinquinar. Ensuciar.
Colodrillo. Parte posterior de la cabeza.
Comendador. Caballero que tiene encomienda en alguna orden militar.
Comitar. Perdonar.
Compañero de bandera. Abanderado.
Concierto. Buen orden, disposición.
Copia. Muchedumbre, abundancia.
Corcovado. Jorobado.
Corredor. Soldado que se envía para reconocer el terreno y observar al enemigo.
Crespo. Ensortijado, rizado.
Crianza. Urbanidad, cortesía.
Cuartilla. En los equinos, parte que media entre los menudillos y la corona del casco.
Cuarto del alba. Tercera de las cuatro partes en que se dividía antiguamente la vigilancia nocturna.
Cues (del maya *cu*, «templo»). Término empleado por los autores del siglo XVI para designar los templos mexicanos.
Curar. Cuidar.

Dar al través. Varar un navío en la playa.
Darse las manos. Ordenarse u organizarse para una empresa.
Dende. Desde.
Dende luego. Desde luego.
Derrota. 1. Camino, vereda o senda. 2. Ruta. 3. Rumbo o dirección de una nao.
Desatar. Disolver.
Desbaratada. De mala vida, conducta o gobierno.
Desde luego. Después de aquí, de inmediato.
Deservido. No servido.
Diezmo. Derecho real que consistía en percibir el 10 % del valor de las mercaderías que se traficaban en los puertos.
Dolor de frío. Denominación genérica de las enfermedades respiratorias.
Domínica. Domingo.
Donde no. Sino.

Ende. En aquel lugar.
Escucha. Centinela que se adelanta de noche a las lineas enemigas para observar sus movimientos.
Estado. 1. Medida longitudinal tomada de la estatura regular de un hombre, que se usa para medir alturas o profundidades. Equivale a 7 pies o, lo que es lo mismo, a 1,95 m. 2. Medida de superficie equivalente a 49 pies cuadrados.
Estantigua. Fantasma que se aparece por las noches.
Estero. Zona inmediata a la desembocadura de un río invadida periódicamente por las aguas marinas. A diferencia de los deltas, los esteros ofrecen una fácil salida y entrada para las embarcaciones.
Estoraque. Bálsamo extraído del *ocotzolcuahuitl* o liquidámbar americano *(Liquidambar styraciflue).* Esta trementina fue muy utilizada por los *nahua* como incienso.

Fábrica. 1. Cualquier construcción o parte de ella hecha con cal y canto. 2. Edificio. 3. Renta y fondo, de una iglesia destinado a reparar el edificio y costear los gastos del culto divino.
Factor. Oficial real que en las Indias recaudaba las rentas y tributos en especie pertenecientes a la Corona.
Familiar. Demonio que acompaña y sirve a un brujo o hechicero.
Faraute. Intérprete.

Fogón. Agujero que tienen en la recámara algunas armas de fuego pesadas para comunicar éste a la carga.
Follaje. Adornos de hojas.

Gaje. Emolumento. Sueldo que se pagaba a los criados y soldados de una casa noble.
Gordor. Anchura.
Gridar. Gritar.
Grima. Desazón u horror que causa una cosa.

Hacha. Antorcha, tea.
Henchir. Llenar.
Horro. Esclavo manumiso, liberto.
Humadas. Humaredas.
Hutia (voz caribe). Mamífero arborícola antillano de figura semejante a la de la rata. Tiene el pelaje espeso, suave y leonado, y es comestible, *Cápromys pilórides*.

Ibades. Ibais.
Incontinenti. Prontamente, al instante, al punto, sin dilación.
Isleño. Duro, resistente.

Jagüey (voz antillana). Charca o pozo de aguas pluviales cenagosas.
Jaral. 1. Sitio poblado de jaras. 2. Asunto enredado, o intrincado.
Jícara (del azteca *xicalli*, «recipiente de calabaza».) Vasija pequeña elaborada con el fruto de la calabaza. Los antiguos mexicanos usaban la *jícara* para tomar el chocolate.

Lana de árboles. Virutas de madera.
Lana de escocia. Lana sucia.
Legua. Medida itinerante que en Castilla era de 20.000 pies o 6,666 varas y 2 tercias; equivale a 5,572 m y 70 cm.
Lengua. Intérprete.
León. Puma. *Puma concolo*.
Levantar. Atribuir o imputar de manera maliciosa una cosa falsa.
Lumbrera. Hoguera, fogata.

Macana (voz caribe). Arma ofensiva de madera similar a la clava europea.
Mal de madre. Véase *Mal de mujer*.

Mal de mujer. Histeria de conversión caracterizada por graves dismenorreas y otros problemas ginecológicos
Mamey (voz caribe). Árbol de la familia de las sapotáceas de gran tamaño y flores blanco rojizas. Su fruto es dulce y muy suave. *Lucuma mammosa.*
Manada. Porción de hierba, trigo, lino, etc., que se puede recoger con la mano de una vez.
Managi. Véase *Mamey.*
Manilla. Anillo de la muñeca que se ponen las mujeres. Pulsera.
Mareado. Cereal que tiene manchas producidas por la descomposición.
Margaritas. Perlas.
Mayor. Oficial subalterno.
Mercar. Comprar mercancías sin dinero.
Miera. Petróleo.
Ministrador. Sacerdote, ministro de los ídolos.
Mojo. Remojo.
Molledo. Parte redonda y carnosa de un miembro, especialmente la de los brazos, muslos y pantorrillas.
Montante. Espadón de grandes gavilanes que se maneja con ambas manos.

Naboría (voz antillana). India o indio de servicio.
Nariz retornada. Nariz aguileña.
Nonada. Nada.
Norabuena. Enhorabuena.

Obsequias. Exequias, honras fúnebres.

Palmo. Medida de longitud que equivale a unos 21 cm.
Parabienvenido. Bienvenida.
Partido. Trato, convenio o pacto.
Partir términos. Tener frontera común.
Pasar. Estudiar un libro o tratado.
Pellón. Sobrecama de piel.
Penitus. Absolutamente nada.
Peñol. Peñón, monte peñascoso.
Perrochia. Parroquia.
Peso de oro. Moneda imaginaria que en el uso diario se suponía valer 15 reales de vellón.

Pica. Medida para las profundidades equivalente a 14 pies o 3,89 m.
Pica tostada. Pica de madera con punta endurecida al fuego.
Pinjantes. Colgantes hechos con oro, plata o cualquier otra materia preciosa.
Plegue a Dios. Quiera Dios.
Plugar a Dios. Querer Dios.
Policía. Buen orden que se observa y guarda en las ciudades y estados, cumpliéndose la legislación establecida. En el siglo XVI se empleó como sinónimo de civilización.
Poner la vida al tablero. Aventurar o jugar la vida.
Posta. Correo a caballo.
Pretal. Especie de collar de cuero que forma parte del arreo de una caballería.
Priesa. Prisa.
Puerco montés. 1. Jabalí *(Sus scrofas).* 2. Pecarí labiado o tanyicatl *Tayassu pecari.*

Rambla. Vaguada plana con grandes masas de aluvión, que sólo lleva agua en época de deshielo o lluvia tormentosa.
Ranchería. Conjunto de chozas o ranchos.
Rancho. Choza con techumbre de paja o ramas.
Real Campamento militar.
Recámara. Cuarto inmediato a la cámara donde se guardan [illegible] alhajas.
Recordar. Despertar de un sueño.
Redondela. Alrededores.
Regidor. Concejal que no desempeña ningún otro cargo municipal.
Rengleras. Hileras.
Requerimiento. Acto jurídico por medio del cual se requería a los indígenas americanos para que aceptasen la soberanía de Castilla y se convirtiesen al cristianismo.
Rescatar. Trocar o cambiar oro u otros objetos preciosos por mercaderías ordinarias y de poco valor.
Romería. Procesión, peregrinación.
Rucio. Equino de color pardo claro, blanquecino o canoso.

Sahumar. Incensar.
Sahumerio. Perfume.
Salto. Pillaje, robo, botín.

Sueste. Sureste.
Súpito. Repentino, súbito.
Surgir. Anclar.

Taraza. Véase Broma.
Tigre. Jaguar o yaguar. *Panthera onca.*
Tino. Hábito o facilidad de acertar a tientas con las cosas que se buscan.
Tiradera. Flecha muy larga usada por los indios americanos, que la disparaban mediante una correa de cuero llamada amiento.
Tobajas. Toallas.
Tomar la fe. Palabra que se da en público.
Tonel. Antigua medida para el arqueo de las embarcaciones que equivale a 5/6 de tonelada.
Torozón. Movimiento violento y desordenado que hacen los equinos y otros animales cuando padecen una enteritis dolorosa.
Trujo. Trajo.

Ungia: Véase *Hutia.*

Valer. 1. Tener cabida, aceptación o autoridad con uno. 2. Proteger.
Vara. Unidad para medir longitudes, cuyo valor cambia de una a otra región. La vara de Castilla o vara de *Burgos* equivale a 835 mm. y 9 décimas.
Vela. Centinela nocturno.
Veedor. Oficial real que en las Indias cumplía funciones semejantes a las de los modernos inspectores y directores generales.
Veta. Cuerda, hilo.
Viroles. Viruelas.
Visajes. Muecas.
Visorrey. Virrey.
Vizcaíno. Rústico, inculto, estulto.

APÉNDICE II

La relación de Andrés de Tapia y su influencia en la Historia de la conquista de México de Francisco López de Gómara

El cuadro que se reproduce a continuación corrobora un aserto repetido en numerosas ocasiones, pero nunca demostrado. A saber, que Francisco López de Gómara, el afamado autor de la Conquista de México, conoció la relación del capitán Andrés de Tapia, utilizándola exhaustivamente en su escrito. El cotejo pone de manifiesto que el capitán tomó literalmente muchos pasajes del conquistador leonés, aunque Gómara, poseedor de una magnífica prosa, pulió y mejoró la desaliñada redacción de su colega.

La comparación se presenta en dos columnas. La primera corresponde a la obra de Tapia, y recoge aquellos capítulos o párrafos que guardan semejanza con el texto gomariano. La segunda columna indica la página de la Conquista de México donde se encuentra el pasaje comparado. Las coincidencias textuales se señalan mediante un asterisco[1].

[1] Las referencias de la *Conquista de México* están tomadas de la edición de José Luis de Rojas. (Francisco López de Gómara, la *Conquista de México*, edición, introducción y notas de J. L. de Rojas, Dastin, Madrid, 2000).

Andrés de Tapia *Relación*	López Francisco de Gómara la *Conquista de México*
[C.° 1] pág. 67	Pág. 50*
[C.° 2] pág. 2, 69 pág. 3, 69	 Pág. 61 Pág. 62*
[C.° 3] págs. 3 a 5, 70-71 págs. 6, 72-73	 Págs. 58-59 Págs. 60-61
[C.° 4] pág. 73	Págs. 64-65*
[C.° 5] pág. 2, 74	 Pág. 63*
[C.° 6] págs.74-77	Págs. 65-67*
[C.° 7] págs. 4, 77-78 pág. 9, 80	 Págs. 83-84 Pág. 115
[C.° 8] pág. 3, 82	 Pág. 41
[C.° 10] pág. 2, 86	 Págs. 124-125*
[C.° 12] pág. 1, 88 págs. 2, 88-89	 Pág. 135* Pág. 136*
[C.° 13] pág. 1, 89 pág. 2, 89 págs. 4, 89-90	 Pág. 131* Págs. 131* Págs. 133*
[C.° 14] pág. 90	Págs. 136*
[C.° 15] pág. 2, 91 págs. 3, 91-92	 Págs. 137* Pág. 140

Andrés de Tapia *Relación*	López Francisco de Gómara la *Conquista de México*
[C.° 16]	
pág. 1, 92	Págs. 143*
pág. 2, 92	Pág. 146-148
pág. 3, 93	Pág. 145-146
[C.° 17]	
pág. 3, 94	Pág. 150 y 155
pág. 5, 95	Págs. 150-151*
pág. 6, 95	Pág. 151
pág.7, 96	Págs. 151-152*
págs. 8, 96-97	Págs. 152-153
pág. 9, 97	Pág. 153*
pág. 10, 97	**Pág. 153**
págs. 11, 97-98	**Pág. 153**
[C.° 18]	
pág. 2, 99	**Pág. 160**
págs. 3, 99-100	**Pág. 160**
[C.° 19]	
pág. 1, 100	**Págs. 160**
[C.° 20]	
pág. 2, 101	**Pág. 193***
págs. 3, 101-102	**Págs. 194-195***
pág. 4, 102	Pág. 195*
[C.° 21]	
págs. 1, 102-103	Págs. 209-210
[C.° 25]	
págs. 2, 105-106	Pág. 190-191*
págs. 4,106-107	Págs. 191-192*
[C.° 28]	
pág. 3, 112	Pág. 219

ÍNDICE

LA CONQUISTA DE TENOCHTITLAN